OBRAS DE WESLEY

Edición auspiciada por
Wesley Heritage Foundation, Inc.
P.O. Box 76
Henrico, NC 27842
USA

TOMO V

LAS PRIMERAS SOCIEDADES METODISTAS

Editor General
JUSTO L. GONZÁLEZ

CONTENIDO

	Libros	PDF
Introducción	5	4
1. El carácter de un metodista	15	14
2. Los principios de un metodista	29	29
3. Naturaleza, propósitos y normas generales de las Sociedades Unidas	51	50
4. Reglamento de las Sociedades de Bandas	57	55
5. Consejos al pueblo llamado metodista	61	60
6. El cristianismo moderno manifestado en Wednesbury	73	71
7. Los principios de un metodista, mejor Explicados	107	105
8. Una palabra a un metodista	205	204
9. Carta a un clérigo	211	209
10. Un informe claro sobre el pueblo llamado Metodista	217	215
11. Razones en contra de la separación de la Iglesia de Inglaterra	251	251
12. Una breve historia del metodismo	263	263
13. Breve historia del pueblo llamado metodista	271	270
14. El caso de Birstall House	371	372
15. Algunos pensamientos sobreun asunto Importante	377	378
16. Pensamientos sobre el metodismo	379	380
17. Pensamientos acerca de la consagración de iglesias y cementarios	385	385

18. Pensamientos sobre un fenómeno reciente	389	388
19. Más pensamientos sobre la separación de la Iglesia	393	392

Introducción

Los escritos de Wesley que se incluyen en el presente volumen se refieren a los orígenes institucionales del metodismo. En varios de ellos, Wesley ofrece su propia versión de esos orígenes, escrita hacia el final de sus días. Otros son documentos que muestran el modo en que el movimiento wesleyano se fue organizando, los retos a que se enfrentó, y el modo en que respondió a ellos. En este volumen se presentan en orden cronológico, de acuerdo a la fecha en que Wesley los publicó, y no de acuerdo a los hechos a que hacen referencia. Así, por ejemplo, la *Breve historia del pueblo llamado metodista*, aunque buena parte de ella se refiere a los orígenes del movimiento, se encuentra hacia el final de esta colección, porque Wesley la publicó en 1781.

También es importante señalar que, aunque estos escritos se refieren en su mayor parte a los orígenes institucionales del movimiento, en varios de ellos se discuten temas teológicos. Wesley nunca separó su teología de su práctica eclesiástica y pastoral, y por tanto varias de las controversias en que se vio envuelto giraban, no sólo en torno a esa práctica, sino también en torno a la teología tras ella.

Precisamente porque tratan sobre el desarrollo de un movimiento y de sus instituciones, no hemos de esperar que haya una consistencia total entre los diversos documentos que se incluyen en el presente volumen. Si algo ha de resultar abundantemente claro al leer estos documentos, es

que Wesley concebía la organización en términos de la misión, y no vice versa. Repetidamente le veremos ajustando la organización para responder a una nueva necesidad o situación. Así, por ejemplo, en varios de estos escritos se menciona el origen de las «clases» metodistas. Este se debió a la necesidad, al principio puramente pragmática, de recolectar fondos para pagar ciertas deudas. Un «Capitán Foy», de quien apenas se sabe más que esto, sugirió que cada miembro de la sociedad en Bristol diera un penique a la semana. Para recoger ese penique, y también para suplir por los que no tuvieran siquiera esa mínima cantidad, se nombraron líderes, cada uno a cargo de un pequeño número de miembros de la sociedad. El plan original era que los líderes visitaran a esos miembros una vez por semana, para recibir el penique. Pronto resultó más eficiente reunirse todos una vez por semana, bajo la dirección del líder. También se vio que ésta era una excelente oportunidad para la ayuda mutua, y para que los líderes se percataran de las necesidades específicas de cada miembro. Así surgieron las «clases», cuyo éxito fue tal que pronto Wesley se esforzó en que se establecieran en otras sociedades.

Puesto que en el párrafo anterior nos hemos referido a las «clases», y también a las «sociedades», conviene que aclaremos esos términos, así como otros que aparecerán a lo largo de este volumen. Lo que Wesley organizó al principio fueron «sociedades» de personas preocupadas por su salvación y su vida espiritual. Esto no era nuevo, sino que había abundantes antecedentes en Inglaterra misma, así como en otras partes de Europa. En cierto modo, el «club santo» de Oxford era una de esas sociedades. Más tarde, el propio Wesley participó de la vida de tales sociedades. De

hecho, fue en una reunión de una sociedad religiosa en la calle Aldersgate que Wesley tuvo su famosa experiencia en 1738, y por algún tiempo continuó participando de una sociedad tal en Fetter Lane, Londres, hasta que esa sociedad se dejó llevar por tendencias quietistas que no eran de su agrado.

Varias de esas sociedades cruzaban las fronteras denominacionales, admitiendo miembros de diversas tradiciones eclesiásticas, siempre que estuvieran de acuerdo con los principios y los propósitos de la sociedad en cuestión. Tal era el caso de la sociedad en Fetter Lane. Tal fue también el caso de las sociedades que Wesley fundó, y cuyo nombre original fue «Sociedades Unidas». Aunque el propio Wesley pertenecía a la Iglesia de Inglaterra, y estaba convencido de que esa iglesia era la mejor expresión eclesiástica del cristianismo para su país y su circunstancia, no por ello excluía de sus sociedades a moravos, presbiterianos y miembros de diversos grupos disidentes. Precisamente porque las sociedades no eran una iglesia, era posible pertenecer a ellas sin tener que abandonar la iglesia a que se pertenecía.

Otro elemento que Wesley aprendió de las sociedades religiosas y de los moravos fue la división de cada sociedad en varias «bandas» que se reunían frecuentemente, sobre todo con el propósito de proveer sostén mutuo, pero también para aplicarles la disciplina a quienes no llevaran una vida conforme a lo que se esperaba de los miembros de la sociedad. Desde sus inicios, la primera sociedad verdaderamente metodista, que fue la fundada en Bristol, se organizó en bandas. Es por ello que en algunos de los documentos que se traducen a continuación Wesley se refiere a sus seguidores como

«Band Societies», es decir, como «sociedades de bandas», mientras que otras veces las llama «bandas unidas», y a veces sencillamente «bandas».

Empero bien pronto, en la propia Bristol, surgieron las «clases», cuyos orígenes hemos reseñado más arriba. Al principio dichas clases tenían un propósito meramente fiscal. Pero pronto resultaron ser un método más eficaz de pastorear a los miembros que las antiguas bandas. Así se hizo cada vez más difícil distinguir entre las «bandas» y las «clases». Por ello, poco a poco las bandas fueron desapareciendo; pero hasta el fin Wesley continuó refiriéndose a las «bandas».

Para complicar el caso, al menos en algunas de las sociedades más numerosas se organizó además una «sociedad selecta», compuesta por aquellos miembros que mostraban mayor compromiso, y que verdaderamente trataban de avanzar hacia la perfección. Y en algunos casos se formaron también grupos de «penitentes», es decir, de quienes habían caído y se arrepentían de ello. Su participación en tales grupos tenía el propósito de ayudarles a recuperar lo perdido, y fortalecerles en la fe.

Para dirigir las clases y algunos de esos otros grupos, se nombraban «líderes», que a su vez informaban a Wesley o a uno de sus «asistentes» o «ayudantes». Para entender esto, hay que tener claro que, en vida de Wesley, él fue el jefe del movimiento, y que en último caso todo se refería a él. El surgimiento de los «asistentes» y «ayudantes» se debió especialmente a la necesidad de nombrar a laicos que se ocuparan de algunas de las tareas pastorales respecto a los miembros de las sociedades. El número de sacerdotes o ministros ordenados de la Iglesia de Inglaterra que se unió al movimiento de Wesley, o que lo

apoyó, fue mínimo, y ciertamente no alcanzaba para el cuidado pastoral de todas estas personas, ni tampoco para predicar en todas sus reuniones. Por ello, Wesley autorizó a laicos a predicar en dichas reuniones, y también para servir de vínculo entre él y el creciente número de miembros de las sociedades. Aquellos predicadores que resultaban ser más eficaces, sabios y responsables recibían el título de «asistentes». Otros eran «ayudantes». Y, para predicar únicamente en sus propias sociedades, se nombró también un cuerpo de «predicadores locales». Naturalmente, era de entre los predicadores locales que se reclutaba la mayoría de los ayudantes, y de entre los ayudantes que se escogía a los asistentes. Las asistentes y los ayudantes eran predicadores «itinerantes», tanto en el sentido de que predicaban en todo un «circuito» de sociedades que visitaban regularmente, como en el sentido de que de tiempo en tiempo Wesley les nombraba a otro circuito. En todo caso, los títulos mismos de «asistente» y «ayudante» (es decir, asistentes o ayudantes de Wesley) muestran que no se trataba en modo alguno de una organización democrática, sino de una estructura jerárquica en la cual Wesley tenía la última palabra.

A partir de 1744, Wesley comenzó a convocar «conferencias» anuales de sus predicadores. Desde el principio resultó claro que el carácter de tales conferencias era meramente consultivo. La autoridad final recaía sobre Wesley, quien sin embargo sí se mostraba dispuesto a seguir los consejos de la Conferencia.

Puesto que las sociedades pronto comenzaron a tener propiedades, y era necesario administrar esas propiedades así como las demás recursos económicos de las sociedades, se nombraron «mayordomos». En algunos

casos, sin embargo, tales «mayordomos» tenían autoridad, no sólo sobre cuestiones económicas, sino también sobre otros asuntos referentes a la vida de la sociedad.

La fluidez de todo este sistema era grande. Los historiadores han señalado diferencias en la organización y manejo de las primeras sociedades metodistas en diversos lugares. En algunas, las bandas desaparecieron pronto. En otras, continuaron por largo tiempo. Además, hacia el fin de sus días Wesley y la Conferencia comenzaron a dar pasos para la continuación de un movimiento que hasta entonces se había centrado en la autoridad del propio Wesley. Fue entonces que se empezó a darle más autoridad a la Conferencia, y que se nombró un contingente de cien personas (el «Ciento Legal») que sucederían a Wesley para asegurarse de que el movimiento continuara en la misma dirección.

En consecuencia, al leer los documentos que siguen el lector no deberá sorprenderse al encontrar desacuerdos entre unos y otros en cuanto a detalles de organización, nomenclatura, etc. Todo ello da testimonio de la fluidez de la organización original, y del modo en que se fue adaptando según las circunstancias fueron dictando tales cambios.

Por último, pasemos a los documentos específicos que se incluyen en el presente volumen.

Como buena parte de los materiales que siguen, los dos primeros escritos son de carácter polémico. El primero, *El carácter de un metodista*, trata de mostrar que el metodismo, lejos de ser una invención reciente, no es sino un cristianismo esencial; pero al mismo tiempo es el primer tratado de Wesley donde se discute la «perfección cristiana». El segundo, *Los principios de un metodista*, es una refutación de un escrito de Josiah Tucker, quien había

acusado al metodismo de ser una nueva «secta». El propio Wesley a su vez había acusado a Tucker de predicar una doctrina que se acercaba mucho a la justificación por las obras.

Luego siguen dos documentos que muestran el modo en que se esperaba que los primeros metodistas se organizaran y vivieran: *Naturaleza, propósito y normas generales de las Sociedades Unidas* y *Reglamento de las Sociedades*.

Consejos al pueblo llamado metodista, al tiempo que insiste en que el metodismo no es sino un cristianismo genuino, les advierte a los miembros del movimiento que han de experimentar dificultades y persecución, y cómo han de enfrentarse a ellas. Tal persecución se documenta ampliamente en el próximo documento, *El cristianismo moderno manifestado en Wednesbury*, donde el término «cristianismo» se utiliza irónicamente, para mostrar qué clase de cristianos son éstos que se oponen al metodismo.

Con el tratado sobre *Los principios de un metodista, mejor explicados* nos adentramos en las controversias que constantemente circundaron a Wesley a su movimiento. El Rev. Thomas Church había publicado en 1744 una crítica a la primera parte del *Diario* de Wesley. En esa crítica, Church argumentaba que el propio Wesley mostraba la debilidad de su movimiento y de su teología, en parte en lo que decía sobre los moravos y su relación con ellos, en parte por las divisiones y contiendas entre los mismos metodistas, y en parte por la teología del propio Wesley, cuya negativa a declarar que las buenas obras son necesarias para la justificación era la base de sus muchos errores. Wesley le contestó en 1745 con un tratado que no hemos

traducido aquí.[1] Al año siguiente, 1746, Church respondió con un escrito mucho más extenso en el que reiteraba sus críticas contra Wesley, haciendo hincapié en sus relaciones con los moravos (tanto positivas como negativas), y declarando que la insistencia de Wesley en que las obras no son necesarias para la justificación llevaba necesariamente a la doctrina de la predestinación, así como a la destrucción de la moral y las buenas obras. Entre otras cosas, Church acusaba a Wesley de «entusiasmo», es decir, de una doctrina basada en las revelaciones privadas. A todo esto responde Wesley en el tratado que traducimos en el presente volumen.

El breve tratado *Una palabra a un metodista* fue publicado originalmente en galés. Entre otras cosas, este escrito es un llamado a los metodistas a no separarse de la Iglesia de Inglaterra, y a no ser descorteses en su crítica del clero de esa iglesia. Aquí nos asomamos a un tema que aparecerá repetidamente en este volumen, y sobre el que Wesley volverá especialmente en los escritos *Razones en contra de la separación de la Iglesia de Inglaterra*, *Algunos pensamientos sobre un asunto importante*, y *Más pensamientos sobre la separación de la Iglesia*. La *Carta a un clérigo*, escrita en 1748, va dirigida a un sacerdote irlandés, y en ella se discute uno de los principales puntos de fricción entre el metodismo naciente y la Iglesia de Inglaterra: la autoridad de Wesley y de sus predicadores laicos. El breve escrito, *Pensamientos sobre la consagración de iglesias y cementerios*, muestra el modo en que Wesley, al tiempo que dice claramente lo que piensa, se muestra dispuesto a permitir que otros actúen de forma

---

[1] Véase, en la Edición del Bicentenario, 9:80-122.

distinta, y a aceptar aquello que a su parecer no amenaza el centro mismo de la fe y las costumbres cristianas.

El tratado *Un informe sobre el pueblo llamado metodista* es en realidad una larga carta dirigida al Rev. Vincent Perronet, sacerdote anglicano simpatizante del metodismo, y dos de cuyos hijos fueron predicadores metodistas. En esa carta, Wesley cuenta la historia de los orígenes del metodismo, y cómo se ha ido desarrollando a través de los años. En contraste, *Una breve historia del metodismo* es más bien una discusión y resumen de los conflictos teológicos que han surgido dentro del metodismo, y por tanto trata más sobre la vida interna del movimiento. El tratado que sigue, *Breve historia del pueblo llamado metodista*, fue escrito por Wesley para servir de conclusión a su *Breve historia de la iglesia*, que es una versión y adaptación de la *Historia de la Iglesia* de Moshein. Como el lector verá, buena parte de este tratado es una colección de citas de los *Diarios* del propio Wesley.

El caso de Birstall House, escrito publicado originalmente en 1783, pero con la fecha en blanco, al parecer para que Wesley le pusiera fecha a cada copia firmada, trata sobre la cuestión de las propiedades y quién ha de tener título sobre ellas. Aquí vemos a Wesley preocupado por el curso del metodismo tras su muerte, y tratando de sentar las bases para que el metodismo no se descarriara. La misma preocupación se ve, ahora más explícitamente, en *Pensamientos sobre el metodismo*. Finalmente, *Pensamientos sobre un fenómeno reciente* es una de las últimas evaluaciones de Wesley sobre el éxito del metodismo y sus causas.

Le ofrecemos, amable lector, los documentos que siguen, con la esperanza de que le ayuden a comprender los

orígenes del movimiento metodista, pero sobre todo con la oración de que nos sirvan a todos para ser mejores cristianos en el día de hoy.

Justo L. González
Decatur, GA
Agosto de 1996

El carácter de un metodista

Filipenses 3.12
«No que lo haya alcanzado ya»

Al lector:

1. Desde que el nombre fue conocido en el mundo, muchos se han sentido confundidos al tratar de saber qué es un «metodista»; cuáles son los *principios* y la *práctica* de los que son reconocidos por ese nombre, y cuáles las *marcas distintivas* de esta ***secta*** *de la que se habla en contra en todas partes.*[1]

2. Como en general se estima que yo soy capaz de dar la versión más clara de esto (dado que he sido uno de los primeros en ser llamado así, y quien supuestamente dirige a los demás), se me ha pedido de todas las maneras imaginables y con toda seriedad que me decida a hacerlo. Cedo pues a la insistencia de amigos y enemigos, y ofrezco el informe lo más sinceramente posible, en la presencia del Señor y Juez del cielo y de la tierra, de los *principios* y la *práctica* que distinguen de los demás a los que son denominados «metodistas».

3. Y digo «los que son denominados metodistas» porque debe tenerse bien en cuenta que este nombre no es uno que ellos hayan escogido por sí mismos, sino que les ha sido impuesto como una forma de oprobio, sin su aprobación ni consentimiento. El mismo fue aplicado por

---

[1] Hch.28.22. Wesley hizo imprimir la palabra «secta» en caracteres distintos, para que se notara que no aceptaba tal apelativo.

primera vez a tres o cuatro jóvenes en Oxford por el señor John Bingham, en ese entonces un estudiante de la Iglesia de Cristo, en alusión, tanto a una antigua secta de médicos que enseñaba que casi todas las enfermedades podían ser curadas por un *método* específico basado en la dieta y el ejercicio, como por el hecho de que observaban un *método* más regular de estudio y comportamiento del que era usual en los de su edad y posición social.

4. Por cierto que me regocijaría (tan poco ambicioso soy de ser la cabeza de cualquier secta o partido) si este nombre no se mencionara nunca más y fuera sepultado en el olvido. Pero, si eso no fuera posible, que por lo menos aquellos que lo empleen conozcan el significado de la palabra que utilizan. Dejémonos pues de seguir siempre peleando en la oscuridad. Vengan, vamos a mirarnos unos a otros a la cara. Y así, quizás alguno de ustedes, que odian *lo que soy llamado*, lleguen a amar *lo que soy* por la gracia de Dios; o más bien «*lo que prosigo por ver si logro asir aquello para lo cual también fui asido por Cristo Jesús*».[2]

****

1. Las *marcas distintivas* de un metodista no son sus *opiniones* sobre cualquier asunto. Su aprobación de tal o cual esquema de religión, su aceptación de cualquier conjunto de nociones, su adhesión a un juicio sobre otros seres humanos, son todos elementos muy alejados del tema. Quien, por lo tanto, imagine que un metodista es una persona de tales o cuales *opiniones,* revela una gran ignorancia sobre toda la cuestión, tergiversando totalmente

---

[2] Fil.3.12.

la verdad. Creemos, ciertamente, que *toda Escritura es producida por inspiración de Dios*,[3] y en esto nos distinguimos de los judíos, de los turcos y de los infieles. Asimismo, creemos que esta Palabra de Dios escrita es la *única y suficiente* norma para la fe y la práctica cristianas, y es en esto que nos distinguimos fundamentalmente de la Iglesia de Roma. Creemos que Cristo es el Eterno y Supremo Dios, lo que también nos diferencia de los socinianos y los arrianos.[4] Pero, en cuanto a las opiniones que no atacan los fundamentos del cristianismo, «pensamos y dejamos pensar». De manera que, sean lo que sean, ciertas o equivocadas, no constituyen «marcas distintivas» de un metodista.

2. Tampoco lo son las *palabras o frases* de cualquier tipo. En manera alguna consideramos que nuestra religión, o cualquier parte de ella, está relacionada con una manera peculiar de hablar, o con un rebuscado o poco común conjunto de expresiones. Preferimos las palabras más obvias, fáciles y comunes que mejor expresen lo que deseamos transmitir, tanto en lo corriente como cuando hablamos de las cosas de Dios. Por consiguiente, nunca nos desviamos a propósito de la forma más habitual de hablar, a menos que expresemos verdades de las Escrituras en palabras de la misma Biblia (lo cual, suponemos, ningún cristiano habrá de objetar). Tampoco pretendemos utilizar ciertas expresiones bíblicas con más frecuencia que otras, salvo cuando tal sea la práctica de los mismos escritores inspirados. De manera que es un craso error señalar a un metodista por sus *palabras* o sus *opiniones*.

---

[3] 2 Ti.3.16.

[4] Dos grupos que negaban la doctrina trinitaria, el primero en el siglo 16 y el segundo en el siglo 4.

3. Tampoco deseamos ser reconocidos por nuestras *acciones, costumbres*, o *usos* de naturaleza *indiferente.* Nuestra religión no se basa en hacer lo que Dios no ha impuesto, o en abstenerse de lo que no ha prohibido. No radica en la forma de la indumentaria, en la postura de nuestro cuerpo, o en la manera de cubrir nuestras cabezas; ni tampoco en abstenerse del matrimonio, o de carnes y de bebidas, todo lo cual es bueno si se recibe con acción de gracias. De ahí que ninguna persona que sabe lo que dice señalará a un metodista por estas cosas, actos o hábitos, que son puramente indiferentes, al no estar determinados por la Palabra de Dios.

4. Finalmente, tampoco se distingue el metodista por hacer recaer *toda la fuerza* de la religión *en una sola parte* de la misma. Si usted dice: «Sí, se distingue porque cree que *somos salvos por la fe solamente*[5]», yo contesto: Usted no entiende los términos. Por *salvación* quiere decir santidad de corazón y de vida, y afirma que ello surge de la verdadera *fe solamente*. ¿Puede aun un cristiano nominal negar esto? ¿Se está tomando una parte de la religión por el total de la misma? *¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley.*[6] No establecemos la totalidad de la religión (como lo hacen muchos, y Dios bien lo sabe) en no hacer el mal, ni en hacer el bien o en seguir los mandamientos de Dios. Ni tampoco en todo ello junto, porque sabemos por experiencia que una persona puede dedicarse a ello durante muchos años, y al final no tener una religión verdadera, ni mejor de la que tenía antes. Mucho menos se distingue el metodista por un

---

[5] Ef.2.8.
[6] Ro.3.31.

detalle de cualquiera de estos elementos, como una mujer que se cree *virtuosa* sólo porque no se prostituye o un hombre que se considera *honesto* simplemente porque no se apodera de lo que no le pertenece. ¡Que el Señor de mis antepasados me preserve de una religión tan miserable! Si éste fuera el sello de un metodista, preferiría ser judío, turco o pagano, siempre que fuera *sincero*.

5. «¿Cuál es entonces, el sello? ¿Quién es metodista, según tu propia convicción?» Yo contesto: Metodista es quien tiene *el amor de Dios derramado en su corazón por el Espíritu Santo que le fue dado*;[7] quien *ama al Señor su Dios con todo su corazón y con toda su alma y con toda su mente y con toda sus fuerzas*.[8] Dios es el gozo de su corazón y el deseo de su alma, que clama constantemente: «*¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? ¡Y fuera de ti nada deseo en la tierra!*[9] ¡Mi Dios y mi todo. Tú eres *la roca de mi corazón y mi porción para siempre*!»[10]

6. Por lo tanto, el metodista está feliz en Dios. Sí, siempre feliz como si le cubriera una *fuente de agua que salte para vida eterna*,[11] y que llene su alma de paz y de gozo.[12] El perfecto amor ha echado fuera el temor,[13] y está siempre gozoso.[14] Se regocija *en el Señor siempre*[15] y aun en Dios su Salvador;[16] y en el Padre *por el Señor nuestro*

---

[7] Ro.5.5.
[8] Mr.12.30.
[9] Sal.73.25.
[10] Sal.73.26.
[11] Jn.4.14.
[12] Ro.15.13.
[13] 1 Jn.4.18.
[14] 1 Ts.5.16.
[15] Fil.4.4.
[16] Lc.1.47.

Jesucristo, de quien ha recibido ahora la reconciliación.[17] Habiendo encontrado *redención por su sangre y el perdón de sus pecados*,[18] no puede menos que regocijarse cuando, mirando atrás, ve el horrible pozo del cual ha sido librado; cuando ve todas sus rebeliones deshechas como una nube y sus pecados como una niebla espesa.[19] No puede menos que regocijarse cuando mira el lugar en el cual se encuentra ahora*, justificado gratuitamente*[20] y teniendo *paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo*.[21] Porque *el que cree tiene el testimonio de esto en sí mismo*.[22] Es ahora hijo de Dios por FE, y puesto que es hijo, Dios ha enviado el Espíritu de su Hijo a su corazón, el cual clama: ¡Abba, Padre! Y el Espíritu mismo da testimonio a su espíritu de que es hijo de Dios.[23] También se regocija cuando mira hacia adelante, en la esperanza de la gloria que será revelada.[24] Sí, este gozo es pleno, y todos sus huesos claman, diciendo «*Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia me hizo renacer para una esperanza viva... para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para mí*.»[25]

7. Y quien tiene su esperanza así de tal modo llena de inmortalidad da gracias en todo, sabiendo que esto es la

---

[17] Ro.5.11.
[18] Ef.1.7.
[19] Is.44.22.
[20] Ro.3.24.
[21] Ro.5.1.
[22] 1 Jn.5.10.
[23] Ro.8.16.
[24] 1 P.5.5.
[25] 1 P.1.3-4.

voluntad de Dios para con él en Cristo Jesús.[26] En consecuencia recibe todo con alegría diciendo: «La voluntad del Señor es buena. Y sea que el Señor dé o quite, igualmente bendeciré el nombre del Señor. Porque ha aprendido a contentarse, cualquiera sea su situación.[27] Sabe *vivir humildemente y tener abundancia; en todo y por todo está enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad*.[28] Sea en tranquilidad o en dificultad, en enfermedad o en salud, en vida o muerte, da gracias desde lo profundo de su corazón a aquél que ordena las cosas para bien; sabiendo que así como toda buena dádiva viene de lo alto, nada más que lo bueno puede venir del Padre de las luces,[29] en cuyas manos ha encomendado plenamente su cuerpo y alma, como a fiel Creador.[30] En virtud de todo ello, por nada está afanoso, ansioso e intranquilo, dado que ha echado toda su ansiedad sobre Dios que le cuida, y en todas las cosas descansa en él después de dar a conocer sus peticiones con acción de gracias.[31]

8. En verdad ora siempre sin cesar y sin desmayar. Esto no significa que esté siempre en la iglesia, aunque no pierde oportunidad alguna de estar allí. Tampoco está siempre de rodillas o con el rostro dirigido al Señor su Dios, gimiendo o llamándole en voz alta. Porque muchas veces *el Espíritu mismo intercede por él con gemidos indecibles*.[32]

---

[26] 1 Ts.5.18.
[27] Fil.4.11.
[28] Fil.4.12.
[29] Stg.1.17.
[30] 1 P.4.19.
[31] Fil.4.6.
[32] Ro.8.26.

Pero en todo momento el lenguaje de su corazón es éste: «Tú, luminosidad de la gloria eterna, ante ti está mi boca, aunque sin voz, y mi silencio te habla». Esta es una oración verdadera: el elevar el corazón a Dios. Esta solamente es la esencia de la oración. Pero su corazón está siempre, en todo tiempo y en todo lugar, elevado a Dios. En esto nunca tiene dificultad, y nada ni nadie interrumpe su actitud. Solo o acompañado, descansando, ocupado o conversando, su corazón siempre está con su Señor. Sea que se acueste o se levante, Dios está en todos sus pensamientos. Camina con Dios continuamente, con el ojo amoroso de su mente fijo en él, y en todas partes *viendo al Invisible*.[33]

9. Y mientras siempre ejercita su amor a Dios de esta manera, orando sin cesar, regocijándose en todo momento, y dando gracias por todo, este mandamiento está grabado en su corazón: «El que ama a Dios ame también a su hermano».[34] Y por a su prójimo como a sí mismo, y a cada persona como a su propia alma. Su corazón está lleno de amor hacia la humanidad, hacia cada criatura del Padre de los espíritus de toda carne . El hecho de que una persona le sea desconocida, en manera alguna le es obstáculo para que la ame. Ni tampoco es impedimento el que dicha persona sea o actúe como él no aprueba, o que pague su buena voluntad con odio. Porque ama a sus enemigos, sí, y a los enemigos de Dios, a los malos y los ingratos. Y si se ve impedido de hacer el bien a quienes le odian, no cesa de orar por ellos, aunque desdeñen su amor y lo ultrajen y persigan.

10. Porque es limpio de corazón.[35] El amor de Dios lo ha purificado de toda pasión de venganza, de envidia, de

---

[33] He.11.27.
[34] 1 Jn.4.21.
[35] Mt.5.8.

malicia y de ira, como también de toda actitud despiadada o de inclinación maligna. Le ha limpiado del orgullo y de la altivez que provocan contiendas.[36] Como escogido, el amor de Dios exhorta a vestirse *de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia*,[37] a tal punto que en caso de haber discrepado con alguien, soporta y olvida, perdonando en la misma forma en que Dios en Cristo le ha perdonado,[38] haciendo desaparecer todo motivo de contienda. Porque nadie puede quitarle lo que desea, puesto que no ama al mundo ni ninguna de las cosas que se encuentran en él,[39] siendo que ahora el mundo está crucificado para él y él para el mundo,[40] y ha muerto para los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida.[41] Porque todo su deseo se orienta hacia Dios, y a la memoria de su nombre.

11. De acuerdo con éste, su único deseo, el propósito fundamental de su vida es no hacer su propia voluntad, sino la del que le envió.[42] Su única intención en todo momento y en todas las cosas, no es el obrar según su gusto, sino agradar a aquél a quien ama su alma. Tiene un solo ojo, y porque su ojo es bueno, todo su cuerpo está lleno de luz.[43] Ciertamente, donde el ojo del alma está continuamente fijo en Dios no puede existir oscuridad, ya que todo será luminoso, como cuando una lámpara alumbra

---

[36] Pr.13.10.
[37] Col.3.12.
[38] Col.3.13.
[39] 1 Jn.2.15.
[40] Gá.6.14.
[41] 1 Jn.2.16.
[42] Jn.6.38.
[43] Mt.6.22; Lc.11.34.

con su resplandor toda la casa.[44] Entonces sólo Dios reina. Todo lo que está en el alma es santidad para el Señor. No hay un latido en su corazón que no esté de acuerdo con su voluntad, y cada pensamiento obedece a la ley de Cristo.

12. Por el fruto se conoce al árbol. Porque según como ama a Dios, así guarda sus mandamientos. No sólo algunos o la mayoría, sino todos, desde el menor hasta el mayor. No se contenta con guardar toda la ley y ofender en un punto,[45] sino que tiene una conciencia sin ofensa ante Dios y ante la humanidad.[46] Lo que Dios ha prohibido él lo evita; lo que Dios ha impuesto, eso hace--ya sea poco o mucho, difícil o fácil, alegre o doloroso para la carne. Anda por el camino de los mandamientos de Dios ahora que ha liberado su corazón. Y digo que esto es su gloria. Su corona de regocijo diario es hacer la voluntad de Dios en la tierra así como se hace en el cielo,[47] sabiendo que el mayor privilegio de los ángeles de Dios, poderosos en fortaleza, es cumplir sus mandamientos y escuchar su palabra, obedeciendo su voz.

13. Guarda los mandamientos de Dios con toda su fuerza, pues su obediencia está en proporción a su amor, la fuente de la cual fluye. Por lo tanto, amando a Dios con todo su corazón, le sirve con todo su vigor. Continuamente presenta su alma y cuerpo en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios,[48] completamente y sin reserva, entregando todo lo que posee y a sí mismo para su gloria. Todos los talentos que ha recibido, todo poder y facultad de su alma y

---

[44] Lc.11.36.
[45] Stg.2.10.
[46] Hch.24.16.
[47] Mt.6.10.
[48] Ro.12.1.

cada miembro de su cuerpo, los emplea constantemente de acuerdo a la voluntad de su Maestro. Hubo una época en que al pecado y al demonio los presentaba como instrumentos de iniquidad; pero ahora como vivo entre los muertos los presenta como instrumentos de justicia ante Dios.[49]

14. En consecuencia, todo lo que haga es para la gloria de Dios. Y tal no es solamente su propósito en toda actividad que desarrolle (como lo implica la figura de tener un solo ojo), sino que *logra* actuar de esta manera. Sus negocios, tanto como sus refrigerios, como también sus oraciones, todo tiene por objetivo este gran fin de la gloria de Dios. Ya sea que esté sentado en su casa o transite por el camino, sea que esté acostado o levantado, promueve en todo lo que habla o hace el único negocio de su vida. Sea que se vista, o trabaje, o coma y beba, o descanse de un trabajo excesivo, todo de alguna manera tiende a aplicarse en la forma que sea útil como contribución al avance de la gloria de Dios por medio de la paz y la buena voluntad entre los seres humanos. Su única regla invariable es: «*Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él*.»[50]

15. Los hábitos mundanos tampoco le impiden correr la carrera que tenemos por delante.[51] Sabe que el vicio no pierde su naturaleza aunque sea moda; y recuerda que cada uno dará a Dios cuenta de sí.[52] De ahí que no puede seguir a los muchos para hacer mal, como tampoco hacer

---

[49] Ro.6.13.
[50] Col.3.17.
[51] He.12.1.
[52] Ro.14.12.

cada día banquete con esplendidez o proveer para los deseos de la carne a fin de satisfacer la lujuria.[53] Por otra parte, debe tener siempre presente las siguientes exhortaciones que surgen de las Escrituras, a saber: No hacer tesoros en la tierra,[54] lo cual sería como tomar fuego en su seno; no adornarse con oro o vestimentas costosas;[55] evitar reunirse ni tolerar ninguna diversión que tenga un asomo de cualquier clase de vicio; abstenerse de *hablar mal* de su prójimo, así como de mentir por Dios o por el humano; asimismo, guardarse de emitir una palabra poco amable acerca de alguien, porque el amor guarda la puerta de los labios; tampoco hablar *palabras vanas. Ninguna palabra corrompida sale jamás de su boca; sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de brindar gracia a los oyentes*.[56] Por lo demás, *en todo lo que es puro, todo lo que es amable, todo lo que es*--justamente--*de buen nombre,* piensa,[57] habla y obra, adornando el evangelio de nuestro Señor Jesucristo en todas las cosas.[58]

16. Por último, según el tiempo se lo permite, hace el bien a todos:[59] a vecinos, a extranjeros, a enemigos y amigos. Lo practica de todas las maneras posibles: atendiendo no sólo a sus cuerpos sino también alimentando al hambriento, cubriendo al desnudo, visitando a los que están enfermos o en la cárcel. Pero más aún trabaja en beneficio de las almas, hablándoles conforme a la capacidad

---

[53] Ro.13.14.
[54] Mt.6.19.
[55] 1 Ti.2.9.
[56] Ef.4.29.
[57] Fil.4.8.
[58] Tit.2.10.
[59] Gá.6.10.

que Dios le ha dado para despertar a quienes duermen en la muerte; para llevar a quienes despierten hacia la sangre expiatoria, a fin de que, siendo justificados por la FE, tengan paz para con Dios;[60] y para estimular a quienes gozan de paz con Dios, para que abunden más en amor y buenas obras. Y está dispuesto a gastar y gastarse en esto,[61] y aun ofrecerse en sacrificio y en servicio a la fe de los demás,[62] de tal manera que todos lleguemos *a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo*.[63]

17. Estos son los *principios y las prácticas* de nuestra «secta»; es decir, las *marcas* de lo que es un verdadero metodista. Y estas últimas son las que dan base a los que nos rechazan para burlarse y distinguirnos de los demás. Sin embargo, si alguien dice que éstos son solamente los principios comunes y fundamentales del cristianismo, les respondemos: pues bien has dicho; ésa es la verdad. Yo sé que no son otros principios. Por lo cual, ruego ante Dios que tanto tú como todos los demás sepan que yo y todos los que siguen mi criterio, rechazamos vehementemente el que se nos considere distintos a los demás por cualquier cosa que no sea por los principios comunes del cristianismo: el sencillo y antiguo cristianismo que yo enseño, negando y detestando toda otra marca de distinción. Y quienquiera sea como yo predico (llámese lo que quiera, porque los nombres no cambian la naturaleza de las cosas) es un cristiano, no de nombre solamente, sino de corazón y de vida. Se conforma interior y exteriormente a la voluntad de Dios según está revelada en la Palabra escrita. Piensa,

---

[60] Ro.5.1.
[61] 2 Co.12.15.
[62] Fil.2.17.
[63] Ef.4.13.

habla y vive según el «método» consignado en la revelación de Jesucristo. Su alma se renueva conforme a la imagen de Dios,[64] *en la justicia y la santidad de la verdad*.[65] De ahí que, teniendo la mente de Cristo,[66] camina como Cristo también caminó.[67]

18. Por estas *marcas*, por estos frutos de una fe viva, trabajamos para *distinguirnos* de un mundo incrédulo y de todos aquéllos cuyas mentes y vidas no coinciden con el evangelio de Cristo. Pero nosotros deseamos sinceramente que no se nos destaque de los cristianos verdaderos, sea cual fuere su denominación. Tampoco de nadie que, sinceramente, persiga lo que no ha alcanzado todavía, porque *todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano y hermana y madre*.[68] Y yo os ruego, hermanos, por las misericordias de Dios, que no haya divisiones entre nosotros. «¿Es recto tu corazón así como el mío es recto con el tuyo?» No hago más preguntas. «Si lo es, dame tu mano.»[69] No destruyamos la obra de Dios por opiniones o palabras. ¿Amas tú a Dios y le sirves? Es suficiente. Te doy la mano derecha de la fraternidad. *Si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, esforcémonos unánimes por la fe del Evangelio*,[70] *andando como es digno de la vocación con que hemos sido llamados,*

---

[64] Col.3.10.
[65] Ef.4.24.
[66] Fil.2.5.
[67] 1 Jn.2.6.
[68] Mt.15.50.
[69] Véase el Sermón 39.
[70] Fil.1.27.

con toda humildad y mansedumbre, soportándonos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz; recordando *que hay un cuerpo y un Espíritu, como fuimos también llamados en una misma esperanza de nuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos y en todos*.[71]

[71] Ef. 1.4-6. (Al final de algunas de las ediciones de este tratado, aparece un poema de 16 estrofas que no hemos traducido. Nota del Editor.)

Los principios de un metodista

Al lector:

1. Con frecuencia he escrito acerca de puntos controvertidos, pero sin pensar en persona alguna en particular. De manera que ésta es la primera vez que aparezco en lo que con propiedad se denomina *controversia*. Por cierto que nunca antes me ha faltado ocasión para hacerlo. Sobre todo cuando, después de varios ataques encubiertos, fui agredido en público, no por un enemigo declarado, sino por un amigo íntimo. Pero no pude responderle, sino que sólo atiné a cubrirme la cara y decir: «*kaì sú ekeínon; kaì sú, téknon;* ¿Estás tú también entre ellos ? ¿Tú también, hijo mío?»[1]

2. Ahora inicio con temor y temblor el recorrido de un camino desconocido: temor, no de mi adversario, sino de mí mismo, pues temo a mi propio espíritu, pensando que yo también pueda caer donde muchos más fuertes que yo han sucumbido antes. Nunca conocí a alguien, ni siquiera uno, que escribiera controversia con lo que yo consideraría una actitud espiritual correcta. Cada contendiente parece creer, como todo soldado, que puede herir a su oponente en la mayor medida posible; más aún, que es su deber hacerle lo peor, pues de lo contrario no puede hacer lo mejor para su causa; es decir, que para que no se le desmienta o tergiverse deliberadamente, debe avergonzarle al máximo. Suponemos que basta con no demostrarle a nuestro

[1] Palabras del Emperador Julio César cuando fue apuñalado por Bruto.

adversario vehemencia o cólera. Pero no despreciarle o empeñarnos en que otros lo hagan, constituye una tarea de supererogación nada fácil.

3. Pero, ¿deberían ser así estas cosas? (Hablo desde el punto de vista cristiano.) ¿Acaso alguien deja de ser nuestro prójimo porque tiene una opinión distinta a la nuestra, y así lo declara? En un caso así, ¿no deberíamos tratarle como quisiéramos que nos tratara a nosotros? Pero, ¿nos gusta que se nos avergüence o se nos coloque en la peor posición? ¿Aceptaríamos de buena gana que se nos tratara con desprecio? Si no es así, ¿por qué tratamos a otros de esta manera? ¿Quién demuestra escrúpulos para no hacerlo? ¿Quién no intenta aprovechar al máximo una ocasión para beneficiarse, ignorando los méritos de la causa? ¿Quién en una controversia cubre con el manto del amor la desnudez de su hermano? ¿Quién se mantiene sereno en una controversia, exponiendo sus argumentos sin atacar personalmente al contrincante? ¿Quién demuestra en cada frase que ama a su propio hermano, pero que ama la verdad más todavía?

4. He tratado de hacer esto. Tengo un hermano que es para mí como mi propia alma.[2] Mi anhelo es dirigirme al señor Tucker como si fuera ese hermano, y no pronunciar una tilde sobre él que no pronunciaría sobre mi hermano. No sé si lo he logrado, porque mi corazón es engañoso y perverso. Si algo he dicho en otro espíritu, ruego a Dios que no me sea tomado en cuenta, y que no me condene en aquel día cuando los secretos de todos los corazones se harán manifiestos. Mientras tanto, el deseo de mi corazón y mi ruego a Dios, es que tanto yo como todos aquellos que

---

[2] Aquí Wesley parece referirse a su hermano Carlos.

creen deber oponérseme nos vistamos «como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándonos unos a otros , y perdonándonos unos a otros... de la manera que Cristo nos perdonó.»[3]

****

1. Recientemente ha aparecido en el mundo un tratado titulado *Una breve historia de los principios del Metodismo*. No dudo de que la idea del escritor haya sido buena y creo que tenga un verdadero deseo de conocer la verdad. La manera en que desarrolla el tema es en general tranquila y desapasionada. Por cierto que comete varios errores, pero, como muchos de éstos son de poca monta, o no me afectan directamente, no me corresponde mencionarlos. Aquéllos que podrían ser de alguna consecuencia para mí, creo que los catalogaría bajo tres apartados:

Primero, que creo en la justificación por fe solamente; Segundo, que creo en la perfección sin pecado; y

Tercero, que creo en incongruencias.

Sobre cada uno de estos tres trataré en la forma más clara posible.

2. En primer lugar, que creo en la *justificación por la fe solamente*. Esto lo admito porque estoy firme en la convicción de que todo ser humano descendiente de Adán está muy lejos de una rectitud original y, por su propia naturaleza, se inclina al mal. Creo que la corrupción de la naturaleza de cada persona que nace en el mundo merece la ira y la condenación de Dios. De ahí que si llegamos a recibir

---

[3] Col.3.12-13.

la remisión de nuestros pecados y somos justificados ante Dios, ha de ser únicamente por la fe en los méritos de Cristo y no por nuestras propias obras o merecimientos de especie alguna. Más aún, estoy persuadido que todas las obras llevadas a cabo antes de la justificación tienen en sí mismas la naturaleza del pecado. En consecuencia, el ser humano no tiene poder para hacer obra alguna que sea agradable y aceptable a Dios, hasta que haya sido justificado.

3. Ampliando un poco lo que quiero decir, creo que hay tres cosas que deben ir juntas en nuestra justificación: de parte de Dios, su gran misericordia y gracia; de parte de Cristo, la satisfacción de la justicia de Dios por el ofrecimiento de su cuerpo y el derramamiento de su carne, cumpliendo a perfección la ley divina; y de parte nuestra, una fe viva y verdadera en los méritos de Jesucristo. De modo que en nuestra justificación no obran sólo la misericordia y la gracia de Dios, sino también su justicia. De ahí que la gracia del Señor no excluye su justicia en nuestra justificación, sino que suprime la rectitud humana, es decir la de nuestras obras.

4. Por ello es que san Pablo no requiere nada de parte del ser humano, excepto una fe viva y verdadera. No obstante esta fe no elimina el arrepentimiento, la esperanza y el amor, los cuales están unidos con la fe en cada ser humano justificado.

5. La fe tampoco excluye las buenas obras que es necesario llevar a cabo posteriormente. Pero, tales obras no han de hacerse para alcanzar la justificación mediante ellas. Nuestra justificación la recibimos gratuitamente gracias a la misericordia de Dios. Puesto que el mundo no pudo pagar parte alguna de su redención, plugo a Dios, sin ningún merecimiento de nuestra parte, el preparar para nosotros el

cuerpo y la sangre de Cristo, de tal modo que nuestro rescate pudiera ser pagado, su ley cumplida y su justicia satisfecha. Por consiguiente, Cristo es ahora la justicia de todos los que verdaderamente creen en él. El pagó por ellos el rescate con su muerte, cumpliendo así la ley con la ofrenda de su vida. De manera que ahora cada creyente, en él y por él, puede ser llamado cumplidor de la ley.[4]

6. Pero obsérvese el verdadero sentido de esas palabras. Decir que «somos justificados por medio de la fe en Jesucristo solamente», no significa que este nuestro acto (el de creer en él) o que esta nuestra fe íntima nos justifique (como si nosotros mismos pudiéramos justificarnos por algún acto o virtud personal). Más bien, aunque tengamos fe, esperanza y amor interiormente, y realicemos abundantes buenas obras, debemos, sin embargo, renunciar al mérito de todo, de la fe, de la esperanza, del amor y de todas las otras virtudes y buenas obras que hayamos hecho, que haremos o que podamos hacer, por ser demasiado reducidas para merecer nuestra justificación. Es decir, que debemos confiar solamente en la misericordia de Dios y en los méritos de Cristo. Porque es él solamente quien quita nuestros pecados. Y a él solamente debemos ir para esto, renunciando a todas nuestras virtudes, buenas palabras, pensamientos y obras, colocando nuestra confianza en Cristo únicamente.

7. En consecuencia, y para ser exactos, ni nuestra fe ni nuestras obras nos justifican; o sea que no merecen la remisión de nuestros pecados. Pero Dios mismo, en su misericordia, nos justifica solamente por los méritos de su

---

[4] En todo este párrafo, y repetidamente en otras secciones de este tratado, Wesley hace alusiones a las *Homilías* oficiales de la Iglesia de Inglaterra, al parecer como un modo de mostrar su propia ortodoxia. (N. del Editor).

Hijo. Sin embargo, dado que la Escritura dice que *la fe justifica*, sí, *la fe sin obras*, es que aceptamos por fe la promesa de la misericordia de Dios y la remisión de nuestros pecados. Y como es igual decir «fe sin obras» y «sólo la fe justifica», los antiguos padres a veces hablan así: «solamente la fe nos justifica». Y porque recibimos la fe por los únicos méritos de Cristo, y no por el mérito de ninguna virtud que tengamos, u obra que realicemos, es que renunciamos, nuevamente, a la fe, las obras y todas las demás virtudes. Porque nuestra corrupción debida al pecado original es tan grande, que nuestra fe, caridad, palabras y obras no pueden ser mérito o merecer parte alguna de nuestra justificación. Por eso hablamos así, humillándonos ante Dios y dándole a Cristo toda la gloria de nuestra justificación.

8. Pero también debiera observarse qué es esa fe por la cual somos justificados. Ciertamente una fe que no produce buenas obras no es fe viva, sino muerta y diabólica. Pues hasta los demonios creen que «Cristo nació de una virgen, hizo toda clase de milagros, declarándose ser el propio Dios, que murió por nosotros, resucitó y ascendió al cielo, de donde volverá para juzgar a los vivos y a los muertos». Esto piensan los demonios, y por ello creen todo lo que está escrito en el Antiguo y el Nuevo Testamento. No obstante, y a pesar de toda esta fe, no son otra cosa que demonios. Todavía permanecen en su estado de condenación, carentes de una verdadera fe cristiana.

9. La verdadera fe cristiana no es solamente creer que las Sagradas Escrituras y los artículos de fe son ciertos. También significa tener una confianza firme de que Cristo salva de la condenación eterna, y poseer un corazón amante y obediente a sus mandamientos. Y esta fe no la tiene

ningún demonio ni ninguna persona malvada. Ningún ser impío tiene o puede tener la seguridad de que, con el favor de Dios y por los méritos de Cristo, sus pecados son perdonados y logra también la reconciliación con el Señor.[5]

10. Esto es lo que creo, y he creído durante un buen tiempo, en lo que concierne a la *justificación por la fe solamente*. Lo expresé por medio de un pequeño tratado publicado hace unos años,[6] como la prueba más auténtica de mis sentimientos pasados y presentes. Si me equivoco en esto, que quienes están mejor informados que yo señalen mi error con toda tranquilidad, ya que por mi parte confío en que no cerraré mis ojos a la luz, venga de donde venga.

11. El segundo punto que se me critica es que *creo en la perfección sin pecado*. Sencillamente declararé lo que creo a este respecto, dejando a las personas sin prejuicios que juzguen por sí mismas.

12. Mis últimos y más meditados pensamientos sobre este tema fueron publicados hace unos meses con las siguientes palabras:[7]

(1) Tal vez el prejuicio general contra la *perfección cristiana* se deba principalmente a un concepto erróneo de su naturaleza. Nosotros de buena gana admitimos y declaramos constantemente que no hay en esta vida una perfección tal que nos libre de la obligación de hacer el bien y de cumplir con los mandamientos de Dios, ni nos libre de la ignorancia, el error, la tentación y miles de dolencias relacionadas necesariamente con la carne y la sangre.

(2) No sólo aceptamos, sino que afirmamos seriamente, como parte de la fe dada a los santos, que no hay en esta vida una perfección tal que nos permita dejar de cumplir con los mandamientos de Dios, o de hacer el bien a todos, *según tengamos oportunidad, ...y mayormente a los de la familia de la fe*.[8] Sean quienes sean los que han enseñado lo contrario,

---

[5] En estos párrafos, Wesley repite frases y hasta oraciones de su tratado, *Doctrina de la salvación*. (N. del Editor).

[6] Wesley se refiere a su tratado *Doctrina de la salvación*.

[7] Los seis párrafos que siguen son tomados del prefacio a la edición de 1742 de los *Himnos y poemas sagrados* de Juan y Carlos Wesley.

[8] Gá. 6.10.

estamos convencidos de que no han sido *enseñados por Dios*.[9] Más aún, no nos atrevemos a recibirles, ni les damos la bienvenida, no sea que participemos en sus malas obras.[10] Creemos que no sólo los niños en Cristo, que recién han experimentado redención en su sangre, sino asimismo quienes han crecido hasta llegar a ser «*un varón perfecto a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo*»,[11] están decididamente obligados (y esto es su gozo y su corona) en todas las ocasiones que se les presenten, a comer pan y beber vino en memoria de él; a escudriñar las Escrituras; a ayunar para poner sus cuerpos en servidumbre; y por sobre todo, a volcar sus almas en oración tanto en secreto como en compañía de la congregación.

(3) Por otra parte creemos, y en consecuencia decimos ante todos y con plena certidumbre, que no existe en esta vida una perfección tal que implique una liberación total tanto de la ignorancia como del error en cosas que no son esenciales para la salvación, ni tampoco de las muchas tentaciones y las innumerables dolencias con que el cuerpo corruptible agobia al alma. Esto es lo mismo que hemos dicho desde el principio. Si algunos enseñan otras cosas, no son de nosotros. No encontramos asidero en las Escrituras para suponer que un habitante de una casa de barro esté exento de enfermedades del cuerpo o de ignorar muchas cosas; ni tampoco para imaginar que alguien sea incapaz de equivocarse o de caer en tentación. No: «*El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su Señor*.»[12] «*Mas todo el que fuere perfeccionado será como su maestro*.»[13]

(4) Pero entonces cabe preguntarse: ¿De quién puede decirse que «es perfecto», o que «es como su Maestro»? Contestamos diciendo que tal persona es aquélla en quien se manifiesta *el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús*,[14] y que anda *como él anduvo*;[15] un ser humano puro de corazón, limpio de manos y de toda contaminación impura de la carne y del espíritu; alguien en quien no hay tropiezo,[16] y que por tanto *no practica el pecado*.[17] Ampliando un poco, diría que «*un ser perfecto*» según la expresión bíblica es la persona en quien Dios ha dado cumplimiento a su fiel promesa, cuando dijo: «*Seréis limpiados de todas vuestras inmundicias y de todos vuestros ídolos os limpiaré... y os guardaré de todas vuestras iniquidades*».[18] Entendemos que se trata de alguien a quien

---

[9] Jn.6.45.
[10] 2 Jn.10-11.
[11] Ef.4.13.
[12] Mt.10.24.
[13] Lc.6.40.
[14] Fil.2.5.
[15] 1 Jn.2.6.
[16] Sal.24.4; 2 Co.7.1; 1 Jn.2.10.
[17] 1 Jn.3.9.
[18] Ez.36.25,29.

Dios ha santificado por completo, en cuerpo, alma y espíritu, quien anda *en luz, como él está en luz*,[19] y en quien *no hay ningunas tinieblas*, pues ha sido limpiado de todo pecado *por la sangre de Jesucristo, su Hijo*.»[20]

(5) Tal persona puede testificar a toda la humanidad, diciendo: «*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas Cristo vive en mí*.»[21] Como aquél que lo llamó, es santa de corazón y en toda manera de vivir.[22] Ama al Señor su Dios con todo su corazón, y le sirve con toda su fuerza. Ama a su prójimo (a cada ser humano) como a sí mismo;[23] sí, como Cristo nos amó.[24] Y ama sobre todo a aquellos en particular que lo ultrajan y lo persiguen porque no conocen al Hijo ni a su Padre.[25] Verdaderamente, su alma toda amor, y está colmada de *misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia*.[26] Y su vida concuerda con ello, llena de la obra de la fe, de paciencia, de esperanza y del trabajo del amor.[27] Y todo lo que hace, *sea de palabra o de hecho*, lo realiza *en el nombre*, es decir, en el amor y en el poder, *del Señor Jesús*.[28] En una palabra, hace la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo.[29]

Esto es ser «una persona perfecta», «plenamente santificada», una nueva criatura en Cristo Jesús. En palabras del Arzobispo Ussher, «es tener un corazón tan inflamado con el amor de Dios, que cada pensamiento, palabra y obra se ofrece como un sacrificio espiritual, aceptable a Dios por medio de Cristo».[30] En cada pensamiento de nuestros corazones, en cada palabra de nuestras lenguas, en cada trabajo de nuestras manos, *anunciamos las virtudes de aquél que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable*.[31] ¡Oh, que tanto nosotros como todos los que buscan al Señor Jesús con sinceridad podamos ser hechos perfectos en unidad![32]

13. Si hubiere algo no bíblico en estas palabras, algo disparatado o extravagante, contrario a la analogía de la fe o

---

[19] 1 Jn.1.7.
[20] 1 Jn.1.5,7.
[21] Gá.2.20.
[22] 1 P.1.15.
[23] Mr.12.30.
[24] Ef.5.2.
[25] Mt.5.44; Jn.8.19.
[26] Col.3.12.
[27] 1 Ts.1.3.
[28] Col.3.17.
[29] Mt.6.10.
[30] Wesley le atribuye la cita a James Ussher, Arzobispo de Armagh. Empero estas palabras no se han encontrado entre las obras de dicho arzobispo.
[31] 1 P.2.9.
[32] Jn.17.23.

a la experiencia de cristianos adultos, ruego que se me reprenda amistosamente; que me impartan su luz, según Dios les ha dado a entender. Quién sabe, *si te oyere, has ganado a tu hermano*,[33] y éste al fin llegue al conocimiento de la verdad; y tu obra de amor, demostrada con sabia mansedumbre, no habrá sido en vano.

14. Persiste aún otra crítica que se me hace: que creo en incongruencias. Que mis dogmas, en particular los concernientes a la justificación, son contradictorios en sí mismos. Que el señor Wesley, «desde su regreso de Alemania, ha adelantado en el espíritu de la incongruencia, pues publicó extractos de dos tratados del Dr. Barnes, el calvinista, o más bien dominico, que padeció en 1541:» (Respetemos las cenizas de los muertos. Si yo fuera la clase de dominico que fue él, también me gozaría en morir entre las llamas) «el primero sobre *La justificación solamente por la fe*, y el otro sobre *La pecaminosidad de la voluntad natural del hombre y su absoluta incapacidad para realizar obras aceptables a Dios, hasta que sea justificado*. Si estos principios fueran agregados a sus primeros dogmas» (no, no es necesario *agregarlos*, porque son exactamente los mismos) «le darán al conjunto una nueva nota de incongruencia, haciendo que las contradicciones sean más notorias e intolerables que antes.»

15. Será necesario extenderse más sobre este tema que en los precedentes. Y a fin de hablar con la mayor claridad posible, me propongo referirme al mismo, párrafo por párrafo.

16. (1) Se asegura que el sistema del señor Law era el *credo* de los metodistas, pero no se prueba. Yo ya había

---

[33] Mt.18.15.

estado ocho años en Oxford antes de leer los escritos del señor Law. Y cuando lo hice, muy lejos estuve de hacer de ellos mi *credo*, puesto que encontré objeciones a lo que decía en casi todas las páginas. Además, en ese tiempo yo pasaba varias horas al día leyendo las Escrituras en las lenguas originales; y fue en esa lectura mi llamado «sistema» se fundamentaba, de acuerdo a la luz que entonces tenía.

17. Fue a mi paso por Georgia que me encontré con esos maestros moravos que *hubieran* podido enseñarme el camino hacia Dios con más perfección, pero no los comprendí. Por otra parte, al llegar allí, tampoco me trasmitieron nada nuevo acerca de la justificación ni de otra cosa, pues retorné con las mismas nociones con que había ido, lo que he reconocido explícitamente en mi segundo *Diario*, de donde extraigo algunas palabras mías:[34]

> A poco de venir yo a Londres, me llevé una gran sorpresa, pensando que me encontraba con un *nuevo evangelio*, al escuchar a Peter Böhler afirmar que la verdadera fe en Cristo (que es una sola) tenía dos frutos inseparables que la caracterizaban, a saber: dominio sobre el pecado y una constante paz proveniente de un sentimiento de perdón. Si esto era así, estaba claro que yo no tenía fe. Pero yo no estaba dispuesto a que se me convenciera de esto. De ahí que discutí con toda mi fuerza, y trabajé duro para probar que podía haber fe donde no existían estas dos condiciones, en especial donde ese sentimiento de perdón no existía. Porque todo lo que en las Escrituras se relacionaba con esto, hacía tiempo que a mí se me había enseñado cómo interpretarlo y a llamar a los que hablaban de otra manera 'presbiterianos'. Por otra parte, tenía bien claro que nadie podía (según la naturaleza de las cosas) tener semejante sentido del perdón y no *experimentarlo*. Pero yo no lo sentía. Si era verdad que no había fe sin dicho sentimiento, todas mis pretensiones de fe se derrumbaban.

18. (2)Sin embargo, no fue Peter Böhler quien me convenció que la *conversión* (quiero decir la *justificación*) are *instantánea*. Por el contrario, cuando me convencí de la naturaleza y de los frutos de la fe justificadora, todavía...

---

[34] Las extensas citas que aparecen en este párrafo, y en los números 18-20, las toma Wesley de su propio *Diario* para 1738.

No podía comprender qué quería decir ‘una experiencia instantánea’, ni tampoco entender cómo esta fe podía brindarse en un momento. ¿Cómo podía una persona volcarse *repentinamente* de la oscuridad a la luz, del pecado y la desdicha a la rectitud y el gozo en el Espíritu Santo? Examiné nuevamente las Escrituras, en particular los Hechos de los Apóstoles, pero para mi total sorpresa apenas encontré algún caso de otras conversiones que no fueran *instantáneas*, y casi ninguna otra tan lenta como la de san Pablo, que sufrió durante tres días los dolores del nuevo nacimiento. No quedaba, pues, sino un sólo recurso: aceptar que Dios actuó de esa manera en la primera época del cristianismo, pero que ahora los tiempos han cambiado. ¿Qué razón tengo para creer que Dios obra de la misma manera *en la actualidad*?

Pero, el domingo 22 me falló también este recurso ante la evidencia brindada por varios creyentes presentes, que testificaron *que así era cómo Dios había obrado en ellos*: dándoles en un momento tal fe en la sangre de su Hijo que los trasladó de las tinieblas a la luz, y del pecado y el temor a la santidad y a la felicidad. Aquí terminó mi cuestionamiento y sólo pude clamar ¡Señor, ayuda mi incredulidad!

Lo que queda de esta sección, junto con la tercera y cuarta, contiene mis propias palabras que sigo sosteniendo. Y si hay algún error en la quinta, no es de importancia.

19. (6) Es verdad que
el miércoles 12 de julio, el Conde[35] dijo que:

1. La justificación es el perdón de los pecados.
2. Se está justificado en el momento que uno va al encuentro de Cristo.
3. Y tiene paz con Dios, aunque no siempre gozo.
4. Probablemente tampoco pueda saber que ha sido justificado hasta mucho después.
5. Porque la seguridad de haber sido justificado es diferente de la justificación misma.
6. Pero otros podrán reconocer que alguien ha sido justificado por su poder sobre el pecado, por su seriedad, por su amor a sus semejantes y por su hambre y sed de justicia, todo lo cual comprueba que su vida espiritual ha comenzado a crecer.
7. Ser justificado es lo mismo que nacer de Dios. Cuando un ser humano despierta, esto equivale a ser engendrado de Dios, y su temor, su tristeza y el sentimiento de la ira de Dios son los dolores del nuevo nacimiento.

20. Es verdad que entonces también recordé lo que Peter Böhler había dicho con frecuencia sobre este tema, a saber:

---

[35] Zinzendorf

1. Una persona está justificada cuando tiene una fe viviente en Cristo.
2. Esto siempre se produce instantáneamente.
3. Y en ese momento experimenta la paz de Dios.
4. Es entonces cuando toma conciencia de su nueva condición.
5. Y habiendo nacido de Dios, renuncia al pecado.
6. Pero esa renuncia sólo puede efectuarla cuando llega a reconocerla.

21. No se me ocurrió que alguien pudiera imaginar que yo creía ambas afirmaciones, cuyas palabras había distribuido en frases cortas, de modo que quedara bien claro para el más mezquino lector la grave e irreconciliable diferencia existente entre las mismas. Por ello es que no puedo menos que estar un tanto sorprendido al comprobar la fuerza de ese prejuicio que podría evitar que alguno observara, que en oposición a la opinión del Conde (la cual en muchos aspectos yo desaprobaba por completo) estaba citando las palabras de una persona de su propia iglesia, las cuales, de ser verdad, derrumbarían totalmente sus palabras.

22. No tengo ninguna objeción que hacer a las citas de las secciones séptima, octava y novena.[36] En la décima aparecen estas palabras:

Ahora, dado que el señor Wesley ha ido tan lejos para reunir tales datos, veamos cuál fue el sistema (o mejor dicho, *la mezcolanza*) de principios con los que regresó a Inglaterra.

Sobre la seguridad de la justificación

Creo que la conversión es una experiencia instantánea, y que en el momento que la persona se convierte, o alcanza una fe viva en Cristo, está justificada. La persona debe tener conciencia de que cree.

No obstante, creo que por un largo tiempo puede no saber que ha sido justificada; es decir, que tiene una fe viva.

También creo que desde el momento en que la persona experimenta la justificación, está en paz con Dios.

La persona debe tener conciencia de esa paz.

Sin embargo, creo que por un largo tiempo puede no saber que ha sido justificada; es decir, que tiene paz con Dios.

Creo que ser justificado es lo mismo que nacer de Dios.

Y que, habiendo nacido de Dios, no peca.

[36] Wesley se refiere al tratado de Tucker que está refutando, y del cual va a citar extensamente en los párrafos que siguen.

Dicha liberación del pecado no puede lograrse sin tomar conciencia de ello.

Por otra parte, creo que por un largo tiempo puede no saber que ha sido justificada; es decir liberada de pecado.

Asimismo, creo que otros pueden reconocer que ha sido justificada por su poder sobre el pecado, su seriedad y su amor por los hermanos.

23. *Sobre las condiciones de la justificación*

Creo que se debiera insistir primordialmente en el *Cristo formado en nosotros* como subordinado al *Cristo entregado por nosotros*, (es decir, nuestra *inherente* rectitud subordinada a los *méritos* de Cristo), necesario para la justificación.

Y es justo y correcto que una persona debiera ser humilde, sentirse arrepentida, y tener un corazón contrito y quebrantado (es decir, que debiera tener a *Cristo formado en ella*), antes de aspirar a ser justificada.

Y creo que este arrepentimiento y contrición es obra del Espíritu Santo.

Con todo, creo que nada de esto sirve ni tiene influencia en nuestra justificación.

Repito que creo que, a fin de obtener la justificación, debo ir directamente a Cristo con toda mi impiedad y sin alegar nada más.

Empero, creo que no debemos insistir en nada de lo que *hacemos* o *sentimos* como si fuera un requisito *previo* a la justificación.

24. *De los efectos de la justificación*

Creo que la justificación es lo mismo que nacer de Dios. A pesar de esto, una persona puede *sentir una gran seguridad* de que está justificada, y no poder afirmar que es nacida de Dios.

Una persona puede sentirse segura de que sus pecados han sido perdonados, sin poder especificar ni el día ni la hora en que experimentó esa seguridad, debido a que la adquirió gradualmente... Aunque puede recordar que desde que sintió la plena confirmación de la misma, nunca la perdió ni por un momento.

Una persona puede tener una fe débil, y al mismo tiempo tener paz con Dios, *sin que un solo pensamiento de inseguridad* discurra por su mente, y a la vez ser libre de pecado *sin deseo impío alguno*.

Una persona puede ser justificada (es decir, nacida de Dios) y no tener un corazón limpio (es decir, no estar santificada).

Puede, de la misma manera, ser justificada (nacida de Dios) y no poseer el Espíritu.

25. Estoy totalmente de acuerdo en que el credo anterior es *una muy extraordinaria y curiosa composición*. Pero no es mía. No la compuse ni la creo, y dudo que los lectores imparciales de la misma se convenzan plenamente cuando repasemos el tema de nuevo, punto por punto.

Las partes del mismo en que creo y con las que estoy de acuerdo, apenas las repetiré. En cuanto a las otras será necesario acotar algún comentario.

De las seguridades de la justificación

«Creo que la conversión (es decir, la justificación), es una experiencia instantánea, y que desde el momento en que un ser humano siente una fe viva en Cristo, se convierte o es justificado.» (Así debe expresarse la proposición para que tenga sentido.) «Esta fe la persona no puede tenerla sin tomar conciencia de la misma.»

«No obstante, creo que la persona puede no saberlo hasta después de un largo tiempo.» Esto lo niego. No creo semejante cosa.

«Creo que el momento en que la persona es justificada, tiene paz con Dios. La cual no puede tenerla sin saber que la tiene.»

«No obstante, creo que la persona puede tenerla sin saberlo hasta mucho tiempo después.» Nuevamente lo niego. No lo creo. Ni Michael Linner tampoco, pues bastan para absolverle sus propias palabras:

> Hace unos catorce años yo estaba más convencido que nunca que lo que Dios exigía de mí era totalmente distinto de quien yo era. Consulté su Palabra vez tras vez, pero ésta sólo me condenaba. Al fin ya no podía leer, ni hacer, otra cosa, pues en mi interior ya no me quedaba esperanza ni aliento. Había estado varios días en ese estado cuando, en un momento en que me encontraba cavilando, unas palabras golpearon mi mente: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito para que todo aquél que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.» Pensé: «*¿todo aquél?* Entonces yo soy uno de ellos. El ha sido dado *por mí.* Pero yo soy un pecador. Y él vino a salvar a pecadores.» Inmediatamente me sentí liberado de mi carga y mi corazón estuvo en paz.
>
> Pero todavía no tenía la completa certidumbre de la fe, ni la tuve durante los dos años que continué en Moravia. Cuando los jesuitas me echaron de allí, me vine acá, y poco después fui recibido en la iglesia. Y en ella más adelante plugo a nuestro Señor manifestarse con más claridad a mi alma y concederme ese sentimiento de completa aceptación que excluye todo temor y duda.

Verdaderamente, la guía del Espíritu es distinta en las diferentes almas. Creo que su método más corriente es conceder a un tiempo el perdón de los pecados y una completa seguridad de ese perdón. Pero también en muchos actúa como lo hizo conmigo: otorgando primero la remisión de los pecados, y luego de unas semanas, meses o años, la total seguridad del perdón.

La única observación que necesito hacer es *que el primer sentimiento de perdón* con frecuencia está mezclado con el temor y la duda. Pero, «la plena certidumbre de la fe» excluye toda duda y temor, como el mismo término lo indica.

De manera que, en vez de decir que «recién sabrá que tiene paz con Dios mucho tiempo después», debería decirse (para coincidir con las palabras de Michael Linner):

«Quizá no tenga hasta mucho tiempo después la completa certidumbre de la fe que excluye toda duda y temor.

«Creo que ser justificado es lo mismo que nacer de Dios.

«Y que quien es nacido de Dios, no peca.

«No puede tener tal liberación del pecado sin saber que la tiene.

«No obstante, creo que puede no saberlo por mucho tiempo.» Esto también lo niego rotundamente.

26. *De las condiciones de la justificación*

«Creo que se debiera *insistir* en el 'Cristo formado en nosotros', como *necesario para nuestra justificación*.»

No creo esto, como tampoco lo cree Christian David, quien dice al respecto:

Plugo a Dios mostrarme que es necesario insistir tanto en el *Cristo en nosotros* como en el *Cristo por nosotros*.

Pero también vi con claridad que en manera alguna debemos insistir en lo que experimentemos o en lo que hagamos, como si se tratara de un requisito previo a nuestra justificación.

«Y antes que uno aspire a ser justificado, debería asumir una actitud humilde y penitente, y tener un corazón

contrito y quebrantado, o sea a 'Cristo formado en él'.» No. Eso es otra cosa. Sí creo que cada individuo se arrepiente antes de ser justificado; se arrepiente antes de creer en el evangelio. Pero nunca es *antes*, sino en general *mucho después* de ser justificado, que Cristo se forma en él.

«Y que este quebrantamiento y contrición es la obra del Espíritu Santo.»

«Pero con todo, creo que esto no significa nada ni tiene influencia alguna en nuestra justificación.»

Las palabras de Christian David son las siguientes: «Noten que éste no es el fundamento. No es debido a esto que son justificados. Esta no es la justicia, ni es parte de la justicia, por la cual son reconciliados con Dios. Ustedes se lamentan por sus pecados. Se humillan profundamente. Su corazón se quebranta. Bien: pero *todo esto no contribuye para nada a su justificación*.» (Las palabras que siguen fijan el sentido de esta oración, por lo demás excepcional.) «La remisión de sus pecados no se debe a tal causa, ni en parte ni en su totalidad. Su humillación no tiene influencia en eso.»

No como causa, tal cual las últimas palabras lo explican.

«Una vez más, creo que con el fin de obtener la justificación debo ir directamente a Cristo, con toda mi impiedad y sin alegar *nada más*.»

«No obstante, creo que no deberíamos insistir sobre algo que hagamos o sintamos, como si fuera un requerimiento previo a la justificación.» No, absolutamente en nada. Esto es lo que implica todo el tenor de las palabras de Christian David.

27. *De los efectos de la justificación*

«Yo creo que una persona puede estar firmemente convencida de que está justificada, y a pesar de ello, no ser capaz de asegurar que es hija de Dios.»

Las palabras de Feder[37] son: «Encontré a mi corazón en paz, *en la esperanza de que mis pecados habían sido perdonados*; algo de lo cual me sentí más seguro seis semanas después.» (Cierto, *más seguro comparativamente*, pero aún con una mezcla de duda y temor.) «Pero no me atrevo a afirmar que soy hijo de Dios.» No veo ninguna inconsistencia en todo esto. Conozco ejemplos que ocurren en el día de hoy. Yo mismo lo fui por un tiempo.

«Una persona puede estar segura de que sus pecados han sido perdonados, y no poder decir qué día experimentó esa certidumbre total, debido a que fue algo que creció en él en forma paulatina.« (De esto también conozco algunos casos.) «Pero desde el momento en que sintió que esta seguridad plena ya nunca la perdió.» Muy cierto, y creo que consistente.

Las propias palabras de Neisser son: «Encontré en él verdadero descanso para mi alma, sintiéndome a la vez completamente seguro de que mis pecados habían sido perdonados. Pero, a pesar de ello, no puedo determinar el día ni la hora cuando por primera vez recibí esa seguridad plena. Porque no me fue concedida ni en el primer momento, ni de una vez» (no en su plenitud), «sino que creció en mí de a poco. Y *desde el momento cuando se confirmó dentro de mí*, jamás la he perdido, de modo que desde entonces nunca he dudado ni por un instante.»

---

[37] Aquí el debate gira en torno al pensamiento de Albinus Theodorus Feder, estudiante de Hermhut a quien Wesley se había referido en su *Diario*.

«La fe de una persona puede ser débil al mismo tiempo que tiene paz con Dios y no tiene deseos pecaminosos.»

«Una persona puede ser justificada y no tener un corazón limpio ni el Espíritu dentro de sí.» No en el pleno sentido de la palabra.

28. (11) Ciertamente creo que esto es buena teología, coincidente tanto con las Escrituras como con la experiencia, y consistente consigo misma. En cuanto a los otros «cien absurdos que podrían detectarse», ya habrá tiempo de considerarlos cuando se muestre cuáles son.

29. (12, 13) Pero, sea que haya logrado reconciliar estas cosas o no, estimo, ciertamente, que el señor Tucker sí lo ha hecho. No deseo un informe más coherente de mis principios del que él mismo ha presentado en las siguientes palabras:

> Nuestro estado espiritual debe ser considerado claramente en base a cada una de las siguientes perspectivas:
>
> 1. Antes de la *justificación*. En dicho estado se puede decir que estamos *incapacitados* para realizar algo *aceptable* a Dios, pues en esa situación *nada podemos hacer excepto allegarnos a Cristo*. Esto no debe considerarse como algo que se *hace,* sino como una *súplica* (o espera) para recibir *un poder de acción* en el futuro.
>
> Pues la gracia anticipante de Dios, que es común a todos, basta para traernos a Cristo, aunque no para llevarnos más adelante hasta ser justificados.
>
> 2. Después de la *justificación*. Desde el momento en que una persona se allega a Cristo (por fe) es justificada y nacida de nuevo; es decir que ha nacido de nuevo en un sentido *imperfecto* (porque hay dos, si no más, grados de regeneración.) Y tiene poder sobre todas las turbulencias y agitaciones del pecado, pero no está totalmente libre de ellas. Tiene a Cristo *con*sigo, pero no *en* sí. Por tanto, no tiene todavía un corazón nuevo y limpio, ni mora el Espíritu en ella. Pero, al estar expuesta a varias tentaciones, si no recibe un don mayor, podrá experimentar otra caída.
>
> 3. La santificación, el último y más alto grado de *perfección* en esta vida. Porque es entonces que los fieles nacen de nuevo en el sentido más completo y perfecto. Es entonces que mora en ellos el Espíritu. Entonces les es dado un nuevo y limpio corazón, y termina así la lucha entre el viejo y el nuevo ser.

30. (14) Es muy probable que diga muchas cosas que han sido dichas antes, tal vez por Calvino, Arminio, Montano o Barclay, y hasta por el Arzobispo de Cambrai.[38] Pero no se puede deducir de esto que yo hago «una mezcolanza de todos sus principios: calvinismo, arminianismo, montanismo, cuaquerismo, quietismo». También se hubiera podido agregar el judaísmo, el islamismo, el paganismo y así redondear mejor la frase. Y todo esto se hubiera podido «probar» con igual facilidad (es decir, afirmar, ya que en realidad nada se ha probaba.

31. Paso por alto los errores menores que aparecen en los párrafos quince y dieciséis, junto con la profecía o pronóstico acerca de las divisiones venideras y la caída del metodismo. Lo que sigue hasta el final, sobre la base de nuestra esperanza, es ciertamente de más importancia. Pero no tenemos aún el argumento en toda su fuerza. La disertación prometida está retrasada todavía. De ahí que, puesto que mi tarea es grande y mi tiempo escaso, prescindo de esa disputa por el momento. Tal vez cuando haya recibido más luz, me convenza de que la «santidad evangélica» (como lo cree el señor Tucker) es «un requisito necesario que antecede a la justificación», y que Cristo no completó, en grado alguno, los términos de nuestra justificación, sino que, habiendo comprado para nosotros suficientes poderes y habilidades, nos dejó para que la completáramos nosotros mismos. Ahora esto me parece estar directamente opuesto al evangelio de Cristo. Pero me esforzaré con imparcialidad en considerar lo que se argumente en defensa de ello. ¡Y que Aquél que conoce mi

---

[38] Wesley se refiere al famoso Fénelon, muerto unos años antes, a quien se había acusado de quietista.

sencillez me enseñe su camino y me conceda un juicio correcto en todas las cosas!

Naturaleza, propósitos y normas generales de las Sociedades Unidas en Londres, Bristol, Kingswood y Newcastle sobre el Tyne

- 1743 -

1. A fines del año 1739 unas diez personas se allegaron a mí en Londres, revelando estar profundamente convencidas de ser pecadoras y clamando seriamente por su redención. El grupo deseaba (igual que dos o tres más que vinieron al día siguiente), que pasara con ellos un tiempo orando y aconsejándoles cómo huir de la ira venidera que sentían continuamente suspendida sobre sus cabezas. Para poder disponer de más tiempo para esta importante tarea, designé un día en el cual todos pudieran venir, lo que desde entonces hicieron semanalmente los jueves a la noche. A éstos y a todos los que desearan unirse a ellos (pues su número aumentaba cada día) les brindaba regularmente aquellos consejos que juzgué les eran más necesarios, y siempre terminábamos la reunión con oraciones apropiadas según sus variadas inquietudes.

2. Este fue el surgimiento de la Sociedad Unida, primero en Londres y luego en otros lugares. Tal sociedad no es otra cosa que un grupo de personas que tienen *la apariencia*, pero buscan *la eficacia* de *piedad*,[1] unidas con el propósito de orar juntas, de recibir la palabra de exhortación

---

[1] 2 Ti.3.5.

y de cuidarse mutuamente con amor, ayudándose unas a otras a ocuparse de su salvación.

3. A fin de discernir con más facilidad si en realidad se están ocupando de su salvación, cada sociedad se divide en pequeños grupos denominados *clases*, según sus respectivos domicilios. Cada clase cuenta con una docena de participantes, a uno de los cuales se le da el título de *líder*. Su tarea es:

(1). Comunicarse con cada integrante de su clase por lo menos una vez por semana, para

recibir lo que deseen contribuir como ayuda para los pobres;

informarse de cómo prosperan sus almas;

aconsejar, reprender, consolar y exhortar, según el caso exija.

(2). Reunirse con el pastor y los mayordomos de la Sociedad semanalmente, con el propósito de:

abonar a estos últimos lo que han recibido de las diversas clases en la semana precedente;

dar cuenta en forma detallada sobre lo que cada miembro ha contribuido; e

informar al pastor sobre los enfermos y los casos de comportamiento desordenado que no aceptan ser reprendidos.

4. Hay sólo una condición previa que se requiere de los que deseen ser admitidos en estas sociedades: el deseo de huir de la ira venidera y de ser salvos de sus pecados;[2] anhelo éste que se verá confirmado en sus frutos. Por lo tanto, se espera que todos los que continúen en la sociedad sigan dando evidencia de su deseo de salvación,

---

[2] Mt.3.7; 1.21.

En primer lugar, no haciéndole daño a nadie, evitando toda forma de mal, especialmente aquéllas que se practican comúnmente:

tomar el nombre de Dios en vano;

profanar el día del Señor, ya sea realizando tareas comunes o comprando y vendiendo;

hacer uso del alcohol, *comprar o vender licores espirituosos* o beberlos, salvo en casos de extrema necesidad;

pelear, disputar, alborotar; pleitear entre hermanos; devolver mal por mal; maldecir a quien maldice; emplear un vocabulario desmedido tanto en la compra como en la venta;

comprar o vender mercancías de contrabando;

tomar o dar cosas en usura;

conversar de manera poco caritativa u ociosa, en especial hablando mal de los ministros y de los que están en autoridad;

hacer a otros lo que no deseamos que nos hagan a nosotros;

hacer lo que sabemos no contribuye a la gloria de Dios, tal como la exhibición de adornos de oro y vestidos lujosos y en particular el uso de peinados y sombreros ostentosos;

participar en diversiones donde no se pueda invocar el nombre del Señor Jesús;

entonar canciones o leer libros que no conduzcan al conocimiento y el amor de Dios;

alentar la autocomplacencia y la acumulación de tesoros en la tierra;

pedir prestado, conscientes de que no se podrá devolver, o adquirir mercaderías sin la probabilidad de pagar.

5. Se espera que todos los que permanezcan en las sociedades continúen dando muestras fehacientes de su anhelo de salvación,

en segundo término, practicando el bien, siendo misericordiosos en la medida de su capacidad, y haciendo el bien a todos de la manera más amplia según tengan oportunidad:

respecto a sus cuerpos, según la habilidad que Dios les dé, alimentando a los hambrientos, vistiendo a los desnudos, visitando y ayudando a los enfermos y a los presos;

y tocante a sus almas, instruyéndoles, reprendiéndoles y exhortándoles a cumplir con sus responsabilidades y pisoteando esa doctrina entusiasta de los demonios que pregona que no tenemos que hacer el bien a menos que nuestro corazón se sienta libre para hacerlo.[3]

Asistiendo en especial a los que pertenecen a la familia de la fe,[4] o que claman por serlo, empleándolos con preferencia, comprando unos de otros, ayudándose entre sí en los negocios con toda la diligencia y frugalidad posibles, de modo que el Evangelio no sea culpado; y esto tanto más porque el mundo amará a los suyos y a ellos solamente.

Corriendo con paciencia la carrera que tienen por delante,[5] negándose a sí mismos y tomando su cruz diariamente;[6] sometiéndose a sobrellevar el reproche de Cristo de ser como la escoria y el desecho del mundo,[7] y

---

[3] Doctrina ésta que algunos moravos sostenían (al menos, según Wesley interpretaba sus enseñanzas).

[4] Gá.6.10.

[5] He.12.1.

[6] Lc.9.23.

[7] 1 Co.4.13.

soportando que los seres humanos digan toda clase de mal contra ellos, mintiendo,[8] por amor del Señor.

6. Se espera de todos los que deseen continuar en estas sociedades mantengan de manera evidente su anhelo de salvación,

En tercer lugar, asistiendo a las ordenanzas de Dios que son:

el culto público a Dios;
el ministerio de la Palabra, ya sea leída o expuesta;
la Cena del Señor;
la oración familiar y privada;
el escrutinio de las Escrituras y
el ayuno o abstinencia.

7. Estas son las reglas generales de nuestras sociedades, todas las cuales hemos sido enseñados por Dios a observar, aun en su Palabra escrita, que es la regla única y suficiente de nuestra fe y práctica. Y sabemos que todas éstas son escritas por su Espíritu en cada corazón que verdaderamente despierta. Si hay alguien entre nosotros que no las observa, o que habitualmente quiebra una de ellas, que lo sepan los responsables de esa alma, dado que han de rendir cuenta de ello. Le amonestaremos por su accionar erróneo. Le soportaremos por un tiempo. Pero si no se arrepiente dejará de tener un lugar entre nosotros. Habremos librado nuestras propias almas.

Juan Wesley
Carlos Wesley

Primero de mayo de 1743[9]

---

[8] Mt.5.11.

[9] En la mayoría de las ediciones de tiempos de Wesley, sigue un poema de dieciocho estrofas por Carlos Wesley.

Reglamento de las Sociedades de Bandas

Redactado el 25 de Diciembre de 1738

El propósito de reunirnos es obedecer el mandato de Dios: «*Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados*.»[1]

Con esta finalidad nos proponemos:

1. Reunirnos por lo menos una vez por semana.

2. Asistir puntualmente a la hora designada, salvo una razón extraordinaria.

3. Comenzar (los que estemos presentes) exactamente a la hora, cantando u orando.

4. Hablar cada uno en orden, libre y claramente, acerca del verdadero estado de nuestras almas, de las faltas que hemos cometido de pensamiento, palabra u obra, y de las tentaciones que hemos experimentado desde nuestra última reunión.

5. Terminar cada reunión con una oración de acuerdo a las necesidades de cada persona presente.

6. Solicitar a alguno de entre nosotros que hable de su propia situación espiritual y luego pedir a los demás que, de manera ordenada, planteen en profundidad cuantas preguntas tengan concernientes a su estado, a sus pecados y a sus tentaciones.

---

[1] Stg.5.16.

Algunas de las preguntas propuestas a cada uno antes de ser admitido a nuestro grupo pueden ser las siguientes:

1. ¿Tienes el perdón de tus pecados?
2. ¿Estás en paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo?
3. ¿Posees el testimonio que el Espíritu mismo da a tu espíritu de que eres hijo de Dios?
4. ¿Se derrama el amor de Dios en tu corazón?
5. ¿Hay algún pecado, interior o exterior, que te domina?
6. ¿Deseas que te señalen tus faltas?
7. ¿Deseas que se te señalen todas tus faltas clara y llanamente?
8. ¿Deseas que cada uno de nosotros comparta, de vez en cuando, lo que siente en su corazón respecto a ti?
9. ¡Considera lo siguiente! ¿Deseas que te digamos todo lo que pensamos, lo que tememos, lo que escuchamos, sobre ti?
10. ¿Deseas que al hacer esto indaguemos a fondo, llegando hasta lo más profundo de tu corazón?
11. ¿Es tu deseo y propósito ser, tanto en esto como en toda otra ocasión, completamente sincero para expresar lo que sientas en tu corazón, sin excepciones, sin engaños y sin reservas?

Cualquiera de las preguntas precedentes pueden plantearse con la frecuencia que ofrezca la ocasión. Pero las cinco siguientes en cada reunión:

1. ¿Qué pecados conocidos has cometido desde nuestra última reunión?
2. ¿Con qué tentaciones te has enfrentado?
3. ¿Cómo fuiste liberado?

4. ¿Has pensado, dicho o hecho cosa alguna que haya provocado en tila duda de haber pecado?

5. ¿Tienes algún secreto que deseas guardar para ti?

Instrucciones para las clases

Diciembre 25 de 1744

Se supone que ustedes tienen *la fe que vence al mundo*,[2] por lo que no les será gravoso:

I. Abstenerse cuidadosamente de hacer el mal, y en particular:

1. No *comprar ni vender* nada en el día del Señor.
2. No probar licores espirituosos *ni bebidas alcohólicas* de ninguna clase, excepto en los casos de prescripción médica.
3. Mantener *la palabra empeñada*, tanto en la compra como en la venta.
4. No *empeñar nada*, ni para salvar la vida.
5. No *mencionar las faltas* de nadie *a sus espaldas*, e impedir que otros lo hagan.
6. No *usar adornos innecesarios* tales como anillos, pendientes, collares, encajes y volados.
7. *No permitirse cosas innecesarias* tales como usar tabaco o rapé, excepto bajo prescripción médica.

II. Cumplir celosamente con las buenas obras, y en particular

1. *Dar limosna* de acuerdo a lo que se posea y con la mayor generosidad posible.
2. *Reconvenir* con amor y sabia mansedumbre todo pecado que observen.
3. Ser ejemplos de *diligencia,* de *frugalidad* y de *abnegación*, cargando la cruz cada día.

---

[2] 1 Jn.5.4.

III. Prestar atención constante a las ordenanzas de Dios, especialmente:

1. Estar presente en la iglesia y participar de la mesa del Señor cada semana y en cada reunión pública de las clases.

2. Asistir al ministerio de la Palabra cada mañana, salvo que la distancia, el trabajo o la enfermedad lo impidan.

3. Orar en privado cada día, y en familia, si es cabeza de la misma.

4. Leer las Escrituras y meditar sobre ellas en cada momento que esté desocupado, y

5. Observar todos los *viernes* del año como día de ayuno o de abstinencia.

Consejos al pueblo llamado metodista

Disce, docendus adhuc quae censet amiculus
Horacio

1. Tal vez sea necesario precisar a quién me refiero con este ambiguo título, puesto que sería una tarea inútil hablarles a los llamados metodistas, sin describir primero a quiénes me dirijo.

2. Por metodistas quiero decir aquéllos que declaran buscar (en cualquier medida que la hayan obtenido) la santidad del corazón y de la vida, una conformidad interior y exterior en todas las cosas a la voluntad revelada de Dios; personas cuya religión refleja su gran Objeto, y en constante imitación le adoran en toda sus perfecciones imitables; en especial en cuanto a la justicia, la misericordia y la verdad, o el amor universal que llena el corazón y gobierna la vida.

3. Ustedes, a quienes ahora me dirijo, creen que este amor a la humanidad no puede surgir sino del amor de Dios. Creen, también, que no hay nadie cuyo tierno afecto abrace a cada criatura humana (aunque no le sea querida por lazos de sangre o por alguna relación natural o civil) sin que ese afecto fluya de un amor filial y agradecido al Padre común a todos, considerado no sólo como tal, sino como el Padre *de los espíritus de toda carne*,[1] y de todas las familias tanto en el cielo como en la tierra.

---

[1] Nm.16.22; 27.16.

4. Este amor filial ustedes dan por sentado que fluye solamente de la fe, descrita como una evidencia o convicción sobrenatural de lo que no se ve, por lo que para aquel que tiene este principio,

Las cosas desconocidas para el sentido débil,
no vistas por los rayos brillantes de la razón,
con evidencia fuerte y poderosa
despliegan su origen celestial.
La fe presta su luz realizadora,
las nubes se dispersan, las sombras huyen;
el Invisible aparece
y Dios es visto por el ojo del mortal.[2]

5. Ustedes saben que esta fe implica una evidencia de que Dios es misericordioso, que se ha reconciliado conmigo, pecador, mediante la muerte de su Hijo, y que ahora me acepta por su amor. De acuerdo a esto, describen la fe de un cristiano verdadero como una confianza firme (que va más allá de su aceptación de las Sagradas Escrituras) de que en Dios sus pecados han sido perdonados y que, por los méritos de Cristo ha sido reconciliado con el Padre.

6. Además, creen que tanto esta fe como el amor son forjados en nosotros por el Espíritu de Dios. En una persona no puede haber una buena disposición, deseo, o siquiera un buen pensamiento, que no lo produzca el todopoderoso poder de Dios, mediante la inspiración o la influencia del Espíritu Santo.

7. Si siguen este principio, esforzándose de continuo por conocer, amar, parecerse y obedecer al gran Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo como Dios de amor y de misericordia perdonadora; si basándose en este principio de

---

[2] Juan y Carlos Wesley, *Hymns and Sacred Poems* (1740), p. 7, est. 5 y 6.

amor y de obediente fe, se abstienen cuidadosamente de todo lo malo, y trabajan según tengan oportunidad, en hacer el bien a sus semejantes, sean amigos o enemigos; y si, finalmente, se unen para animar y ayudarse unos a otros, forjando así su salvación y con ese fin se vigilan con amor, ustedes son lo que yo llamo metodistas.

8. El primer consejo general de alguien que ama sus almas les recomendaría seriamente a cada uno de ustedes, es el siguiente: Consideren con frecuencia y mucha atención, las circunstancias singulares en las que se encuentran.

9. Una de éstas es que ustedes son un *pueblo nuevo* con un *nuevo nombre* (al menos en su sentido religioso), que no se había escuchado en nuestro país ni en ningún otro, hasta en años recientes. Sus *principios* también lo son, en el sentido de que no hay otro grupo entre nosotros y posiblemente tampoco en el mundo cristiano, que los sostengan en el mismo grado y con igual conexión. Asimismo, constituyen un grupo que en forma continua y tenaz insiste en la absoluta necesidad de santidad universal, tanto en el corazón como en la vida; en un amor a Dios gozoso y en paz; en la evidencia sobrenatural de cosas no vistas; en un testimonio íntimo de que somos hijos de Dios y en la inspiración del Espíritu Santo para producir cualquier buen pensamiento, palabra u obra. Más aún, quizá no exista otro grupo de personas (al menos visiblemente unidas) que insistan *tanto*, a la vez *que no más* que ustedes, en la rectitud de las *opiniones*, en las *formas externas de adoración* y en el cumplimiento de los *mandamientos* que reconocen ser de Dios. *Tanto* énfasis ponen ustedes en las opiniones *correctas*, como para manifestar que desean verdaderamente poseer un juicio cabal en todas las cosas, y se gozan en emplear todo medio conocido o que crean

propicio a ese fin. Con todo, *no tanto* como para condenar a una persona meramente porque piense en forma distinta, y mucho menos imaginar que Dios la condenaría por ello si es honesta y sincera de corazón. En cuanto a las formas *externas de adoración* en las que fueron enseñados, su énfasis demuestra su aprobación pero no tanto como para disminuir su amor hacia los que a conciencia disienten de su opinión. De la misma manera, insisten en el empleo de esos mandamientos que aceptan son de Dios, *tanto* como para confesar que *ustedes no* se salvará, si voluntariamente los desobedecen. Sin embargo, no juzgan a quienes actúan de otra manera, ni determinan nada respecto a quienes no aceptando que esos preceptos son de Dios, por principio se abstienen de cumplirlos.

10. Su rectitud de vida, hablando de la totalidad de la misma, puede considerarse nueva. Quiero decir, que habiendo ustedes determinado el abstenerse de *diversiones* de moda, de *leer* comedias, romances o libros humorísticos, de *entonar* cantos inocentes, o de *hablar* en maneras alegres y divertidas, su *sencillez* en el vestir; *su comportamiento en las relaciones comerciales*, su exactitud en la observancia del *Día del Señor*, su escrupulosidad respecto al *contrabando*, su total abstinencia de *licores espirituosos*, (excepto en casos de extrema necesidad), su regla de no mencionar las faltas de personas ausentes, en particular de los ministros de la iglesia o de quienes tienen autoridad; todas estas normas pueden, en justicia, denominarse nuevas. A pesar de que hay personas que son muy estrictas en algunas de estas cosas, mientras que otras lo son en aspectos diferentes, no conocemos ningún otro grupo que insista en el cumplimiento de la totalidad de estas reglas. De

ahí que, respecto tanto a su *nombre* como a sus *principios y práctica*, pueden ser considerados un *pueble nuevo*.

11. Otra circunstancia peculiar de su situación actual, es que constituyen un grupo que se ha *formado recientemente*. Además, que se han formado con el aporte de personas provenientes de otras sociedades o congregaciones. Y que hasta ahora continúan subsistiendo, sin *poder* (puesto que pertenecen a una clase social baja e insignificante) sin *riquezas* (puesto que casi todos son pobres que no tienen más que lo indispensable para vivir) y sin dones extraordinarios otorgados de la *naturaleza*, o de *educación*, dado que hasta la mayoría de sus maestros son personas sin letras y en muchas cosas ignorantes.

12. Hay todavía existe circunstancia que es bastante característica de ustedes. Mientras otros grupos religiosos, en cuanto se formaron se separaron de las sociedades o congregaciones de las cuales provenían, ustedes, por lo contrario, rechazan absolutamente todo deseo de separación y abiertamente declaran que ni tienen, ni han tenido nunca la intención de separarse. Y mientras aquellas congregaciones a las que pertenecían los separatistas en general no escatimaron esfuerzos para evitar la separación, en el caso de éstas a las que ustedes pertenecen no escatiman esfuerzos para que la separación se produzca, forzando así esa división a la que ustedes declaran tener una gran aversión.

13. Consideren estas circunstancias peculiares en las que se encuentran y verán lo correcto es el *segundo* consejo que yo les daría: *No se imaginen que pueden evitar ofender.* El propio *nombre* lo hace imposible. Tal vez ni uno en cien de los que emplean el término «metodista» tiene idea de su significado. Para noventa y nueve de ellos es como si fuera

griego pagano. Sólo piensan que es algo muy malo, ya sea papista, hereje, socavador de la iglesia, o algún monstruo desconocido. Y probablemente, cuanto más lejos va, más y más maldad va reuniendo. De ahí que es vano que cualquiera que se llame metodista piense que puede no ofender.

14. Y tanto agravio como pueda causar el *nombre*, tanto más causarán los *principios*. Ofenderán a los *fanáticos* por las opiniones, las formas de culto, los mandamientos y por *no insistir más* en ellos; a los *fanáticos contrarios* por insistir *tanto*; a los formalistas por argumentar con tanta vehemencia en el *poder* interior de la religión; a los llamados *moralistas* por declarar la absoluta necesidad de la *fe* para aceptar a Dios. A las personas de criterio las ofenderán por hablar de inspiración y de recibir el Espíritu Santo; a los bebedores, a los que no respetan el Día del Señor, a los que blasfeman y a los pecadores declarados, por evitar su compañía y por desaprobar su comportamiento, lo que con frecuencia se verán obligados a hacer. Y hasta la vida de ustedes les será una afrenta constante. La sobriedad es grave ofensa a un bebedor. La conversación seria es igualmente intolerable para un alegre impertinente. Y en general dirán que «se han puesto tan meticulosos y *singulares,* tan monstruosamente *estrictos*, más allá de todo sentido y razón, que tienen *escrúpulos* sobre tantas cosas inofensivas y se imaginan que están obligados a cumplir tantas otras que son innecesarias, que mucha gente, en particular sus amigos y parientes, no podrán evitar sentirse ofendidos. Así que tendrán que optar por sus principios o por complacer a la gente.

15. El hecho de que ustedes se *unan* acentúa lo ofensivo de sus *principios*, porque esa unión los destaca más y produce *sospechas* de alguna conspiración

(especialmente en aquéllos que no saben o no quieren saber de su adhesión inviolable a su Majestad el Rey Jorge). Esto les hace más *temibles* para aquellos temerosos que imaginan tales cosas, y más *odiosos* para los entusiastas, si su entusiasmo no es un ferviente amor a Dios y a los seres humanos.

16. Esta afrenta se acentúa al provenir ustedes de tantas congregaciones diversas, pues los irascibles no se convencerán fácilmente de que ustedes no los desprecian ni a ellos ni a sus maestros, y más aún, imaginarán que ustedes los condenan como si no pudieran ser salvos. En estos momentos esta actitud de ofensa es peor porque ustedes recién se están uniendo y ellos no saben dónde van ustedes a terminar. Y el temor que tienen de perder más de sus miembros acentúa su celo, a la vez que intensifica su rabia y su resentimiento.

17. El hecho de que ustedes aún se cuentan entre su membresía, es cosa que, para los que no comprenden que lo hacen por motivos de conciencia, aumenta su disgusto. ¡Si sólo desaparecieran de su vista! Pero siguen siendo una espina en su carne mientras permanecen con ellos.

18. Aunque ustedes no tienen *poder*, ni *riqueza,* ni *educación*, ellos, con todo el poder, el dinero y la sabiduría con que cuentan, no pueden ganar terreno respecto a ustedes, lo cual le irrita más todavía.

19. No se puede menos que esperar que esa irritación, constantemente provocada de tan variadas formas, poco a poco llegará a convertirse en odio, malicia y en otros sentimientos crueles. Y en la medida en que sean trastornados por todo ello, los describirán a ustedes tal como ellos los ven: unas veces como locos y tontos y otras como personas malas con las que es imposible vivir sobre la

tierra. Y, desde el punto de vista humano, la consecuencia de todo esto será que junto con su reputación perderán el amor de sus amigos, familiares y conocidos, y hasta de quienes les amaron tiernamente. Luego perderán en sus negocios, pues muchos no seguirán empleándoles, o no les comprarán a «uno de esos». Y a la postre (si no interviene aquél que gobierna el mundo), perderán la salud, la libertad y la vida.

20. ¿Que más advertencias pueden darse a personas en tal situación? Puedo, en *tercer* lugar, aconsejarles lo siguiente: *Considere cada uno de ustedes en profundidad esta pregunta: ¿Puede el Dios a quien sirvo liberarme?* Yo solo no puedo librarme de estas dificultades y mucho menos soportarlas. No sé cómo sacrificar mi reputación; renunciar a mis amigos, a lo que me es vital; a mi libertad, a mi vida. ¿Puede Dios darme gozo en hacer esto? ¿Y puedo confiar en que lo hará? ¿Están contados todos los cabellos de mi cabeza? ¿Nunca decepciona Dios a quienes confían en él? Pesen bien todo esto, y si pueden confiar en Dios con todo su ser, entonces prosigan en el poder de su fuerza.

21. En cuarto lugar, les aconsejaría de todo corazón: *Manténgase en el mismo camino por el cual transitan ahora*; *sean leales a sus principios*; nunca más se apoyen en la *formalidad* muerta de la religión; traten de imitar a aquél a quien adoran, de parecerse cada vez más a sus perfecciones imitables, su justicia, su misericordia y su verdad.

22. Que ésta sea su religión, valiente, noble y generosa, igualmente alejada de la maldad de la *superstición* (que incita a la religión a hacer lo que Dios no ha impuesto y a abstenerse de lo que no ha prohibido) y de la crueldad del *fanatismo* (que confina nuestro afecto a nuestro partido, secta u opinión). Por encima de todo, estén firmes en la fe;

fe en el Dios de misericordia perdonadora, en el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que les ha amado y se ha entregado por ustedes. Atribúyanle todo el bien que descubran en ustedes, toda su paz, gozo y amor, todo el poder que experimenten para hacer y sufrir su voluntad, por medio del Espíritu del Dios viviente. Entretanto eviten cuidadosamente el *entusiasmo*. No imputen los sueños de la gente al Dios omnisapiente, ni esperen luz o poder de él excepto en el uso serio de todos los medios que ha ordenado.

23. Sean leales a sus principios en lo que se refiera a opiniones y lo externo de la religión. Utilicen cada mandamiento que creen es de Dios, pero guárdense de la estrechez de espíritu hacia quienes no lo hacen. Adáptense a las modalidades de culto con las que estén de acuerdo, pero igualmente amen, como hermanos, a quienes no pueden adaptarse. Ocúpense de tal modo de sus *opiniones* que, de ser posible, estén de acuerdo con la verdad y la razón. Pero tengan cuidado de no admitir la cólera, la antipatía o el desprecio hacia aquéllos cuyas opiniones difieren de las suyas. Diariamente se les acusa de todo esto (y, por cierto, ¿de qué no?). Pero guárdense de dar pie a tal acusación. No condenen a quien no piensa como ustedes. Permitan que cada uno disfrute de completa libertad para pensar por sí mismo. Que cada persona juzgue según su criterio, dado que cada uno deberá rendir cuenta a Dios por sí mismo. Aborrezcan toda actitud o tendencia al espíritu de persecución. Si no pueden razonar o persuadir a alguien respecto a la verdad, nunca le fuercen a aceptarla. Si el amor no le convence, déjenle con Dios, el Juez de todos.

24. No obstante, no esperen que otros les traten de esta manera. Algunos intentarán infundirles temor para que

abandonen sus principios; otros optarán por avergonzarles para que acudan a una religión más popular, burlándose y riéndose de su manera singular de ser. Pero en estos casos no estarán en un peligro tan serio como cuando les ataquen con armas muy diferentes, tales como la suavidad, la afabilidad y las actitudes formales (tal vez verdaderas) de buena voluntad. Entonces ocúpense igualmente de evitar todo matiz de enojo, desprecio o crueldad, a la vez que de mantener firme toda la verdad de Dios, tanto en los principios como en la práctica.

25. Por cierto que esto será interpretado como falta de bondad. Quienes fueron sus amigos observarán que ustedes no pecan ni practican liviandad con ellos. Lo considerarán prueba evidente de frialdad hacia ellos. Ustedes tendrán que contentarse con esa carga. Pero hagan el esfuerzo de evitar tratarles con falta de amabilidad, o de responder con palabra airada o áspera. Tampoco demuestren timidez o un comportamiento extraño. Hablen con ternura y amor, en actitud dulce y de total cortesía, evitando incurrir en ofensas innecesarias a prójimos o extranjeros, a amigos o enemigos.

26. Por esto mismo quizá convenga que les aconseje en quinto lugar *no hablar mucho de lo que sufren*, de la persecución de que hayan sido objeto en alguna oportunidad, ni de la maldad de sus perseguidores, pues nada tiende a exasperar más. Por lo tanto, aunque habrá un momento en que será necesario hablar de estas cosas, una regla general sería callar al respecto siempre que puedan hacerlo con una buena conciencia. Porque, además de la tendencia a exasperarlos, tiene apariencia de maldad, de ostentación o de autoexaltación. También incita la tendencia a enorgullecerse y creerse grandes, a la vez que estimula en

sus corazones la mala voluntad, la ira y todo sentimiento malo. En todo caso, es una pérdida de tiempo, puesto que en vez de hablar de la maldad del hombre, podrían estar hablando de la bondad de Dios. Ciertamente, la murmuración, el chismorreo y el hablar mal de otros constituye un pecado que nunca se vigila lo suficiente, dado que en cuanto uno se descuida, se desliza en mil formas. ¿No sería mucho más beneficioso para sus almas, que en lugar de hablar mal, oren confirmando su amor por esas personas infelices que ustedes creen que luchan contra Dios, clamando con todas sus fuerzas en favor de ellos, a fin de que abra sus ojos y cambie sus corazones?

27. Sólo me resta encomendarles al cuidado de aquél que tiene todo el poder en el cielo y en la tierra, rogándole que en toda circunstancia de la vida puedan mantenerse firmes como el yunque bajo el golpe, no deseando nada sobre la tierra, teniendo todo por basura y escoria, para ganar a Cristo, y recordando siempre que «le toca al buen campeón ser hasta desollado vivo, ¡y conquistar!

10 de octubre, 1745

El cristianismo moderno manifestado en Wednesbury y en otros lugares cercanos a Staffordshire

Tua res agitur paries quum proximus ardet[1]

Horacio

Advertencia

Era nuestro deseo y designio que los informes que siguen, preparados hace mucho tiempo, permanecieran olvidados para siempre. Pero las graves tergiversaciones de estos hechos que aún se difunden hoy en día nos obligan, por fin, a decir la verdad desnuda de la manera más clara que nos sea posible. Y que todo poseedor de sentido común, juzgue si estas cosas deberían ser así.

1. Yo, John Eaton, de Wednesbury, en Staffordshire, escuché al Rdo. Carlos Wesley a fines del año 1742, predicar la salvación por la fe en el Coalpit Field. Tanto yo como muchos otros nos regocijamos al escucharle, en particular muchos de los pobres de Darlaston, algunos de los cuales comenzaron poco después a reunirse de noche para cantar, orar y leer la Biblia.

Algunos de Wednesbury solían ir a encontrarse con ellos; pero, cierta noche, una turba de Darlaston se levantó, y llegándose hasta ellos les arrojaron terrones de barro y piedras, y rompieron todas las ventanas de la casa donde habían estado.

---

[1] Horacio, *Ep*. 1.17.84. Una traducción aproximada es el dicho «Cuando veas las bardas de tu vecino arder, pon las tuyas en remojo».

El 30 de mayo de 1743, John Adams (que era el dueño de la casa) obtuvo una autorización para llevar a algunos de los revoltosos ante el juez P_____,[2] de Walsall. Deseaba que algunos de nosotros le acompañáramos, de modo que fuimos cuatro o cinco. Pero de inmediato fuimos atacados por un tropel, lo que nos obligó a protegernos en una taberna. Allí permanecimos prisioneros hasta que oscureció, algunos bastante maltratados y heridos. Cuando se hizo de noche fuimos escapando de a uno y de a dos. Francis Ward y yo fuimos los últimos en huir.

El 21 de junio de 1743, una muchedumbre se presentó en mi casa en Wednesbury. En ese entonces yo era policía, de modo que salí a la puerta con mi bastón de mando y comencé a leer el Decreto del Parlamento condenatorio de los casos de disturbios. Pero las piedras volaron con tanta densidad sobre mi cabeza que me vi obligado a dejar de leer y retirarme al interior de la casa, a la cual le rompieron más o menos la mitad de las ventanas antes de retirarse. Algunas horas más tarde volvieron y rompieron todas las que quedaban, además de la puerta de entrada y el reloj que allí había. Este es un breve relato del primer daño que se cometió en mi contra.

John Eaton

2. El 30 de mayo, yo, James Jones, fui con John Eaton y otros a la casa del juez en Walsall. Tanto en el camino de ida como en el de regreso, fuimos apedreados por una turba. Se pusieron más y más furiosos, hasta que

---

[2] Aquí y en otros lugares de este documento, Wesley da solamente la inicial de una persona de actuación dudosa. En la mayoría de los casos se sabe el nombre completo, como puede verse en notas detalladas en la *Bicentennial Edition*. No lo hemos incluido para ser fieles al original de Wesley.

Francis Ward rogó al juez, que se había hecho presente, que los acallara. Pero éste, en vez de eso, hizo girar su sombrero en alto sobre su cabeza dos veces y gritó, «¡hurra, adelante!» Esto enardeció en tal forma a los revoltosos que nos vimos forzados a protegernos en una taberna, donde nos quedamos hasta que oscureció.

El 21 de junio una gran multitud se aglomeró en el cementerio de Wednesbury. Entre ellos se encontraban Harvey Walklet de Wednesbury y Richard Dorset de Darlaston. Harvey le dijo a Richard Dorset: «Creo que no están tan bien armados como yo quisiera». Richard contestó: «Hay muchos buenos compañeros de Darlston. Sé que son de buena sangre». Harvey respondió: «Allí está John Baker con la rama de roble en su sombrero; él romperá el primer vidrio de las ventanas del señor Eaton». De acuerdo a esto, fueron primero a lo del señor Eaton y de allí a otras casas. Hay más de ochenta casas en Wednesbury y sus alrededores, en muchas de las cuales no quedan ni tres vidrios sanos.

James Jones
Wednesbury, 29 de junio

3. Yo, Jonathan Jones, en el condado de Stafford, granjero, estoy dispuesto a honrar al Rey y al país como les corresponde, para así estar en paz, y ocuparme de mis cosas como debo hacerlo.

El 20 de junio estaban dos o tres cantando un himno en la casa de mi vecino Adams, cuando un grupo de aprendices y otros llegaron en forma muy grosera y apedrearon las ventanas; en particular el aprendiz del señor Richard Taylor. Así que mi vecino Adams va a lo del juez P_____ y trae una citación para él. Pero el señor Taylor va

al Juzgado de Walsall, antes de que sean llevados los culpables. Y estaba con el juez P_____ cuando nosotros llegamos, y no quiso actuar en su salón, sino que nos envió a la ciudad, donde una multitud nos esperaba.

Así que el policía le dio la citación y él dijo: «Entiendo que ustedes son metodistas, así que no actuaré en su favor». Entonces se fue a la puerta y le dijo a la gente que podían hacer lo que quisieran. Y se quitó el sombrero y se fue revoleándolo. Los atacantes comenzaron a gritar y algunos juraron coléricamente que nos matarían a todos. Mandamos a buscar al policía para que nos ayudara a salir del lugar, pero no se le pudo encontrar. Así que nos quedamos unas dos horas en la casa, hasta que nos pareció que la gente se había dispersado. Pero en cuanto salimos algunos empezaron de nuevo a vociferar y la calle se llenó rápidamente. Nos golpearon y magullaron mucho, pero gracias a Dios escapamos con vida.

Alrededor de una semana después se juntó una enorme cantidad de gente en Darlaston; me rompieron nueve ventanales y malograron mucha de mi mercancía. Ese mismo día, cuando mi empleado venía con mis caballos, éstos fueron maltratados y él azotado. A la noche volvieron dispuestos a destrozar el resto de mi mercadería, pero les di dinero y se fueron.

Estaba yo en lo de Richard Dorset, nuestro guarda-templo, cuando vinieron varios de los revoltosos e insultándole le dijeron: «Bueno, Dorset, _____.[3] Ya hemos cumplido con el trabajo, así que páganos lo acordado». Y enseguida vi cómo aparecían bebidas en grandes jarras, de las que tomaron todo lo que quisieron.

---

[3] Aquí y en otros lugares de este documento, Wesley señala con una raya alguna mala palabra pronunciada en las deposiciones.

Lo que he dicho aquí, estoy dispuesto a jurarlo.

Jonathan Jones

4. Yo, Francis Ward, de Wednesbury, fui a Walsall el 30 de mayo con John Eaton, para ver si podíamos lograr que se hiciera justicia en el caso de los revoltosos que habían atacado a nuestros vecinos en Darlaston. Fuimos a lo de Benjamín Westley, bajo el cartel del George. Un tal señor Taylor, clérigo asistente de Walsall, vino con una muchedumbre a la casa, y ante nosotros les instó a insultarnos. Consecuentemente nos apedrearon durante el camino hasta llegar a la puerta del juzgado. El juez salió y nos dijo que debíamos ir al centro y que allí escucharía nuestras quejas. Pero al ir, y a pesar de que el juez nos acompañaba, la gente continuó el asedio. Yo deseaba que se dignara leerles el Decreto del Parlamento condenatorio de los disturbios, pero no quiso hacerlo. Cuando llegamos a lo de Benjamín Westley, el juez hubiera querido realizar la audiencia en la calle, con la presencia de los revoltosos, pero al fin se consiguió que se hiciera dentro de la casa. Entonces se dirigió a John Adams o a su esposa, y sin escucharles, les espetó: «¡Pero qué, ustedes son metodistas!» (o palabras parecidas) e inmediatamente salió donde estaba el gentío. Nos quedamos en la casa un tiempo considerable esperando que se dispersaran. Pero en cuanto salimos nos rodearon, nos golpearon y apedrearon con todo lo que pudieron encontrar. Uno me atacó, me golpeó un ojo, haciéndome una herida que me hizo temer por mi vista. Pude entrar a un negocio donde me vendaron y luego volví con mis amigos a la casa. Los revoltosos me sacaron afuera y me dieron una gran paliza. Con gran dificultad pude, por segunda vez, volver a entrar a la casa. Nuevamente me sacaron fuera y me

arrastraron por la cuneta hasta que perdí mis fuerzas y no me podía levantar. Una pobre mujer les gritó : «¿Quieren matar al hombre?» y me levantó. Con mucha dificultad logré llegar a mi casa. Pero los golpes y el maltrato que había recibido me sumieron en una fiebre.

5. Cerca del día de Pentecostés yo, Joshua Constable, de Darlaston, sufrí la rotura de todas las ventanas a manos de la muchedumbre y mucha de mi mercancía se dañó, como les ocurrió también a mis vecinos, en particular a John Cotterell, herrero, Thomas Butler, Thomas Wilkinson, Aaron Longmore, William Powell, Anne Evans, Walter Carter, Samuel Foster, y Thomas Wilks.

A Edward Martin, Ann Low, Joan Fletcher, Edward Horton, Mumford Wilks, Jos. Yardly y Robert Deacon, les rompieron todas las ventanas de sus casas dos veces.

A James Foster, carpintero, a la viuda Sarah Hires y a Jonathan Jones les rompieron las ventanas y les exigieron dinero para no destrozarles sus casas.

A John Foster, carpintero, y a Joyce Wood les rompieron las ventanas y les arruinaron sus mercancías.

Al minero Jos. Spittle le destrozaron las ventanas y entraron a la casa, llevándose algunas posesiones.

A William Woods, ladrillero, le rompieron todos los vidrios dos veces y lo obligaron a caminar con los revoltosos.

A Elizabeth Lingham, una viuda con cinco hijos, le arruinaron cosas de la casa y los comestibles; le rompieron la rueca con la que sostenía la familia, y la pequeña ayuda semanal que recibía de la parroquia le fue reducida a la mitad.

Al minero Valentine Ambersly le rompieron dos veces los vidrios de sus ventanas; y su esposa, embarazada, sufrió abusos y la golpearon con cachiporras.

A George Wynn le rompieron los vidrios, le arruinaron mercancías, y para salvar la casa, se vio obligado a darles bebidas.

A Thomas Day le rompieron las ventanas, destrozaron sus mercancías, y lo obligaron a irse del pueblo.

A Jos. Stubbs le rompieron dos veces todas las ventanas, provocando en su esposa tal susto que le produjo un aborto.

6. El 20 de junio John Baker, Thomas Griffiths y Daniel Onions, al frente de una gran muchedumbre, vinieron a mi casa (me llamo Jonas Turner) en West Bromwich, cerca de Wednesbury, y me preguntaron si me mantendría alejado de estas personas e iría a la iglesia. Yo contesté: «Yo voy a la iglesia con mucha frecuencia, pero nunca veo a ninguno de ustedes allí.» Seguidamente, Daniel Onions, con una gran cachiporra, rompió buena parte de mis ventanas. Otros me sujetaron y dijeron, «vendrá con nosotros». Les contesté que no iría. Me arrastraron unas sesenta varas y luego pude soltarme. Más tarde terminaron de romper todas las ventanas, lanzando dentro de mi casa el contenido de tres canastos de piedras, con lo que procuraban destruir nuestras cosas.

7. Un día del mes de junio, a eso de las cuatro de la tarde, vino un gentío a mi casa en West Bromwich. Yo estaba adentro y mis dos hijas afuera. Tiraron piedras y ladrillos con tal rapidez que creí que me golpearían en la cabeza. Entonces abrí la puerta y corrí hacia ellos. Una de mis hijas gritaba, «¡Van a matar a mi madre!» Eso hizo que empezaran a apedrearla a ella, que corrió a la casa de una

vecina, pero antes de que pudiera cerrar la puerta, rompieron la parte de abajo de la puerta con un ladrillo. A mi otra hija la persiguieron apedreándola, y uno de ellos blandiendo un garrote grande. Ella pudo llegar a otra casa, muy asustada, creyendo que la asesinarían. Yo les pregunté cómo podían venir y atacarnos así, lo que provocó que otro, blandiendo una cachiporra, se me acercara para decirme que juraba que si yo decía algo más, me daría un golpe en la cabeza y me enterraría en la zanja. Luego fue a una ventana y rompió los dos o tres vidrios sanos que quedaban. Le siguió una mujer con otra cachiporra que destrozó parte de las tejas de la casa.

Todo esto estoy dispuesto a jurarlo.

Mary Turner

8. El 19 de junio James Yeoman de Walsall me vio en la casa de mi padre en Wednesbury, y juró: «¡ Por _____, estás allí hoy, pero mañana romperemos las ventanas de tu casa y te mataremos!» Efectivamente, al día siguiente vino con una cantidad de revoltosos, rompió todas las ventanas, tomó una piedra y dijo: «Ahora, por _____. te mataré.» La tiró, pegándome en un costado de la cabeza. La sangre brotó con fuerza y yo caí inmediatamente.

Mary Bird

9. El 20 de junio los revoltosos vinieron a mi casa, exigiendo a mi esposa la entrega de cinco chelines, diciendo que de lo contrario romperían todas las ventanas. Ella les ofreció algún dinero, que le arrebataron de la mano, y luego rompieron diez ventanas del frente, los marcos de guillotina, las persianas y las cómodas. También dañaron el techo, las puertas, varios otros muebles y muchas otras cosas.

John Bird

10. El 20 de junio la muchedumbre vino a mi casa. El primero fue John Baker. Apedrearon y tiraron ladrillos tan rápido como podían, tanto que nosotros, adentro, temíamos por nuestras vidas. Rompieron todas las ventanas de la casa, lo mismo que los marcos y los techos. Y cuando no vieron qué más podían dañar, uno gritó: «¡Supongo que ahora irán a ver las heridas de su amado Jesús, abiertas para ustedes!»

John Turner

11. El 20 de junio de 1743, un tal Daliston, mi vecino en Wednesbury, después de algunas palabras me tomó por el cuello, juró que sería el autor de mi muerte, me dio un gran vuelco y me tiró al suelo. En cuanto me levanté, Equal Baker, un minero, me dio una trompada en un ojo y me tiró de nuevo. Cuando me levanté, me siguió a mi casa diciéndome, «Perro, te mataré». Entré, me curé el ojo y me acosté. Media hora después llegó un enorme grupo y rompieron casi todos los vidrios. Vaciaron las ventanas de la cocina, rejas, marcos y todo lo echaron dentro de la casa. Mi negocio estaba cerrado, pero pronto lo abrieron, rompieron todas las botellas y vasijas, y destruyeron casi todas mis medicinas. También rompieron los estantes y los cajones del negocio y muchos de los bienes de la casa.

Ese día y el siguiente destrozaron ventanas y bienes de más de ochenta casas.

Humphrey Hands

12. A fines de junio de 1743 yo, John Griffiths, de Wednesbury, fui con Francis Ward a lo del Juez de Paz,

señor D_____. Le informamos sobre la situación nuestra y de nuestros vecinos y sobre el estado en que estaban nuestras casas y demás pertenencias. Nos contestó lo siguiente: «Supongo que ustedes siguen a esos predicadores que andan por ahí.» Nos siguió hablando con rudeza, rehusó concedernos una garantía y terminó diciendo: «Yo ni haré ni me meteré en nada», luego de lo cual, después de divertirse un rato a costa nuestra, junto con unas señoras que lo acompañaban, burlándose a nuestras expensas, nos retiramos sin haber obtenido justicia alguna.

13. Yo, Mumford Wilks, escuché al Rdo. E_____ decirle a la muchedumbre de Darlaston, luego de que habían cometido estos desmanes, lo siguiente: «Bueno, hijos míos, quien lo ha hecho por puro celo en pro de la Iglesia, que no sea culpado. Hijos míos, confío en que nos permitirán resolver los problemas de nuestra parroquia a nosotros mismos. Pero si estas personas vinieran, y hay quienes les sigan, entonces la ayuda de ustedes será necesaria.»

14. La gente de Line y Mare's Green, desde mucho tiempo atrás eran reconocidos por su perversidad generalizada; por maldecir, blasfemar y no respetar el día del Señor; por su holgazanería y toda forma de corrupción. En contadas ocasiones iban a la iglesia o se preocupaban acerca de la religión, hasta que alguno de ellos escuchó a los señores Juan y Carlos Wesley, lo cual les produjo el deseo de escapar de la ira venidera. Con este motivo fijaron una noche en la semana para reunirse con el fin de fortalecerse mutuamente, leyendo un capítulo de la Biblia, cantando un salmo o un himno, orando y conversando juntos.

Los juerguistas, al descubrir que sus viejos camaradas los habían abandonado, se enfurecieron tanto que una noche, en noviembre de 1743, cuando estábamos

reunidos, vinieron, quitaron el techo del negocio que había al lado, y tiraron abajo las paredes.

La próxima vez que nos reunimos, vinieron con mayor furia que antes, nos apedrearon con trozos de piedras grandes, rompieron ventanas y un espejo, rajaron y hundieron el techo de la casa de tal manera que por temor a que cayera nos vimos obligados a salir en la oscuridad, en medio de una lluvia de piedras.

Debido a esto, pensamos que tal vez sería mejor reunirnos de día, cosa que hicimos. Pero en cuanto se dieron cuenta, se oyó el sonido de un cuerno, llamando, y una vez que se hubieron reunido cincuenta o sesenta, fueron de casa en casa, amenazando de muerte a quienes no se sumaran al grupo. Luego se dirigieron a una casa donde había cosas de valor, gritando que iban a saquearla. La dueña de casa salió a averiguar qué querían, pero ellos por toda contestación destruyeron cosas por valor de varias libras.

Después de esto, nos dirigimos al juez, señor W_____ G_____, quien tomó un formulario para llenarlo, y nos preguntó cuántos eran los atacantes. Le dijimos que unos sesenta. Entonces nos espetó: «¡Qué, ustedes son metodistas! ¡Ocúpense ustedes de lo suyo; no les registraré ninguna denuncia! Se me ha dicho que ustedes son las personas más viles que hay!»

George Hadley
Samuel Hadley
Jos. Moore

15. El 13 de enero de 1744, yo, Jonathan Jones, de Darlaston, entre las ocho y las nueve de la noche me encontré en la calle con un gran número de revoltosos que me dijeron que iban a destruir el resto de mis pertenencias y

destrozar mi casa, como lo habían hecho con la de Joshua Constable. Así que pregunté por Thomas Tonks, al que denominaban el capitán del grupo y hablé con él en tono amable y convincente y le di un poco de dinero. A algunos otros los invité a tomar cerveza, lo que los impulsó a persuadir al resto a que me dejaran tranquilo por esta vez.

Al día siguiente vino John Stokes con una cachiporra, exigiendo una buena suma de dinero, diciendo que de lo contrario rompería las ventanas; pero por el momento lo tranquilicé invitándole con una bebida. Más tarde, alrededor de las seis, vinieron John Bagot y John Linyard, cada uno armado con una cachiporra y dijeron: «Has dado dinero a otros, así que nosotros también lo queremos. De lo contrario llamaremos a todos los demás compañeros y te haremos lo mismo que a tus vecinos.» Así que les di algún dinero y se fueron entre las nueve y las diez. Después vinieron otros seis u ocho, con cachiporras y palos, y John Wilks con una pistola, pero entre mis vecinos y yo, dándoles un poco de bebida, los convencimos de que se fueran.

Un tiempo antes de que ocurriera lo que acabo de relatar, el Rdo. Sr. E_____, junto con otras personas se habían encontrado en lo de Thomas Foreshew (bajo el cartel de la Corona), para redactar un escrito, en el cual se declaraba que los que firmaban «nunca se reunirían para leer, o cantar u orar, ni escuchar al señor Wesley predicar». Luego enviaron a los revoltosos a buscar a todos aquellos que quisieran firmarlo, pero amenazándolos a su vez, que al que se negara a hacerlo le destruirían su casa.

16. En el mes de enero yo, Sara Longmore, de Darlaston, venía con mi hermano y mi cuñada a Wednesbury, cuando unos treinta hombres nos pararon en

el campo y nos preguntaron dónde íbamos. Contestamos «por asuntos nuestros». Sin más ni más, comenzaron a tirarnos barro y piedras y luego nos persiguieron y nos pararon al llegar a la escalera de la cerca. Viendo que había un hueco, intentamos pasar por allí, pero no nos dejaron. A mí me arrojaron al suelo sólo una vez, pero me golpearon repetidamente.

Un tiempo antes de que ocurriera este incidente, los revoltosos de Darlaston habían aumentado hasta contar con alrededor de unas mil personas. A mí me sacaron de la casa de mi madre por la fuerza, y me pusieron una cachiporra en la mano diciéndome que si no les acompañaba a destrozar la casa de Joseph Spittle, me matarían. William Corfield fue quien me puso la cachiporra en la mano y me arrastró por la calle. Yo tiré la cachiporra y cuando llegué al lugar vi cómo abrían la casa y sacaban algunas de las pertenencias, a la vez que observaba cómo huía la familia para salvar sus vidas.

El mismo día el Rdo. Sr. E_____ vino a Darlaston, y Nicholas Winspur, el pregonero del pueblo, tocando la campanilla, anunciaba que toda la gente perteneciente a la sociedad debía asistir a la casa del señor Foreshew, y allí colocar sus manos sobre un papel, prometiendo así que no escucharían más a estos hombres. Al mismo tiempo advertía que los que no lo hicieran se exponían a que les destruyeran sus casas.

Cuando yo acudí, el señor Foreshew me preguntó si yo podía escribir y le contesté que no. Entonces me obligó a que hiciera una cruz, lo que hice por temor, entregando también el penique que exigían de todos con el fin de comprar bebida para la turba.

17. Alrededor de la Candelaria, mi esposa iba a Wednesbury cuando una multitud la atacó, arrojándola al suelo varias veces y abusando de ella brutalmente.

(La forma es demasiado horrible para describirla. Lo más cercano a un caso paralelo es el de la mujer que fue violada por los hombres de Gabaa,[4] aunque en este caso hay muchas circunstancias que exceden a aquéllas.)

Obtuve del juez G_____ una orden de detención para algunos de los atacantes. Pero, en cuanto esto se supo, la muchedumbre se dedicó a romper nuevamente todas las ventanas de mi casa. Todos los que estaban implicados en la detención escaparon, excepto uno que el policía pudo detener y llevar ante el juez. Este volvió y les dijo a sus compañeros que el juez los mandaba de vuelta a sus casas para que se ocuparan de sus asuntos. Al enterarse de esto, avisaron a toda la turba, y luego vinieron a mi casa, rompieron algunas cosas y se fueron. Pero volvieron nuevamente y entonces destrozaron todas las cosas indispensables de que disponíamos. De la misma manera rompieron y arruinaron todas mis herramientas; arrancaron las tejas del techo de mi casa y tiraron abajo una de las habitaciones, cuya viga se llevaron. Además se llevaron otras cosas, en particular las piezas de armas, tanto las que estaban terminadas como los que faltaban pulir. Rasgaron totalmente toda la ropa blanca, destrozaron la cama a tal punto que no sirvió más. Hicieron añicos un cofre de mi esposa. Destruyeron su Biblia y su Libro de Oración Común. Nos refugiamos en casa de unos amigos, pero como los amenazaron, jurándoles que les demolerían la casa si

---

[4] Véase Jue. 19-20.

permanecíamos allí, nos fuimos, al frío y la nieve, sin saber dónde reposar nuestras cabezas.

18. John Allen, de Wednesbury, en el condado de Stafford, John Darby, de Brierley en el mismo condado, y James Constable, de la mencionada ciudad de Wednesbury, junta y respectivamente juran y declaran: En primer lugar, John Allen, por sí mismo dice que el lunes 6 de este mes de febrero, habiendo sido informado que la turba vendría al día siguiente a saquear a varios de sus amigos y relaciones, fue a la casa de un tal Francis Ward, de Wednesbury y ayudó a sacar bienes y muebles; y que en la mañana de ese martes de Carnaval este exponente, enterándose de que venía la turba a la ciudad, colaboró en la tarea de trasladar otras cosas; y después ese mismo día, se encontró con unas trescientas personas reunidas en forma alborotada, luego de lo cual un tal George Winspur, de Darlaston y otros, entraron violentamente en la vivienda de Francis Ward, rompieron el emparrillado de la chimenea, tiraron abajo y se apoderaron de todo lo que quedaba. Acto seguido un tal John Baker, de Wednesbury, y un gran número de otros revoltosos, vinieron y rompieron las ventanas, luego de lo cual el tal Baker, junto con otros, entraron en la casa y destruyeron todo el mobiliario.

El mencionado grupo de revoltosos se fue a otra localidad llamada West Bromwich y retornaron nuevamente a Wednesbury, donde este exponente vio a un tal Thomas Horton, de Darlaston, junto con otros, ir de una manera violenta a la casa de John Griffiths, de Wednesbury, donde observó a Thomas Horton romper, con un mazo, la puerta de esa vivienda a la cual él, con otros, entró, destruyendo y haciendo añicos las cosas de la casa, y llevándose la mayor parte de lo que quedaba.

19. Y el nombrado John Darby, por sí mismo dice que en el mencionado día 6 de febrero oyó a un gran número de personas haciendo ruido, por lo que entró de inmediato a su propia casa, cerrando la puerta con llave y pasador; que un cuarto de hora después, unas setenta personas vinieron a la casa de este exponente, nueve o diez de las cuales le pidieron dinero amenazando que de no acceder romperían la puerta; que John Hammersley, de Darlaston, y varios otros, con una gran viga de madera rompieron la puerta, entraron y con un hacha grande destruyeron las pertenencias y las ventanas de este exponente. Después de esto destrozaron cinco colmenares de abejas, mataron y robaron todas sus gallinas y arrojaron fuera el heno del granero, y llevándose lo que les parecía bien, se fueron a la casa de Samuel Smith, un cuarto de milla más adelante, y rompieron sus ventanas. De allí se fueron de manera ruidosa a Bilston, y en la mañana siguieron a Wednesbury.

20. James Constable expone que el lunes 6 del corriente mes, Henry Old, Thomas Adams y Francis Longmore, todos de Darlaston, vinieron a Wednesbury y con blasfemias y palabrotas que este exponente escuchó, anunciaron a gritos que vendrían al día siguiente a destrozar la casa de un tal Benjamín Constable, al que le sacarían el corazón y el hígado; que, de acuerdo a esta amenaza, al día siguiente alrededor de las diez de la mañana oyó un gran bullicio en la calle, y este exponente al ir a ver lo que ocurría fue de inmediato agarrado por el cuello por un tal Samuel Cotterell, de Darlaston y otros tres, y obligado a ir junto con una muchedumbre de unas trescientas personas, que recién habían entrado a la casa de un tal John Bird y estaban tirando sus pertenencias por las ventanas; que aquellos que tenían sujeto al exponente, lo soltaron para correr a recoger

su cuota del saqueo, lo que le permitió huir a la casa de Benjamín Constable; y alrededor de las dos o las tres de ese mismo día, dicho grupo de revoltosos vino a la casa que estaba cerrada con llave y pasador; y mientras este exponente estaba afuera vio a Thomas Horton golpear la puerta con un gran martillo para abrirla, lo cual no pudo lograr. Entonces Joseph Page, de Darlaston, rompió la ventana y forzó los barrotes de hierro con un pico, entrando de esta manera; y desatrancando la puerta dejó entrar a los otros revoltosos, mientras Thomas Tonks de Darlaston y otros con un hacha violentaron la puerta del depósito, y ruidosamente destrozaron las existencias, derramaron los licores, robaron todo lo que consideraron de valor, incluidos alimentos y artículos navieros. Luego fueron a la casa de este exponente, destrozaron todas las ventanas de su casa y la saquearon de arriba abajo, rompiendo muchas cosas y llevándose buena parte de ellas. De allí fueron a la casa de Daniel Constable, a la que entraron y saquearon de la misma forma, y de ahí a la casa de Thomas Atherley, la cual también dañaron y saquearon.

John Allen
John Darby
James Constable

Los tres juraron en Serjeants Inn, Londres, el 24 de febrero de 1743, ante William Chapple.

21. El lunes 6 de febrero lo habíamos reservado para ayunar. Unos sesenta o más de nosotros nos encontramos a la una para unirnos en oración. Alrededor de las ocho nos enteramos que la turba estaba en lo de John Griffiths, anciano de la iglesia, destruyendo sus pertenencias. Esto hizo que algunos de nosotros pensáramos que era

conveniente que sacáramos de nuestras casas lo que fuera más fácil de transportar. Cuando llegué a la mía, mi esposa había despertado a las niñas menores y las había llevado a casa de una vecina. Luego nos acostamos y encomendamos nuestras almas a Dios.

A la mañana siguiente, 7 de febrero y martes de Carnaval, todo estuvo muy tranquilo hasta las diez. El temor más grande que teníamos era que llegáramos a negar a nuestro Maestro, porque ellos tenían un papel en el que decía que si lo firmábamos, nuestra casa no sería saqueada. Pero, por la gracia de Dios, la gran mayoría eligió perder todas sus cosas antes de acceder a ello.

Una media hora después de las diez, un gran número de hombres se reunió en la colina cercana. Podíamos verlos bajar, algunos armados con espadas, otros con cachiporras y otros con hachas. Primero llegaron a lo de Benjamín Watson y rompieron muchas de las tejas y todas las ventanas. Luego siguieron a lo del señor Addingbrook, donde rompieron un hermoso reloj y muchas de sus pertenencias, robaron todo lo que pudieron sacar, incluyendo escritos de importancia y documentos relacionados con el impuesto a la tierra. La próxima casa que atacaron fue la de Jane Smith, cuyas ventanas rompieron junto con lo poco que tenía. A ésta le siguió la del señor Bird, donde destruyeron todo lo que encontraban excepto lo que se podían llevar y, además, rompieron las camas en trozos pequeños, tal como lo hacían en todas las casas que invadían. De allí fueron a la casa del señor Edge, quien, como estaba enfermo de una fiebre, consiguió que por una suma de dinero la pasaran por alto. La casa siguiente fue la mía. Iban a pasar de largo, pero uno que había sido un amigo íntimo los llamó de vuelta. Me hacharon el mostrador, las cajas, los cajones y todo lo que el

hacha y el martillo podían convertir en astillas, excepto el armazón de la cama. Volcaron todas las drogas y medicinas químicas, y robaron todo lo que podían llevar, incluyendo nuestra ropa personal y hasta parte de lo que teníamos puesto.

La próxima fue la casa del señor Eaton, donde rompieron las ventanas, las puertas interiores y robaron todo lo que estaba a su alcance. Los caballeros que los dirigían ofrecieron interrumpir el saqueo si se retractaba y firmaba el documento pertinente; pero él les respondió que ya había experimentado lo que era una conciencia herida, y que por la gracia de Dios no volvería a herirla nunca más.

Al día siguiente volvieron con otra turba y le dijeron que si no firmaba le destruirían su vivienda hasta dejarla a ras de la tierra. A esto él respondió que podían hacer lo que quisieran, puesto que él no firmaría aunque lo cortaran en trozos.

El martes, después de terminar en lo del señor Eton, saquearon varias otras casas en Wednesbury y también en West Bromwich. Es imposible describir las atrocidades que han cometido. Nosotros seguimos reuniéndonos de mañana y de noche; estamos unidos en una gran paz y amor los unos con los otros y para nada aterrorizados por nuestros adversarios. Dios nos ayude a soportar todo hasta el fin.

Humphrey Hands
Febrero 26

22. El martes 31 de enero de 1744, Henry Old acudió a la casa de John Griffiths (padre), a decirle que si no dejaban de seguir «este camino», él tenía cien hombres bajo su mando que vendrían y destrozarían su casa. Poco después trajo siete u ocho hombres con él, jurando que lo

haría a menos que les diera una guinea. Como le contestara que una guinea no se puede sacudir tan fácilmente de la manga de un pobre, dijo que volvería con la turba, pero los vecinos le dieron el dinero y se fue por esa vez.

El lunes 6 de febrero, entre las siete y las ocho, volvieron. John y su esposa los oyeron desde lejos, de modo que cerraron con llave la puerta de su casa y se marcharon. Algunos vecinos pasaron y vieron cómo destruían todo. También observaron que habían colocado en la chimenea dos sillas, sobre las cuales había sendos bultos de ropa blanca de la casa, para quemar. No se animaron a tocarles, pero les exhortaron todo lo que les fue posible para que dejaran las cosas y se fueran. Finalmente se marcharon, no sin antes apoderarse de ropas y carne que encontraron.

John Griffiths (padre)

23. Como mi padre me envió un aviso de lo ocurrido, yo saqué de la casa todo lo que pude, antes de que me la saquearan. Y al oír decir que me forzarían a ir con ellos, envié a mi esposa con los niños enseguida a la casa de su padre, y luego fui yo también. Pero el padre no quiso recibirnos. Mi esposa lloró, pero yo me sentía lleno de amor y no me dejé afectar. Al fin sus corazones se apiadaron y nos permitieron entrar. Esto en realidad ocurrió con muchos de nosotros. Nos echaban de nuestros propios hogares y nuestros amigos no se animaban a recibirnos en los suyos. La razón por la cual mis viejos amigos sienten un gran rencor hacia mí es porque no acepto beber ni jugar con ellos en el día del Señor, como lo hacía antes.

John Griffiths (hijo)

24. Yo, Edward Smith, de Wednesbury, estaba de pie a la entrada de mi casa el martes de Carnaval, cuando vino una gran turba que entró a la casa de Benjamín Constable y la saqueó. Luego vinieron a la mía y el principal de ellos, Thomas Horton, con un martillo enorme destrozó la puerta, abriéndola (a pesar de que le había rogado que me que me permitiera abrirla con la llave) y jurando que si no me salía de su camino me golpearía.

A su vez, Richard Adams rompió la ventana con una barra de hierro y entró. Luego entró la turba por ambos lados, saqueando y rompiendo cosas y también robando. Algunos vecinos intentaron ayudar llevándose las cosas, pero no lo lograron.

25. Yo, Edward Slater, de Wednesbury, fui informado antes de anoche que los revoltosos pensaban saquear mi casa al día siguiente. Entre las diez y las once del martes, estando yo en el campo, los vi bajar hacia el pueblo con cachiporras y otras armas, camino a lo del señor Eaton. Luego los mineros, blandiendo cachiporras, dieron grandes gritos y se pusieron a romper las ventanas, a fin de entrar. Los primeros que entraron subieron y comenzaron a tirar por las ventanas de los dormitorios todo lo que encontraban, y Henry Old las destrozaba con su hacha. Vi a muchos salir con los bolsillos llenos de todo lo que habían podido juntar. Me fui caminando por el campo hacia mi casa, me metí en un pequeño valle y allí me puse a leer parte de un capítulo de la Biblia, y a orar por ellos. Luego me levanté; vi la luz dentro de mi casa y que las dos puertas y ventanas estaban siendo despedazadas. Después que habían saqueado otras casas, los vi marcharse por la calle, cargados de bronce, peltre y ropa de casa.

26. De acuerdo a su pedido, le envío algunos datos de lo que hizo la turba el martes de Carnaval. Cuando oí decir que estaban en el pueblo, rompiendo y robando todo lo que encontraban, saqué nuestras camas y la ropa, lo oculté todo entre los setos a unas sesenta varas de mi casa, y desde allí me puse a observar lo que ocurría.

Cuando llegaron, comenzaron rompiendo las ventanas. Entraron y robaron todo lo que pudieron. Buscaron las camas hasta que las encontraron, junto con la ropa. Se llevaron todo lo que consideraron valía la pena. Fui vadeando el arroyo, para intentar salvar cosas mías que un hombre estaba sacando de la zanja en que las había escondido. Su nombre era David Garrington. Me dijo que «sería lo mismo aquí como era en Irlanda», pues «pronto habría una matanza», y que él deseaba que fuera «ahora mismo».

Cuando se fueron todos, mi esposa, mis dos niños y yo volvimos a casa, encontrándola totalmente abierta. Faltaban las dos puertas y todas las ventanas, y las vigas centrales estaban rotas. Como estábamos mojados y con frío, juntamos astillas (lo que quedaba de nuestras cosas) e hicimos un fuego. Pero, debido al viento, el humo llenó la habitación de tal modo que no podíamos soportarlo. No sabíamos qué hacer, hasta que uno de nuestros vecinos nos mandó avisar que podíamos ir a su casa. Pero hubo alguien que fue a Walsall al día siguiente y le avisó al dueño de la casa, el cual vino y les dijo a nuestros vecinos que debían echarnos. Esto nos hizo sentir que quizá ya no habría en todo el país un hogar donde se recibiera a un metodista.

El miércoles de ceniza yo estaba ayudando al señor Eaton a retirar algo de trigo que los revoltosos no habían encontrado el día antes, cuando apareció el señor William

Horton con un papel en la mano y unas cien personas detrás suyo. Insistió en que el señor Eaton lo firmara, pero éste rehusó hacerlo. Entonces me asieron y juraron que yo tenía que hacerlo. Les dije que no lo haría. Me agarraron del cuello, me sacudieron, me rasgaron la camisa y el chaleco, me empujaron de uno a otro y me preguntaron: «¿Ahora firmarás?» Les contesté, «¡No!» Me pusieron una cuerda alrededor del cuello y juraron que me colgarían. Otros gritaban, «¡Mejor arrastrarlo por el arroyo!» Pero uno arrebató la cuerda y me la quitó diciéndome que si no quería firmar, que me ocupara de mis cosas. No obstante, me siguieron, apedreándome. Pero por la providencia de Dios no me hicieron ningún daño.

John Turner
5 de marzo de 1744

27. Habiendo tenido noticias de que venía la turba, yo, William Sitch, de West Bromwich, y mi esposa (que había dado a luz hacía sólo dos semanas) consideramos que lo mejor sería salir de la casa y dejársela. Mi esposa y el bebé se vieron obligados a permanecer a la intemperie, dado que nadie se animó a acogerlos, aunque un hombre por fin lo hizo, pero poco después lo convencieron de que les echara.

Los revoltosos saquearon mi casa varias veces e hicieron todo el daño que les fue posible. Pero, bendito sea Dios, yo sentía que podía regocijarme íntimamente. El ha dicho, «Tal como sea tu día, así te daré fuerza». Y nunca experimenté el cumplimiento de esa promesa mejor que en esa oportunidad.

William Sitch

28. El martes de Carnaval, después que pasaron dos grupos numerosos de revoltosos, cuatro o cinco de ellos volvieron para ir a lo de mi vecino, Jonas Turner. Otra mujer y yo los seguimos para ver qué iban a hacer. Primero rompieron las ventanas y la puerta, y luego entraron a la casa. Al poco rato, desde la ventana del dormitorio arrojaron una caja, jurando que matarían a quien la tocara. Seguidamente lanzaron una Biblia y uno de ellos salió y con furia la rompió con su hacha.

Mary Turner, de West Bromwich

29. Los primeros que llegaron a mi casa (soy Thomas Parkes, de West Bromwich) el martes 7 de febrero, a los que encontré a la puerta, fueron cinco, portando grandes cachiporras. Exigieron saber si me negaría a escuchar a estos predicadores. Les respondí que no, porque yo creía que hablaban la verdad de Jesús, y si yo la negara estaría negando al que los mandó. Me dijeron que si no lo hacía, saquearían mi casa. Yo repliqué que tendrían que responder ante el tribunal de Dios, y que allí me encontraría con ellos. Les pregunté si yo les había causado algún daño. Dijeron que no, pero que querían que permaneciera en la iglesia. Les dije, «Algunos de ustedes tal vez sepan que participo del culto con los disidentes; pero amo al bueno, vaya donde quiera, porque hay una sola iglesia de Cristo; y si uno no pertenece a esa iglesia, más le valdría no haber nacido.»

También les dije, «Dios me ha dado libertad de conciencia, y también lo han hecho el Rey y el Parlamento, y espero que mis vecinos lo hagan también. Pero si no es así, el día vendrá cuando perseguidos y perseguidores comparecerán juntos; y si ustedes me hacen mal ahora, en ese día Dios me compensará.»

Mientras les hablaba tomé sus cachiporras y pareció que mis palabras les habían impresionado un poco. Pero para ese entonces se había formado un grupo muy grande, que se dedicó a romper las ventanas y la puerta y entraron en tropel, causando los destrozos habituales.

Pero aquí el Señor no les permitió ir tan lejos como en otras casas, y apoderándose con rapidez de las cosas que yo tenía para mi esposa, mis siete hijos y para mí, se fueron.

Con todo, por fin logré convencer a algunos, para que dejaran de saquear. Pero dijeron que debía firmar su papel. Les dije que se vestían del nombre de protestantes, pero que sólo un espíritu papista intentaría atar las conciencias. Así que encomendé mi causa a Dios, y me alejé de mi casa y de ellos.

Mientras iba andando, una mujer que se considera cristiana me dijo que ahora yo podría ver que Dios estaba en contra mío. Le repliqué que ahora era cuando sentía que Dios estaba conmigo, y que no me amaba menos por esto puesto que Dios amó a Job cuando estuvo en el estercolero con tan sólo un tiesto, tanto como cuando vivía en grande abundancia. Pensé que en efecto lo que me estaba diciendo era que blasfemara a Dios y me muriera. ¡Que el Señor haga de ella una cristiana!

Al llegar a mi casa y encontrarla en ruinas, no sentí en mi corazón otra cosa que amor a mis perseguidores. Tampoco dudé del amor de Dios hacia mí. ¡Todas mis entrañas alaban su santo nombre!

Cierto día, seis u ocho revoltosos me rodearon y dijeron que iban a hacer una ley y que todos debíamos jurarla. Yo les dije que sólo me sometería a las leyes de Dios y mi Príncipe, pero que no podía obedecer las leyes del

demonio. Uno de ellos juró que rompería mis ventanas nuevamente. Le pregunté si había escuchado que Jesucristo hiciera eso alguna vez, y cómo podía él atreverse, cuando tendría que contestarle en el tribunal, a lo que respondió con su silencio.

30. El martes de Carnaval, alrededor de las once, Sarah, la esposa de John Sheldon, de West Bromwich, avisada de que la turba iba para su casa, salió y los esperó en el portón. El señor S____, el señor J.____, y el señor S_____ L_____, corneta, iban delante del grupo. Ella le preguntó a John Baker quién los capitaneaba y a qué habían venido. El le respondió que si se comprometía a no tener más nada que ver con esas personas, no tocarían absolutamente nada de sus pertenencias. Ella permaneció en silencio. Entonces forzaron la entrada y comenzaron a romper y saquear. A uno que salía con una pala para el fuego ella le rogó que no se la llevara. El hombre juró que si decía una palabra más le haría saltar los sesos.

Cuando terminaron de robar en la casa, fueron a revisar el granero. Había allí algunas cosas escondidas que ella pensó que ahora también seguirían el mismo camino que lo demás. Sin decir nada, entró a la casa arruinada y se sentó tranquila a esperar. Uno de los hombres del grupo, tan amargado como los demás hasta ese momento, insistió en que no se arrancaran las estacas de las vacas, de modo que no buscaron más; pero como en eso vieron un ternero, lo golpearon y lastimaron de tal modo que al fin tuvieron que matarlo.

Mientras todo esto ocurría, John Sheldon estaba ayudando a Thomas Parkes a esconder sus cosas, aunque mientras hacía esto, sabía que estaban rompiendo las suyas, por el ruido que se oía. Alrededor de las tres volvió a su

casa con William Sitch. William le preguntó a Sarah cómo se encontraba, mientras que le decía que él había aceptado con júbilo el saqueo de sus cosas. Sarah le contestó que no podía regocijarse al ver tanta maldad, pero que bendecía a Dios por ayudarla a soportarla con paciencia, y no sentía ninguna ira dentro de sí. John Sheldon, mirando el daño que habían hecho, sonrió y dijo, «Vaya extraña obra». Su esposa le comentó que si ella hubiese acatado las condiciones, no hubieran experimentado ningún daño. A lo que respondió que si hubiera encontrado todo sano gracias a eso, no hubiera estado tranquilo por el resto de su vida, pero que bendecía a Dios porque ella había preferido padecer el daño ocasionado.

31. La muchedumbre continuó aumentando sus desmanes durante seis días. El daño que ocasionaron en Wednesbury y sus alrededores fue como mínimo el que sigue: [*Sigue entonces una lista de 33 damnificados, con un cómputo total de 504 libras, 7 chelines y un penique. Nota del Editor.*]

32. Yo, Benjamín Constable, fui convencido de ir al Juez de Paz, debido a una denuncia de la esposa de Joshua Constable por abusos que había sufrido al dirigirse por el campo de Wednesbury a Darlaston. Ella hizo juramento en contra de cinco hombres ante el señor G_____. La denuncia fue hecha efectiva en el caso de uno de ellos que estaba presente, pero el juez se negó a aplicar la condena correspondiente mientras no se presentaran ante él los cuatro restantes. El hombre, al volver a su casa, envalentonó a la turba y esa misma noche fueron a la casa de John Constable, destrozando buena parte de la misma y todas sus pertenencias. Esto me pareció correcto informarlo a la justicia.

Una segunda cosa que me indujo fue que el último día de enero vinieron a mi casa Henry Old, Francis Longmore y Thomas Baylis, a exigirme dinero, o de lo contrario entrarían a romper todo. Como era de día y no eran muy fuertes (aunque blandían grandes cachiporras), rechacé hacerlo.

Mandé preguntar al policía de Darlaston si arrestaría a los otros cuatro. Me contestó que no lo haría por temor a que le destrozaran su casa.

El 2 de febrero fui a ver al señor G_____ y le hice todo el relato, diciéndole que amenazaban destrozarnos las casas el 7 de febrero. Me contestó en forma ruda, preguntándome qué quería yo que él hiciera, pues no podía hacer otra cosa que dar curso a la denuncia, pero que si el policía no quería o no podía ejecutarla, él no podía remediarlo. Le dije que deseaba que escribiera unas líneas a los oficiales de Wednesbury y de Darlston, para que se esforzaran por desanimar cualquier levantamiento el martes; pero rehusó hacerlo, y agregó que si no podíamos ponernos de acuerdo entre nosotros, que debíamos «irnos al diablo de cualquier forma que nos pareciera».

33. John Bird, de Wednesbury, en el condado de Stafford, carpintero, está preparado para jurar que él, junto con William Mumford y Mary Bird, el día 10 de abril del corriente año, fue a la casa de W_____ G_____, Juez de Paz, con el fin de que diera orden de arresto contra algunos de los principales revoltosos que últimamente han ocasionado grandes daños a este exponente y a diversas personas más; pero que dicho juez ha rechazado cualquier denuncia contra tales personas. Expresa que William Mumford también demandó a los mencionados revoltosos por daños que le han ocasionado, a lo que el juez le ha

contestado que eran metodistas, y luego de varias palabras ha rehusado concederla; que el 13 del corriente, este exponente junto con William Mumford y Mary Bird fueron a la casa de J____ D_____, Juez de Paz en dicho condado, y le solicitaron que les concediera una orden de arresto contra algunos de los revoltosos, lo cual dicho juez se negó a hacer; que el día 17 del corriente, este exponente, junto con Mary Bird fueron a la casa de W_____ P_____, Juez de Paz de dicho condado, y solicitaron una orden de arresto contra algunos de los revoltosos, a lo cual dicho juez contestó airadamente que no habría órdenes ni denuncias, y agregó que los jueces de paz de la localidad se habían puesto de acuerdo y decidido esto. Y este exponente dijo que él mismo había soportado daños ocasionados por los revoltosos por valor de cincuenta libras y más; y que ni él ni ninguna otra persona que ha soportado daños pueden traer dichos revoltosos ante la justicia, porque los Jueces de Paz arriba mencionados se niegan a ordenar las detenciones pertinentes.

¡Tal es la libertad de conciencia que los protestantes se conceden mutuamente! ¿No lo ve aquél que está por encima de los más altos?

34. Miércoles 19 de octubre de 1743. Yo, Juan Wesley, vine a Birmingham, de camino a Newcastle. El jueves 20 de octubre, varias personas de Wednesbury insistieron en que las visitara. Cedí a su importunidad y fui. En la tarde me encontraba en lo de Francis Ward, sentado escribiendo, cuando surgió un grito de que la turba de Darlaston estaba acosando la casa. Llamé a todos los que estaban dentro y oramos a Dios pidiéndole que *esparciera a*

los que se complacen en la guerra.[5] Y así ocurrió. Se separaron de tal manera que en media hora la casa quedó completamente libre. Pero antes de las cinco volvieron con más gente al grito de «¡Saquen afuera al ministro!»

Pedí que entrara el capitán de la turba a la casa. Luego de un breve intercambio de palabras el león se tornó como un cordero. Entonces le pedí que trajera uno o dos de los más airados de sus compañeros. Así lo hizo, y en dos minutos la forma de pensar de ellos también cambió. Entonces solicité a los que se encontraban en la habitación, que abrieran paso para que pudiera ir fuera entre la gente. Tan pronto como me coloqué en medio de ellos les dije: «Aquí estoy, ¿qué desean de mí?» Muchos gritaron: «¡Queremos que vaya con nosotros al juez!» Respondí: «Lo haré de todo corazón.» De modo que me puse al frente, seguido de dos o trescientos de ellos, camino a Bentley Hall, a dos millas de Wednesbury. Pero allí salió un empleado a decirles que no se podía hablar con el juez Lane. Aquí se detuvieron, hasta que uno sugirió ir al juez Persehouse, en Walsall. Eran más de las siete de la tarde cuando llegamos a su casa, pero también mandó decir que estaba en cama y no se le podía hablar.

Todos estaban bastante de acuerdo en retornar a sus hogares, pero no habíamos andado cien varas cuando una turba de Walsall llegó como una inundación. Los de Darlaston los enfrentaron durante un rato, pero a poco, como algunos habían sido derribados y otros estaban maltrechos, el resto salió corriendo y me dejaron en manos de la turba.

---

[5] Sal.68.30.

Intentar hablar fue en vano, dado que el ruido era como una ciudad en una tormenta. Así que me llevaron hasta la ciudad, a unos cientos de varas. Al ver la puerta de una casa abierta, intenté entrar; pero un hombre me sujetó por el cabello (había perdido mi sombrero al principio) y me llevó de vuelta al centro de la muchedumbre, que parecía un conjunto de leones rugientes. Me llevaron rápidamente de allí, por la calle principal, de una punta a la otra del pueblo. Mientras, continuaba hablando a los que tenía cerca sin sentir dolor ni cansancio. En la zona oeste del pueblo, al ver una puerta medio abierta, me dirigí a ella y hubiera entrado, pero un caballero que había en el negocio no lo permitió, diciendo que le tirarían abajo la casa si yo entraba. No obstante, me quedé allí de pie y pregunté: «¿Están dispuestos a escucharme hablar?» Muchos gritaron: «¡No, no, rómpanle la cabeza!» Pero otros dijeron, «Primero vamos a escucharle hablar». Comencé preguntándoles: «¿Que mal les he hecho a ustedes? ¿A quién entre ustedes he dañado de palabra o de hecho?» Y continué hablando hasta quedarme sin voz. Entonces la turba levantó su voz nuevamente, muchos de ellos gritando: «¡Tráiganlo con nosotros, tráiganlo aquí!»

Pero yo, sintiendo renovadas mis fuerzas, comencé a orar en voz alta. Uno de los hombres que había encabezado la muchedumbre antes, se dio vuelta y me dijo: «Señor, sígame; nadie le tocará un cabello de su cabeza.» Dos o tres más confirmaron sus palabras. Al mismo tiempo el alcalde (¡pues era él el que estaba en el negocio!) dijo en alta voz: «¡Qué vergüenza! ¡Déjenlo ir!» Un carnicero honesto también dijo algo en ese sentido y apoyó sus palabras sujetando a tres o cuatro de los más amenazadores. Entonces la gente se dividió a la derecha y a la izquierda, y

los tres o cuatro hombres que habían hablado me ubicaron entre ellos, declarando enérgicamente mientras caminaban que derribarían de un golpe a quien osara tocarme. A pesar de ello, en el puente, el populacho se enardeció nuevamente, pero nos fuimos por un costado y a través de las praderas, hasta que, pasadas las diez de la noche, Dios me hizo llegar a salvo a Wednesbury, habiendo perdido sólo parte de mi chaleco y algo de la piel de una mano.

Nunca antes había visto tal secuencia de providencias, tantas pruebas convincentes de que la mano de Dios guarda a toda persona y cosa, anulando todo aquello que no le parece bueno.

Entre éstas no puedo menos que estimar las circunstancias siguientes: (1) Que intentaron hacerme caer infinidad de veces, al ir camino abajo por las colinas, por el pasto mojado y resbaladizo, seguros que si caía, difícilmente me volvería a levantar. Pero ni resbalé ni tropecé una vez, hasta que pude librarme de sus manos. (2) Que aunque hicieron lo posible por mantenerme sujeto por el cuello de la camisa, o de la ropa, no podían sujetarme; parecía como si sus manos se resbalaran sin poder evitarlo. Solamente un hombre, que me quiso asir de la tapa del bolsillo del chaleco, se quedó con la misma en la mano; la del otro bolsillo, en el que tenía un billete de veinte libras, sólo se rompió un poco. (3) Que un hombre robusto detrás mío me intentó golpear varias veces con una vara grande de roble, que si me hubiera dado una vez en la cabeza sin duda no hubiera vuelto a predicar, pero cada vez se le desviaba el golpe, no sé cómo, ya que yo no me podía mover ni a derecha ni a izquierda. (4) Otro vino hacia mí con el brazo levantado para herirme, pero dejando caer el brazo, me acarició la cabeza y dijo: «¡Qué cabello suave tiene, no tengo el valor de lastimarlo!»

(5) Que fui derecho a la puerta del alcalde, cuando me libré por un momento, como si hubiera sabido que era él quien estaba allí mirando, que fue lo que frenó en el primer momento la furia de la muchedumbre. (6) Que nadie, que yo sepa, pudo culparme de nada, ni falso ni verdadero, demostrando que en el apuro olvidaron proveerse de alguna acusación. Y por último que todos estaban sin saber qué hacer conmigo y nadie propuso nada. El clamor era «¡fuera con él! ¡a matarlo!» pero ninguno dijo en qué forma; sólo uno o dos (casi tiemblo al contarlo) vociferaron: «¡Crucifiquen al perro, crucifíquenlo!»

¡De qué manera lenta y pausada nos prepara Dios para hacer o sufrir su voluntad! Hace dos años, uno me arrojó un trozo de ladrillo que me raspó el hombro, pero no me lastimó. Un año después una pedrada me dio entre los dos ojos, pero la leve lastimadura curó rápidamente. En todo ello nadie pudo posesionarse de mí. El mes pasado, en St. Ives, recibí un golpe (el primero en toda mi vida) en un costado de la cabeza; y esa noche dos más, aunque no en la cabeza, uno al entrar al pueblo y otro en la pradera. Pero aun cuando un hombre me golpeó en el pecho con toda su fuerza y otro en la boca, haciéndome sangrar, no sentí más dolor que si me hubieran golpeado con una paja.

22 de octubre de 1743

«He aquí que vengo, oh Dios», si esta alma y este cuerpo pueden ser útiles para algo, «para hacer tu voluntad». Y si te place usar tu poder sobre polvo y ceniza, sobre carne débil y sangre, sobre un vaso quebradizo de barro, sobre la obra de tus manos, aquí están, para sufrir también según te plazca. Si te place visitarme, ya sea con dolor o deshonor, me *humillaré a mí mismo* y por tu gracia

seré *obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*.[6] Sea lo que sea que me acontezca, tanto si viniere de mis prójimos como de extraños, dado que eres tú el que los empleas, aunque ellos no lo sepan (a menos que tú me ayudes a descubrir un medio legal de reparar el mal), yo no abriré mi boca ante el Señor[7] que me hiere, excepto para bendecirle. De aquí en adelante nadie podrá quitarme algo, ni la vida ni el honor, ni mis bienes, ya que estoy preparado para ofrendarlos en cuanto perciba que tú los requieres de mis manos. No obstante, *Oh Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya*.[8] Sean cuales sean los sufrimientos que desde ahora en adelante torturen mi carne, o cualesquiera agonías martiricen mi espíritu, *Oh Padre, en tus manos encomiendo*[9] mi vida y todo lo que le concierne. Y si te place que todavía viva un tiempo o no, yo inclinaré mi cabeza junto con mi Salvador; me humillaré bajo tu mano; desecharé todo lo que te plazca pedir, hasta que finalmente *entregue mi espíritu*.[10]

---

[6] Fil.2.8.
[7] Jue.11.35-36.
[8] Lc.22.42.
[9] Lc.23.46.
[10] Jn.19.30.

Los principios de un metodista, mejor explicados

(En respuesta a la segunda carta del Rev. señor Church al señor Wesley. Segunda carta a ese caballero.)

Reverendo señor:

1. Mientras leía su primera carta pensé que volvería a recibir noticias suyas. Y esto no me disgustó, pues me daría una nueva oportunidad de sopesar las opiniones que pude haber aceptado sin pensarlo bien, como también los hechos que tal vez no había considerado lo suficiente. Observando las cosas a la luz de todo esto, no puedo menos que estimarlo, no como un enemigo, sino como un amigo que en algunos aspectos está mucho mejor cualificado para prestarme un servicio verdadero; es decir, mejor que aquellos que el mundo considera superiores, pero que pueden verse impedidos por sus prejuicios hacia mí, ya sea de determinar lo que es reprobable, o de usar esa libertad y sencillez de lenguaje que constituyen el requisito para convencerme a mí de ello.

2. Es, por lo menos, tanto con el propósito de aprender yo mismo, como de demostrar a otros lo que considero ser la verdad, que intento anotar algunas reflexiones sobre unos pocos párrafos del tratado que usted ha publicado recientemente. Y digo unos pocos párrafos, porque no es mi intención contestar cada frase, como tampoco lo fue en el caso anterior. Paso por alto muchas cosas que considero ciertas; otras porque no las estimo

esenciales, y otras más porque estoy decidido a no dejarme envolver en una controversia inútil, si no perjudicial.

3. El temor fue ciertamente una causa por la que decidí no hacerlo: temor, como lo dije en otro lugar, no de mi *adversario*, sino de *mí mismo*. Temo a mi propio espíritu, no sea que yo «caiga donde muchos más fuertes fueron muertos». Nunca conocí a nadie, (sólo uno), que escribiera controversia con lo que considero un buen espíritu. Cada contendiente parece creer (como todo soldado) que le está permitido herir a su oponente todo lo que pueda y que, para demostrar la superioridad de su causa, *debe* ocasionarle el mayor mal posible. Más aún, que para no le desmienta o tergiverse con premeditación, debe ridiculizarle tanto como sea capaz. Suponemos que es suficiente si no demostramos calor o pasión en contra de nuestro adversario. Pero el no despreciarle, o empeñarnos en que otros lo hagan, es una tarea de supererogación.

4. Pero ¿deberían ser así estas cosas? (Hablo dentro de un esquema cristiano.) ¿No debemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos? ¿Acaso una persona deja de ser nuestro prójimo porque tiene una opinión distinta, y así lo declara? ¿No deberíamos pues, ser con esa persona como quisiéramos que lo fuera con nosotros? Pero, ¿nos gusta a nosotros ser expuestos o colocados bajo la peor luz? ¿Aceptaríamos con gusto ser tratados con desprecio? Si no es así, ¿por qué lo hacemos con otros? Sin embargo, ¿quién opone escrúpulos a ello? ¿Quién no desacredita todo lo posible, por más ajeno que sea a los méritos de la causa? En una controversia, ¿quién extiende el manto del amor sobre la desnudez de su hermano? ¿Quién sostiene la atención firme y uniformemente en lo que se debate, sin jamás herir a su

adversario? ¿Quién demuestra en cada frase que ama a su hermano solamente menos que a la verdad?

5. Me temo que ni usted ni yo hemos logrado esto. Creo que el amor fraternal podría haber utilizado una expresión mejor que las de «deslealtad», «artero», o «falta de sinceridad»,[1] ya sea al no responder yo a *cada parte* de su libro (cosa que en ningún momento pasó por mi mente) o en no repetir *todas las palabras* de esas partes a las cuales respondí. Todavía no percibo ninguna culpa en esto. Aún considero *justo* y *correcto* pasar por alto lo que considero cierto, y lo que estimo que no está peligrosamente mal. Tampoco veo *falta de sinceridad* en citar solamente *la parte* de una frase contra la cual considero que radica la objeción; como tampoco en *abreviar* parte alguna de cualquier tratado al cual contesto, tanto en las palabras del autor como en las mías propias.

6. Si en realidad estuviera tan compendiado como para alterar el sentido, esto sería *injusto*. Y si esto se hubiera hecho intencionadamente, sería *artero* y *mal intencionado*. Pero no tengo conciencia de haber hecho nada de esto, aunque usted hable como si yo lo hubiese hecho mil veces. No obstante, no puedo emprender ahora tampoco la transcripción de todo su libro, o de cada página o párrafo al cual responda. Pero generalmente debo resumir antes de replicar; y eso no sólo para ahorrar tiempo (que no me sobra) sino, con frecuencia, para hacer más claro el argumento, que se entiende mejor cuando se expresa en pocas palabras.

7. Usted igualmente reclama por el hecho de que yo mencione todas juntas, frases que usted colocó distanciadas

---

[1] Términos éstos que Church había usado en su refutación contra Wesley.

unas de otras. Lo hago, pues creo que es justo unificar todo lo que antes estaba esparcido. Por ejemplo, ahora usted habla de las condiciones de la justificación en la página 18 y las siguientes; lo hace nuevamente en las páginas 89 hasta la 102; y aún otra vez en la 127. No tengo tiempo para seguirle a un lado y a otro. Por lo tanto, lo que digo sobre un asunto, lo coloco todo junto.

I. 1. Aclarado esto, me refiero ahora a la carta en sí. Comienzo como la vez anterior, con el caso de los moravos, de quienes usted dice:

Reuní todas las particularidades del carácter que usted había atribuido de estos hombres (...), los errores y los vicios de que los acusaba y de todo lo malo... que les habían hecho a los seguidores suyos. Y comprobé que en muchos casos usted había dado ocasión para estas maldades, lo que lo hace, en cierta medida culpable de ello. Veamos cómo responde a todo esto.

Respecto a los grados de negación de la fe, usted mencionó que la Iglesia Morava estaba libre de esta equivocación. Pero ¿no mencionó usted esto como uno de los principios de los moravos? ¿No decía usted que no podía estar de acuerdo con el señor Spangenberg, cuando dice «que nadie que está sujeto a alguna duda o temor tiene fe alguna»? ¿No dice usted que el señor Molther y otros moravos en Inglaterra enseñan lo mismo? En síntesis, yo no he culpado a la Iglesia Morava de nada, sino que sólo repito lo que usted dice. Y si usted los acusó sabiendo que eran inocentes, debe cargar con la culpa.

«Ellos usan de las ordenanzas de Dios con reverencia y temor.»[2] Usted ha culpado al señor Spangenberg y al señor Molther de enseñar que debemos abstenernos de ellos. Y dice lo mismo, en general, de los Hermanos Moravos en la carta que les dirige: «el señor Molther después fue rápidamente llamado de vuelta a Alemania». Esto puede haber sido por otras razones. Usted no dice que haya sido por causa de sus doctrinas o procedimientos. Ni tampoco puede mantener eso si es coherente con sus siguientes palabras: «La gran falta de la Iglesia Morava parece radicar en el hecho de no rechazar abiertamente todo lo que él [Molther] ha dicho; lo cual probablemente hubieran hecho, de no haberse inclinado a la misma opinión.»

Usted nunca supo sino de «un dirigente de la Iglesia Morava que afirmaba que el creyente no crece en santidad». Pero ¿quién fue ése? Nada menos que el Conde Zinzendorf, el gran obispo y patrono, cuya autoridad es muy alta para todos ellos y a quien usted cree «le prestan *demasiado* respeto».

---

[2] Aquí Church citaba lo que Wesley había escrito anteriormente contra él.

2. Esta es toda la respuesta suya a esta parte de mi réplica. La consideraré parte por parte.

Primero: «Referente a los grados de negación de la fe, usted menciona que la Iglesia Morava estaba libre de esta equivocación. Pero ¿no mencionó esto como uno de los principios de los moravos?» No, no de los moravos en general. «¿No dice usted que no podía estar de acuerdo con el señor Spangenberg, cuando afirma que nadie que está sujeto a duda o temor tiene fe?» Sí, todavía digo esto. Pero el señor Spangenberg no es la Iglesia Morava. «¿No dice usted que el señor Molther y otros moravos en Inglaterra enseñan lo mismo?» Sí, lo digo; son tres o cuatro en total, pero ellos tampoco son la Iglesia Morava. «En síntesis, que no he culpado a la Iglesia Morava de nada, sino que sólo he repetido lo que usted dice.» Por cierto que usted lo ha hecho, en el propio caso ante nosotros, culpándolos de afirmar que «existen grados de negación de la fe». Yo no los culpo de esto. Los libré abiertamente de un cargo semejante hace casi seis años. «Si, por tanto, *usted* los ha acusado cuando sabía que no eran culpables, debe cargar con la culpa.» En este caso debo rogarle a usted que la cargue en mi lugar, porque yo no los he acusado (a la Iglesia Morava). Es *usted* quien los ha acusado; yo he declarado repetidamente que *no son culpables*.

En segundo lugar: «'Ellos cumplen los preceptos de Dios con reverencia y temor.' Usted ha culpado al señor Spangenberg y al señor Molther de afirmar que debemos abstenernos de ellos.» ¿Que *nosotros* debemos abstenernos? No, que *los no creyentes* debieran hacerlo. La afirmación se refiere a ellos solamente. «Y lo mismo dice usted en general de los Hermanos Moravos en su carta.» Yo digo que ellos

sostienen que «los no creyentes debieran abstenerse de ellos». Pero, sin embargo, yo sé y doy testimonio que ellos mismos los utilizan, y lo hacen con reverencia y temor de Dios. «'El señor Molther fue rápidamente llamado a Alemania.' Esto podría ser por otras razones. Usted no dice que fue debido a objeciones a sus doctrinas o procedimientos.» Yo no lo digo porque no estoy seguro; pero creo que fue por un desacuerdo con *algunos* de sus procedimientos, si no con sus doctrinas también. «Ni tampoco puede mantener eso si es coherente con sus siguientes palabras: 'La gran falta de la Iglesia Morava parece radicar en el hecho de no rechazar abiertamente todo lo que él ha dicho'.» Ellos *rechazaron en privado* lo que él había dicho en cuanto a los grados en la fe. Pero yo creo que eso no fue suficiente. Y todavía creo que hubieran hecho más «si no se hubieran inclinado hacia la misma opinión» tocante a las ordenanzas.

En tercer lugar, «usted nunca conoció 'más que a uno de la Iglesia Morava que afirmara que el creyente no crece en santidad'. Pero ¿quién era éste? Nada menos que el Conde Zinzendorf, su gran obispo y patrono, cuya autoridad es muy alta para todos ellos, y a quien usted cree que 'prestan demasiado respeto'.» ¿Comprende usted dónde está el peso del argumento? Nunca escuché a ningún moravo afirmar esto, excepto al propio Conde; y a él una sola vez; y esa sola vez fue en el calor de una discusión. De ahí que deduje que no era una doctrina de la Iglesia Morava. Y dudo que fuera el juicio asentado del propio Conde.

3. Pero todavía no puedo dar por terminada mi discusión sobre sus palabras. Ahora me corresponde a mí quejarme del uso injusto, de la forma poco convincente, quebrada e imperfecta en que cita mis palabras. Por

ejemplo, su cita dice así: «Usted nunca supo de más de uno de la Iglesia Morava que afirmara que el creyente no crece en santidad». Pero mis palabras son éstas: «Nunca supe de nadie de la Iglesia Morava excepto a esa persona, que afirmara que el creyente no crece en santidad. Y tal vez no lo hubiera afirmado si hubiera reflexionado.» Dígame, ¿por qué cambió la primera parte de la frase y simplemente se desentendió la última? Si en su tratado apareciera tal como está en el mío, hubiera estado claro que aquí no acuso a la Iglesia Morava.

Asimismo me quejo de su manera de replicar al primer punto de este mismo párrafo. Porque usted no cita ni una línea de la respuesta que pretende refutar. Mis palabras son: «Usted no debiera acusar a la Iglesia Morava por el primero de éstos (errores), dado que en la misma página de la cual usted cita la frase, 'No existe fe justificadora donde se manifiesta alguna duda' aparece esta nota: 'En el prefacio del 2º *Diario*, la Iglesia Morava queda libre de este equívoco'.» Si usted hubiese citado estas palabras ¿podría haber agregado: «yo no he culpado a la Iglesia Morava de nada, sino que simplemente repito lo que usted dice»?

4. [A]. Hasta aquí he examinado una página de su respuesta en la forma que usted parece exigir. Pero no pretenderá usted que le siga de esta manera, paso a paso por las ¡ciento cuarenta páginas! Si usted considerara que vale la pena responder una segunda vez, y me siguiera de la misma forma, podríamos por cierto escribir, pero ¿quién lo leería? Por lo tanto, vuelvo a mi propósito inicial, es decir a tocar solamente los puntos que parezcan de mayor importancia, y dejar el resto como esté.

4. [B]. Usted dice, «Respecto a sutilezas, evasivas y deformaciones, *ahora* usted quiere dar a entender que sólo encontró esto 'en muchos de ellos, no en todos, ni en la mayoría'.» «¡Quiere dar a entender *ahora*!» Sí, y *siempre*, lo mismo que *ahora*. Porque mi acusación original fue: «He encontrado esto en muchos de ustedes», es decir, «muchas sutilezas, muchas evasivas y deformaciones». Pero usted agrega:

> Que el lector juzgue de las palabras siguientes si usted no culpó de estos delitos en forma general a los moravos: «Tuve una conferencia larga con aquéllos a quienes estimo altamente con amor. Pero no podía aún entenderles en un punto, es decir, en la apertura cristiana y en la llaneza de su palabra. Abogaban por una reserva tal y una intimidad de conversación... Sin embargo, apenas sabía qué pensar, dado que ellos tenían la práctica de toda la Iglesia Morava de su parte.

Es verdad que ellos buscaban una reserva en la conversación que, aunque yo en manera alguna apruebo, sí respeto. Pero no dije que usaran de «muchas sutilezas, muchas evasivas y deformaciones», y de esto no me atrevería a acusar a toda la Iglesia Morava. Además, las palabras «Hay oscuridad y reserva en todo su comportamiento, y astucia en casi todas sus palabras», las dije, no de todos los moravos, ni de la mayoría, sino de los que estaban entonces en Inglaterra. No podía incluirlos a todos, ya que nunca encontré ningún engaño en Christian David, ni en Michael Linner, ni en muchos otros.

5. «Ahora hemos de ver cómo supera usted la objeción que le concreté en tres aspectos en cuanto a que usted ha preparado el camino para la propagación de estos principios. En el primero no dice nada digno de mención...; el segundo lo cita muy parcialmente, 'aprobando y elogiándolos'. ¿Y por qué no agrega 'y siendo la ocasión de que tantos de ellos vinieran a estar con nosotros'?» Porque yo no era la ocasión. Por cierto que yo era el primer inglés

que jamás había estado en Herrnhut. Pero antes de ir yo a esa ciudad (según supe después), el Conde mismo había visitado Inglaterra.

«Usted todavía cree que, 'aparte de unos miles de nuestra propia iglesia, el cuerpo de la Iglesia Morava, a pesar de lo equivocados que están algunos de ellos, son, en su mayor parte, los mejores cristianos del mundo'.» Lo creo, «de todos los que he visto». (No debe usted omitir estas palabras.) «Esos terribles errores y delitos aquí se suavizan, como meros desaciertos». (Yo los considero errores de juicio y práctica.) «He comprobado que ustedes han acusado a todo el cuerpo de esto.» Hasta el presente la prueba no llega a ser demostración. Es necesario algo más para probar que yo haga recaer «terribles delitos» sobre todo el «cuerpo de los moravos».

Todavía no veo inconsistencia alguna en esos informes de mi intercambio con los moravos, que usted considera irreconciliables entre sí. Que quien lo quiera hacer, lo lea en el *Diario*, y juzgue.

6. «Usted había dicho que sus 'objeciones entonces eran casi las mismas que actualmente'.» Pero ahora agrega:

«sólo con esta diferencia; entonces yo no estaba tan seguro de que los hechos eran como suponía. No me atrevía a determinar nada.» ¿No, ni cuando conversando con ellos vio estas cosas? Por cierto que los hechos son de tal naturaleza que no se podía menos que estar seguro si eran verdad. Las preguntas en su carta tampoco denotan duda alguna en cuanto a su veracidad, sino que son muchos llamamientos a sus conciencias, y equivalentes a enfáticas aseveraciones. Y si usted no estaba seguro, si no se atrevió a determinar nada concerniente a lo que vio, el hecho de que usted escribiera de esta manera meras sospechas sobre un grupo de personas, fue inexcusable. Por lo tanto esta excusa no le servirá.

Me temo que sí. «En ese entonces (septiembre de 1738) yo no estaba seguro que los hechos fueran como yo suponía. De ahí que no me atreví a determinar nada.» Tenga la bondad de agregar las siguientes palabras: «Pero desde el

1º de noviembre de 1739 vi más y más cosas que no podía reconciliar con el evangelio».

Si usted no hubiera omitido esas palabras, no hubiera tenido en qué basarse para criticar el que yo dijera, «No me atreví a determinar nada». «¿No? ¿Ni cuando conversando con ellos *vio* estas cosas?» No. No «me atreví a determinar», en septiembre de 1738, en base a lo que vi en noviembre de 1739. «Pero los hechos son de tal naturaleza que no se podía menos que estar seguro si eran verdad.» Yo no puedo creerlo así. «¿No es el Conde el todo entre ustedes? ¿No alaba usted su iglesia un poco en demasía? ¿No utiliza usted en muchos casos astucia y simulación?» Estos supuestos «hechos» de no son de tal naturaleza que quien se mueva (aun íntimamente) entre los moravos «no puede sino estar seguro de ellos». «Las preguntas de su carta tampoco implican duda alguna de su veracidad.» ¿No? ¿No se encuentran mis propias palabras antes de todas esas preguntas: «De algunas otras cosas estoy en *duda*... Y desearía, *con el fin de eliminar esas dudas*, que usted... claramente contestara si el hecho es tal como yo creo». «Pero estas preguntas son sino otros tantos llamados a sus conciencias.» Cierto. «Y equivalentes a enfáticas aseveraciones.» Completamente falso. «Si usted no hubiera estado seguro, si no se atrevió a determinar nada concerniente a lo que vio» (quince meses después), «el hecho de que usted escribiera de esta manera meras sospechas sobre un grupo de personas, fue inexcusable.» Ya había *fuertes indicios* en aquel entonces; por lo cual no escribí a un grupo de personas a las cuales tenía en gran estima, ni siquiera en la forma más tierna, hasta que me aseguré que no eran infundadas.

7. «En una nota al pie de la página 8, usted hace esta observación: ‘La Sociedad de Londres comenzó el 1º de mayo, algún tiempo antes de mi viaje a Alemania’. ¿Insinuaría usted que no la organizó imitando a los moravos?» Señor, le diré la verdad desnuda. Usted hizo el siguiente comentario: «Usted se molestó en hacer un viaje a Alemania para verles, y quedó tan encantado con sus métodos que *a su vuelta* aquí organizó las sociedades de ellos entre sus discípulos.» Esta fue una gran equivocación, porque esa clase se organizó, no sólo *antes* de mi *regreso*, sino *antes* de que yo me *marchara*, e intenté redactar esa nota de manera de *darle a entender a usted* esto, sin que todo el mundo se enterara de su error.

«Me imaginé que, en el supuesto caso que su informe sobre los moravos fuese cierto, sería imposible que algún cristiano serio dudara de su maldad.» Conozco muchos cristianos serios que creen que mi informe es cierto, pero que, no obstante, los consideran básicamente buena gente. «Tomando todo el cuerpo en conjunto, no se puede pensar en un grupo de personas de peor índole.» Intentémoslo: He aquí un grupo de personas que no tienen ni una chispa de justicia, ni de misericordia, o de verdad entre ellos; personas que han perdido todo sentido del bien y del mal; que no practican la sobriedad, ni la templanza ni la castidad; que son en general mentirosos, bebedores, glotones, ladrones, adúlteros o asesinos. No puedo evitar pensar que este grupo es mucho peor que el de los moravos. «Permita que el lector juzgue hasta dónde puede usted defenderlos *ahora*.» Puedo defenderlos tanto como lo hice al principio. No obstante no me atrevo a condenar lo bueno que hay en ellos; pero tampoco disculparé lo que es malo.

8. «'Los moravos se destacan por su comportamiento amable. ¿Cómo? ¿Aunque utilicen la astucia y la simulación?» Sí. «'¿Dónde está su multitud de errores?' En su propio *Diario*... Me he tomado el trabajo de juntarlos en solo un lugar en mis *Remarks*, cuya precisión usted, con todo su ingenio, no puede negar.» Usted se ha tomado la molestia de transcribir muchas palabras, todas las cuales unidas, equivalen a esto: que en general sostienen la *salvación universal*, y que en mi opinión, son en parte *antinomianos* y en parte *quietistas*. Si no me equivoco, la exactitud de algunos de sus comentarios ha sido bastante bien refutada. En cuanto a lo que usted dice, en este y en otros lugares, sobre mi «ingenio», mi «sutileza» y demás, yo lo interpreto nada más ni nada menos que como una forma civilizada de *insultarme*.

«'En cuanto a esta multitud de delitos, los desconozco totalmente.' Entonces, los ha acusado injustadamente. ¿Qué son el engaño, etcétera? Yo considero que el engaño consiste en despreciar la abnegación, aun en las cosas más pequeñas, y que enseñar que quienes no tienen la seguridad de la fe no pueden utilizar de las ordenanzas de Dios, particularmente de la Cena del Señor, constituye una falta que no puede excusarse. Pero no considero que en todo ello haya una «multitud de delitos». Tal aseveración es una hipérbole vehemente.

Usted dijo que «el honor de la religión y de la virtud fueron pisoteados». Yo respondí: «¿Por quienes? No por los moravos.» Usted contesta: «Y sin embargo usted ha acusado a algunos de éstos de desacreditar todos los medios de gracia.» No, de lo que los acusé fue de que estaban enseñando que un incrédulo (en el sentido en que ellos emplean la palabra), debería abstenerse de ellos. «'Tampoco

sabía ni pensaba ni decía que eran gente desesperadamente mala.' Pero su *Diario* está frente al mundo, al cual apelo preguntando si así no los ha representado.» ¿Pero cómo representa aquí su propio comentario y mi respuesta? Mi párrafo es como sigue:

Usted continúa:

«¿Cómo pudo conversar tanto tiempo y tan íntimamente con ellos, si según su propio informe, usted estaba enterado que los moravos eran gente desesperadamente mala?» ¡Por favor, señor! ¿Qué aseveración es ésta? «Los moravos, según *su propio informe* y *según su conocimiento* personal, eran gente desesperadamente mala, pero usted conversaba íntimamente con ellos.» ¡Totalmente falso e injurioso! Nunca presenté un informe tal. Conversé íntimamente con ellos en Savannah, como en Herrnhut; pero ni entonces ni en ningún otro momento *supe,* pensé o dije que eran gente desesperadamente mala. Yo creo y digo... justo lo contrario, es decir que aunque pronto «encontré entre ellos unas pocas cosas que no podía aprobar», no obstante creo que son «en lo principal, algunos de los mejores cristianos del mundo».

Luego de esto, ¿es *usted* la persona que se queja de mí por mis citas imperfectas y parciales?

Y agregué: «Me sorprende usted aún más al proseguir de esta manera: 'En el nombre de Dios, señor, ¿es el desprecio de buena parte de nuestro deber y de la totalidad de los preceptos cristianos lo que nos lleva a reaccionar de manera tan suave?' Señor, tal no es el caso. Esa acusación corresponde a los moravos tanto como una de asesinato.»

Usted responde: «Los señores Spangenberg y Molther han sido acusados por nombre. Si es falso, lo lamento por ellos y por usted.» ¿Acusados? Cierto. ¿Pero, de qué? Del desprecio por cada ordenanza cristiana, de prácticamente todo nuestro deber? De ninguna manera. El caso es sencillo: yo les acuso de una cosa, es decir, de «enseñar que un no creyente se debe abstener de las ordenanzas». Usted los acusa de otra cosa: de «condenar cada ordenanza cristiana, y casi la totalidad de nuestro

deber». Y esto usted me lo quiere atribuir a mí. Pero yo deseo se me dispense de ello.

9. Respecto a lo que dije en mi carta a la Iglesia Morava, «Usted puede impedir esto si quiere... por lo tanto, si usted no evita que ellos hablen así, significa, de hecho, que se están expresando de manera similar», debo señalar, (1) que esta carta está fechada el 8 de agosto de 1740, y (2) que desde ese entonces la Iglesia Morava en gran medida evitó que cualquiera de sus miembros se expresara de esa forma.

Usted continúa diciendo:

Usted distingue entre Hermanos Ingleses y los moravos. Estos Hermanos Ingleses presumo que debían ser sus seguidores. Luego los presenta como pervertidos por los moravos. Antes de que expresaran estas cosas malas, dice usted, se habían unido con estas personas, y actuaban bajo la dirección de las mismas. Si no las aprendieron de estos nuevos maestros, ¿de quiénes las aprendieron? Con seguridad que no de usted o de ningún otro metodista. De ahí que no puede desacreditar a los moravos sin condenar a su propia gente. Por lo tanto usted se ha extralimitado.

Tal vez no. Dice usted: «presumo que esos Hermanos Ingleses eran sus seguidores». No; y ésta es su primera equivocación. Yo solamente era un miembro privado de esa Sociedad. «Más adelante usted los presenta como pervertidos por los moravos.» Sí, lo hago. Pero todavía no me había conectado con ellos. «Antes de que hablaran estas cosas malas, se habían unido a esta gente y actuado bajo su dirección.» Este es otro error. No se unieron a esta gente, ni actuaron bajo su dirección hasta mucho después. «Si no lo aprendieron de sus nuevos maestros, ¿de quién lo aprendieron?... No puede desacreditar a los moravos, sin condenar a su propia gente.» Ellos lo aprendieron principalmente del señor Molther, a quien yo no estoy interesado en desacreditar.

Ahora, permitamos que se juzgue cuál de los dos se ha «extralimitado».

10. «En respuesta a mis objeciones contra la inconsistencia de los informes que ha brindado de los moravos... usted dice, 'Creo que son la gente menos consistente bajo el sol.' ¿No se imaginaría uno que aquí usted se refiere a la misma gente, o a todo el grupo de ellos en general?» Sí, como sigue: atribuyo lo bueno al conjunto de ellos en general, y lo malo sólo a una parte del grupo, a *algunas* de esas «mismas personas».

«Su método para superar las contradicciones que yo le había señalado es muy similar, es decir, distinguir entre los moravos y los Hermanos Ingleses, aunque éstos hubieran sido discípulos de aquéllos...» (esto se ha respondido abundantemente), «o entre algunos moravos y otros.» Lo considero un método muy bueno, porque las proposiciones no se contradicen salvo que ambas se refieran a las mismas personas.

Pero, ya que usted persiste en afirmar que yo soy «culpable de las contradicciones que me atribuye», yo creo que no puede haber una respuesta suficiente sin tratar de cada acusación por orden.

11. Primero, «usted los encomia» (a los moravos) «por amarse los unos a los otros; pero a su vez los acusa de morderse y devorarse entre sí.» Yo contesté: «¡Ellos! ¿Quiénes? No los moravos sino los Hermanos Ingleses de Fetter Lane, antes de su unión con los moravos. Aquí no hay ni sombra de contradicción. Porque las dos frases no se relacionan con las mismas personas.»

Usted responde, «¿Entonces usted desea que pensemos que reinaba tanta ira y contradicciones entre sus metodistas?» Quisiera convencerle de que eso no viene para nada al caso. Compruebe la contradicción y se concretará al tema. «Está claro que antes de esto habían sido pervertidos

por los moravos y que... ellos no estaban dispuestos a ser enseñados por otros.» «Ellos» es decir, casi la mitad de la sociedad. Pero aquí aún no hay prueba de la contradicción.

(2). «Usted dice que ellos 'habían poco menos que destruido el amor fraternal entre nosotros, en parte por precauciones en contra del amor natural' (y en parte ocasionando casi continuas disputas);... Así había sido. Pero en ese entonces *nosotros* no teníamos conexión con *ellos*. Por lo tanto, esto tampoco contradice el que se amen unos a otros. Usted contesta: «Como si se pudieran amar unos a otros quienes enseñan a no hacerlo y causan divisiones y disturbios entre ustedes.» Usted debiera decir, *si repitiera después de mí*, «quienes previenen en contra del amor natural y ocasionan muchas disputas entre ustedes.» Bueno, aceptando que hagan esto (lo cual es totalmente falso), a pesar de ello, ¿dónde está la contradicción? Aún pueden amarse unos a otros.

(3). «Usted 'los alaba por no participar en diversiones excepto aquéllas que convienen a los santos', y con todo dice» (cito la frase completa) «He escuchado a algunos de ustedes afirmar que la salvación cristiana implica libertad para conformarse al mundo, participando en diversiones mundanas con el fin de hacer el bien.» Y ambas posiciones son correctas. Los moravos en general «no participan en diversiones a menos que convengan a los santos». Pero, a pesar de eso, yo he escuchado a algunos de ellos afirmar (en contradicción a su propia práctica) que «cierta actuó correctamente bien cuando participó en un juego de tenis con el fin de hacer el bien.» A esto usted no contesta nada. Por lo tanto, se silencio concuerda en que aquí no existe contradicción.

(4) «Usted 'los alaba por no prestar atención a adornos externos'. Yo también, y la mayoría de la congregación. 'Y sin embargo, usted dice', (y repito nuevamente toda la frase), 'He escuchado a algunos de ustedes afirmar que la salvación cristiana implica libertad para estar de acuerdo con el mundo, usando oro y vestimenta costosa.' Sí, lo he hecho. Y los culpo más aún porque están condenados por la práctica general de su propia iglesia.» A esto usted tampoco replica. De modo que debo contar ésta como la cuarta contradicción que me ha atribuido pero que no ha probado.

(5) «'Usted considera la disciplina de ellos, *en su mayor parte*, verdaderamente excelente. Me hubiera complacido que se hubiera explicado más detalladamente.' Así lo he hecho, en el 2º *Diario*, páginas 44 al 82. 'No denota una buena disciplina el permitir tales abominaciones' (es decir, el error en la doctrina y el engaño en la práctica) Es cierto; esto no es pero tampoco una demostración en contra. Pues puede haber buena disciplina hasta en un colegio de jesuitas. Otra falta también es una excesiva deferencia hacia el Conde. 'Pero en su mayor parte, su disciplina es verdaderamente excelente'.»

Usted responde, «Tal excelente disciplina, por lo que yo pueda saber, ellos pueden tenerla» (como los jesuitas), «pero no puedo estar de acuerdo... que esto sea apenas inferior a la de la época apostólica.» Puede ser, puesto que usted no muestra lo contrario. «Aquí cité algunas palabras suyas condenando la subordinación de ellos, las cuales usted prudentemente ignora.» Sí, justamente entonces comencé a notar la excesiva deferencia que brindaban al Conde. Pero, la contradicción, ¿dónde está la contradicción.

(6) «Usted menciona como un buen resultado de la disciplina de ellos el hecho de que cada uno conoce y guarda su propio lugar. Poco después, como si lo hubiera hecho con el fin de refutarse usted mismo, dice que nuestros hermanos no tienen la suficiente sabiduría para guiar, ni bastante prudencia para andar a solas.» Yo respondí, «Perdóneme señor, pero con tales palabras no tengo el propósito de refutarme ni de contradecirme. La primera frase habla de los hermanos *moravos* y la última de los hermanos *ingleses* de Fetter Lane», que en ese entonces no estaban unidos con los moravos ni tampoco actuaban bajo su dirección. A esto tampoco responde usted. Por lo tanto ésta es la sexta contradicción alegada en mi contra, pero no comprobada.

12. Sea como sea, usted agrega:

> Si usted me hubiera... demostrado que estaba equivocado en algún punto que ha intentado responder, pero... usted confiesa errores y maldades suficientes entre los moravos como para hacer su relato acerca de ellos muy inconsistente. Pero no ha tenido éxito en ninguna respuesta. No ha demostrado que, en alguna oportunidad, yo haya citado erróneamente, o comprendido mal el carácter que usted les había mencionado atribuido, ni que he argumentado falsamente en lo que haya podido decir. Y por cierto, señor, todo lo que usted ha hecho, ha sido evadir algunos puntos. Pero olvidó el argumento que yo presenté todo el tiempo.

Señor, de ser así, usted me honra demasiado al unir papel y pluma otra vez. Pero ¿es así? ¿He olvidado todo este tiempo el argumento que usted proponía? Espero que no. Me parece recordar que su argumento era que yo caigo «no sólo en inconsistencias sino en contradicciones directas»; y que yo le demostré sus errores, no en *un* punto, sino en *cada uno* que planteó; que no confesé tales «errores» o «maldades» de los moravos que mi informe sobre ellos fuera «inconsecuentes»; que tuve éxito en más de una respuesta a las objeciones que usted había planteado; y que le demostré que había citado equivocadamente, o no

había entendido, la descripción del carácter que había dado de ellos, o había argumentado falsamente al respecto no por cierto «una vez», sino del principio al fin.

Aún así, considero que me incumbe decir que, dondequiera que haya contribuido directa o indirectamente, al extendimiento de algún mal que haya o haya habido entre los moravos, lo lamento y aquí pido perdón tanto a Dios como a todo el mundo.

II. 1. Creo que se ve, por lo que usted mismo ha observado, que en cuanto a la justificación por la fe, yo declaro al principio del *Nuevo llamado*[3] casi tanto como lo que usted sostiene.

Con el fin de acercarnos mutuamente lo más posible, pido permiso para citar parte de ese pasaje otra vez. Simplemente añadiré unas pocas palabras a cada párrafo con la esperanza de eliminar más dificultades del camino.

«Se trata de la justificación de la que hablan nuestros *Artículos* y *Homilías*, que tiene que ver con el perdón presente, el perdón de los pecados. Y, por consiguiente, el ser aceptos delante de Dios, el cual de esta manera nos *declara su justicia* o misericordia, por y *para la remisión de los pecados pasados*».[4] Digo *pasados*, porque no encuentro nada en la Biblia sobre la remisión de pecados pasados, presentes y por venir.

«Y creo que la condición para esta justificación es la fe.[5] Es decir, que no sólo no podemos ser justificados sin fe, sino que tan pronto como alguien tiene fe es justificado en ese mismo momento.»

---

[3] Se publicará en el tomo VI de esta colección. (N. del editor)
[4] Ro. 3.25.
[5] Ro. 4.5, etc.

Se toma la palabra «condición» en el primer sentido solamente, como aquello sin lo cual no podemos ser justificados. En este sentido de la palabra creo que podemos aceptar que hay varias condiciones para la justificación.

«Las buenas obras son consecuencia de esta fe,[6] pero no la preceden. Y mucho menos puede precederla la santificación, que implica el flujo continuo de buenas obras que manan de la santidad de corazón.»

No obstante, tal flujo es sin duda absolutamente necesario para nuestra continuidad en un *estado de justificación*.

«También se admite, antes de la fe, el arrepentimiento[7] y los 'frutos dignos de arrepentimiento'.[8] Ciertamente, el arrepentimiento debe preceder a la fe; y los frutos dignos de arrepentimiento, si hay la oportunidad. Por arrepentimiento entiendo la convicción de pecado que produce deseos genuinos y resoluciones sinceras de enmienda. Y por 'frutos dignos de arrepentimiento', el perdonar al hermano,[9] dejar de hacer el mal y hacer el bien,[10] usar de las ordenanzas de Dios,[11] y, en general, obedecer al Señor de acuerdo a la medida de gracia que hayamos recibido.[12] Pero a todo esto no puedo llamarlo 'buenas obras' porque no surgen de la fe y del amor de Dios.» Aunque las mismas obras son buenas cuando son realizadas por *aquéllos que han creído*.

---

[6] Lc.6.42.
[7] Mr.1.15.
[8] Mt.3.8.
[9] Mt.6.14,15.
[10] Lc.3.4,9, etc.
[11] Mt.7.7.
[12] Mt.25.29.

«La fe, en general, es una *élegjos* (evidencia, convicción) sobrenatural *de cosas no vistas*,[13] no alcanzables por nuestros sentidos naturales, sean pasadas, futuras o espirituales. La fe que justifica implica no sólo una *élegjos* divina de que *Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo*,[14] sino también una segura y firme confianza de que Cristo murió por *mis* pecados, de que *me amó a **mí** y se dio a sí mismo por **mí.***[15] En el momento en que el pecador penitente cree esto, Dios le perdona y le absuelve.

Digo pecador *arrepentido*, porque la fe justificadora no puede existir sin un *arrepentimiento* previo.

«Aunque yo concedo que el arrepentimientos y sus frutos son necesarios en *cierto sentido* antes de la justificación, no obstante no son necesarios en el *mismo sentido* o en el *mismo grado* que la fe. No en el *mismo grado*, ciertamente, porque en el momento que una persona cree (en el sentido cristiano de la palabra) ya es justificada, y borrados sus pecados, *su fe le es contada por justicia*.[16]

«Tampoco son necesarios en el *mismo sentido*, porque ni el arrepentimiento ni sus frutos tienen una relación tan directa o inmediata con la justificación como tiene la fe. La fe es *necesaria en forma inmediata*, el arrepentimiento lo es *en forma remota* para el crecimiento o la continuidad de la fe. Y los frutos de arrepentimiento son necesarios más remotamente, en la medida en que sean necesarios para el arrepentimiento. Y, en este sentido, son necesarios en el supuesto de que haya tiempo, porque

---

[13] He.11.1.

[14] 2 Co.5.19.

[15] Gá.2.20.

[16] Cf.Ro.4.5.

muchas veces no lo hay. Pero Dios adelanta su obra y la fe anticipa las obras de arrepentimiento.

2. Creo que hasta aquí estamos casi de acuerdo. Pero en cuanto a mis palabras, «muchas otras calificaciones se requieren con el fin de presentarnos ante Dios en su gloria que las que se requirieron con el fin de obtener de él fe y perdón: a este fin no se requiere nada en forma *indispensable* excepto el arrepentimiento y la convicción del pecado; pero respecto al otro es *indispensable* que estemos limpios de todo pecado», usted comenta: «Aquí percibo dos grandes errores: (1) Usted exige demasiado poco antes del perdón, y luego (2) demasiado, pues confina el arrepentimiento dentro de límites muy estrechos y extiende la santidad más allá de sus límites justos.»

«En primer lugar, por arrepentimiento usted quiere decir solamente la convicción de pecado. Pero ésa es una estimación muy parcial del mismo. Toda criatura que ha aprendido su catecismo sabe que también se incluye el abandono del pecado;... vivir en obediencia a la voluntad de Dios, cuando se pueda; y aun cuando no se pueda, un deseo sincero y un propósito de hacerlo,... y una fe en la misericordia de Dios por medio de Jesucristo.»

Yo había dicho: «Para obtener de Dios la fe y el perdón lo único que se requiere es el arrepentimiento; es decir, deseos reales y resoluciones sinceras de enmienda provocados por la convicción del pecado». Pero usted entiende que estoy «en un gran error»; que doy «un entendimiento muy parcial del arrepentimiento»; que debiera «incluir a este respecto un sincero deseo y propósito de obedecer a Dios». Y lo hago; lo he dicho expresamente. Y que debiera tratar sobre «vivir en obediencia a la voluntad de Dios donde haya oportunidad».

Muy bien; pero aquí me refiero a lo que «se requiere» indispensablemente, sea que exista o no la oportunidad real de obedecer. Y que debo tratar sobre «una fe en la misericordia de Dios por medio de Jesucristo». Grave error por cierto, el no haber incluido yo la fe en ese arrepentimiento del cual digo que se requiere en forma *indispensable* a los efectos de la fe.

«En segundo lugar, usted considera necesaria una perfección sin pecado después de la justificación, para que podamos alcanzar la gloria.» ¿Y quién no? Por cierto que no hay acuerdo en cuanto a cuándo. Algunos creen que se obtiene antes de la muerte; otros en el momento de la muerte; otros en un estado posterior; y están los que creen en un purgatorio *místico* o en uno *papal*. Pero todos los escritores que he visto hasta ahora, inclusive los romanos, concuerdan en que antes de poder entrar en la gloria, debemos estar completamente limpios de todo pecado.

3. Luego de todo lo dicho no creo necesario discutir más sobre el tema de la justificación. Más bien, permítame concluir esta parte del debate transcribiendo lo que apruebo de esa clara recapitulación de sus sentimientos que usted ofrece en sus páginas 45 y 46.[17]

Primero, la justificación es el acto de Dios al perdonar nuestros pecados y brindarnos nuevamente su favor. Este fue un acto gratuito de su parte, inmerecido por nosotros; inmerecido porque habíamos transgredido su ley, y no podíamos, ni podemos aún ahora, cumplirlo plenamente.

(2) Por lo tanto, no podemos ser justificados por nuestras obras, porque esto significaría ser justificado por algún mérito nuestro. Mucho menos podemos ser justificados por una demostración externa de religiosidad, o por observancias supersticiosas.

(3) La vida y la muerte de nuestro Señor son la única causa meritoria de esta misericordia, y en ello debemos creer y hemos de confiar firmemente. Por lo tanto, nuestra fe en él, aunque no más meritoria que

---

[17] En las páginas que Wesley menciona, Church resume la doctrina de la Iglesia de Inglaterra respecto a estos temas. Wesley citas las mismas palabras, aunque con algunos cambios de menor importancia.

cualquier otra de nuestras acciones, tiene con todo una relación más cercana con sus promesas de perdón, y es el medio y el instrumento por el cual las hacemos nuestras.

(4) La verdadera fe debe ser viva y producir buenas obras, que son sus legítimos frutos, las marcas por las que se la conoce.

(5) Las buenas obras son aquéllas ordenadas por Dios (que surgen de la fe) realizadas con la ayuda del Espíritu Santo, con las mejores intenciones y buenos propósitos. Estas pueden ser consideradas íntimas o externas.

(6) Las íntimas, tales como el arrepentimiento, la esperanza, la confianza, el temor y el amor a Dios y a nuestro prójimo, que pueden denominarse con propiedad *buenas disposiciones* y son ramas de la santificación, siempre deben ir unidas con la fe y, en consecuencia, ser *condiciones presentes* en la justificación... a pesar de que no son los medios o los instrumentos para recibirla.

(7) Las externas... (mejor llamadas buenas obras), cuando no haya oportunidad inmediata para practicarlas, será suficiente por el momento un deseo sincero y la resolución de llevarlas a cabo. No obstante, deberán concretarse tan pronto como haya ocasión de hacerlo y serán entonces condición indispensable para preservar nuestra justificación.

(8) Al bautizarnos se nos transmite una justificación, o mejor dicho, comienza este estado. Pero... si caemos en el pecado... no podemos recuperarla sin arrepentimiento y una fe verdadera, lo cual implica (como sus frutos) el abandono de nuestros pecados y la enmienda de toda nuestra vida.

Tengo una observación más que agregar, y es que no estoy *nuevamente* convencido de estas cosas. Esta es la doctrina que he enseñado durante los ocho o nueve años pasados, durante los cuales sólo me he abstenido de emplear la palabra *condición*, quizá con más escrúpulo del que era necesario.

4. Respecto a las *consecuencias* de enseñar esta doctrina, deseo que quien no lo considere una pérdida de tiempo consulte, con sus propios ojos, seriamente y en el temor de Dios, los tomos 3º y 4º de mi *Diario*. Y si le place hacerlo, puede releer y comparar desde la página 25 a la 29 de mi escrito titulado *Answer*, con su respuesta desde la página 101 hasta la 104.[18]

---

[18] No hemos incluido esta obra de Wesley en la presente edición. El texto en inglés puede verse en la *Bicentennial Edition*, vol. 9, pp. 81-122.

En lo concerniente a las consecuencias que a usted le preocupan, de acuerdo a sus *Remarks*, además de las que menciona, tales como «introducir la predestinación... la confusión, la presunción y la desesperación, mediante muchos casos muy chocantes, todos los cuales» (según sus palabras), «se dan entre sus seguidores»; yo le respondí: «Usted debería haber especificado algunos de esos casos, o por lo menos las páginas donde aparecen» (por ejemplo, tres casos de cada clase de cualquier lugar en mis *Diarios*). «Hasta que esto no se haga, sólo puedo considerar esa afirmación suya como un simple trazo de su pluma.»

Acerca de esto usted declara: «Debo rogar al lector que observe su método de citar mis palabras. Ya ha cometido varias omisiones. Pero aquí hay una que estimo muy pocas controversias pueden equiparar... ¿No podría alguno imaginar al ver estas palabras (predestinación, confusión, presunción y desesperación), que aparecían todas juntas en la página 52 de mi publicación *Remarks*, y que no había nada más concerniente a este punto? ¿Podría pensarse que intervendría algo más entre la página referida y la última frase? Y sin embargo, así es, ¡intervienen cerca de tres páginas!» ¡No me diga! ¿Así que «intervienen cerca de tres páginas»? ¡Prodigioso, por cierto! ¡Y esto se llama *Answer*! Y así es, a falta de una mejor.

«Lo que usted tenía que hacer era demostrar que los conceptos calvinistas no han prevalecido entre los metodistas, o que no son consecuencia de la justificación incondicional.» No señor, no era mi tarea demostrar esto. No era mi tarea probar lo negativo; pero la suya era probar lo afirmativo. El señor Whitefield es calvinista. Y sin duda lo son muchos de sus seguidores. Pero el calvinismo no ha prevalecido para nada entre ninguno de los otros llamados

metodistas, ni es hasta el momento consecuencia alguna de la justificación incondicional, en la forma en que yo la predico.

5. Seguidamente usted se toma «el trabajo de colocar ante el lector uno o dos ejemplos de confusión, etcétera». El primero que leo es el siguiente:

> Mientras estábamos en la casa de la señora Jones, ella tomó en sus manos la Biblia para leerla; pero repentinamente la arrojó de sí, diciendo: «Soy bastante buena; no la leeré ni oraré más». Las veces que continué visitándola, seguía con esa manera de pensar. Con frecuencia repetía: «Yo solía pensar que estaba llena de pecado, y que todo lo que hacía era pecaminoso. Pero ahora comprendo mejor. Soy una buena cristiana. Nunca hice daño alguno en mi vida y no deseo ser mejor de lo que soy». Decía muchas otras cosas del mismo tenor, demostrando claramente que estaba dominada por el orgullo y la mentira... Le pregunté: «¿Desea ser sanada?» Ella contestó: «Estoy completamente sana». «Pero, ¿desea ser salva?» Replicó: «Estoy salva. No sufro por nada y estoy feliz.» ... Este es uno de los frutos de la salvación actual y de la perfección sin mácula que ustedes enseñan entre los débiles e ignorantes.

Me pregunto si el espantapájaros de la *perfección inmaculada* no fue introducido de algún modo. Pero vayamos al grano. Aquí usted repite un relato como si fuera mío, y para confirmarlo agrega, que es de mi propia veracidad Sin embargo elude contar el principio de ese relato, parte del desarrollo y el final.

Comienza así: «Domingo 11. Me encontré con un ejemplo sorprendente del poder del demonio.» De todas las palabras, éstas no deberían haber quedado sin mencionar, ya que son la clave de todo lo que sigue. En la mitad del relato, inmediatamente después de la frase «estoy feliz», yo agrego: «No obstante, era fácil discernir que se encontraba sumida en una violenta agonía, tanto física como mental; sudando abundantemente a pesar de la fuerte helada, y no permaneciendo quieta ni un momento.» Clara prueba ésta de que no era un ejemplo de presunción ni el resultado natural de ninguna enseñanza.

Y termina así: «Alrededor de las seis menos cuarto de la mañana siguiente, después de permanecer tranquila un rato, de repente exclamó, dirigiéndose a su esposo: 'La paz sea contigo. La paz reine en esta casa. La paz de Dios ha entrado a mi alma. Yo sé que mi Redentor vive.' Y durante varios días expresaba constantemente alabanzas, y su conversación versaba, por sobre todo, acerca de la maravilla de sus obras.» Si estas palabras no hubieran sido omitidas, no se hubiera citado esto como un ejemplo de *desesperación*. Aunque sí pudo haber sido un ejemplo de «confusión, etcétera».

No debo olvidar que esto se citó al principio como prueba de mi *entusiasmo*, como una muestra de «una revelación personal» a la cual, según sigue usted, yo «parecía dar mucho crédito», «describiendo las conjeturas de una mujer... cuyo cerebro parecía haber estado imbuido por un milagroso espíritu profético». Yo respondí: «Señor, puede usted disertar todo lo que guste acerca de este 'entusiasmo'; y sobre el 'crédito' que yo di a esta 'revelación personal', así como describir las 'conjeturas' de esta enferma mental, como si se debieran a un poder milagroso de un 'espíritu profético'. Y una vez que haya hecho esto, desearía que leyera el párrafo una vez más, donde encontrará que mis expresas palabras en relación con este hecho son: 'Domingo 11. Me encontré con un modelo sorprendente del *poder del demonio*.' ¡Tal es el crédito que di a esta revelación! Todo lo que atribuyo al espíritu de Dios es el capacitarla para luchar contra 'el poder diabólico', logrando finalmente restaurar la paz a su alma.»

Tenía la esperanza de que usted había terminado con este episodio; pero me ha decepcionado, porque en su segunda carta leo lo siguiente:

«Los ejemplos de entusiasmo y presunción que me ha brindado la última publicación de su *Diario* tienen que ser ahora revisados. El primero es el de una revelación personal a la cual parecía prestar mucho crédito. Usted había reseñado todo lo que en su agonía la mujer había dicho como si hubiera sucedido.»

Pero yo no había descrito nada de lo que habló entonces, y si ocurrió o no, como si «viniera del Espíritu de Dios», sino «del demonio».

Dice usted: «Cuando leí esto, primero quedé sorprendido e impaciente por volver a leerlo en su *Diario*. Pero en cuanto lo hice quedé aun más atónito. Porque usted ha desdibujado lamentablemente el caso.» Si lo he hecho, cargaré con la culpa, pero si no es así, ésta caerá sobre *su* cabeza. «Este relato no es el que usted había presentado, sino otro muy diferente, que describía lo ocurrido uno o dos días antes. El domingo, usted menciona que ella es culpable de un gran orgullo... el cual atribuye al poder del demonio. Pero el lunes y el martes suceden las supuestas revelaciones, y usted las relata sin el menor asomo de timidez o de sentimiento de culpa.»

Lamento mucho que usted nos obligue a seguir hablando de esto. En las páginas 66 y 67 del último *Diario*, doy un informe de la señora Jones, que denomino: «un ejemplo sorprendente del poder del demonio». Allí se incluye lo ocurrido en esos tres días. Esto usted lo utilizó como prueba de mi entusiasmo. Y respondo: «Las mismas palabras que presentan este informe» prueban que no es un ejemplo de entusiasmo, queriendo decir «por este informe» (como supongo estará claro para todo lector) el siguiente relato sobre la señora Jones. Usted replica: «No es *éste* el informe que usted había dado, sino otro. y muy distinto de

lo que uno o dos días antes.» Señor, es el informe total sobre la señora Jones lo que presento, y no «otro» ni «uno muy diferente». Y atribuyo la agonía que sufría y la mayoría de las palabras que habló, tanto el domingo como el lunes y el martes, no al Espíritu de Dios, sino al «poder del demonio».

6. El próximo caso que usted relata como un ejemplo de desesperación es el de la joven de Kingswood, el que usted concluye diciendo: «Sáqueme de aquí, etcétera». Pero, ¿por qué no descifró el etcétera? ¿Por qué no agregó el resto del párrafo? Porque hubiera arruinado toda su argumentación. Hubiera demostrado cuál era el propósito del Señor al permitir esa severa visitación. Las palabras son: «La interrumpimos por medio de nuestra nueva apelación a Dios, lo que hizo que nuevamente se hundiera como en un sueño; y otra joven comenzó a gritar casi como rugiendo, como ella lo había hecho antes. Entonces mi hermano entró, siendo alrededor de las nueve. Continuamos en oración hasta después de las once, momentos en que Dios puso paz en el alma de la primera atormentada y luego en la otra. Y ambas comenzaron a cantar alabanzas a Aquél que había aquietado al enemigo y vengador.»

7. Lamento comprobar que usted todavía afirma que, respecto a la Cena del Señor, también adelanto «muchas cosas imprudentes, falsas y peligrosas, tales como (1) que se debería comulgar sin tener una confianza segura en la misericordia de Dios por medio de Jesucristo.» Usted dice que éstas son palabras mías, pero yo no las reconozco. (2) «Que no hay ninguna preparación previa requerida de forma *indispensable*, sino experimentar el deseo de recibir lo que a Dios le plazca conceder.» Pero yo incluyo muchísimo más en ese «deseo» que lo que usted parece percibir, incluso el

deseo de conocer y hacer toda la voluntad de Dios. (3) «Que no se requiere idoneidad para el momento de comulgar» (repito la frase completa), «sino un sentido de nuestro estado, de nuestro absoluta pecaminosidad e incapacidad; es decir que todo el que reconoce estar listo para el infierno, está listo para acudir a Cristo, tanto en esto como en todos los demás que él ha determinado.» Pero tampoco puede subsistir este sentimiento de absoluta pecaminosidad e incapacidad sin deseos fervorosos de santidad universal. Usted dice que «había otro párrafo, el cual decidió omitir». No sé a cuál se refiere. Tampoco percibo que ninguna de estas «terribles posiciones» (como usted las califica) sean contrarias a la Palabra de Dios.

8. De la misma manera, usted mantendrá su posición ante la acusación de «insensibilidad estoica», cueste lo que cueste. Ya respondí antes: «¿Cómo sostiene la acusación? Pues así, dice usted: 'Los siervos de Dios no sufren nada'. ¿Y es posible que pueda entender mal estas palabras si lee lo que sigue inmediatamente: 'Su cuerpo estaba destrozado por el dolor. Pero Dios permaneció a su lado durante su enfermedad de modo que él le daba gracias y le rendía alabanzas constantemente'?»

Usted replica: «Si usted sólo quiso decir que quien experimenta los dolores más agudos puede estar agradecido a Dios, ¿por qué consideró esto una verdad extraña?» Porque creo que lo es. Creo que es sumamente raro que alguien que está sumido en dolores hasta ese grado, dé gracias a Dios continuamente. No es que lo crea «insensible a su tormento». Digo: «Su cuerpo estaba destrozado por el dolor». Pero el amor de Dios rebasaba de tal manera el dolor, que podía sobrellevarlo fácilmente.

«El próximo ejemplo es el siguiente: Alguien le dijo a usted: 'Señor, la semana pasada pensé que no podía existir un descanso tal como el que usted describe; que permitiera un grado tal de libertad como para no anhelar alivio en el dolor. Pero Dios me ha enseñado algo mejor. Porque el viernes y el sábado, cuando experimenté los momentos de mayor dolor, ni una vez anhelé alivio, sino sólo que se hiciera la voluntad de Dios'.» (Añádase, 'sólo deseaba que se cumpliera la voluntad de Dios'.)

Tampoco esto se parece a la «insensibilidad estoica». En ningún momento *supuse* que esta persona *no sentía* dolor (ni que, por cierto, pueda haber un estado en la tierra en que no lo sentiremos) sino que su alma estaba llena del amor a Dios, y agradecida, se resignaba a su voluntad.

«Otra muestra ha sido tomada de uno de sus himnos, de donde son estas palabras:

Condenado a dolores sin fin
Y aléjame de tu faz.
(Añádase: Mas, si tu más grande amor
constriñe,
Por gracia déjame ser salvo.)

«Esto pensé que era el máximo de insensibilidad, extravagancia y presunción... Usted no ve nada de esto aquí, sino que se explica de esta manera: 'Si puedes negarte a ti mismo, si puedes olvidar ser clemente, si puedes cesar de ser verdad y amor'. En mi opinión, todo esto fija la acusación en usted con más fuerza, por la suposición de que Cristo *puede* hacer estas cosas.» ¿Lo dice en serio, señor? Realmente, ¿no está enterado que las expresiones de esta clase no suponen que él *puede*, sino lo opuesto? ¿Que son una de las formas más fuertes de súplica, de implorar a Dios para que muestre su misericordia, mediante su gracia, su

verdad y su amor? Esto también está lejos de probar la «insensibilidad estoica».

III. 1. Ahora paso a considerar el punto sobre la comunión de la Iglesia, de la cual usted habla al principio de su tratado. En la introducción dice así: «No enseñamos otra doctrina que no sea la que siempre se ha enseñado en nuestra Iglesia... Nuestros sentimientos respecto a la justificación son conciliables con nuestros *Artículos*, *Homilías* y *Servicio*... Percibo que varios de los metodistas se han convencido de esto y *por consiguiente* han abandonado nuestra comunidad enteramente. Usted nos da más de un ejemplo de esto en su último *Diario*.» No, ni uno. Todavía no conozco ni una persona que haya abandonado la comunidad de la Iglesia porque estaba «convencida» que sus *Artículos*, *Homilías* o *Liturgia* estaban opuestos a «sus sentimientos concernientes a la justificación». Los pobres señores S_____ y Simpson fueron inducidos a retirarse por razones muy diferentes.

Usted continúa diciendo, «No nos sorprende que algunos metodistas se hayan retirado de la Iglesia... pues han estado acostumbrados a escuchar doctrinas que según han comprendido, no caben en sus *Artículos* y *Servicios*.» Lejos de ello, todo lo que sé es que están profundamente convencidos de que las doctrinas que han estado acostumbrados a escuchar diariamente no son otras que las doctrinas genuinas de la Iglesia, tal como están expresadas en sus *Artículos* y *Servicio*.

2. Pero nuestro tema ahora no trata sobre la doctrina sino sobre la disciplina. «Mi primer punto», dice usted, «es el considerar algunas nociones muy laxas sobre la comunidad de la Iglesia, que encuentro en su último *Diario*. En la página 26 usted dice, 'Nuestro vigésimo Artículo

define a una verdadera iglesia como una congregación de fieles, donde se predica la verdadera Palabra de Dios, y se administran los sacramentos debidamente'.» El uso que yo haría de buena gana de esta definición (la cual, obsérvese, no es mía, sea buena o mala) sería detener el alarde de personas impías, cortando su pretensión de llamarse «de la Iglesia». Pero usted cree que aún pueden hacerlo, de modo que déjelos. Yo no lucharé por ello.

Pero usted no puede deducir de esto que mis nociones sobre la comunidad de la Iglesia sean poco exigentes. La definición que cito ocasionalmente demuestra claramente mis sentimientos a ese respecto. Y lo que se dice en esta página no muestra que sean estrictos o flexibles, correctos o equivocados.

Y agrega usted: «Será requisito, con el fin de ser aprobado como ministro de nuestra iglesia, el que cumpla con sus órdenes y reglas,... que permanentemente esté de acuerdo con el método de adoración por la misma ordenado, y se dedique al estudio para la promoción de su paz.» Todo esto es bueno y conveniente hacerlo; pero en realidad se refiere a la próxima cuestión.

«Imagino que lo que le condujo a detentar nociones tan distendidas de la comunidad de la Iglesia tiene que haber sido el hecho de que tomó conciencia de que de acuerdo a los conceptos justos y estrictos de la Iglesia de Inglaterra, usted no podía mantener airosamente su pretensión de continuar perteneciendo a la misma.» Señor, hasta ahora nunca le he dicho cuáles son mis nociones respecto a la comunidad de la Iglesia. Pueden ser correctas o incorrectas, por lo que usted sabe. De ahí que, dado que primeramente está *suponiendo* que le he dicho algo de mis nociones, y luego está consignando las razones de las mismas, ¿puede

decirse algo que no sea que está usted «imaginando» todo el asunto?

3. Hasta dónde he «actuado de acuerdo a las reglas y órdenes de nuestra iglesia» es otro asunto a considerar. Usted piensa que he actuado contrariamente a las mismas, en primer lugar por emplear la «oración extemporánea» en público. Según usted, «la Iglesia ha declarado enérgicamente su manera de pensar en este asunto, señalando su excelente Liturgia, la cual usted ha prometido solemnemente usar, y no ninguna otra.» No sé dónde ni cuándo. «Y quienquiera... no rinde culto a Dios de esta manera como ella ordena... se supone que ofende y desprecia sus Oficios y reglas y, por consiguiente, no es más digno de ser llamado su ministro.»

Yo ni ofendo ni desprecio los Oficios de la Iglesia. Los tengo en alta estima. Pero, a pesar de ello, no siempre rindo culto a Dios, ni siquiera en público, en los mismos términos de esos Oficios. Ni tampoco ofendo ni desprecio sus reglas a sabiendas. Porque no percibo con claridad que ella tenga alguna regla que prohiba usar la «oración extemporánea», digamos, entre el servicio de la mañana y el de la noche. Y si yo no soy digno de ser llamado ministro suyo (cosa que no me atrevo a afirmar que soy), sea como sea, *yo soy su ministro*, y lo seré siempre, a menos que se me depusiera judicialmente de mi ministerio.

Su segundo argumento es el siguiente: «Si usted supone que la Escritura le impone el uso de la oración extemporánea, entonces ha de suponer que nuestra Liturgia es inconsistente con la Escritura, y que, en consecuencia, su uso es ilegal.» Eso no es así, a menos que yo supusiera que la Escritura me impone usar oración extemporánea y *ninguna otra*. En cuyo caso se seguiría que una forma de

oración es «inconsistente con la Escritura», cosa que nunca he supuesto.

Su tercer argumento es: «Usted actúa en forma contraria a la regla de la Iglesia. Supongamos que ella está equivocada. Con todo, mientras rompe su regla, ¿en qué modo actúa usted como su ministro?» En realidad su argumento debería decir: «¿En qué modo es usted su ministro?» Porque la conclusión que hay que probar es que yo no soy su ministro.

Contesto: (1) No estoy convencido, como ya lo dije antes, que yo quiebre su regla. (2) Aun si lo hiciera, no *cesaría* de ser su ministro a no ser que me *destituyeran* formalmente. (3) *Actualmente continúo* en su comunión, y espero que siempre será así.

4. Usted objeta más adelante que yo desobedezco «a los gobernantes de la Iglesia». Yo contesto que obedezco y seguiré obedeciéndolos en todo donde no perciba que haya alguna ley de Dios que diga lo contrario. «Aquí», dice usted, «confiesa usted que en algunas cosas no lo hace y no puede obedecer a sus gobernantes.» ¿Confesé yo esto? En tal caso hablé en forma temeraria y tonta, porque otorgué más de lo que puedo cumplir. Por cierto comprendo que la ley de Dios requiere tanto que predique como que (a veces) ore *extempore*. Con todo, no sé que desobedezca a los gobernantes de la Iglesia en esto, porque tampoco sé que me lo hayan prohibido.

«Pero su comportamiento y método de enseñanza son irregulares... ¿Tiene alguna autorización de la Escritura para predicar por todas partes?» Creo que la tengo. Creo que Dios me ha llamado a esta tarea por medio de la

imposición de las manos del presbiterio,[19] lo que me guía en cómo obedecer ese mandato general que dice: «*Hagamos el bien a todos los seres humanos mientras haya tiempo*.»[20]

«Pero esto lo deberíamos hacer de acuerdo a nuestras situaciones respectivas, sin inmiscuirnos en las de los demás... Cualquier persona puede asumir por sí mismo la tarea de un magistrado... y citar este texto con la misma razón con que usted lo ha hecho.» No, porque no se llama a cualquier persona para ejercer el oficio de *magistrado*; pero yo soy llamado al oficio de predicador. «Por cierto que fue autorizado a predicar el evangelio, pero fue en la congregación a la cual usted debía ser legítimamente designado... Pero por muchos años ha predicado en lugares para los que no estaba legalmente designado; más aún, lugares que habían sido confiados a otros, que ni querían ni deseaban su ayuda.»

Muchos la necesitaban bastante, la desearan o no. Pero ahora no voy a discutir ese punto. Prefiero seguirle a usted hasta la primera parte del *Nuevo llamado*,[21] donde se considera esta objeción.

5. Se dijo que «nuestra iglesia ha tomado medidas contra la predicación itinerante, limitando expresamente, en la ordenación de un sacerdote, el ejercicio de los poderes que le son conferidos, a la *congregación* a la que sea legalmente designado.»

Yo respondí: «(1) Su argumento prueba demasiado. Si se permitiera exactamente como usted propone, probaría que ningún ministro tendría autoridad para predicar o

---

[19] 1 Ti.4.14.
[20] Gá.6.10.
[21] Véase el tomo 6 de esta serie.

ministrar los sacramentos en ningún otro lugar que no fuera su congregación.»

Usted responde: «¿No hay diferencia entre hacer una cosa ocasionalmente... y hacerla durante años seguidos?» Sí, una muy grande. Y podrán surgir muchos inconvenientes, más de la última que de la primera. Pero todo esto es muy vago y no toca el punto. No obstante, si nuestra iglesia *limita expresamente* el ejercicio de los poderes sacerdotales a *esa congregación* a la cual cada sacerdote sea asignado, esto le imposibilitará el ejercitar esos poderes en *forma total* en cualquier otra que no sea *esa congregación*.

Yo repliqué: «(2) Si los poderes que me fueron conferidos cuando fui ordenado fuesen tan limitados, mi ordenación no significaría nada. Porque yo no fui *designado a ninguna congregación* en particular, sino que fui ordenado como miembro del 'Colegio de Teólogos' (como lo expresa nuestro estatuto), 'fundado para destruir toda herejía y defender la fe católica'.»

Su respuesta: «Presumo que se esperaba que usted continuara en su 'colegio' o entrara en algún curato.» Tal vez así fuera, pero insisto en que si mis poderes sacerdotales hubiesen sido, en aquel entonces, *expresamente limitados* a *esa congregación* a la cual sería en algún momento *designado*, mi ordenación *no hubiera tenido ningún sentido*. Quiero decir que no hubiese podido nunca, en virtud de esa ordenación, haber ejercido esos poderes, dado que nunca me asignaron a una congregación determinada; por lo menos no hasta que fui a Georgia.

Y continué: (3) Durante los años posteriores a mi ordenación, nunca oí de tal limitación. Nunca escuché una objeción a que yo fuese de un lado a otro, predicando en

Oxford, Londres o sus alrededores; en Gloucestershire o Worcestershire; en Lancashire, Yorkshire, o Lincolnshire. Ni los más estrictos legalistas tuvieron escrúpulos en dejarme ejercer mis poderes dondequiera que fui.

Dice usted, «Hay una gran diferencia entre predicar ocasionalmente... con permiso de los beneficiados, a hacerlo constantemente sin su consentimiento.» Estoy de acuerdo en que la hay; y existen objeciones a lo último que no afectan al caso primero. Pero no pertenecen a este punto. No afectan en lo más mínimo a esta consecuencia. Si cada sacerdote, al ser ordenado, *es expresamente limitado*, en lo concerniente al ejercicio del poder que ha recibido, *a esa congregación* a la cual será asignado, entonces está imposibilitado por esta *limitación expresa* a predicar, con o sin permiso del beneficiario, en *cualquier otra congregación* que sea.

Yo respondo: «(4) En realidad, ¿no es universalmente permitido que todo ministro, como tal, tiene poder, en virtud de su ordenación, a predicar o administrar los sacramentos en cualquier congregación, dondequiera el rector o ministro local desea su asistencia?»

A esto usted contesta con lo que considera un caso paralelo, pero que no tiene que ver con la *restricción* que nos ocupa. O se limita expresamente, o no se limita el ejercicio de los poderes conferidos a un sacerdote en su ordenación a *esa congregación* a la que será designado. Si no se limita, yo no estoy condenado por esto, a pesar de los miles de culpas que pueda tener por otras causas. Si se limita, entonces todo sacerdote que alguna vez predique fuera de *la congregación a que ha sido asignado*, está condenado.

Su caso paralelo es el siguiente: «Porque un hombre no viola la ley de la tierra cuando yo le pido que instruya a mis hijos... por eso está autorizado para apoderarse» (léase, no viola la ley de la tierra al apoderarse) «de un departamento en mi casa, y en contra de mi voluntad y aprobación, ¡continúa viviendo allí, dirigiendo y dictando órdenes a mi familia!»

¡Un paralelo exacto, por cierto! Cuando vine a vivir en la parroquia de San Lucas, ¿fue lo mismo como si me hubiera apoderado de un departamento en la casa del Dr. Buckley? Y el continuar allí contra su voluntad y aprobación (suponiendo que este fuera el caso) ¿era lo mismo que si hubiese continuado en su casa lo quisiera él o no? ¿Es exactamente igual una «violación contra la ley de la tierra» a la otra? Una vez más: El advertir a *los pecadores de Moorfields* que escapen de la ira que vendrá, ¿es exactamente lo mismo que dirigir a *la familia del doctor bajo su propio techo*? Yo no debía haber respondido a esto, pero temía que usted concluyera que era irrebatible.

Le contesté al objetor anterior: (5) «Antes de esas palabras que usted supone implican una restricción... están las otras que fueron dichas sin ninguna restricción o limitación, y que yo entiendo trasmiten una marca indeleble: 'Recibe el Espíritu Santo para el oficio y la tarea de un ministro de Jesucristo en la Iglesia de Dios, confiado a ti ahora por la imposición de nuestras manos'.»

Su respuesta: «El asunto no es si usted está en órdenes o no,» (me alegra escucharle decir eso; realmente creí que era eso era lo que se debatía) «sino si usted actuó de acuerdo a las directivas o reglas de la Iglesia de Inglaterra.» No según esa regla, si se interpreta como autorizando a predicar en una sola congregación. Pero ya he dado mis

razones por qué yo que no se puede interpretar así. Y no veo que usted las haya invalidado.

Sólo quiero agregar este interrogante: Si estoy bajo órdenes, si aún soy un ministro, pero a su vez no soy ministro de la Iglesia de Inglaterra, ¿de qué iglesia soy ministro? El que es un ministro, lo es de alguna iglesia. Tampoco puede dejar de serlo de esa iglesia hasta que sea expulsado por una sentencia judicial. Por lo tanto, hasta que sea expulsado (lo cual espero no ocurra nunca) debo intitularme ministro de la Iglesia de Inglaterra.

6. Otra objeción suya es la siguiente: «Usted no sólo organiza Bandas que, imitando a los moravos, denomina Sociedad Unida, sino que también distribuye credenciales a los que continúan participando.» Usted cree que estas Bandas «han tenido muy malas consecuencias,... como era de esperar... cuando a personas débiles... se las hace líderes... de sus hermanos, y se les confía el exponer la Escritura».

Aquí se equivoca en varios puntos: (1) Las Bandas no se llaman «Sociedad Unida»; (2) se llamaron así al principio, no por imitar a los moravos, sino porque consistían de un cierto número de sociedades más pequeñas *unidas*. (3) Ni a las Bandas ni a sus líderes como tales, «se les confía la exposición de la Escritura». (4) Conozco las buenas consecuencias de reunirse en Bandas, pero desconozco las «muy malas consecuencias».

Cuando se comprueba que algún miembro de estas Bandas o de la Sociedad Unida vive en pecado, lo señalamos y lo evitamos; nos separamos de todo aquél que vive desordenadamente. A veces, si se juzga que el caso es contagioso (cosa que ocurre rara vez) se lo declara abiertamente. A esto ustedes lo tratan de «excomunión» y

dicen: «¿No ven todos en esto una sociedad o comunión eclesiástica separada?» Pues no. Esta Sociedad no se separa de la comunión con el resto de la Iglesia de Inglaterra. Ellos *continúan firmes, tanto en la doctrina apostólica, como en el partimiento del pan y en las oraciones*,[22] (lo cual no lo hacen ni los señores S_____ y Simpson, ni el caballero que le escribe a usted en favor de los moravos, y que también me escribe a mí, presionándome para que *me separe* de la Iglesia). Una Sociedad «sobre la cual usted se constituyó en gobernante». No; cuando yo goberné algunas, siempre fue en respuesta al ruego de ellos. Y dice usted: «Y asumió toda la autoridad espiritual a la que podía aspirar el más alto gobernante de la Iglesia». ¡Qué! ¿En Kingswood? ¿En febrero de 1740-41? No es así. Yo no asumí ninguna otra autoridad (por lo menos entonces y allí) que la que un encargado de una sociedad ejerce por consentimiento de los demás miembros. Lo único que hice fue declarar que quienes habían quebrantado nuestras reglas no pertenecían más a nuestra sociedad.

«¿Puede usted pretender que recibió esa autoridad de nuestra iglesia?» No por ordenación; porque no la ejercí como un *sacerdote* sino como un miembro de la sociedad que voluntariamente me pidió dirigirles. «¿O que la ejerció sometido o subordinado a sus legítimos gobernantes?» Creo que sí, pues estoy seguro que no lo hice con el propósito de oponerme a ellos. «¿Pensó alguna vez que sería correcto consultar o aconsejarse con ellos acerca de cómo ajustar los términos de su comunión?» Si usted quiere decir reglas para admitir o excluir personas de nuestra sociedad, no pensé que fuera ni necesario ni correcto. Ni tampoco lo pienso ahora.

---

[22] Hch.2.42.

«Entonces, ¿cómo vindicará todos estos poderes?» Mi único poder era el declarar quiénes no eran más de nuestra sociedad. «Aquí hay una congregación evidente. O pertenecía a la Iglesia de Inglaterra o no... De no ser así... usted organizó una comunidad en contra de ella. Siendo así, ¿cómo se siente herido porque se piensa que usted se ha retirado de ella?» No tengo nada que ver con esto. El antecedente es falso; por lo tanto no hay nada que decir. «Si pertenecía a la Iglesia, demuestre dónde le dio la Iglesia tal autoridad para controlarla y regularla.» ¿Autoridad para echar fuera de la sociedad a miembros indisciplinados? La misma sociedad me dio la autoridad. «¿Qué sacerdote particular puede alegar su mandato para actuar de juez eclesiástico en esa forma, aun en su propia parroquia?» Cualquier sacerdote o laico, sin alegar mandato, puede actuar así. «¿No son estos poderes inherentes a quienes gobiernan la Iglesia, confiados al más alto poder de su clero?» No; el poder de excluir miembros de una sociedad privada, está relacionado con su regla, la que en nuestro caso, es la siguiente: «Si una persona se separa de la Iglesia, deja de ser miembro de nuestra Sociedad.»

7. «Pero todavía existen más pruebas. El Gran Jurado en Georgia descubrió que usted se había identificado como eclesiástico de Savannah. Esto no fue contradicho ni por aquellos del Jurado que usted dice que se pronunciaron en su favor. De modo que se ve que durante mucho tiempo ha tenido una inclinación a ser independiente e descontrolado.» Este argumento debería ser bueno, por lo rebuscado. El caso, bien simple, fue el siguiente: el Gran Jurado afirmó que «ante el señor Causton yo me había identificado como un ordinario de Savannah». La minoría del jurado, en su carta a los Depositarios, rebatió las otras

acusaciones, pero pensaron que ésta era tan insustancial que no se dignaron prestarle atención, dándole simplemente esta respuesta: «Respecto al octavo cargo, estamos en duda, puesto que no conocemos mayormente el significado de la palabra 'ordinario'».

Y usted agrega, «Yo apelo a cualquier persona razonable para que diga si usted no actuó en Kingswood como un *ordinario*, no, mejor dicho como un *obispo*.» Si usted quiere decir al declarar «que esos miembros que habían quebrantado nuestras reglas no están más en nuestra sociedad», admito su observación sobre si actué como un *obispo* o como lo puede hacer cualquier *encargado* de una sociedad. «Más aún, usted ha ido mucho más lejos que la mayoría de los propios disidentes, que no encomiendan el poder de excomulgar (y nombramientos para predicar, que es otro asunto) en manos de ningún ministro particular.» Los «poderes de excomunión», es verdad; pero aquí no se trataba de *excomunión* sino de algo muy diferente.

Ya he explicado detalladamente en la tercera parte del *Nuevo Llamado* cuántas veces, en qué circunstancias y en qué sentido he «designado personas para predicar». Pero espero más iluminación y estoy pronto a considerar, según mi capacidad, la respuesta a lo que se ha planteado.

8. Su conclusión general es; «Cualesquiera sean sus pretensiones o profesiones, usted puede ser considerado por personas serias e imparciales (no como un *miembro* y mucho menos como un *ministro* de la Iglesia de Inglaterra) nada menos que como un enemigo de la constitución, el culto y la doctrina de la Iglesia, creando divisiones y produciendo disturbios en su comunión... No obstante usted dice... 'no puedo tener mayor respeto a sus reglas... Yo no me atrevo a renunciar a la comunión con ella...'»

Y lo sostengo todavía. No puedo tener mayor respeto a ninguna *ley humana* que cumplirla en todo, salvo donde perciba que existe una *ley divina* que la contradice. No me atrevo a «renunciar a la comunión» con la Iglesia de Inglaterra. Como ministro, enseño sus doctrinas, utilizo sus oficios y me adapto a sus preceptos. Sufro reproches por mi adhesión a ella. Como miembro, sostengo sus doctrinas, participo en sus oficios, en la oración, en la adoración y en la comunión. Espero que cada persona razonable al tomar conocimiento de estos hechos crea en lo que ven sus ojos y escuchan sus oídos. Pero, si estos hechos son así, ¿cómo se atreve una persona de sentido común a acusarme de renunciar a la Iglesia de Inglaterra?

9. Exagere todo lo que quiera. El problema es el siguiente: (1) Que con frecuencia utilizo la oración extemporánea. (2) Que donde sea que puedo, predico el evangelio. (3) Que a quienes desean *vivir el evangelio* les aconsejo cómo cuidarse entre sí y deshacerse de los que siguen viviendo desordenadamente. Ahora, sean estas cosas, según la opinión de otros, buenas o malas, hay un solo punto sobre el que debo insistir: «Nada de todo esto prueba que no sea *miembro* o que no sea *ministro* de la Iglesia de Inglaterra.» Más aún, nada puede probar que no soy *miembr*o de la Iglesia hasta que me *excomulguen* o *renuncie* a mi participación en ella, no compartiendo más su doctrina y del partimiento del pan, como tampoco de la oración. Nada, asimismo, puede probar que no soy *ministro* de la Iglesia hasta que me *depongan* de mi ministerio o yo *renuncie voluntariamente* a ella, y deje totalmente de enseñar sus doctrinas, participar en sus oficios y obedecer a sus preceptos por motivos de conciencia.»

De cualquier modo, estoy de acuerdo en que cualquier cosa que se me diga sobre este tema, recibirá mi consideración más seria. Y cuando esté *convencido* que optando por *métodos* más o menos *diferentes* de los que ahora empleo, pueda de un modo mejor «exaltar el honor de la religión y hacer más en el mundo», por la gracia de Dios no persistiré en ellos, sino que inmediatamente he de elegir el camino más excelente.

IV. 1. El *entusiasmo* sobre el cual usted habla, también estimo que merece mi «más seria consideración». (Y puede agregar y presunción». Una vez más lo menciono, porque no me gusta la tautología y porque considero que la presunción es esencial para el entusiasmo, y que consecuentemente está contenida en el mismo.) Por tanto, pesaré lo que usted diga al respecto y le daré mis explicaciones en forma más extensa.

Dice usted: «He de examinar la medida en que ha disminuido su entusiasmo. Mi informe sobre esto usted lo puso por escrito, alterando y omitiendo casi tanto como lo que está escrito.» Tal vez más, porque mi intención no fue enumerar todo, sino sólo la parte material del asunto. «Si usted no lo aprobaba del todo ¿por qué no me dijo lo que no le gustaba?» Porque no me gustan las muchas palabras. Por lo tanto, al ver que el argumento decía lo siguiente: «El que hace esto es un entusiasta; pero usted lo hace,» me pareció bien contestar la segunda proposición y dejar la primera como estaba.

«Yo presenté este cargo contra usted y los metodistas en general. Entre ustedes cada punto del mismo ha sido comprobado.» Yo contesto por uno; que los demás contesten por sí mismos, si no tienen nada mejor que hacer.

A fin de que el asunto entre nosotros sea más plenamente entendido, compararé brevemente (1) sus *Remarks;* (2) mi *Answer* y (3) su contestación, aunque todavía no puedo prometerle repetir el total de sus palabras.

2. Usted comenta: «Aunque se pensaría que usted es enemigo del entusiasmo y de la presunción... sin embargo en ambas está lejos de ser inferior a los moravos, ni por cierto a los demás.» (¡Duras afirmaciones! ¿No «inferior» a los demás? ¿No a los profetas franceses,[23] o a Juan de Leyden?[24]) (1) «El entusiasmo es una falsa persuasión de una asistencia divina extraordinaria, que lleva a las personas a conductas tales que sólo pueden ser justificadas por la suposición de tal asistencia.» Yo respondo: «Antes de que esto me toque, usted debe probar (cosa que creo no ha hecho todavía) que mi conducta es tal como para ser solamente justificada por la suposición de tal asistencia.» Usted dice: «Creo que esto está comprobado en el Tratado precedente.» Yo creo que no. Dejemos que las personas sinceras juzguen. Con todo, estoy persuadido de que hubo tal asistencia en algunos momentos. Usted tiene que probar también que ésta es una persuasión *falsa*.

Comenta usted: (2) «Entonces un entusiasta es sincero pero está equivocado.» Respondí: «Queda por comprobarse que yo esté equivocado.» Dice usted: «El mundo tendrá que juzgar.» De acuerdo, si por el mundo usted quiere significar personas de razón y religión.

---

[23] Se les daba este nombre a un grupo de exiliados franceses, llegados a Inglaterra a raíz de la revocación del Edicto de Nantes en 1685. Decían hablar por inspiración directa del Espíritu, y revelar verdades superiores a las de los profetas bíblicos. Varios se infiltraron en algunas sociedades metodistas. Wesley se les opuso tenazmente.

[24] Uno de los líderes del anabaptismo extremista que en el siglo XVI se posesionó de la ciudad de Münster.

Comenta usted: (3) «Sus intenciones deben ser buenas; pero sus acciones serán abominables.» Respondí: «¿Cuáles de mis acciones son más abominables?» Contesta usted: «El mundo ha de juzgar... si sus acciones públicas no han sido... en muchos aspectos abominables.» Me alegro que la acusación se está suavizando. Tengo la esperanza que poco a poco usted pensará que sólo son abominables en *algunos* aspectos.

Su próximo comentario: (4) «En lugar de hacer de la Palabra de Dios... la regla de sus acciones, sólo sigue una persuasión secreta o un impulso.» Mi respuesta: «He declarado una y otra vez que hago de la Palabra de Dios la regla de todas mis acciones; y que sigo 'impulsos secretos' tanto como sigo a Mahoma o a Confucio.» Me dice: «Usted vuelve a caer en su tendencia a alardear, como si las declaraciones pudiesen tener algún peso en contra de los hechos, como cuando afirma que 'hace de la Palabra de Dios la regla de todas sus acciones' y que yo 'tal vez no conozco muchas personas'.» ¡Deténgase, señor! Usted está pasando por encima de uno o dos puntos con los que no he terminado.

Usted dice que yo (5) «en vez de juzgar su estado espiritual, la mejora de su corazón, confía sólo en los éxtasis, etcétera.» A esto yo le respondí ya que «tampoco éste es mi caso... No me apoyo en ellos. Juzgo mi estado espiritual por el mejoramiento de mi corazón junto con el tenor de mi vida.» Y no percibo que usted responda ni una palabra a esto. Entonces en esto no soy un entusiasta.

Expresa usted el punto (6): «El tiene mucha tendencia a errar... a no considerar las cosas con tranquilidad y cuidado.» A esto respondí: «Efectivamente tiendo a errar. Cada día lo compruebo más y más. Pero no encuentro que

esto se deba a no 'considerar las cosas con tranquilidad y cuidado'. Tal vez usted no conozca muchas personas (perdone mi forma sencilla de decirlo) que consideren con esmero cada paso que dan. Pero sé que no soy lo suficientemente tranquilo y cuidadoso. ¡Que Dios supla esto y todas mis necesidades!» Me dice usted: «No tengo nada que ver con su vida privada», luego de lo cual se extiende sobre mi «método de consultar la Escritura y de echar suertes.» Ya trataremos sobre esto. Entretanto, observe que esto no afecta la pregunta. Porque yo ni echo suertes, ni uso ese método para nada, hasta que he considerado las cosas con todo el cuidado de que soy capaz. De modo que, esté bien o esté mal, no es prueba de que no he considerado cuidadosamente cada paso que doy.

¡De cuán poco me ha servido el rogarle me excusara de haber yo dicho alguna palabra descuidadamente! Señor, me recuerda usted a aquel que dijo: «¡Yo no sé mostrar misericordia!»[25] Usted no debe entrar en lid a menos que esté seguro de ganar, visto que está resuelto a ni dar ni perder un palmo.

Su comentario: (7) «El es muy difícil de convencer con razones y argumentos, dado que actúa con un supuesto principio superior, cual es la dirección del Espíritu de Dios.» Respondí: «Es muy difícil convencerme con golpes secos o nombres duros... pero no con razones o argumentos. Por lo menos, esa dificultad no puede brotar de la causa que usted menciona. Porque no reclamo otra dirección del Espíritu de Dios que la que es *común* a todos los creyentes.»

---

[25] Shylock, en *El mercader de Venecia* de Shakespeare.

Usted me dice: «Me temo que esto no será fácilmente reconciliable con sus pretensiones pasadas y su comportamiento.»

Yo creo que sí, que lo será; sobre todo en lo que menciono sobre la luz que recibí de Dios en ese importante asunto. Pero en cuanto a las directrices del Espíritu Santo en general, probablemente diferimos en que usted supone que esas directrices son *extraordinarias*, mientras que yo las considero *comunes* a todos los creyentes.

Comenta usted: (8) «Quien se opone a él será acusado de resistir o rechazar al Espíritu.» Respondí: «¿Qué, quien se opone a *mí*, a Juan Wesley? ¿Acuso yo a cada persona de 'rechazar al Espíritu'? No más que culparlo de robar por los caminos... ¿Le acuso a usted de rechazar al Espíritu?» Me responde: «Usted niega que acusa a los opositores de rechazar al Espíritu, y afirma que nunca dijo ni pensó que lo que hace debe ser considerado como obra de Dios.» Aquí usted combina distintas frases que debo considerar por separado, según fueron escritas. Pero antes, dígame ¿dónde le acuso a *usted* de rechazar al Espíritu? Si acuso a quienquiera se opone a mí con esto, indudablemente le acuso a *usted*. Si no le culpo, esa propuesta es falsa; yo no acuso a quienquiera se opone a mí. Sus siguientes palabras son: «Usted afirma que nunca dijo ni pensó que lo que hace tiene que ser considerado como obra de Dios... Si es la obra de Dios, no necesita negar el otro punto.» Sí señor. Sea así o no, todavía debo negar que alguna vez le acusé a *usted* de rechazar al Espíritu al oponerse a *mí*.

Señala usted (9) que «sus propios sueños deben ser considerados como oráculos.» Contesté: «¿De quién? Yo no deseo ni que mis sueños ni mis pensamientos, cuando estoy despierto, sean considerados para nada, salvo en tanto estén

de acuerdo con los oráculos de Dios.» A esto tampoco responde usted.

Observa usted: (10) «Sea como sea de disparatado su comportamiento, todo lo que... él hace debe ser considerado como obra de Dios.» Fue a esto que respondí: «Yo nunca dije eso de lo que yo hago. Nunca lo pensé.» Esta réplica estaba mal expresada. Y yo tendría que haber previsto que usted no dejaría de sacar ventaja de la misma. De ahí que debo explayarme un poco más al respecto. Usted dijo: «Un entusiasta atribuye todo lo que hace a la obra de Dios.» Yo debería haber dicho: «Pero yo no atribuyo 'todo lo que hago' a la obra de Dios.» Lo que yo considere que es su obra lo determinaré en su momento.

Usted dice: (11) «El habla al estilo de las personas inspiradas.» Yo dije: «No más inspirado de lo que lo está usted si ama a Dios.» Me responde: «El punto no es si usted está efectivamente inspirado, sino si ha hablado al estilo de aquéllos que lo estaban.» Su argumento era de tal naturaleza, que de haberlo permitido hubiera tergiversado totalmente su argumento. Porque si yo hubiera estado inspirado (en el *sentido* que *usted* lo *dice*) usted no podría calificar esa inspiración de entusiasta, sin blasfemar. Pero nuevamente confunde mis palabras. El significado simple de ellas es, que hablo al estilo de esas personas que «no están más inspiradas de lo que lo está usted si ama a Dios.»

Dice usted: (12) «El se aplica frases de la Escritura a sí mismo, sin prestar atención al sentido original de las mismas, o por lo menos alguna vez considerar las épocas y las circunstancias.» Respondí: «No estoy consciente de nada semejante. No aplico frases de la Escritura ni a mí mismo ni a otros sin examinar tanto el significado *original* como el sentido *secundario*, el cual pueda adjudicarse a

cristianos comunes, teniendo en cuenta las épocas y las circunstancias.» Su respuesta: «También niega usted haber hecho esto, sosteniendo, sin embargo, algún sentido *secundario* (lo que es, no nos lo ha dicho) en el cual las frases de la Escritura pueden... ser adjudicadas a cristianos comunes.» Le he explicado ampliamente lo que quiero decir por sentido *secundario* en la primera parte del *Nuevo llamado*. Usted agrega: «Muchas cosas que fueron fielmente escritas sobre la predicación del cristianismo en los principios, ustedes se las han aplicado a sí mismos en vano.» Señor, debo responder únicamente por mí mismo, y lo haré con esa expresión, «Bendito el Señor Dios de Israel, que ha visitado y redimido a su pueblo.»[26]

3. Ahora me referiré al tema en el cual usted se extiende en un análisis de lo que considera los dos grandes momentos de mi entusiasmo. El primero es simplemente éste: Muy de tarde en tarde, cuando mi alma ha estado en momentos de gran angustia, o me he encontrado en una gran incertidumbre respecto a cómo actuar en un caso importante que requería una determinación rápida, luego de utilizar todos los otros medios a mi alcance, he echado suertes o he abierto la Biblia. Y por este medio me he aliviado de esa pena o he sido dirigido en esa duda.

Ejemplos de este tipo pueden encontrarse en las páginas 12,14,15,28, y 88 del tercer *Diario*, como también en las páginas 27,28, y 80 del último. Desearía que toda persona que quiera comprender este asunto a fondo lea esas páginas mencionadas.

En cuanto a los ejemplos que nos ocupan, quisiera hacer las siguientes observaciones: (1) que respecto a mi

---

[26] Lc.1.68.

primer viaje a Bristol, usted debería haber consignado las palabras que figuran allí a modo de prólogo a las Escrituras citadas: «Se me suplicó de la manera más insistente que fuera a Bristol sin dilación. Yo no estaba para nada dispuesto a ello, y hasta me sentía poco inclinado... a raíz de que encontrábamos al escudriñar las Escrituras en lo tocante a la consecuencia de ese paso. Si ello fue para verificar nuestra fe, sólo Dios lo sabe, y el resultado lo dirá.» De las Escrituras mencionadas más adelante algunos dedujeron que el evento que percibían aún estaba lejos. Yo no deduzco nada; todavía no sé cómo juzgar, pero dejo todo en las manos de Dios. Sólo sé que la continua expectativa de la muerte era en aquel entonces una bendición indecible para mí, por lo que no me atrevía a gastar, a sabiendas, un momento, ni a desperdiciar un solo deseo en cosas terrenas. Las siguientes palabras que ocupaban el primer lugar en mi pensamiento y, por cierto con frecuencia en mi hablar:

> Cuando la Soberana Sabiduría lo ordene,
> mi alma por un desconocido camino
> marchará;
> de esta osamenta cual ráfaga partirá,
> y al mundo de los muertos llegará.
> ¿Qué es la muerte? Orilla final de la vida,
> donde las vanidades dejan de ser vanas,
> donde todos los afanes llegan a su meta
> y la vida toda vuelve a resurgir...[27]

Yo observo (2) que en otros dos de esos ejemplos se menciona específicamente que yo «estaba preocupado», y que por la oportuna aplicación de esas Escrituras, la preocupación desapareció completamente. Recibí la misma

[27] Estrofa 6 del poema de John Gambold, *The Mystery of Life*. Incluido en varios de los primeros himnarios de los Wesley.

bendición (todavía debo denominarla así) de las palabras de la página 88, y en un grado mucho más elevado el de la muy oportuna lectura de las Escrituras mencionada en la página 80 del último *Diario*.

También observo (3) que en esos momentos a los cuales sus otras menciones se refieren, yo estaba completamente desorientado en cuanto a cómo actuar en asuntos de gran importancia, que requerían una decisión rápida; pero por este medio logré superar mi incertidumbre y seguí por mi camino con regocijo (*Diarios*, III, páginas 12, 15 y IV, páginas 27-28).

Por lo tanto, mi «propia experiencia» de cosas de este tipo, que usted *piensa* me debería «desanimar para el futuro», por el contrario me alienta grandemente, dado que encuentro un gran beneficio y ningún inconveniente excepto, quizá, el hecho de que «no pueda exculparme de entusiasmo» y, si así lo desea, tampoco de presunción.

Pero usted pregunta: «¿Alguna vez Dios nos ha ordenado actuar así?» Creo que ni lo ha ordenado ni lo ha prohibido en la Escritura. Pero recuerde que «la Escritura» (para usar las palabras que usted cita de «nuestro erudito y sensato Hooker») «*no* es la única regla de todas las cosas que el ser humano puede hacer en esta vida». Todo lo que yo afirmo concerniente a esto es *que puede hacerse*; y que, de hecho, he recibido *ayuda* y *dirección* mediante ello.

4. Respondo de la misma forma a su aseveración de que la Escritura no nos ordena decidir sobre cualquier punto en cuestión por medio de suertes. Usted acepta que hay «muestras de esto en las Escrituras», pero afirma que «éstas eran milagrosas, y que no podemos nosotros aplicar este método sin presunción» (lo cual es una especie de entusiasmo). Quiero prueba de esto. Muéstreme un solo

texto de las Escrituras y quedaré satisfecho. Me dice, «Percibo que esto lo aprendió de los moravos.» Sí, así es; aunque es cierto que el señor Whitefield pensó que me excedí en este respecto. «En sus *Diarios* aparecen muestras de esto mismo, pero mencionaré solamente una. Durante el debate sobre cuándo debería ir a Bristol, donde usted dice: 'Al fin decidimos echar suertes. Y de esta manera se determinó que fuera.' ¿Es esta la forma cuidadosa en que considera cada paso que da? ¿Puede existir mayor temeridad y extravagancia? De esta manera ¡la razón se torna inútil, a la prudencia se la deja de lado y los asuntos del momento se determinan al azar!»

Así que esto es lo que usted presenta como un ejemplo genuino de mi modo de proceder y, supongo, de su imparcialidad y franqueza. «Finalmente resolvimos echarlo a la suerte.» Es cierto, *al fin*, después de un debate de varias horas, de escuchar y pesar con atención y de manera tranquila todas las razones que se alegaban de cada lado. Dado que los hermanos continuaban la discusión, aunque sin probabilidad alguna de llegar a una conclusión unánime (ya tarde en la noche), al fin se pusieron de acuerdo en esto. «¿Puede haber mayor temeridad y extravagancia?» No puedo menos que pensar que sí. «La razón se torna de alguna manera inútil.» No, la habíamos utilizado al máximo desde el sábado 17 de marzo (cuando recibí la primera carta) hasta el miércoles 28, cuando el caso se presentó ante la sociedad. «La prudencia se deja de lado.» No es verdad; pero los argumentos estaban tan igualados que la prudencia misma no supo qué hacer para resolverlo. «Y los asuntos del momento se determinan al azar.» ¿Al azar? ¡Qué error

garrafal es entonces aquello de que «La suerte se echa en el regazo; mas del Señor es la decisión de ella.»![28]

Creo firmemente que esto coincide con la verdad y la razón y que así será siempre. Y por lo tanto continúo suscribiendo la declaración de la Iglesia Morava (presentada ante todo el cuerpo de teólogos en la Universidad de Württemberg, y no considerada por ellos como *entusiasmo*) que dice así: «Tenemos una estima peculiar por *las suertes* y las utilizamos tanto en público como en privado para decidir asuntos de importancia, cuando las razones vertidas por ambas partes parecen tener el mismo peso. Y creemos que ésta es la única solución para dejar de lado nuestra propia voluntad, absolvernos de toda culpa, y comprender con claridad cuál es la voluntad de Dios.»

5. Seguidamente usted «mencionó» varias «pruebas» de mi entusiasmo. La primera fue el caso de la señora Jones. La siguiente la relata así: «Nuevamente usted dice: 'hablé inspirado por la plenitud que me ha sido concedida'.» Yo le contesté:
«Quiero decir que en ese momento tenía un sentimiento más *pleno*, más profundo (de lo que hablaba) de lo que tengo *generalmente*.» Pero si todavía cree que «hubiera sido más correcto el haber dicho 'de acuerdo a lo mejor de mi poder y habilidad, con la ayuda de Dios, yo hablé'», lo diré así la próxima vez.

Respecto a la tercera «muestra» de entusiasmo, dijo: «Si usted no quiere que veamos esto como milagroso, no hay nada en el caso que valga la pena de ser relatado.» A lo cual yo respondí: «Puede que sea así; déjelo pues pasar entonces como una pequeñez indigna de ser contada. Pero,

---

[28] Prov. 16.33.

no obstante, eso no es prueba de entusiasmo. Porque yo no quiero que se lo mire como un milagro,... sino como una señal de la providencia particular de Dios.» ¡Qué amistosa y generosa su respuesta! «Parece avergonzarse de ello... Me alegro que termine con esta tontería y deseo que en el futuro dispense un trato mejor a sus lectores.»

Señor, no estoy avergonzado de ello ni terminaré con «esta tontería» hasta que abandone la Biblia. Aún veo esto como «una señal de la providencia particular de Dios». «Pero, ¿cómo puede esto ser consistente con su afirmación de que era una cuestión sin importancia?» Mis palabras no implican que yo haya concedido que lo sea. Pero al ser presionado con el dilema, «Esto se relata como algo milagroso» (y entonces ustedes pretenden que es entusiasmo) «o no vale la pena de ser contado», yo (para evitar esgrimir el serrucho de la controversia) respondí: «Déjelo pasar entonces como una pequeñez que no vale la pena relatar; pero de todos modos» (si es una pequeñez, lo cual *supongo*, pero no admito) «no es prueba de entusiasmo. Porque no deseo que usted lo considere milagroso.»

A pesar de todo, creo que he cedido con exceso, lo que favorecería demasiado su afirmación de que «existe una gran diferencia entre providencias particulares y tales interposiciones extraordinarias». Le ruego señor, que me demuestre en qué consiste esa diferencia. Es un asunto que merece su reflexión más serena. «No tengo base... para esperar o rogar por tan inmediatos alivios... Estas cosas deben ser vistas ya sea como accidentes comunes o como milagros.» No comprendo claramente sus términos. ¿Qué es un *accidente* común? ¿Que un gorrión caiga al suelo? ¿O algo más insignificante que los cabellos de la cabeza? ¿Existe un

punto medio entre accidente y milagro? Si lo hubiera, ¿cuál sería? Cuando estemos de acuerdo con respecto a estos pocos puntos, tendré el placer de volver sobre el tema.

6. El cuarto ejemplo referente a mi supuesto entusiasmo es que yo relacioné los juicios infligidos a mis oponentes. En cuanto al señor Molther, debo insistir una vez más en mi convicción de que en su enfermedad se manifestó una providencia particular. Pero no creo, ni quise insinuar, que fuera un juicio por oponerse a *mí*.

Usted continúa diciendo: «Nuevamente menciona como una horrible providencia el caso de un pobre infeliz que la semana pasada estaba maldiciendo y blasfemando, a la vez que se jactaba ante muchos de que volvería el domingo y que no habría ser humano capaz de hacerlo callar. Pero el viernes Dios puso su mano sobre él y el domingo fue sepultado.» Yo respondí que «consideré esto como un evidente juicio de Dios sobre un pecador endurecido por su compleja malignidad». A lo cual me respondió usted lo siguiente: «Si le parece bien, agregue 'su mal obrar con toda su fuerza para dificultar la Palabra de Dios'. Aquí tenemos pues, un caso de un juicio que usted declara se debió a la oposición de él hacia usted.» Es decir, por su *oposición* con maldiciones y blasfemias. Esto era parte de su compleja malignidad. Pero aquí usted piensa que yo me declaro culpable. No de *entusiasmo*, hasta que usted pruebe que ésta no fue «una horrible providencia».

«En otra ocasión, 'un hombre iba a dar una paliza a su esposa (cosa que hacía con frecuencia) cuando Dios lo castigó en un momento, de manera que cayó al suelo, quedando sin fuerzas, como un recién nacido'. ¿Tenemos alguna autorización en las Escrituras, o por medio de las dispensas comunes de la providencia, para interpretar las

desgracias de esta naturaleza como juicios?» Yo le repliqué: «¿Puede usted, señor, considerar esto como una de las dispensas comunes de la providencia? ¿Ha conocido algo paralelo en su vida? Nunca fue citado por mí (como lo es por usted) como un castigo inmediato a una persona por oponerse a mí.» A esto usted respondió: «Como si lo que no es común, o lo que no he conocido tuviera, que ser un juicio milagroso.» Yo creo que, milagro o no, fue un juicio combinado con misericordia.

Ahora agrega al resto el siguiente ejemplo:

Un tal John Haydon, un hombre de una vida y una conversación normales, al ser informado que «en las sociedades la gente caía en extraños ataques», vino a ver para juzgar por sí mismo. Pero quedó todavía más insatisfecho que antes; tanto así que fue a ver a sus conocidos y se esmeró en gran medida para convencerles de que se trataba de una ilusión del demonio, un engaño. Volvíamos de una reunión a nuestro hogar, cuando una persona nos encontró en la calle y nos informó que J.H. había caído desvariando enloquecido. Parece que se había sentado a cenar, pero primero quiso terminar de leer el sermón sobre la *Salvación por la Fe.* Al leer la última página, su rostro cambió de color, se cayó de la silla y comenzó a gritar de manera terrible, golpeándose contra el piso. Los vecinos, alarmados, acudieron en tropel a la casa. Yo entré y lo encontré en el suelo, rodeado de la gente que llenaba la habitación. Su esposa había intentado hacerlos salir, pero él, a los gritos le decía: «No, déjalos que vengan todos; que todo el mundo vea el justo juicio de Dios.» Dos o tres hombres lo sujetaban como podían. Cuando me vio, fijó sus ojos en mí y gritó: «Sí, éste es el que dijo que yo era un engañador de la gente. Pero Dios me ha alcanzado. Yo dije que todo era un engaño. Pero esto no es engaño.» Luego gritó: «¡Oh tú, demonio! ¡Maldito diablo! ¡Sí, legión de demonios! ¡No se pueden quedar! ¡Cristo los echará! Yo sé que ha comenzado su obra. Aunque me destrocen, no podrán dañarme.» Luego se volvió a golpear contra el suelo, al tiempo que su pecho se agitaba como en estertores de muerte, y grandes gotas de sudor corrían por su rostro. Todos nos pusimos a orar. Sus estertores cesaron, y tanto su cuerpo como su alma fueron liberados.[29]

Si usted lo hubiera deseado, podría haber agregado del párrafo siguiente: «Retornando a J.H., encontramos su voz casi inaudible y su cuerpo débil como el de un niño;

---

[29] *Diario*, 2 de mayo de 1739.

pero su alma estaba en paz, llena de amor y regocijándose en la esperanza de la gloria de Dios.»

Usted acota: «Imagino que usted también desea que esto pase como una cosa sin importancia.» No, de ninguna manera. Es un ejemplo tan terrible del juicio de Dios (aunque al fin «la misericordia triunfó sobre el juicio») como para no ser olvidado mientras el sol y la luna perduren, por quienes temen a Dios.

7. Usted cita los relatos de personas que han sufrido estos ataques como un quinto ejemplo de mi entusiasmo, diciendo, «está claro que usted considera tanto los desórdenes como la eliminación de los mismos como hechos sobrenaturales.» Respondí: «No es tan sencillo. Considero algunos de estos casos totalmente naturales; los demás, confusos: por una parte naturales y por otra no.» Replica usted: «Hubiera sido amable de su parte que nos hubiera dado a conocer la regla en la que se apoya para distinguir estas cosas.» Lo haré. Las distingo por las circunstancias que preceden, acompañan y siguen. Usted dice: «No obstante, usted acepta que algunos de éstos son en parte sobrenaturales. Por lo tanto, los milagros no han cesado totalmente.» ¿Puede usted probar que es han cesado? ¿Por las Escrituras o por el razonamiento? Usted se refiere luego a dos o tres casos relatados en las páginas 42 y 43 del tercer *Diario*.

Creo que en las mentes de las personas allí mencionadas había un poder *sobrenatural* que provocó que sus cuerpos fueran afectados de esta manera por las leyes *naturales* de la unión vital. Por consiguiente, tiene usted que probar que no había poder sobrenatural, pues si no lo hace no hay aquí entusiasmo.

Sobre esto usted comentó: «No deja lugar a dudas que usted desea que estos casos sean considerados igual que los de los endemoniados en el Nuevo Testamento, supongo que con el fin de demostrar un paralelismo entre las supuestas curas que usted logra, y grandes milagros de Cristo y sus discípulos, cuando echaban fuera demonios.» Le repliqué: «En otro momento me hubiera sorprendido que usted planteara una suposición tal. Pero ya no me sorprende en nada.» Pregunta usted: «¿Por qué? ¿Qué he hecho últimamente para que no se sorprenda de nada? ¿He perdido la capacidad para discutir con usted en forma honesta y sin malicia?» Ya que me lo pregunta, le responderé (espero que con amor y con humildad): De todas las personas que han escrito en contra mía, casi no conozco una menos sincera y que haya demostrado tener una disposición más persistente e invariable para dar una idea errónea de todo lo que yo diga, que usted.

«Pero, ¿por qué no explica usted estos casos?» Le daré la explicación de todo esto de una vez por todas. Bien sabe usted que durante más de trescientos años después de Cristo, fue común en la Iglesia la manifestación de demonios. Y supongo que usted no ignora que durante ese largo período esta manifestación cesaba gracias a las oraciones de los creyentes. Además, mientras Satanás continúe siendo *el dios de este mundo*,[30] no dudo que tendremos demonios entre nosotros, como creo que ha sido el caso de John Haydon. Pero sea cual fuere el desorden que éste sufrió, es innegable el efecto de alivio y tranquilidad que le produjo la oración. Ahora, señor, tiene usted dos puntos que comprobar para llegar a un argumento decisivo:

---

[30] 2 Co.4.4.

el primero es determinar si puede denominarse entusiasmo el pensar o decir «existen demonios en el día de hoy y se alejan por medio de la oración»; y el segundo es probar que decir que «los demonios eran o son alejados por medio de la oración de Cipriano o del ministro de la parroquia» es pretender que las oraciones de Cipriano, o de ese ministro, eran o son análogas a los «más altos milagros de Cristo y de sus discípulos».

8. Usted comentó: «Será muy difícil persuadir a una persona que está sobria, que existe algo sobrenatural en estos desórdenes.» El resto de ese párrafo yo lo abrevié como sigue: Usted pretende justificar los ataques de esas personas por medio de las siguientes expresiones: «obstrucciones o irregularidades sanguíneas; desórdenes histéricos; ayunos, vigilias, habitaciones muy cerradas, grandes aglomeraciones de personas, excesivo calor». Y también por «terrores, perplejidades y dudas, en personas bien intencionadas pero débiles, las cuales» según usted cree, «en muchos de los casos ante nosotros, han ido más allá de su inteligencia».

Yo le respondí: «En cuanto a cada uno de los demás, déjelo ir cuán lejos pueda. (Puede suponerse que tenga *alguna* influencia en *algunos* casos; tal vez 'que se pueda encontrar' uno en mil.) Pero yo requiero pruebas del último modo como justifica estos desórdenes. «Pues, los ejemplos», según dice usted, «de locura religiosa, han aumentado desde que usted comenzó a perturbar el mundo.» Yo dudo que sea así. «Pero esto de ningún modo lo refuta», replica usted. Sí que lo hace hasta que usted presente una prueba; pues una simple negación es una respuesta apropiada y suficiente para una simple afirmación. Y digo más: si estos hechos hubieran aumentado

a diario, sería fácil explicarlos en otra forma (como se ve en la primera parte del *Nuevo llamado* desde la página 101 en adelante). Comenta usted, «Muchos han oído de, o conocido a, varios metodistas que así se trastornaron.» Usted puede haber *oído* de quinientos. Pero ¿a cuántos *ha conocido*? Por favor, nombre a ocho o diez de ellos. Yo no he podido encontrar hasta el día de hoy ni uno, ya sea hombre, mujer o niño. «Esto de nombrarlos sería muy impropio y es innecesario.» No obstante, señor, es imprescindible que me los nombre en privado. De esa manera, de ser preciso, le excusaría ante el público, cosa que por ahora no me es posible hacer.

La persona que yo mencioné y a la cual usted «sumió en mucha *duda* y *perplejidad*» vivía entonces en la parroquia de Santa Ana, en Westminster. Yo relaté el caso tal como ella me lo contó. Pero ella está bien de salud y dispuesta a contestar por sí misma.

9. Usted continúa diciendo: «La suposición más caritativa que podemos hacer de muchos de los casos que usted ha mencionado en sus *Diarios*, algunos de los cuales han sido discutidos más arriba, son de esta clase, es decir, de locura.» ¡Oh, dulce caridad! ¿Acaso su compasión no puede llegar ni un pelo más allá de esto? No. «porque de otro modo» (si esas personas no estaban locas) »la presunción y la desesperación son, ciertamente, terribles». Pero ¿y si usted supusiera que John Haydon (por nombrar uno) no estaba loco, sino bajo una posesión transitoria? ¿Y que otros estaban profundamente convencidos del pecado y de que en ellos perduraba la ira de Dios? Yo creo que una suposición tal (sea verdadera o falsa) es tan «caritativa» como la suya.

Yo dije: «Hasta este día no he podido hallar un ejemplo tal.» Usted responde: «No obstante, usted una vez no pudo menos que estar 'algo preocupado respecto a una o dos personas que *parecían* ser realmente *lunáticas*, y a la vez estar seriamente acosadas',» Así lo *parecían*; pero pronto se vio que *no era así*. El párrafo siguiente menciona que uno de éstos en unas pocas horas estuvo «lleno del espíritu de amor y con su mente sana».

Pero usted está resuelto, sea como sea, a seguir con este punto, y por lo tanto agrega: «Hacia el final de su *Nuevo llamado* (en la primera parte, página 101) usted dice que 'ha visto un caso de locura real y perdurable'. Se refiere a una persona que se llevó con usted a Bristol, que luego demostró tener prejuicios respecto a usted y comenzó una diatriba vehemente en contra de su persona y de sus doctrinas, y que en medio de ello tuvo un ataque de locura.» Y agregue usted: «Y así continuó hasta que sus amigos lo pusieron en el manicomio y probablemente *me* endilgaron *su* locura. Y si no lo hicieron, ahora está en sus manos.»

10. «En cuanto a las curas de estos ataques, observé que (según prosigue en la página 139), con frecuencia usted las representaba como milagrosas, como consecuencia instantánea de sus oraciones.» Mi primera respuesta a esto fue: «He tomado nota de los hechos tal cual ocurrieron, sin juzgarlos en absoluto, dejando que cada uno lo haga según le plazca.»

Me alegro que usted me dé la ocasión de repasar esta contestación, pues reflexionando sobre ella no me place en absoluto. Le otorga más de lo que a conciencia puedo cederle. Se puede probar por medio de numerosos testigos que estas curas eran con frecuencia (de cierto casi siempre), la consecuencia *instantánea* de la oración; su deducción es

correcta. Yo no puedo, ni me atrevo, a afirmar que eran puramente *naturales*. Creo que no era así. Creo que muchas se forjaron por el poder *sobrenatural* de Dios. Particularmente la de John Haydon. (Me mantengo firme en esto y estoy dispuesto a discutirlo con usted cuando lo desee.) Y, a pesar de todo, esto no es «entusiasmo descarado». Ni puede usted afirmar que es *entusiasmo* alguno, a menos que pueda probar que esto está atribuido, *falsamente*, a un poder *sobrenatural*.

«El próximo caso», dice usted, «se refiere a la fiebre moteada, que dice ser extremadamente mortal; pero... usted cree que todos aquellos con los que usted estuvo, se sanaron. Acepto que aquí 'no hay ninguna insinuación de nada milagroso.' Usted pregunta: 'entonces, ¿por qué se cita esto como ejemplo de mi entusiasmo?' Ciertamente usted no puede pensar que las falsas pretensiones de milagros representan la *totalidad* del entusiasmo.» No, pero creo que son *la parte* del entusiasmo que aquí se propuso usted comprobar sobre mí. Usted está aquí para probar que yo me jacto de «curar males del cuerpo por medio de la oración, sin utilizar otros medios». Pero si en mi relato «no hay insinuación de nada milagroso o de que no se habían aplicado los medicamentos correspondientes», ¿cómo puede ser esto prueba de que yo me jacto de efectuar curaciones del cuerpo sin aplicar ningún medicamento?

Pero usted parece desear que se crea que una bendición extraordinaria viene con sus oraciones. Mientras que si se pudiera indagar en las circunstancias que se presentaban, se podría comprobar que, o bien la gravedad de la enfermedad había cedido, o que las personas que usted visitaba se sentían envueltas por los ruegos de manera más favorable, o que debido a su constitución fuerte tenían más posibilidades de superarla. Tampoco creo que hubieran fallado en su mejoría si hubieran recibido una bendición igual por la asistencia y oración de los ministros de sus propias parroquias.

Bueno, señor, he hecho lo que usted requería y he citado todo su comentario. Pero ¿prueba todo esto que yo me jacto de «curar males del cuerpo con la oración, sin utilizar otros medios»? Así dice usted, aunque no lo prueba, y muestra que «usted parece desear que se crea que una bendición extraordinaria viene con sus oraciones». Y ésta es otra clase de entusiasmo. Está muy bien; no prueba la conclusión según la intención que usted pretendía, pero prueba otra igual de buena.

11. Las dos últimas pruebas de mi entusiasmo que usted señala, yo las he resumido en dos líneas que dicen así: «En dos ocasiones distintas, encontrándome enfermo y con violento dolor, oré a Dios y obtuve alivio inmediato». Pero ya que usted dice que no debo «esperar escapar así, sino que estos casos deben, una vez más, ser presentados delante mío en particular», debo ceder a la necesidad y transcribirlos del principio al fin.

Sábado, marzo 21, 1741. Expliqué por la noche el capítulo 23 de Ezequiel. Mientras lo hacía, me dio un dolor tan fuerte en el costado que no pude seguir hablando. Conocía mi remedio: inmediatamente me puse de rodillas. Pocos momentos después el dolor había desaparecido.

Viernes, mayo 8, 1741. No me sentía bien. A pesar de ello, hice un cambio para predicar a la noche. Pero el sábado las fuerzas me fallaron de tal forma que durante varias horas apenas podía levantar la cabeza. El domingo 10 me vi obligado a permanecer acostado casi todo el día, única postura en que estaba cómodo. A la noche, además del dolor en la espalda y la cabeza y la fiebre que continuaba, al comenzar a orar me tomó un ataque tal de tos que no me permitía hablar. Al mismo tiempo recordé con fuerza las palabras: «Estas señales seguirán a los que creen...» Clamé a Jesús en voz alta pidiéndole que *aumentara mi fe* y que *confirmara la palabra de su gracia*. Mientras hablaba, mi dolor se desvaneció. La fiebre bajó y mi fuerza física retornó. Y por muchas semanas no sentí ni debilidad ni dolor. Ante ti, oh Señor, doy gracias.

Cuando usted primeramente citó estos testimonios como pruebas de entusiasmo, yo contesté:

Puntualizaré su argumento como sigue:

Quien cree que curas milagrosas las que no lo son, es un entusiasta manifiesto; pero,

Usted cree que ésas son curas milagrosas, aunque no lo son;

por tanto usted es un entusiasta manifiesto.

¿Qué quiere decir usted por *milagroso*? Si usted denomina de esta forma todo lo que «no es estrictamente explicable por los medios corrientes de las causas naturales», entonces yo niego la última parte de la premisa menor. Y a menos que usted pueda sostenerla, probando que los efectos en cuestión son «estrictamente explicables por los medios normales de las causas naturales», su argumento no tiene valor.

Usted responde:

Aunque usted pretenda dar forma a mi argumentación, su respuesta a la objeción es muy evasiva. Usted equivoca la premisa mayor, que debiera haberse expresado de la siguiente manera:

Quien considere esas curas como los efectos inmediatos de sus propias oraciones, y como milagros (que no lo son) es un entusiasta manifiesto, aunque sincero.

Pero, esto es lo que usted ha hecho... *Ergo*, etcétera.

A este torpe silogismo yo replico: (1) Que las palabras «aunque sinceras» sencillamente carecen de propósito, porque si se supone que hay *falta de sinceridad*, *el entusiasmo* está fuera de discusión. (2) Que las palabras «efectos inmediatos de sus propias oraciones» deben también eliminarse, porque son innecesarias y molestas, dado que el argumento está completo sin ellas. (3) Que con o sin ellas, la proposición es falsa, por lo menos en lo que se refiere a lo que usted rechaza. Porque es *el creer* que son milagros cuando no lo son, lo que constituye un *entusiasta* y no el *considerarlos* de uno u otro modo, a menos en lo que implica tal *creencia*.

12. Respecto a mi contestación al silogismo propuesto en primer lugar, usted observa lo siguiente: «Así» (al negar la última parte de la premisa menor) «usted se desliga del cargo de entusiasmo reconociendo las curas como sobrenaturales y milagrosas... ¿Por qué pues, no se decide a hablar claro y decir directamente que usted puede realizar milagros verdaderos y fuera de toda duda? Esto pondría la controversia entre usted y sus opositores a un mismo nivel y sería prueba eficaz de la veracidad de sus pretensiones.»

V. 1. En cierta medida me he explicado en lo que se refiere a los milagros en la tercera parte del *Nuevo llamado*. Pero dado que usted repite la demanda (sin tener en cuenta ninguno de los argumentos ya ofrecidos) intentaré una vez más darle una contestación clara, completa y terminante.

Y, en primer lugar, reconozco que he visto con mis ojos y escuchado con mis oídos varias cosas que, según mi mejor juicio, no pueden determinarse de acuerdo al curso corriente de las cosas naturales, por lo cual creo que deberían ser «atribuidas a la extraordinaria interposición de Dios». Si alguna persona desea llamar a esto «milagros» yo no tengo nada que decir. He averiguado todos los hechos diligentemente; he meditado todo esto y he considerado las circunstancias precedentes con relación a las que siguieron. Me he esforzado por explicarlo en una forma *natural*, pero no pude hacerlo sin violentar mi razón. Para no ir demasiado atrás, quiero decir que estoy claramente persuadido que la repentina liberación del ataque de John Haydon fue un ejemplo de esta clase, y mi propia recuperación del día 10 de mayo fue otro ejemplo similar. No puedo considerar ninguno de estos dos acontecimientos como algo *natural*. De ahí que estime que ambos fueron *sobrenaturales*.

En segundo lugar, debo observar que la verdad de estos hechos se sostiene por la misma clase de prueba que todos los otros; es decir, el testimonio de testigos competentes. Y el testimonio aquí es de un calibre tal como puede exigirlo cualquier persona razonable. Esos testigos fueron muchos, pero no era posible que se engañaran puesto que estando presentes vieron todo con sus propios ojos y escucharon con sus propios oídos. Tampoco es posible creer que tantos de ellos se pondrían de acuerdo con el fin de engañar a otros, ya que la mayoría eran personas

temerosas de Dios, como se veía por su forma de vivir. Por esto, debo decir que en el caso de John Haydon, este no fue un asunto planificado y ejecutado en un rincón, en presencia solamente de su familia o de tres o cuatro personas preparadas de antemano. No; ocurrió en una calle al aire libre en Bristol, a la una o las dos de la tarde. Todas las puertas estaban abiertas desde el principio, y los vecinos comenzaron a reunirse y muchos otros que pasaban quisieron entrar, hasta que la casa no podía contener más gente. Y respecto a lo que me ocurrió a mí, usted quizá piense que estaba solo en la casa. Debido a que no había estado bien ni el viernes ni el sábado, había muchos testigos, máxime que también pasé casi todo el domingo en cama. Todo esto había convencido a mis visitas que tenía algo más que una leve indisposición. Y los que me vieron ese domingo de noche notaban claramente el dolor que padecía y que no podía ocultar. En el momento en que me atacó esa gran tos que me impidió hablar hasta que al fin pude gritar «¡Señor, aumenta mi fe y confirma la palabra de tu gracia!», había en la casa unas doscientas personas. Ellas vieron cómo en ese instante pude cambiar mi posición y clamé dando gracias, y que rápidamente después de eso me puse de pie (cosa que no había podido hacer) y desaparecieron los síntomas de enfermedad y de dolor.

No obstante, en tercer lugar, deseo que observe bien, que mi voluntad, o mi elección o mi deseo no incidieron en absoluto en esto, como he notado que tampoco ocurre en otros casos que me ha tocado presenciar. Cinco minutos antes de que me ocurriera, ni había pensado en ello. No esperaba otra cosa, sino que estaba dispuesto a esperar una recuperación lenta como sucede en el caso de cualquier dolencia. No había buscado ninguna otra cura hasta ese

momento. Y tengo el convencimiento de que el caso fue siempre igual respecto a los más «reales e indudables milagros». Creo que Dios nunca interpone su poder milagroso excepto según su única y soberana voluntad, y no de acuerdo a la voluntad de la persona. La sabiduría, al igual que el poder, son suyos. Tampoco he encontrado jamás que, desde el principio del mundo, hubiera dejado su poder en manos de una mera persona para ser utilizado cuando ésta lo creyera conveniente. Por lo tanto, imaginemos que hubiera sobre la tierra alguien que realizara «milagros reales e indudables», yo le preguntaría: ¿Bajo el poder de quién realiza estos milagros? ¿Y para el placer de quién? ¿El suyo propio o el de Dios? No el suyo propio, sino el de Dios. Pero de ser así, su demanda no se hace a la persona, sino a Dios. No puedo decir que sea modesto desafiar así a Dios; ni tampoco que se ajuste a la relación de una criatura con su Creador.

2. A pesar de todo, no puedo evitar el pensar que ya ha habido tantas claras interposiciones de poder divino, que en poco tiempo le dejarán sin excusas, tanto si las niega como si las desprecia. No deseamos ningún favor, pero sí que se haga justicia por medio de averiguaciones diligentes en lo concerniente a las mismas. Estamos preparados para nombrar a las personas (no una o dos, o diez o doce solamente) a quienes el poder que sólo pertenece a Dios fue demostrado; y también podemos señalar los lugares donde viven. Y nos comprometemos a que contesten cada pregunta pertinente con veracidad y en forma directa; y si así se requiere, que todas las respuestas sean respondidas bajo juramento ante quien corresponda. Es de nuestro particular interés que se investiguen a fondo y se tome nota minuciosamente de las circunstancias previas al

acontecimiento, como también las que rodearon el momento y las que siguieron después de los hechos que se están considerando. Permítase que se haga esto (¿y no es de gran necesidad el hacerlo, por lo menos para quienes deseen formarse un juicio exacto?) y no habrá temor de que cualquier persona razonable tenga escrúpulos en decir, «¡Esto ha hecho Dios!»[31]

Como ya ha habido tantos casos de esta clase, muchos más de lo que nos atreviéramos a pedir o imaginar, no puedo aventurarme a decir si será o no del agrado de Dios el agregar más a su número. *Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero?*[32] El hará o no hará. Yo no puedo afirmar ni negar. Yo no tengo luz y no tengo deseos ni de lo uno ni de lo otro. *El Señor es; haga lo que bien le pareciere*.[33] Yo sólo deseo ser como barro en sus manos.

3. Pero, ¿qué pasaría si no hubieran de realizarse tantos «milagros reales e indudables»? (Supongo que por «indudables» usted quiere decir los que, por estar suficientemente autenticados, no pueden dudarse.) Pero usted dice que eso «abreviaría la controversia y sería una prueba efectiva de la veracidad de sus pretensiones». De ningún modo. Tan común como es esa aseveración, no hay nada más falso sobre la tierra. Suponga que un maestro llevara a cabo hoy mismo «milagros reales e indudables». Esto «acortaría la controversia» muy escasamente entre él y la mayoría de sus opositores. Porque todo esto no los obligaría a creer, y muchos permanecerían en el mismo lugar que antes, viendo que las personas «endurecen sus

[31] Véase Nm.23.23.
[32] Ro.11.34.
[33] 1 S.3.18.

corazones» en contra de los milagros, lo mismo que en contra de los argumentos.

Y así han actuado las gentes desde el principio del mundo, aun en contra de señales, milagros gloriosos, e interposiciones del poder de Dios, tales como tal vez no vuelvan a verse hasta la consumación de todas las cosas. Permítame que le recuerde sólo unos pocos casos, y observar que el argumento se mantiene *à fortiori*. Porque, ¿a quién volverá Dios a dar poder otra vez para realizar tales milagros como éstos? ¿Acaso Faraón consideró todo lo que Moisés y Aaron realizaron como una «prueba efectiva de la veracidad de sus pretensiones»? ¿Aun cuando «*...el Señor hizo que el mar se volviera seco y las aguas quedaron divididas y los hijos de Israel entraron por en medio del mar en seco, teniendo las aguas como muro a su derecha y a su izquierda*»?[34] ¡No!...

El dragón herido bramó en vano
y ferozmente enfrentó la suprema catástrofe;
enloquecido desafió la separación del mar
y se hundió bajo las arrolladoras olas.[35]

¿Fue todo esto «una prueba efectiva de la veracidad de sus pretensiones» para los propios israelitas? No lo fue. Siguieron siendo desobedientes aun ante el Mar Rojo. ¿Fue acaso, el darles día a día maná del cielo una «prueba efectiva» para esos *doscientos cincuenta príncipes del consejo, famosos en la congregación, varones de renombre*, quienes dijeron, con Datán y Abiram, «*¿Sacarás los ojos de estos hombres? No subiremos.*» Más aún, cuando *se separó la tierra que estaba debajo de ellos y abrió su boca*

[34] Ex.14.21-22.
[35] De un poema de Carlos Wesley.

tragándolos, no fue esto tampoco «prueba efectiva» para quienes lo vieron con sus ojos y oyeron los gritos de los que cayeron en el pozo. Al día siguiente *murmuraron contra Moisés y Aarón diciendo: «¡Vosotros habéis dado muerte al pueblo del Señor!»*[36]

¿No fue lo mismo, en general, lo sucedido respecto a los profetas que siguieron? Fueron muchos los que *taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos* y realizaron poderosos trabajos. Pero aun así su propia gente no los recibió. *Fueron apedreados, aserrados, muertos a filo de espada, destituidos, afligidos, atormentados*.[37] Totalmente contrario a la suposición común de que los «milagros reales e indudables» deben terminar con las controversias y convencer a cada contendiente.

Pensemos en algo más cercano. ¿Cómo fue el caso entre nuestro Señor y sus opositores? ¿Acaso no hizo «milagros verdaderos y reales»? ¿Y cuál fue el efecto? Más aún, *a los suyos vino y los suyos no le recibieron*.[38] Todavía más, *fue menospreciado y rechazado por los hombres*.[39] Con todo fue un desafío sin respuesta apropiada. *¿Acaso ha creído en él alguno de los gobernantes o los fariseos?*[40] Después de esto, ¿cómo puede usted imaginar que cualquiera que obra milagros debe convencer «a todos de la verdad de sus pretensiones»?

Quisiera recordarle sólo un caso más. *Cierto hombre de Listra estaba sentado, imposibilitado de los pies, cojo de nacimiento, que jamás había andado. Este oyó hablar a*

---

[36] Nm.16.
[37] He.11.33-37.
[38] Jn.1.11.
[39] Is.53.3.
[40] Jn.7.48.

Pablo, el cual, fijando en él sus ojos y viendo que tenía fe para ser sanado, dijo a gran voz: «Levántate derecho sobre tus pies.» Y él saltó y anduvo. Aquí se presentaba un *milagro tan indudable*, que la gente alzó la voz diciendo: *«Dioses bajo la semejanza de hombres han descendido a nosotros.»* Pero, ¿cuánto tiempo estuvo la gente convencida de «la verdad de sus pretensiones»? Solamente hasta que *vinieron unos judíos de Antioquía y de Iconio... y habiendo apedreado a Pablo, le arrastraron... pensando que estaba muerto*.[41] Tan cierto es el hecho de que ningún milagro que haya podido hacerse en el mundo ha sido *efectivo* para *probar* la verdad más deslumbrante y notoria a quienes endurecen sus corazones en su contra.

4. Y esto será así en cualquier época y en cualquier nación. *«Mas Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantare de los muertos.»*[42] Sin un milagro, sin que nadie se levante de entre los muertos, *eán tis théle poiêin*, *el que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios*.[43] Pero si no desea hacer su voluntad, nunca le faltará una excusa, una razón plausible, para rechazarla. Sí, aunque se realizaran muchos milagros para confirmarla. Porque aunque mucha luz venga al mundo, no tendrá efecto (tal es la sabia y justa voluntad de Dios) sobre quienes *amaron más las tinieblas que la luz*.[44] No convencerá a quienes simplemente no desean hacer la voluntad de su Padre que está en los cielos; a los que se interesan por las cosas terrenales, que (aunque no continúen en ningún

---

[41] Hch.14.
[42] Lc.16.31.
[43] Jn.7.17.
[44] Jn.3.19.

pecado exterior grave) aman los placeres, la comodidad y buscan ganancias, poder, promociones y reputación. Nada será para éstos una prueba efectiva de la voluntad santa y aceptable de Dios, a menos que primeramente sus corazones orgullosos sean humillados, sus porfiadas y tenaces voluntades sean abatidas, y sus deseos se sometan, por lo menos en parte, a la obediencia de la ley de Cristo.

De ahí que aunque a Dios le pluguiera repetir todas las maravillas que alguna vez se forjaron sobre la tierra, todavía estas personas, a pesar de la *sabiduría y prudencia* con que actúen en las cosas relacionadas con el mundo presente, lucharían en contra de Dios y todos sus mensajeros, a pesar de todos estos milagros. Entretanto, Dios revelará su verdad *a los niños*,[45] a aquéllos que son mansos y humildes, cuyos deseos están en los cielos y que quieren *no saber cosa alguna sino a Jesucristo y a éste crucificado*.[46] Estos no necesitan milagros exteriores para demostrarles su voluntad: tienen una ley sencilla, la Palabra escrita. Y *la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe, así como la unción misma os enseña todas las cosas*.[47] Por medio de esto están capacitados para traer todas las doctrinas *a la ley y al testimonio*.[48] Y todo lo que está de acuerdo con esto lo reciben sin esperar a ver si es atestiguado por milagros. Por otra parte, todo lo que es contrario a esto lo rechazan y ni siquiera un milagro puede moverlos a recibirlo.

---

[45] Mt.11.25.
[46] 1 Co.2.2.
[47] 1 Jn.2.27.
[48] Is.8.20.

5. No obstante, no creo que de alguna manera Dios se haya excluido a sí mismo de ejercer su poder soberano, obrando milagros de cualquier grado y en cualquier época hasta el fin del mundo. No recuerdo ninguna parte de las Escrituras donde se nos enseñe que los milagros debían confinarse dentro de los límites de la era apostólica o de la época de Cipriano; o aún de ningún período de tiempo, ya fuera largo o corto, hasta la restauración de todas las cosas. Tampoco he observado en el Antiguo o en el Nuevo Testamento ningún indicio de esto. Por cierto que san Pablo dice una vez, refiriéndose a dos de los dones milagrosos del Espíritu (creo que es así como se comprende ese texto generalmente) «*pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas*».[49] Pero él tampoco dice que éstos u otros milagros cesarán hasta que la fe y la esperanza también cesen, cuando todo se acabará, envuelto en la perfección de la visión de Dios, y el amor será el todo en todos.

Presumo que usted aceptará que existe una clase de milagros (hablando libremente) que no cesan, que se conocen como falsas maravillas, *térata pseúdous*,[50] milagros diabólicos u obras que sobrepasan el poder de las causas naturales, forjadas por el poder de espíritus malignos. Y no se puede concebir fácilmente que cesarán mientras el padre de la mentira sea el príncipe de este mundo. Y ¿por qué pensaría usted que el Dios de la verdad es menos activo que Satanás, o que no hará uso de sus milagros también? Sólo que no será como el ser humano lo desee ni cuando lo quiera, sino de acuerdo a su propia y excelsa sabiduría y grandeza.

---

[49] 1 Co.13.8.

[50] 2 Ts.2.9.

6. Pero aun si se supusiera que Dios ahora obra más allá de las causas meramente naturales, ¿qué impresión le causaría a *usted*, según la disposición en que se encuentra su mente ahora? Suponga que la prueba se repitiera mañana y alguien le informase a usted al día siguiente: «Mientras un clérigo estaba predicando ayer donde yo estaba, vino un hombre que había estado enfermo durante mucho tiempo de un mal incurable. Se oró por él y su salud fue restablecida plenamente.»

Suponiendo que esto fuera un hecho real, tal vez tendría usted apenas paciencia para escuchar el informe y lo interrumpiría en la mitad diciendo, «¿Dice usted que esto es algo *sobrenatural*? ¡Entonces los milagros no han cesado!» Pero si se aventurara a preguntar dónde ocurrió esto y quién fue la persona que oró, y la respuesta fuera: «En el Foundery, cerca de Moorfields, y la persona que oró fue el señor Wesley». ¡Qué balde de agua fría! ¡Qué peso caería sobre su mente en el primer momento! Apenas tendría usted el ánimo o el deseo de dar un paso más adelante. O de hacerlo, ¡qué fuerte impulso sentiría ahora por negar el hecho! ¿Y si no tuviera una excusa preparada para hacerlo? «Bueno, los que cuentan esa historia indudablemente *son de los suyos*, la mayoría de los cuales *dirán* cualquier cosa por él, y los demás *creerán* todo que diga.» Pero si usted a la larga aceptara el hecho, ¿no podría encontrar medios que justificaran lo sucedido por causas *naturales*? «Grandes aglomeraciones, fuertes calores, con obstrucciones e irregularidades sanguíneas» pueden causar maravillas. Y si usted no pudiera menos que admitir que lo sucedido era algo más allá de lo natural, ¿no le sería posible entonces encontrar alguna razón plausible para clasificarla entre las «falsas maravillas», para atribuirlas al demonio más bien que

a Dios? Y si después de todo, usted se convenciera que era el dedo de Dios, ¿no debería traer, sin embargo, cada doctrina ante la ley y el testimonio,[51] la única prueba segura e infalible de todo? ¿Para qué sirve entonces, esta continua demanda, «Muéstranos una señal y creeremos»?

¿Qué creerá usted? Espero que nada más de lo que está escrito en el Libro de Dios. Y hasta allí usted puede aventurarse a creer, sin milagro alguno.

7. Consideremos este punto un poco más aún. ¿Qué es lo que usted quisiera que nosotros demostráramos mediante milagros? ¿Las doctrinas que predicamos? Estas las probamos mediante las Escrituras y la razón; y de ser necesario, por su antigüedad. ¿Qué más tenemos entonces que probar mediante milagros? Al fin tenemos una respuesta clara de su parte: «Las personas sabias y sobrias no se convencerán de otra forma» (es decir, salvo que usted lo compruebe por milagros) «que Dios está realizando una obra grande y extraordinaria en la tierra mediante tales maestros y tales doctrinas».

Por lo tanto, el punto exacto que usted, en nombre de todos ellos, desea que nosotros probemos por medio de milagros, es esto: «Que Dios, a través de estos maestros está realizando una obra grande y extraordinaria en la tierra».

Lo que yo entiendo por una obra grande y extraordinaria es el hecho de atraer en poco tiempo a un gran número de notorios pecadores a que experimenten un cambio total de corazón y de vida.

---

[51] De las Escrituras. N. del ed.

Ahora pues, examinemos más de cerca la proposición y veamos qué parte de la misma debe probarse por milagros.

¿Es (1) que A.B. vivió por muchos años en un mundo sin Dios, siendo un blasfemo común, un alcohólico y un quebrantador del Día del Señor?

¿O (2) es que no lo es así ahora?

¿O (3) que continuó teniendo esa conducta hasta que oyó predicar a estos hombres, transformándose desde entonces en una persona totalmente distinta?

Nada de ello. La forma correcta de probar los hechos es por medio del testimonio de testigos competentes. Y estos testigos están preparados para brindar una evidencia completa de los hechos cuando les sea requerida.

¿O lo que usted desea que probemos con milagros es (4) que esto no se hizo por nuestro propio poder o santidad? ¿Que solamente Dios es capaz de levantar a los muertos, o de revivir a quienes están muertos en sus pecados y sus ofensas?

Con seguridad que no. Quienquiera que cree en las Escrituras no deseará nuevas pruebas de esto.

Entonces, ¿dónde está la «sabiduría» de quienes exigen milagros como prueba de tales proposiciones? Por una parte, el hecho de que «tales pecadores son reformados por medio de estos maestros», siendo una cuestión factual, sólo puede probarse por el testimonio, como toda cuestión factual. Y por otra parte, el que esto sea una «obra de Dios», y que sea «muy grande y más que lo normal», no necesita prueba, pues la evidencia salta a la vista de cada ser pensante.

8. Para resumir. Ninguna persona «sabia» o «sobria» puede desear o esperar que los milagros prueben ya sea (1) que estas *doctrinas* son verdaderas, lo que ha de decidir la Escritura y la razón; o bien (2) que estos *hechos* son verdaderos, lo que sólo puede ser probado por testimonios; o (3) que el *llevar* a los pecadores de las tinieblas a la luz, es obra sólo de Dios, quien utiliza los instrumentos que desea con este fin (lo cual es totalmente evidente); o (4) que un

cambio semejante, forjado en pecadores muy notorios, en un lapso tan corto, es una obra «grande» y «extraordinaria» de Dios (lo cual también es evidente). ¿Qué queda pues, para ser probado por los milagros? Tal vez usted responda diciendo «que Dios le ha *llamado* o le ha *enviado* para hacer esto». Esto se incluye en la tercera de las proposiciones precedentes. Si Dios realmente nos ha *utilizado* para eso, si *su obra* en verdad ha prosperado en nuestras manos, entonces quiere decir que él nos ha *llamado* o que nos ha *enviado* para realizarlo. Yo suplico a las personas razonables que pesen esto cuidadosamente; es decir, si el *hecho* no prueba claramente el *llamado*, o si el que nos *capacita* para salvar vidas no nos *comisiona* a hacerlo. ¿Acaso, *dándonos* el *poder* de *arrebatar el tizón del incendio*,[52] no nos autoriza a ejercerlo?

¡Oh, si fuera posible para usted considerar con calma si el triunfo del evangelio de Jesucristo, aun como lo predicamos los más humildes de sus siervos, no es en sí mismo un milagro para nunca ser olvidado! Milagro que no se puede negar por ser tan visible en este día, no en un solo lugar, sino en cien lugares; milagro que no se puede explicar de acuerdo al curso normal de alguna *causa natural*; milagro que no se puede atribuir con ningún matiz de razón a la mediación *diabólica*; y por último, milagro que soportará la prueba infalible, el juicio de la Palabra escrita.

VI. 1. Pero estoy consciente de que aquí hay abundancia de objeciones. En primer lugar, usted objeta el hecho de que hable acerca de lo que yo he hecho o estoy haciendo en la actualidad; a esto usted lo considera meramente *jactancia y vanidad* y me acusa de ello con

---

[52] Véase Am.4.11; Zac.3.2.

frecuencia. Por ejemplo, en la página 102: «La página siguiente está llena de *jactancia*»; en la página 113: «Usted se *jacta* en demasía del número de sus convertidos»; luego más adelante: «En cuanto a mí, espero que nunca me incline a imitarlo en su forma de *jactarse*». Creo, por lo tanto, que de una vez por todas es necesario examinar esta acusación a fondo, a fin de establecer claramente qué es esa cosa *buena* que usted disimula bajo este calificativo de *malo*.

Desde el año 1725 hasta el 1729 prediqué mucho, pero no pude ver ningún fruto de mi labor. Por cierto que era lógico que así fuera, dado que yo no exponía el fundamento del *arrepentimiento*, ni tampoco enfatizaba la necesidad de *creer en el evangelio*, porque daba por sentado que todos aquéllos a quienes predicaba eran *creyentes* y que la mayoría *no tenía necesidad de arrepentimiento*. (2) Desde el año 1729 al 1734, profundizando más en la necesidad del arrepentimiento, vi algún fruto, pero muy poco; y no era para menos, porque yo no predicaba sobre la fe en la sangre del pacto. (3) Desde 1734 a 1738, hablando más de la fe en las visitas de casa en casa, obtuve mayores frutos de mi predicación de lo que había logrado antes; aunque ignoro si aquéllos que se reformaron aparentemente, se transformaron interiormente, convirtiéndose profundamente a Dios. (4) Desde 1738 hasta el presente, hablando continuamente de Jesucristo, presentándolo como único fundamento para la vida, demostrando que es el todo para todos, el primero y el último; y basando mi predicación totalmente en que *el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos y creed en el evangelio*,[53] la Palabra de Dios se extendió como el fuego entre el rastrojo; fue glorificada más y más. La gente

---

[53] Mr.1.15.

clamando «¿Qué debemos hacer para ser salvos?»[54] Y luego testificaba que *por gracia somos salvos por medio de la fe*.[55] (5) Consideré muy profundamente estas experiencias, preguntándome qué debía hacer. ¿Debía relatar las cosas que había visto o no? Consulté con los amigos más serios que tengo. Todos estuvieron de acuerdo en que debería declarar estos acontecimientos, que la obra que se estaba realizando era tal que no era aconsejable ocultarla; y, por lo demás, las circunstancias tan inusuales que se estaban produciendo hacían imposible el que permanecieran encubiertas. (6) Esta misma dificultad surgió, pues se me ocurrió pensar si al hablar de estas cosas no sería acusado de *jactancia* o por lo menos que lo consideraran así. Ellos me contestaron lo siguiente: «Si habla de ello como de su *propia obra*, será sin duda *vanidad y jactancia*; pero si lo atribuye totalmente a Dios y le da a él toda la honra y alabanza, no lo será. Y si, a pesar de esto algunos igual lo consideran así, usted tendrá que estar contento y soportar la carga.» (7) Yo cedí y transcribí mis diarios para la imprenta, esforzándome todo lo posible por *dar a Dios lo que es de Dios*[56] y concederle la gloria de su propia obra.

2. Pero en esto mismo usted inserta una nueva objeción. Si le atribuyo algo a Dios, es *entusiasmo*. Si no lo hago, (o si lo hago) es *vanidad y jactancia*, y se supone que no debo mencionar nada de lo que ocurre. ¿Qué puedo hacer pues, para escapar a su censura? «Pues mantener el silencio, no decir absolutamente nada.» No puedo y no me animo a

---

[54] Hch.16.30.
[55] Ef.2.8.
[56] Lc.20.25.

callar. Si yo *agradara a los hombres no sería siervo de Cristo*.[57]

Usted no parece tener la menor idea o concepto de lo que hay en el corazón quien el plugo al que hace todas las cosas en todos emplear en una obra como ésta. No se apresura ni está seguro de entregarse totalmente a esta tarea, y vuelve atrás y comienza nuevamente una y otra vez. Y esto no ocurre sólo porque está consciente de lo que esta decisión le ocasionará en vergüenza, preocupaciones, tristezas, reproches, pérdida de amigos y todo lo que el mundo considera bueno. Lo hace porque (en cierta medida) se conoce a sí mismo. Y es esto, principalmente, lo que le constriñe a clamar (muchas veces desde la amargura de su alma, donde ningún ojo humano lo ve), «*¡Ay, Señor! envía, te ruego, por medio del que debes enviar*.[58] Solo que ¡no me envíes a mí! ¿Qué soy yo? ¡Un gusano, un perro muerto, un hombre de corazón y labios impuros!» Y cuando ya no se atreve más a contradecir o resistir, cuando al fin es *empujado a segar la cosecha*,[59] mira a la derecha y a la izquierda, cada paso que da es con temor y temblor y con un sentimiento muy profundo (que las palabras no pueden expresar) se pregunta *¿Quién es suficiente para estas cosas?*[60] Cada don que ha recibido de Dios para la promoción de su Palabra, ya sea de naturaleza o de gracia, incrementa este temor y aumenta su celo, sabiendo que tanto más estricto será el enjuiciamiento cuando dé cuenta de su mayordomía. Cuanto más prospera la obra del Señor por su mano, tanto más se esmera en su servicio. Pero

---

[57] Gá.1.10.
[58] Ex.4.13.
[59] Ap.14.15.
[60] 2 Co.2.16.

entonces se siente sorprendido y confundido ante Dios. La vergüenza cubre su rostro. No obstante, cuando comprende que debe alabar al Señor porque es bueno y declarar *sus maravillas para con los hijos de los hombres*,[61] siente que se enfrenta a un dilema y no sabe qué hacer: no puede hablar pero no se atreve a permanecer en silencio. Tal vez por un tiempo *guardará su boca con freno y se callará aun respecto de lo bueno. Pero su corazón se enardece dentro suyo y le constriñe al fin a declarar lo que Dios ha hecho*.[62] Y esto lo hace con toda sencillez, con mucha franqueza, deseando sólo encomendarse a aquél que *escudriña la mente y prueba el corazón*;[63] y (aunque sus palabras tengan de *olor de vida* o de *muerte*[64] para otros) deseando tener el testimonio en sí mismo, *con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios hablamos en Cristo*.[65] Si alguien considera esto *jactancia*, él no puede hacer nada. Es suficiente saber que el juez supremo está a la puerta.

3. Pero usted podrá decir: «¿Por qué habla del *triunfo* del evangelio en Inglaterra, que era un país cristiano antes de que usted naciera?» ¿Lo era? ¿Lo es hoy en día? Me explicaré un poco sobre esto también:

(1) Nadie puede negar que la población de Inglaterra en general se *considera* cristiana. Se *llaman* así, con algunas excepciones, pero pienso que nadie puede decir que el *nombre* hace a la *persona* y que las personas *son* cristianas simplemente porque se las *llame* así. (2) Hay que aceptar que en general los ingleses han sido *cristianizados* o

---

[61] Sal.107.8.
[62] Sal.39.1-3.
[63] Jer.17.10.
[64] 2 Co.2.16.
[65] 2 Co.2.17.

bautizados; pero tampoco podemos deducir que los que fueron *bautizados* alguna vez *son* necesariamente *cristianos* ahora. (3) Se acepta que muchos de los que fueron *bautizados* con anterioridad y *se llaman cristianos* hasta el día de hoy, *oyen* la Palabra de Dios, asisten a las *reuniones públicas de oración* y participan de la Cena del Señor; pero ni siquiera esto prueba que *son cristianos*. Porque a pesar de todo, algunos de estos viven abiertamente en pecado, mientras que otros (aunque aún no conscientes ellos mismos de su *hipocresía*) son totalmente extraños a la *religión del corazón* y están llenos de orgullo, de vanidad, de codicia y de ambición, como también de odio, de ira, de malicia y de envidia. Por consiguiente, no son más *cristianos bíblicos* que el beodo o el blasfemo común.

Apartando ahora a los que hemos mencionado, ¿dónde están los cristianos que justificarían el afirmar que Inglaterra es un «país cristiano»? ¿Las personas que tienen el sentir que hubo también en Cristo Jesús, y que andan como él anduvo? ¿Aquéllas cuya alma se renovó a imagen de Dios y que son santas exteriormente como aquél que las llamó es santo? Indudablemente, se encuentran algunas en estas condiciones. Pretender negar esto sería una *falta de veracidad*. Pero, ¡cuán pocos son los que hay, y cuán esparcidos están entre tanta gente! Y pregunto: ¿Dónde puede verse esto, cuando pensamos en una iglesia cristiana y visible, o en un grupo de cristianos ostensiblemente unidos?

Tantas sectas diversas, cada cual diciendo
«¡Ved! ¡Aquí está Cristo!»
o «¡Cristo allí está!»
Pruebas más divinas dadme, viendo
Dónde el verdadero cristiano está.

Y ¿qué valor tiene y a qué buen fin sirve, denominar a Inglaterra una «nación cristiana»? (Aunque es verdad que la mayoría de los nativos son *considerados* cristianos, han sido *bautizados*, frecuentan los *sacramentos*; y que es posible encontrar uno verdadero por aquí y por allá, como una luz que brilla en la oscuridad.) ¿Le hace honor esto a nuestro gran Maestro entre quienes no llevan su *nombre*? ¿Es este cristianismo una recomendación para los judíos, los mahometanos o los que se declaran paganos? Con seguridad nadie puede creer que lo sea. Simplemente les hace sentir que el cristianismo es abominable. ¿Responde esto a una finalidad positiva con respecto a aquéllos a quienes se les aplica este loable nombre? Me temo que no, que es todo lo contrario, porque ¿no anima más bien a una gran mayoría de la gente a mantener su disposición hacia sus *prácticas paganas*? ¿Acaso no les hace sentir que *son* lo que por cierto *no son*? ¿Que *son* «cristianos» mientras que realmente viven en este mundo sin Cristo y sin Dios? Para terminar con este punto: Si las personas no son cristianas hasta que se han transformado según la imagen de Cristo, y si la *población de Inglaterra* en general no ha experimentado esta renovación, ¿por qué la llamamos así? *El dios de este mundo cegó el entendimiento*.[66] No hagamos nada que aumente su ceguera; mas bien esforcémonos para recuperarlos de su andar desordenado para que dejen de creer en la mentira.

4. Que nuestro afán sea convencer a toda la humanidad de que ser un buen cristiano es amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón y servirle con todas nuestras fuerzas; y amar a nuestro prójimo como a nosotros

---

[66] 2 Co.4.4.

mismos, tratándolo, por lo tanto, como deseamos que nos trate a nosotros. Usted dirá: «Si se hubiera limitado a dedicarse a estos grandes temas, no hubiera surgido ninguna objeción respecto a su doctrina. Pero las doctrinas que le han distinguido no son las del amor de Dios y de las personas, sino un conjunto de errores falsos y perniciosos.»

Yo he declarado una y otra vez, con toda la claridad que me ha sido posible, cuáles son nuestras enseñanzas constantes, por las que se nos «distingue» sólo de los paganos y de los cristianos nominales, pero no de nadie que adore a Dios *en espíritu y en verdad*.[67] Nuestras doctrinas principales, que incluyen todo lo demás, son tres: el arrepentimiento, la fe y la santidad. Digamos que consideramos el primero como el pórtico de la religión; la segunda como la puerta y la tercera como la religión en sí misma.

El arrepentimiento, o la convicción del pecado, que es siempre anterior a la fe (a un nivel más alto o más bajo, como Dios lo quiera) lo describimos de acuerdo a lo que sigue:

> Cuando las personas *sienten* dentro de sí la pesada carga del pecado, y ven la condenación como su pago, y contemplan con los ojos de su mente el horror del infierno, tiemblan, se estremecen, y son íntimamente tocadas por la aflicción de corazón, y no tienen a quien culpar sino a sí mismas. Entonces exponen su pesar delante de Dios y claman por misericordia. Como esto se hace con toda seriedad, su mente queda invadida por mucha pena y tristeza, y por un deseo ardiente de ser librados del peligro del infierno y la condenación. A tal punto, que no tienen deseos de comer o beber, y se apodera de ellos una repugnancia por las cosas y los placeres del mundo. Nada les parece más indicado que llorar, lamentar, condolerse, y expresar en palabras y conducta su hastío de la vida.[68]

Ahora, permítame que le pregunte: Si antes de que usted hubiera observado que éstas son las propias palabras

---

[67] Jn.4.23-24.

[68] *Homilías*, Sobre el Ayuno, Pte.I.

de nuestra iglesia, un conocido suyo, o uno de *sus* fieles, se presentara para plantearle que desde que escuchó un sermón en el *Foundery* «ha visto la condenación y el horror del infierno» ante sí; que «ha temblado y se siente tan sacudido»; que está «lleno en parte de tristeza y de pesar, y en parte de un deseo sincero de ser liberado del peligro del infierno y de la condenación, a la vez que llora y se lamenta hasta el punto de sentirse hastiado de la vida», ¿qué hubiera hecho usted? Quizá no habría vacilado en decir, «aquí hay otro caso deplorable de una persona cuya razón se ve alterada por las cosas que le dicen los metodistas». Y agregaría: «¡Vean hasta qué extremos de dudas, perplejidades, terrores y miedos llegan a sumergir las mentes de personas débiles, pero bien intencionadas, produciendo, de hecho, desequilibrios en sus juicios y apreciaciones que las dejan totalmente desmoralizadas!»

No puedo evitar agregar una sencilla pregunta, la cual le ruego responda usted no a mí, sino a Dios. ¿Ha experimentado usted mismo alguna vez esta clase de *arrepentimiento*? ¿Sintió dentro de sí mismo ese peso del pecado, en especial del pecado interior; del orgullo, la ira, la lujuria y la vanidad? ¿Del pecado de la mente afirmada en lo carnal que es enemistad, esencial enemistad contra Dios? ¿Conoce por experiencia lo que es contemplar con el ojo de la mente el horror del infierno? ¿Tuvo usted alguna vez su mente llena «en parte de tristeza y de pesar, y en parte de un deseo sincero de ser liberado del peligro del infierno y de la condenación, a la vez que llora y se lamenta hasta el punto de sentirse hastiado de la vida»? Con seguridad si hubiera sabido lo que es tener las *saetas del Todopoderoso*[69]

---

[69] Sal.38.2.

hundidas dentro suyo, no hubiera juzgado tan ligeramente a aquellos que ahora claman: «*Los sufrimientos del infierno me rodean, la aflicción de la muerte me embarga y el desborde de la impiedad me da miedo*.»[70]

5. Respecto al portal de la religión (si se permite hablar así), creemos que la verdadera fe cristiana que salva, implica mucho más que un asentimiento a la verdad de la Biblia. Aun los demonios creen que Cristo nació de una virgen; que efectuó toda clase de milagros; que por amor a nosotros sufrió una muerte sumamente dolorosa, para redimirnos de una muerte eterna. Estos artículos de nuestra fe los creen los verdaderos demonios, y por lo tanto también creen todo lo que está escrito en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. Sin embargo, a pesar de toda esa fe no son nada más que demonios. Todavía se mantienen en su estado de condenación; les falta la verdadera fe cristiana.

«La fe correcta, verdadera y cristiana significa no sólo creer que son verdaderas las Sagradas Escrituras y los artículos de nuestra fe, sino también tener una confianza segura y firme, para ser salvos de la condenación eterna, por medio de Jesucristo.» Tal vez esto pueda expresarse con más claridad de esta manera: «una confianza segura y firme que una persona tiene en Dios, de que por los méritos de Cristo sus pecados han sido perdonados y se ha reconciliado con Dios.»[71]

En los últimos ocho años he sido acusado de *entusiasmo* por explicar de esta forma lo que es la fe cristiana, como también por lo dicho anteriormente sobre el *arrepentimiento*, a pesar de que ambos temas han sido

---

[70] Sal. 18.3-4.

[71] *Homilías* de la Iglesia de Inglaterra, «De la salvación», 2.

descritos expresamente en los términos de las *Homilías*. La acusación a veces ha sido hecha en forma directa en una conversación y también desde el púlpito, pero con más frecuencia por quienes prefieren hablar en mi ausencia, y no pocas veces por la prensa. Quedo a la espera de que quienes juzgan que esto es entusiasmo presenten sus firmes razones. Hasta entonces debo continuar sosteniendo que todas éstas son palabras sobrias y verdaderas.

6. Definimos la religión en sí misma de la siguiente forma (y elijo las mismas palabras con que la describí hace mucho tiempo): «La verdadera religión es el amor a Dios con todo el corazón y al prójimo como a nosotros mismos; y en ese amor abstenernos de todo mal, y haciendo todo bien posible a todos.» En otras oportunidades y en una forma algo más amplia, hemos expresado lo mismo que ahora transcribimos:

Esta religión no es otra que el amor: el amor de Dios y de toda la humanidad. El amar con toda la mente, con todo el corazón y con todas las fuerzas al Dios que nos amó primero, fuente de todo don recibido y de toda esperanza por disfrutar. Y amar como a nuestra propia alma a toda alma que Dios ha creado, todo ser humano sobre la tierra.

Creemos que este amor es la medicina de toda la vida, el remedio infalible para todos los males de este mundo desordenado, para todos los vicios y miserias humanas. Donde esto se da, la felicidad y la virtud van de la mano: florecen la humildad de espíritu, la amabilidad, la longanimidad, la misma imagen de Dios, y aflora al mismo tiempo *una paz que sobrepasa todo entendimiento* y *un gozo inefable y glorioso*.[72]

Sol eterno de una mente inmaculada;
cada oración aceptada, y cada deseo renunciado;
deseos sosegados; afectos siempre iguales;
lágrimas que encantan y suspiros que vuelan al cielo.[73]

Esta es la religión que quisiéramos ver establecida en el mundo, una religión de amor, de gozo y de paz, asentada en lo más profundo del alma, pero con frutos siempre renovados. No se trata sólo de inocencia, ya

[72] Fil.4.7 y 1 P.1.8.
[73] Alexander Pope, «Eloise to Abelard», II., p. 46.

que *el amor no hace daño al prójimo*[74], sino también de una beneficencia que propaga a su alrededor la felicidad y la virtud.

Si por medio de las Escrituras, o de la razón, se puede comprobar que ésta es una doctrina entusiasta o errónea, estaremos dispuestos a considerarnos culpables del cargo de «enseñar erróneamente y con entusiasmo». Pero si ésta es la religión auténtica de Cristo, entonces, en aquel día en que Dios juzgará la tierra, todos los que nos acusan de lo contrario serán considerados falsos testigos ante Dios.

7. No obstante, respecto a los *frutos* obtenidos de nuestra enseñanza, ustedes dicen: «Es de temer que el número de personas serias que han quedado desconcertadas y confusas sea mucho mayor que el número de pecadores notorios que han sido llevados al arrepentimiento y a una vida recta... Por cierto, si se pudiera probar... que los metodistas eran mayormente gente muy mala antes de que lo siguieran a usted, y que todo lo que les ha estado enseñando es el amor a Dios y a sus prójimos, y a guardar sus mandamientos, lo cual desde entonces hacen, se podría... cerrar de inmediato las bocas de cualquier adversario. Pero... tenemos serias razones para creer que la generalidad de los metodistas, antes de serlo eran gente seria, corriente y de buena disposición.»

Si se planteara la pregunta sobre cuáles son mayoría, el número de personas serias que han quedado desconcertadas y confusas, o el de los pecadores notorios que han sido llevados al arrepentimiento y a una vida recta por estos predicadores a través de Inglaterra en siete años, posiblemente le sería difícil fijar una conclusión. Porque Inglaterra es un lugar de amplias dimensiones, y de ahí que no es fácil lograr un cómputo satisfactorio salvo que se

---

[74] Ro.13.10.

limite a una zona más pequeña. Supongamos que optáramos por reducir el cálculo para que sea menos difícil de manejar. Limitemos el estudio a unas tres o cuatro millas cuadradas. Por cierto que las personas sinceras podrán saber lo que se ha hecho y lo que se hace en una zona de ese tamaño, lo que les permitirá juzgar cuáles son los frutos en otros lugares sobre los que no pueden estar muy informadas.

Pregunte entonces: ¿cuál es mayor, el número de personas serias desconcertadas y confundidas por estos maestros, o el de los pecadores notorios llevados al arrepentimiento y a una vida recta, en la región conocida como el Bosque de Kingswood? Por cierto que muchos de los habitantes están casi como antes; es decir, que la predicación de los clérigos y los esfuerzos de las familias aristocráticas que ha logrado mantener alejados a todos los de esa zona de ir a escucharles, no los ha hecho ni mejores ni peores. A pesar de esto, ahora hay entre trescientos y cuatrocientos de los que no querían ser disuadidos, que se encuentran bajo el cuidado de esos predicadores. Pero, ¿cuántos de estos eran «cristianos serios» antes? ¿Cincuenta? ¿Veinte? ¿Diez? Tal vez se encuentren unos cinco. Los demás eran pecadores groseros, blasfemos, beodos, tratantes de blancas, irrespetuosos del Día del Señor, ladrones, malvados, lobos y osos con forma de personas. ¿Desea ejemplos de pecadores más «notorios» que éstos? No sé si los podrían tener en Turquía o en Japón. ¿Y qué incluye usted bajo «arrepentimiento y vida recta»? Dé usted la definición exacta que pueda y yo me responsabilizo de que estos «pecadores notorios» de tiempo atrás sean pesados en esa balanza y no sean hallados faltos.

8. Tampoco es cierto que todos los llamados metodistas fueran «gente de mal vivir» antes de que nos siguieran. Hay entre ellos aquéllos, y no son pocos, que pueden frenar la jactancia de los que los desprecian, y decirles: «*Pero en lo que otro tenga osadía, también yo tengo osadía*».[75] Sólo que ellos aún estiman *todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús*».[76] A estos los encontramos pero sin buscarlos. Habíamos ido a buscar a los que se habían perdido (los más profundamente perdidos); a llamar a los pecadores más notorios, endurecidos y desesperados, al arrepentimiento. Con este fin predicamos en la Fiesta Hípica en Bristol, en Kingswood, en Newcastle; entre los mineros en Staffordshire, y los mineros del estaño en Cornwall; en Southwark, en Wapping, en Moorfields, en Drury Lane y en Londres. ¿Hubo alguien alguna vez que eligiera tales lugares como estos con el fin de encontrar «gente seria, corriente y bien dispuesta»? No sé cuántos así podrán encontrarse en alguno de ellos. Pero lo que sé es que cuatro de cada cinco de ésos que ahora están con nosotros, no eran de esas personas sino que estaban sumidos en su propia sangre hasta que Dios por medio nuestro les dijo *vivan*.

Señor, yo, por voluntad propia pongo toda la causa en esta cuestión: ¿Cuáles son las *consecuencias generales* de esta predicación? ¿Hay más *cizaña* que *trigo*? ¿Hay más *buenas personas destruidas* (ésa es la pregunta correcta) que *personas malvadas salvadas*? El último lugar donde comenzamos predicación permanente es en una parte de Wiltshire y Somersetshire, cerca de Bath.

---

[75] 2 Co.11.21.
[76] Fil.3.8.

Cualquier persona que lo desee, puede hacer las siguientes preguntas en Rode, Bradford y Wraxall, o entre los mineros de Coleford: (1) ¿Qué clase de gente eran «antes de seguir a estos hombres»? (2) ¿Cuáles son las *doctrinas principales* que les han estado enseñando durante este año? (3) ¿*Qué efecto* tienen estas doctrinas sobre sus seguidores? ¿Qué normas rigen sus vidas ahora? Y si no encuentra (1) que *hace dos años* tres de cada cuatro de éstos eran personas notoriamente malas; (2) que las doctrinas principales que han escuchado desde entonces son, «Ama a Dios y a tu prójimo, y guarda cuidadosamente sus mandamientos»; y (3) que desde entonces se ejercitan en vivir en esta forma; yo digo que si usted, o cualquier persona razonable que quiera tomarse la molestia de averiguarlo, no reconoce que éste es un hecho incuestionable, yo me declararé abiertamente un entusiasta o cualquier otra cosa que me quieran aplicar.

No obstante, quisiera hacerle una advertencia al investigador, y es que evite plantearles a los mineros de Coleford lo siguiente: ¿No eran ustedes en general, «antes de seguir a estos hombres», personas serias, responsables y bien dispuestas? ¿No se sentían en ese entonces «ofendidas ante el lenguaje profano y la corrupción de la época»? ¿Y no era «esta actitud la que al principio les predispuso a recibir estas impresiones»? Porque, si les habla así y hay entre el grupo alguno de los que todavía no «siguen a estos hombres», tal vez no viva para retornar con las respuestas.

9. Pero ¿será posible que este caso, o miles como éste, tape de una vez la boca de los adversarios? Dígame señor, ¿es posible imaginar que un pensamiento así aflore en la mente de alguien que ha leído la Biblia? ¿Y si usted pudiera convertir tantos pecadores como el mismo san

Pablo? ¿Taparía eso la boca de sus adversarios? Aunque pudiera convertir a tres mil en un solo sermón, todavía estaría tan lejos de tapar sus bocas de una vez que la mayoría de ellos se abalanzaría sobre usted rechinando los dientes y gritándole, «¡Afuera de la tierra con semejante sujeto!»

Por lo tanto no pretendo «persuadir al mundo», o sea a la mayoría de la humanidad, de que durante algunos años yo «no he estado exponiendo nada» que no tenga una conexión inmediata y clara con «el verdadero conocimiento y el amor de Dios»; que Dios se ha dignado utilizarme a mí, un gusano vil y débil, para «reformar» a muchos de los pecadores como yo, haciendo de ellos testigos vivientes de la «religión interior y pura» hasta el día de hoy; y que una cantidad de éstos, de vivir en un pecado total han cambiado mucho, convirtiéndose hasta ahora, en santos que, aunque no están libres de todo pecado, éste no se enseñorea sobre ellos. Y, sin embargo, yo creo firmemente que el negar u oponer alguno de estos puntos no es más que un rotundo prejuicio.

«Concédanle al señor Wesley», dice usted, «sólo estos pocos puntos, y él defenderá su conducta... más allá de toda discusión.» Eso sí que es una gran verdad. Si en verdad *no he estado* exponiendo nada más que el verdadero conocimiento y el amor de Dios; si Dios me ha hecho un instrumento para reformar a muchos pecadores, llevándolos a una «religión interior y pura»; y si muchos de éstos continúan viviendo en santidad hasta el día de hoy y libres de todo pecado voluntario, entonces que pueda yo, aun yo, utilizar esas terribles palabras: «*...el que a mí desecha, desecha al que me envió*». Pero no espero que el mundo jamás me conceda uno de estos puntos. No obstante, debo

continuar, según Dios me ayude. Debo exponer todo lo que me confíe (crean otros que lo hago o no que lo hago) para que avance el verdadero conocimiento cristiano de Dios, y el amor y el temor de él entre los humanos; y en reformar (si le place de seguirme utilizando) a quienes, en el mundo, aún están sin Dios; y en propagar la religión íntima y pura, la rectitud, la paz y el gozo en el Espíritu Santo.

10. Pero usted cree que yo sólo corrompo a «quienes eran buenos cristianos antes, enseñándoles a injuriar y censurar a sus vecinos, y a criticar al clero, a pesar de toda su humildad y mansedumbre, como yo lo hago... Debo declarar», dice usted, «que en general hemos contestado a su pretensión con toda nuestra humildad y moderación... Las afrentas y las injurias han sido principalmente de parte de los metodistas.»

Su primer cargo fue el siguiente: «¡Cómo han podido dirigir tales insultos... contra nuestro clero en general, sin exceptuar ni al más alto ni al más meritorio!» Yo contesté: «Cada vez que se ha mencionado este cargo me he mostrado enteramente inocente de él. Tampoco deseo recibir del clero un trato que no sea igual al que han recibido de mi parte hasta el día de hoy.»

Responde usted: (1) «Un ejemplo de su tergiversación y ofensa a un predicador de nuestra iglesia, mencioné.» ¿Mencionó? Bueno, ¿pero pudo *probar* que era una «ofensa» o una «tergiversación»? No sé de ninguna vez que usted lo intentara. (2) También cita parte de una carta del tercer *Diario* en la cual (de acuerdo a su versión) «se injuria y acusa a los más destacados miembros de nuestro clero de una manera muy grosera.» Cite usted todo el párrafo completo, y le podré probar que lo que digo es la verdad pura y que no hay injuria alguna. Luego dice, (3),

«usted aprobó los ataques de Whitefield en contra del clero.» Yo digo: «El señor Whitefield predicó acerca del 'Espíritu Santo que recibirán todos los que crean'; no sin una censura justa, aunque severa, de quienes predican como si no existiera el Espíritu Santo.» Esto no es *injuriar*, sino una triste *verdad*. Yo mismo he escuchado a varios predicar de esta manera. (4) Seguidamente cita mis palabras, «¡Ay de vosotros, líderes ciegos de ciegos! ¿Hasta cuándo pervertiréis los caminos rectos del Señor?» Y agrega: «Yo le pregunto si no dirigió usted estas palabras en contra del clero que, en general, difiere de su manera de pensar.» No más de lo que lo hice contra Moisés y Aarón. Yo aclaro expresamente a quién me dirijo cuando necesito hacerlo: «Vosotros que decís a los plañideros en Zion, la mucha religión os ha vuelto locos.» Usted dice (5) «A todos los clérigos que difieren de usted, los clasifica según se ve en la página 82 y la que sigue, donde los calumnia sin razón, insinuando que lo critican por 'hablar de nuestra propia santidad... como aquello por lo cual somos justificados ante Dios'.»

Permitamos que cualquier persona seria relea esas páginas, en las cuales no calumnio a nadie. Hablo de lo que sé, y tanto de lo que he oído como de lo que he leído. Las personas viven, y los libros son accesibles. Y la misma conclusión ahora la defiendo en relación a esa *parte* del clero que predica o escribe así: «Si [ellos] predican la verdad como es en Jesús, aparezco como un testigo falso ante Dios. Pero si predico de acuerdo a la verdad de Dios, entonces ellos se convierten en ciegos guías de ciegos.» (6) Usted cita esas palabras: «Tampoco se puede decir que yo me entrometa en las tareas de los que no trabajan, pero les importa que miles de aquéllos por los que Cristo murió se

pierdan por falta de conocimiento». Escribí esa carta cerca de Kingswood. ¡Quisiera Dios que la observación no fuera terriblemente cierta! (7) El primer párrafo que usted cita del *Llamado* se refiere a unos pocos del clero; y si la acusación fuera verdad en un solo caso entre quinientos, apoyaría mi razonamiento fehacientemente. (8) En el párrafo siguiente me dirijo a aquéllos, y solamente a aquéllos que afirman que predico por motivos económicos.

Usted concluye diciendo: «El lector tiene ante sí el modo en que usted se ha dignado tratar al clero... y su último sermón... es un ejemplo demasiado reciente de... igual trato hacia las universidades.» Es un ejemplo de decir la verdad en amor. Así deseo que me trate toda la humanidad. No podría haber dicho menos de lo que dije ni a la universidad ni al clero, sin pecar contra Dios y contra mi propia alma.

11. Pero debo explicarme un poco respecto a esa práctica que con frecuencia usted denomina «ofender» al clero. Muchas veces siento una gran tristeza y aflicción en mi corazón por éstos mis hermanos. Y esto a veces me constriñe a hablarles en la única forma en que me es posible hacerlo ahora. Y a veces (aunque muy rara vez) a hablar de ellos; de unos pocos, no de todos en general. En ambos casos tomo un cuidado especial en (1) no decir nada más que la verdad; (2) hablar con toda sencillez; (3) y hacerlo con amor y espíritu de mansedumbre. Ahora, si usted llama a esto «ofender», «afrentar» e «injuriar» nada puedo hacer. Pero aun así, no me atrevo a abstenerme de hacerlo. Por lo tanto, *debo ofender*, *debo injuriar* a los pecadores de toda clase y condición a menos que yo perezca con ellos.

Mi primera reacción cuando leí su declaración de que nuestros hermanos «en general nos trataron con

mansedumbre y contención», fue esparcir ante usted algunas de las flores que ellos han desparramado ante nosotros sin escatimar. Pero, reflexionando, juzgué que era mejor soportarlo. Que mueran y sean olvidadas.

En cuanto a esas personas que llaman metodistas que usted cree que «afrentan y ofenden al clero» y «censuran e injurian a sus prójimos» sólo puedo decir ¿cuáles son? Muéstremelos, y si aparece que alguno de los que están habitualmente bajo mi cuidado, censuran o injurian a otros, ya sean clérigos o laicos, yo tomaré medidas contra ellos, para beneficio de todos los demás.

Respecto a *usted*, creo que yo estaba *temeroso* sin razón. No creo que usted haya expresado una «falsedad deliberada». Esta fue una expresión imprudente de mi parte, de la cual por este medio me retracto públicamente, y pido perdón a Dios y a usted.

En conclusión, no importa quién me aflija y desprecie mis trabajos, yo sé que *no son en vano en el Señor*,[77] y que no he peleado *como quien golpea el aire*.[78] Aún veo (y por ello alabo al *Padre de las luces, de quien desciende toda buena dádiva y todo don perfecto*[79]) un continuo aumento de la religión pura y sin mácula, del amor de Dios y del humano, de la sabiduría que es *pura, pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos*.[80] «Veo más y más personas que antes vivieron en un profundo desprecio de las ordenanzas de Dios y de todos los deberes y que ahora con todo celo ponen todo en sus manos y marchan libres de culpa por los caminos por él

---

[77] 1 Co.15.58.
[78] 1 Co.9.26.
[79] Stg.1.17.
[80] Stg.3.17.

señalados.»[81] Es cierto que he visto unos pocos que han vuelto a la perdición, mayormente debido al temor de ser «demasiado rectos». Y alguno que otro ha caído en el calvinismo, o se ha volcado a los moravos. Pero no dudo que están «en mejor estado que antes de que nos escucharan. Admito que están en un error, sí, y que morirán en él; sin embargo ¿quién se atreve a afirmar que se perderán para siempre? Pero si hubieran muerto en el tremendo pecado en que estaban, estamos seguros que hubieran caído en el fuego que nunca se apagará.»[82]

He considerado todo lo que he podido, según lo que mi tiempo me ha permitido (no *todo* lo de su carta, sea importante o no) aquellos puntos que entiendo son los de más peso. Que Dios nos guíe a ambos en su verdad, y que no abandonemos nuestro amor en la prosecución de la misma, es mi continua oración, reverendo señor.

Su amigo y siervo por Cristo,

Juan Wesley
17 de junio de 1746

---

[81] Aquí Wesley cita su anterior *Respuesta* a Church.
[82] De nuevo, Wesley cita su *Respuesta*.

Una palabra a un metodista

1. ¿Aceptaría usted un consejo? ¿Aceptaría un *buen* consejo, aun de alguien que le deteste? Entonces, ¿no lo aceptaría más fácilmente de uno que ama su alma tanto como la suya propia?

Al igual que usted, me llaman metodista. ¿Cree usted que Jesucristo nos ha sido hecho *por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención*[1]? ¿Cree usted que somos justificados gratuitamente *por su gracia mediante la redención que es en Cristo Jesús*[2]? ¿Y que por gracia, solamente por gracia, es salvo por medio de la fe[3]? Pues yo creo lo mismo. ¿Sostiene usted que *el Espíritu de Dios da testimonio al espíritu*[4] de cada verdadero creyente de que es una criatura de Dios? ¿Y que el amor de Dios se derrama en sus corazones junto con el amor por toda la humanidad? Al igual que usted, creo firmemente que todo esto constituye la verdad de Dios. ¿Considera usted que un verdadero cristiano es *aquél*, y solamente aquél, que permanece en Cristo y anda como él anduvo? Entonces su corazón es como mi corazón. Deme su mano para así *estimularnos al amor y las buenas obras*.[5]

2. Por esta razón, le ruego por las misericordias de Dios, que no obstaculice la obra de la verdad, utilizando al

---

[1] 1 Co.1.30.
[2] Ro.3.24.
[3] Ef.2.8.
[4] Ro.8.16.
[5] He.10.24.

efecto la injusticia. De la misma manera que ha recibido a Cristo Jesús el Señor, debe caminar con él. Pero, así como el que lo ha llamado es santo, usted también debe serlo, haciéndolo evidente en toda conversación. Manténgase alejado de todo lo que no da frutos porque está muerto. Viva de acuerdo con su creencia, adornando así el evangelio de nuestro Salvador. «*Dejad que vuestra luz alumbre delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras...*»[6]

3. Permítame la libertad de ofrecerle uno o dos consejos más, confiando los recibirá con indulgencia. Considérelos con especial cuidado delante del Señor, y si los encuentra justos y apropiados, asúmalos.

Hay algunas personas que se han apartado de la Iglesia de Inglaterra en la cual crecieron, abandonando el sacramento y el culto. ¿Por qué fue esto necesario? Un creyente se puede adherir a todas las verdades grandes y gloriosas del evangelio sin abandonar la iglesia. Más aún, se puede lograr la santidad, sin rechazar los sacramentos o ignorar las oraciones. ¿Por qué entonces, sintió usted la necesidad de abandonar la Iglesia?

4. Dice, además, que «la gente se burlaba de mí y me ponía apodos cuando iba a la iglesia». Aunque continuaran haciéndolo siempre, sopórtelo por amor a Cristo, seguro de que eso no lo dañará. También dice que «me han echado, diciéndome que no tengo derecho de estar allí». Yo le aconsejo que no se deje impresionar por eso, pues usted es consciente de que sí *tiene* pleno derecho a estar allí. Pero, «me siento más cómodo no asistiendo». Recuerde que cuanto menor sea su comodidad, mayor será su bendición al

---

[6] Mt.5.16.

igual que cuando está preocupado y humillado ante el Señor, angustiado por los que no le conocen.

5. Por consiguiente, no hay razón para que abandone la iglesia, sino que, al contrario, hay muchas razones poderosas para que permanezca en ella, a saber: (1) ¿No ha recibido en ella más de una vez en el pasado la bendición del Señor? (2) ¿No la han recibido también otros mediante las oraciones y la Cena del Señor? (3) Aunque haya dos o tres personas en toda la congregación que conocen realmente a Dios, Cristo está allí en medio de ellos. Y donde él está, ¿no debieran estar también sus siervos? (4) Si el Señor no hubiere estado allí antes, vaya usted que le conoce y lleve su bendición consigo. (5) Los cristianos son, de hecho, *la sal de la tierra*[7]; pero, ¿cómo podrán sazonar a otros, a menos que se muevan entre ellos? Además son como la escasa levadura que leuda toda la masa; pero si no están en contacto con la misma ¿cómo se leudará? De esta manera ¿no están invalidando el propósito misericordioso de Dios? Finalmente, el separarse de la iglesia, ¿no implica reprochar las verdades que usted sostiene o profesa? Sí, y aun fomentar el endurecimiento del corazón contra la verdad por parte de quienes, si no fuera por eso, podrían aceptarla en amor. ¡Oh, piense en esto! Si éstos son considerados perdidos en sus pecados, ¿no caerá su sangre sobre la cabeza suya?

6. Pero, si aún no percibe la fuerza de estas razones para no renegar de la Iglesia, le ruego que por lo menos no la desprecie o disminuya, ni la censure ni la critique injustamente. Porque eso no es otra cosa que atraer un juicio de maldición sobre ella, algo que ni el arcángel Miguel se

---

[7] Mt.5.13.

atrevió a descargar sobre el demonio.[8] Siendo así, cuánto menos deberíamos nosotros descargar una acusación similar sobre la Iglesia de Inglaterra, cuyas doctrinas suscribimos y sostenemos, cuyo *Libro de Oración Común* amamos y en cuya comunión hemos recibido tantas bendiciones del Señor. ¿Por qué desprecia y minimiza hasta el *edificio* comúnmente llamado «iglesia»? Usted estima la *casa* donde se reúne con sus amigos, ¿pero no ama la casa donde se encuentra con su mejor Amigo? Estoy seguro que David, aunque poseía una casa propia, amaba y honraba el *edificio* donde acostumbraba presentarse ante Dios para exclamar con fervor: «*¡Cuán amables son tus moradas, oh Señor de los ejércitos! Anhela mi alma, y aun ardientemente desea los atrios del Señor.*»[9]

7. Permítame darle un consejo más: compórtese con cortesía con los clérigos, aunque no sean como debieran ser; hasta con el peor de ellos. Aunque usted suponga que uno de ellos no sólo es malo, sino que resiste la verdad que predica; sí, aunque crea que es culpable de hablar y censurar a los siervos del Altísimo. Hasta en un caso así, ¿es correcto que usted devuelva mal por mal o maldición por maldición? ¡Dios no lo permita! Haga lo que haga ese clérigo, la norma de conducta suya está clara: «*No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios, porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor.*»[10]

8. Ore fervorosamente por él, aunque le ultraje y le persiga. Por esa razón quizá Dios templará su corazón, o por lo menos mitigará el suyo, inclinándole a saludarle con

---

[8] Jud.9.
[9] Sal.84.1-2.
[10] Ro.12.19.

cortesía y humildad hasta cuando se comporte de la peor forma. De manera que, «*No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal.*»[11]

9. Pero, si a pesar de todo cree que uno de ellos es tan ciego y porfiado como el fariseo de antaño, nuestro Señor dijo de los tales: «*Dejadlos; son ciegos guías de ciegos...*»[12] Nada puede ser más claro que esta regla. Sin embargo «*¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio señor está en pie o cae...*»[13] No piense y menos diga que cualquier clérigo podría ser tal fariseo; *pero si lo fueren, déjelos solos*. Y, de ser posible, no piense en ellos excepto cuando ore. No hable de ellos, y si alguien menciona sus delitos, siléncielos diciendo: «déjelos solos». Si ocurriera que los ve actuando o hablando mal, cuídese de comentarlo con nadie. Mejor es que grabe en su corazón estas palabras del Señor: «*¿Qué a ti? Sígueme tú.*»[14]

---

[11] Ro.12.21.
[12] Mt.15.14.
[13] Ro.14.4.
[14] Jn.21.22.

Carta a un clérigo

Tullamore, 4 de mayo de 1748

Reverendo Señor:
No tengo actualmente tiempo disponible ni el deseo de entrar en una controversia formal; pero me permitirá que le haga unas breves alusiones al tema de nuestra conversación de anoche.

I. 1. Dado que la vida y la salud son cosas de tan grande importancia, es incuestionable y fundamental que los médicos deberán contar con todas las ventajas del aprendizaje y del estudio que sea posible.

2. Asimismo, antes de comenzar el ejercicio de su profesión han de ser examinados por profesores competentes.

3. Luego de aprobar los exámenes, las personas autorizadas para hacerlo deben otorgarles el derecho a ejercer su profesión.

4. Mientras preservan la vida de los demás, deben disponer de los recursos suficientes para sostener las suyas propias.

5. Pensemos ahora en un caballero educado en la universidad de Dublin, con todas las ventajas que ello significa y que, habiendo superado todas las pruebas corrientes, ha sido autorizado a ejercer su profesión.

6. Supongamos que este médico se instala por unos años en un lugar determinado, pero que no logra curar; y que después de aplicar sus conocimientos a unas quinientas

personas, se comprueba que no ha curado ni siquiera una, sino que, contrariamente, muchos de sus pacientes han muerto bajo su atención y que los demás están igual que antes de su llegada.

7. ¿Condenaría usted a alguien que, teniendo algún conocimiento de medicina, como también una tierna compasión hacia los enfermos y moribundos existentes a su alrededor, trata de curar sin percibir salario ni recompensa alguna a muchos de los que el doctor no pudo sanar?

8. Por lo menos no los sanó (que para el caso es igual) aunque sólo fuere porque él no fue a ellos, ni ellos a él.

9. ¿Condenaría usted a quien ha curado enfermos que el médico titulado no pudo sanar, sólo porque carece de estudios completos o de una educación universitaria? ¿Qué entonces? Sana a los que el educado y preparado no puede curar.

10. ¿Argumentaría usted que el hecho de no ser médico debidamente autorizado le quita todo derecho a ejercer?

No puedo coincidir con su opinión. Creo que es médico aquél que cura (*medicus est qui medetur*) y que toda persona tiene derecho a salvar la vida de un moribundo.

Pero, si usted sólo quiere decir que no está autorizado a cobrar honorarios, no discuto, pues no cobra nada.

11. No, y me temo que, por otra parte, si usamos el idioma con propiedad, podemos coincidir en la afirmación de que no es médico quien no cura (*medicus non est qui non medetur*).

12. Es cierto que al poseer su título de doctor en medicina se le reconoce autoridad; pero, ¿autoridad para

qué? Pues para curar a todos los enfermos que lo consulten. Pero (dejando de lado aquéllos que no lo hagan, cuyas vidas usted tampoco querría sacrificar inútilmente) que no cura a los que lo consultan; quien estaba enfermo sigue igual o de lo contrario ya ha partido para no verle más. Por lo tanto, su autoridad no vale nada porque no sirve para el fin que le fue concedida.

13. Y ciertamente no tiene autoridad para quitarles la vida, impidiendo a otro que les salve.

14. Tanto si intenta como se desea impedir al otro, como si le condena o le tiene aversión, queda claro para toda persona pensante que para él es más importante su salario que la vida de sus pacientes.

II. Ahora, para aplicar esto:

1. Dado que la vida eterna y la santidad, o sea la salud del alma, son cosas de tan grande importancia, es sumamente conveniente que los ministros, siendo por cierto los médicos del alma, gocen de todas las ventajas del saber y de la erudición.

2. Por la misma razón, deben someterse a los exámenes más rigurosos, realizados por profesores realmente competentes, antes de entrar en el ejercicio público de su profesión, que es la de salvar almas de la muerte.

3. Una vez que han superado las pruebas, deben ser habilitados para ejercer por quienes tienen el poder de conceder esa autoridad. Al respecto, creo que desde la era apostólica, los obispos han estado autorizados para hacer esto.

4. Y aquéllos cuyas almas ellos salven, deben, entretanto, proveerles lo necesario para su subsistencia.

5. Pero, pensemos también en un caballero educado en la ya mencionada universidad de Dublin, con todas las ventajas que ello implica, que luego de superar los exámenes correspondientes es autorizado para salvar almas.

6. Supongamos, además, que este ministro se instala por unos años en una localidad cualquiera, pero que en ese lapso no salva alma alguna ni tampoco a ningún pecador de sus ofensas. Es decir, que luego de predicar por varios años a unas quinientas o seiscientas personas, no puede demostrar que ha convertido a alguien de sus errores, mientras que muchos han muerto en sus pecados y los restantes permanecen tal como eran antes que él llegara.

7. ¿Condenaría usted a quien, disponiendo de algún conocimiento del evangelio de Cristo, sintiendo compasión por las almas moribundas, y sin percibir recompensa temporal alguna, salva a muchas que el ministro no ha podido librar de sus pecados?

8. Por lo menos no las libró, y probablemente no lo hubiera hecho, pues él no iba a ellas, ni ellas le buscaban.

9. ¿Condenaría usted a dicho predicador por no tener mayores conocimientos o una educación universitaria? ¿Y qué si salva a esos pecadores de sus ofensas, cosa que el estudioso y erudito no pudo hacer?

Un campesino fue llevado ante el Colegio de Médicos de París, donde un sabio lo acosó, diciéndole: «Entiendo que usted pretende recetar a personas que padecen fiebre intermitente, pero ¿sabe usted en qué consiste esa enfermedad?» La respuesta del campesino fue la siguiente: «Sí señor, una fiebre intermitente es una enfermedad que yo puedo curar y usted no».

10. Usted podría: «al no ser él un ministro, carece de autoridad para salvar almas.»

Pido perdón por disentir con usted en esto. Creo que es verdadero ministro evangélico, *diákonos*, siervo de Cristo y de su iglesia, quien *oútos diakoneî*, quien contribuye a salvar almas de la muerte y al rescate de pecadores de sus culpas, como también creo que cada cristiano tiene autoridad para salvar un alma que se muere, si es que puede hacerlo.

Pero si usted sólo se refiere a que carece de autoridad para aceptar diezmos, estoy de acuerdo, puesto que no los recibe, sino que, así como ha recibido de gracia, da de gracia.

11. Ampliemos el tema un poco más. Respecto tanto del alma como del cuerpo, se puede sostener que no es médico quien no cura. Por ello me inclino a creer que las personas razonables tenderán a pensar que quien no salva almas, tampoco es ministro de Cristo.

12. Usted podrá decir: «Ah, pero es ordenado y por consiguiente tiene autoridad.»

A esa afirmación yo le respondo: ¿Autoridad para hacer qué? ¿Para salvar todas las almas que pidan su cuidado? Ciertamente; pero (dejando de lado aquéllos que no lo hagan, que usted tampoco desearía que se perdieran), de hecho no salva a los que están bajo su cuidado. En consecuencia, ¿a qué fin sirve su autoridad? El que era un bebedor, sigue siéndolo. Lo mismo es verdad del que no guarda el domingo, o del ladrón, o del blasfemador común. Esto es lo mejor del caso, porque muchos han muerto en su iniquidad, y el Señor demandará su sangre de mano del atalaya.

13. Ciertamente no tiene autoridad para asesinar almas, ya sea por abandono, o por su doctrina deficiente, si

no falsa, o por impedir a otros arrebatarles del incendio y llevarles a la vida eterna.

14. Si intenta o desea obstaculizarlo, si condena o está disgustado por ello con quien sí sana, buena razón existe para temer que considera su propio provecho más que la salvación de las almas.

Soy, Reverendo Señor,
su afectuoso hermano
J.W.

Un informe claro sobre el pueblo llamado metodista

En una carta al Rev. Sr. Perronet,
Vicario de Shoreham en Kent

Reverendo y apreciado señor:

1. Hace un tiempo usted mandó pedir un informe de todo lo concerniente alas personas llamadas comúnmente metodistas. Con respecto a dicho pedido, usted recibió un resumen auténtico, pero no un informe completo. Para suplir lo que creo que falta es que le envío la presente, a fin de que pueda enterarse no sólo de la *práctica* de cada uno, sino también de las *razones* en las que está fundamentado cada paso que han tomado y las *ventajas* por ello obtenidas.

2. Pero debo advertirle que, como al principio no tenían la menor idea de nada de lo que desde entonces ha ocurrido, lógicamente tampoco tenían plan previo alguno, por lo que las cosas fueron surgiendo de acuerdo con los acontecimientos. Veían algún mal acuciante e inminente, o algún fin bueno y necesario. Y con frecuencia, sin advertirlo, descubrieron el modo de alcanzar ese fin, o de eliminar lo malo. En otros momentos se guiaban simplemente por su *sentido común* y las *Escrituras*, aunque, mirando atrás, generalmente encontraban en el *cristianismo antiguo* algo casi paralelo a lo que les acontecía.

I. 1. Hace más de diez años, a mi hermano y a mí se nos pidió que predicáramos en varios lugares de Londres. No teníamos otro propósito que (como sabíamos que Dios

puede obrar por medio de quien le plazca), en lo que pudiéramos, *convencer* a los que nos escucharan sobre lo que el cristianismo verdadero es realmente, y *persuadirlos* a abrazarlo.

2. Los puntos en los cuales insistimos principalmente eran cuatro. En primer lugar, que la *ortodoxia*, o sea las *opiniones correctas*, es, en su mejor expresión, una parte muy reducida de la religión; que la religión no consiste en *negativas*, o en algo simplemente inofensivo, ni meramente en actitudes *externas*, tales como hacer el bien, o en utilizar los medios de gracia, o en obras piadosas o de caridad. Que es nada menos, o distinto, que *el sentir que hubo en Cristo Jesús*,[1] la imagen de Dios estampada en el corazón, rectitud interna asistida con la paz de Dios y el gozo en el Espíritu Santo. En segundo lugar, que el único camino bajo el cielo hacia esta religión es el *arrepentirse y creer en el evangelio*[2] o, según el Apóstol, el arrepentimiento para con Dios y fe en nuestro Señor Jesucristo.[3] En tercer lugar, que por esta fe, quienes *no obran, sino creen en aquel que justifica al impío*,[4] son *justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús*.[5] Y el último, que siendo *justificados por la fe*,[6] anticipamos el cielo al cual iremos; somos santos y felices; pisoteamos el pecado y el temor y nos sentamos *en los lugares celestiales con Cristo Jesús*.[7]

---

[1] Fil.2.5.
[2] Mr.1.16.
[3] Hch.20.21.
[4] Ro.4.5.
[5] Ro.3.24.
[6] Ro.5.1.
[7] Ef.2.6.

3. Muchos de los que escucharon estas cosas comenzaron a exclamar que les traían a sus oídos cosas extrañas; que ésta era una doctrina que nunca habían oído o a la cual por lo menos no habían prestado atención. Ellos *escudriñaron las Escrituras para ver si estas cosas eran así,*[8] y reconocieron la verdad que está en Jesús. Sus corazones, al igual que sus mentes, fueron influidos de tal manera que decidieron seguir *a Jesucristo y a éste crucificado*.[9]

4. Inmediatamente se vieron rodeados de dificultades. Todo el mundo se levantó en contra de ellos. Tanto los vecinos como los extranjeros, sus conocidos, familiares y amigos comenzaron a combatirlos, diciéndoles: «No seas demasiado justo, ¿por qué habrás de destruirte? No permitas que *las muchas letras te vuelvan loco*.»[10]

5. Uno tras otro vinieron a preguntarnos qué debían hacer, angustiados porque de todos lados intentaban debilitarlos y ninguno les instaba a buscar fortaleza en las manos de Dios. Les aconsejamos diciéndoles: «Fortifíquense unos a otros; hablen entre ustedes todo lo que puedan, y oren con seriedad los unos por los otros, para así perseverar hasta el fin y ser salvos.» Supusimos que no habría objeción a este consejo, fundamentado en la razón más sencilla a la vez que en tantos textos del Antiguo y del Nuevo Testamento, que sería tedioso repetirlos aquí.

6. Ellos respondieron: «Pero deseamos que *usted* también hable con nosotros con frecuencia, para dirigirnos y avivarnos en nuestro camino, y aconsejarnos como usted bien sabe que lo necesitamos, y orar con y por nosotros.»

---

[8] Hch.17.11.
[9] 1 Co.2.2.
[10] Hch.26.24.

Yo pregunté: «¿Quiénes de ustedes desean esto? Díganme sus nombres y el lugar donde viven.» Y así lo hicieron. Pero pronto me di cuenta que eran demasiados para que yo pudiera conversar con ellos con la frecuencia que deseaban. Así que les dije: «Si todos quisieran reunirse todos los jueves de noche, gustosamente oraré con ustedes y les daré el mejor consejo que pueda.»

7. Y así surgió, sin ningún propósito previo de ninguna de las partes, lo que después se llamó una *Sociedad*, un nombre muy inocente y común en Londres, que se aplicaba a cualquier grupo de personas que deseaban *asociarse*. Para cada uno de ellos era obvia la razón de asociarse. Deseaban *huir de la ira venidera*[11] y ayudarse mutuamente en hacerlo. Por lo tanto estas personas comenzaron a reunirse «con el propósito de orar juntas, de recibir la palabra de exhortación y de cuidarse mutuamente con amor, ayudándose unas a otras a ocuparse de su salvación.»[12]

8. Hay sólo una condición previa que se requiere de los que deseen ser admitidos en estas sociedades: el deseo de huir de la ira venidera y de ser salvos de sus pecados; anhelo éste que se verá confirmado en sus frutos. Por lo tanto, se espera que todos los que continúen en la sociedad sigan dando evidencia de su deseo de salvación,

En primer lugar, no haciéndole daño a nadie, evitando toda forma de mal, especialmente aquéllas que se practican comúnmente (tomar el nombre de Dios en vano; profanar el día del Señor; las borracheras; pelear, disputar, alborotar; pleitear entre hermanos; comprar o vender

---

[11] Mt.3.7; Lc.3.7.

[12] *Reglas generales*, # 2. Las citas que siguen son tomadas del mismo documento, a veces abreviando o combinando ideas.

mercancías de contrabando; hacer a otros lo que no quisiéramos que nos hicieran; conversar de manera poco caritativa u ociosa, en especial hablando mal de los ministros y de los que están en autoridad).

En segundo término, practicando el bien, siendo misericordiosos en la medida de su capacidad, y haciendo el bien a todos de la manera más amplia según tengan oportunidad; con toda la diligencia y frugalidad posibles, de modo que el Evangelio no sea culpado.

Sometiéndose a sobrellevar el reproche de Cristo de ser como la escoria y el desecho del mundo, y soportando que los demás digan toda clase de mal contra ellos, mintiendo, por amor del Señor.

En tercer lugar, asistiendo a las ordenanzas de Dios (el culto público a Dios; la Cena del Señor, la oración familiar y privada; el escrutinio de las Escrituras y el ayuno o abstinencia).

De la misma manera, acordaron reunirse los viernes todos los que tuvieran la oportunidad de hacerlo, y ocupar la hora de la cena en rogar a Dios, tanto por ellos mismos como por toda la humanidad.

9. Al poco tiempo se pudo apreciar que el unirse de este modo respondía al fin que se habían propuesto. En unos pocos meses, la mayoría de los que habían comenzado a *temer a Dios y hacer justicia*,[13] pero que no se habían unido, comenzaron a debilitarse en su manera de pensar, y volvieron atrás, cayendo en lo que eran antes. Mientras tanto, la mayor parte de los que permanecían unidos

---

[13] Hch.10.35.

continuaron *esforzándose por entrar por la puerta angosta*[14] y *echar mano de la vida eterna*.[15]

10. Reflexionando, no puedo menos que observar que esto es exactamente lo que ocurrió desde el comienzo del cristianismo. En las primeras épocas, aquéllos a quienes Dios envió, predicaron el evangelio a toda criatura. Y *oi akroataì*, el conjunto de los oidores eran en su mayoría judíos o paganos. Pero tan pronto como algunos de éstos se convencían de la verdad lo suficiente como para abandonar el pecado y buscar la salvación del evangelio, se unían de inmediato. Entonces tomaban conocimiento de sus nombres, se les aconsejaba preocuparse los unos por los otros, y se reunía a estos *katejoûmenoi* (catecúmenos, como se les llamaba entonces), separados de la gran congregación, para instruir, censurar, exhortar y orar con ellos y por ellos, de acuerdo a sus diversas necesidades.

11. Pero no pasó mucho tiempo antes de que surgiera una objeción a esto, algo que ni había pasado por mi mente: «¿No es esto crear un cisma? El unir a esta gente, ¿no es como reunir iglesias sacándolas de las iglesias?

Era ésta una pregunta fácil de contestar. Si quieren decir reunir a la gente sacándolas de edificios de iglesias, sí es lo que hacemos. Pero si su pregunta implica separar a los cristianos entre sí, destruyendo la fraternidad cristiana, entonces no lo es. Porque (1) éstos no eran cristianos antes de reunirse. La mayoría eran abiertamente paganos. (2) Tampoco son cristianas las personas de las cuales ustedes suponen que se han separado ¡Qué, no me dirán a la cara que lo son! ¿Cristianos beodos? ¿Cristianos blasfemos e

[14] Lc.13.24.
[15] 1 Ti.6.12,19.

injuriosos? ¿Cristianos mentirosos? ¿Cristianos tramposos? Si a éstos se les puede llamar cristianos, son *cristianos diabólicos* (como los llamaban los pobres nativos de Malabar.) (3) Tampoco están más divididos de lo que lo estaban antes, aun de esos despreciables cristianos diabólicos, a los que están siempre dispuestos a ayudar en lo que sea necesario, con toda bondad. (4) Si se dijera: «Pero hay algunos cristianos verdaderos en la parroquia, y ustedes destruyen la fraternidad entre éstos y aquellos», yo le contestaría que lo que nunca existió no puede ser destruido. Y la fraternidad a la cual usted se refiere, nunca existió, y por lo tanto no puede ser destruida. ¿Cuáles de esos cristianos verdaderos mantenían algún compañerismo con éstos? ¿Quién los vigilaba con amor? ¿Quién observaba su crecimiento en gracia? ¿Quién les aconsejaba y exhortaba de tiempo en tiempo? ¿Quién oraba con ellos y por ellos según sus necesidades? Esto, y sólo esto es la fraternidad cristiana. ¡Ay! ¿Dónde se encuentra esto? Mire al este y al oeste, al norte y al sur; nombre la parroquia que desee y diga si existe allí esta clase de confraternidad. Más bien dicho, ¿no son la mayoría de los feligreses meramente como sogas hechas de arena? ¿Qué relación cristiana y qué intercambio de temas espirituales existe entre ellos? ¿Quién se ocupa de las almas de los unos y los otros? ¿Alguno carga con las culpas de otro? ¡Qué absurdo resulta entonces el hablar con tanta gravedad de *destruir* lo que nunca ha sido ni existido! La verdad real es precisamente lo contrario de esto: nosotros *introdujimos* la fraternidad cristiana donde estaba *totalmente destruida*. Y sus frutos han sido la paz, el gozo, el amor y el celo puesto en toda buena palabra y obra.

II. 1. Pero por más que nos esforzamos en velar unos por otros, pronto nos encontramos con algunos que no

vivían el evangelio. No creo que hubiera habido algunos hipócritas infiltrados, porque por cierto no había nada que pudiera tentarles. Pero varios se enfriaron y volvieron a caer en el pecado que antes les había dominado fácilmente. Pronto comprendimos las muchas consecuencias peligrosas que les reportaría a los demás, si éstos permanecían entre nosotros, dado que el pecado es de naturaleza infecciosa. Produjo mucho escándalo entre los hermanos, pues los exponía a lo que no era propiamente el reproche de Cristo. Para otros fue piedra de tropiezo en su camino y causa de que se hablara mal de la verdad.

2. Soportamos un largo sufrimiento por estos inconvenientes antes de que se encontrara el remedio. La gente estaba tan diseminada por la ciudad, desde Wapping hasta Westminster, que no podía ver con facilidad cómo era el comportamiento de cada uno en su propio vecindario. De manera que varios indisciplinados hicieron bastante daño antes de que yo me percatara de ello.

3. Al fin, en una forma un tanto impensada, acertamos con un método por el cual siempre hemos estado agradecidos a Dios. Yo me encontraba conversando con varios miembros de la sociedad de Bristol respecto a los medios de pagar las deudas allí, cuando una persona se levantó y dijo, «Que cada miembro de la sociedad dé un *penique* por semana hasta que todo esté pago.» Otro contestó, «Pero muchos son pobres y eso no está a su alcance.» «Entonces», dijo aquél, «pongan once de los más pobres a mi nombre, y si pueden dar algo, bien. Yo los visitaré semanalmente, y si no pueden dar nada, yo lo daré por ellos junto con mi parte. Y cada uno de ustedes visite a once vecinos por semana, reciban lo que les puedan dar y completen lo que falte.» Así se hizo. Un tiempo después

me informaron que fulano no vivía como era debido. Esto me iluminó enseguida: «Esto es exactamente lo que hemos estado necesitando durante tanto tiempo.» Llamé a todos los *Líderes* de las *Clases* (tales eran los nombres que les dábamos a ellos y a sus grupos) y les pedí que cada uno inquiriera personalmente acerca de la forma de comportarse de aquéllos que visitaba cada semana. Así lo hicieron y pudo detectarse a los indisciplinados, algunos de los cuales regresaron al buen camino; a otros fue necesario apartarlos. Muchos vieron esto con temor y se regocijaron ante Dios con reverencia.

4. Tan pronto como se pudo, se aplicó el mismo método en Londres y en los demás lugares. Así se pudo descubrir gente de mal comportamiento a la que se apeló para que cambiara. Se les toleró por un período; si renunciaban a sus formas de vida pecaminosa, los recibíamos con alegría; si se obstinaban en sus errores, con franqueza les declarábamos que no eran de los nuestros. Los demás se lamentaban y oraban por ellos; pero, no obstante, se regocijaban de que el escándalo desapareciera de la Sociedad.

5. La tarea del Líder consiste en:

(1) Ver a cada persona de su Clase por lo menos una vez por semana, con el fin de averiguar cómo prospera su alma;

aconsejar, reprobar, consolar y exhortar, según lo requiera la ocasión;

recibir lo que están dispuestos a contribuir para la ayuda a los pobres.

(2) Reunirse con el ministro y los mayordomos de la Sociedad con el fin de:

informar al ministro sobre los que estén enfermos, y de alguno que no se comporta como es debido y no acepta advertencia;

entregar a los mayordomos lo que han recibido de las distintas Clases en la semana precedente.

6. Al principio visitaban a cada persona en su casa; pero pronto se dieron cuenta que esto no era práctico, por diversas razones: (1) Los líderes no disponían del tiempo suficiente. (2) Muchas personas vivían con sus patrones o con parientes que no permitían estas visitas. (3) En las casas de quienes tenían una actitud algo más condescendiente, generalmente no podían conversar en privado, sino estando presente alguna persona de la casa, lo cual dificultaba el fin que se habían propuesto con las visitas, de exhortar, consolar o reconvenir. (4) Con frecuencia ocurría que lo que uno afirmaba, otro negaba, circunstancia ésta que no podía aclararse mientras no estuvieran presentes las dos personas involucradas. (5) Repetidamente surgían, entre los parientes o vecinos, pequeños malentendidos o altercados diversos, pero para clarificarlos era necesario que todos estuvieran presentes. Por estos motivos se acordó que cada Clase se reuniera con todos sus integrantes juntos. Y por este medio se hacía una indagación más completa del comportamiento de cada persona. Aquellas que no podían, o tenían dificultad para recibir visitas en sus casas, tenían así la misma ventaja que los demás. Se brindaba consejo o reprensión según fuera necesario; se arreglaban las contiendas y se aclaraban los malos entendidos. Y luego de una o dos horas de esta labor de amor, se concluía con oraciones de agradecimiento.

7. No es fácil imaginar las ventajas que se han logrado con este sencillo arreglo. Muchos disfrutan ahora de

esa feliz experiencia que es el compañerismo cristiano, del cual antes no tenían ni idea. Comenzaron a *sobrellevar los unos las cargas de los otros*[16] y naturalmente a interesarse los unos por los otros. Al mantener diariamente una relación más íntima, creció el afecto recíproco. Así, *siguiendo la verdad en amor, crecían en todo en aquel que es la cabeza, esto es Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor.*[17]

8. Pero a pesar de todas estas ventajas, al principio hubo muchos que se oponían a tales reuniones. Algunos, mirándolo desde un punto de vista equivocado, pensaban que no era un *privilegio* (por cierto invalorable) sino más bien una forma de *reprimir*, lo cual les disgustaba porque no querían ninguna forma de represión. Algunos se *avergonzaban* de hablar delante de otros. Y algunos, con toda honestidad, decían: «No sé por qué, pero *no me gusta*».

9. Algunos objetaban lo siguiente: «Cuando entré a la sociedad, al principio no había estas reuniones. ¿Por qué tiene que haberlas ahora? No entiendo esto de cambiar las cosas continuamente.» La contestación era fácil: Es una lástima que no las tuvimos desde el principio. Pero entonces no conocíamos ni la necesidad ni el beneficio de las mismas. Entenderán fácilmente la razón de tenerlas, si repasan las *Reglas* de la Sociedad. El hecho de que con estas pequeñas ayudas prudentes estamos de continuo cambiando las cosas, no es debilidad ni fallas (como imaginan) sino una ventaja

---

[16] Gá.6.2.

[17] Ef.4.15-16.

que disfrutamos. Por este medio podemos asegurar que todas son meramente prudentes, no esenciales ni de institución divina. Dentro de nuestras posibilidades nos preocupamos de que no se tornen en algo formal y sin vida. Siempre estamos abiertos para aprender, deseosos de saber más que el día anterior, y de cambiar todo lo que sea necesario para mejorar.

10. Otra objeción era ésta: «En las Escrituras no hay nada de clases y no sé qué.» Yo respondo: (1) No existe nada en las Escrituras en su contra. No puede mostrar un solo texto que lo prohiba. (2) Hay mucho en las Escrituras a su favor: todos aquellos textos que señalan los varios deberes que tratamos de cumplir por este método que nos han enseñado la razón y la experiencia. (3) Parece que usted no ha observado que en la mayoría de los puntos las Escrituras dan tan sólo reglas generales, y dejan las circunstancias particulares para ser reguladas por el sentido común de la humanidad. Por ejemplo, las Escrituras dan esta regla general: «*...hágase todo decentemente y con orden*».[18] Pero el sentido común es el que determina entonces las ocasiones particulares que requieren la decencia y el orden. En otra parte, las Escrituras establecen como una proposición general lo siguiente: «*Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios*.»[19] Pero es la prudencia normal la que aplica esto en mil casos particulares.

11. «Pero estas cosas», dijo otro, «son todas *invenciones humanas*.» Esta es la misma objeción hecha de otra manera. Y será suficiente la misma respuesta para toda

---

[18] 1 Co.14.40.
[19] 1 Co.10.31.

persona razonable. Pues son invenciones humanas. ¿Y qué? Son métodos que el ser humano ha encontrado por medio de la razón y el sentido común, para aplicar en forma más eficaz en circunstancias particulares las reglas que la Biblia expresa en términos generales.

12. Sin embargo, ésos hablaron en forma mucho más verosímil que los que dijeron: «La cosa está bien en sí misma, pero los *líderes* no dan la medida para la tarea. No tienen ni dones ni gracia para tal empleo.» Yo respondo: (1) No obstante, siendo los líderes como son, es evidente que Dios ha bendecido su labor. (2) Si hay alguno de éstos cuya falta de dones o de gracia es muy manifiesta, pronto se pone de relieve y se le separa de esa tarea. (3) Si conoce un caso tal, dígamelo a *mí*, no a otros, y yo me ocuparé de buscar otro mejor. (4) Es de esperar que todos serán mejor de lo que son, tanto por experiencia y por observación, como también por los consejos que el pastor les da cada martes de noche, y por las oraciones que se elevan por cada uno en particular.

III. 1. Alrededor de esta época, me informaron que varias personas de Kingswood se reunían con frecuencia en la escuela, y que cuando disponían de tiempo pasaban la mayor parte de la noche en oración, alabanza y acción de gracias. Algunos me aconsejaron que interviniera y pusiera fin a esto. Pero, considerando el asunto a fondo, y comparándolo con la práctica de los antiguos cristianos, no pude encontrar ninguna causa por la cual prohibirlo. Al contrario, me pareció que era una acción digna de ser utilizada más en general. De manera que les avisé que tenía la intención de compartir con ellos, sugiriendo el día viernes más cercano a la luna llena, para que facilitara, con su luz, el viaje de ida y vuelta. El domingo anterior anuncié mi

decisión de concurrir a esa reunión y lo que tenía la intención de predicar; rogándoles que sólo acudieran a encontrarse conmigo quienes pudieran hacerlo sin perjuicio para sus ocupaciones o para sus familias. El viernes acudió un gran número de personas. Comencé a predicar entre las ocho y las nueve; y continuamos hasta un poco más de medianoche, cantando, orando y alabando a Dios.

2. Desde entonces hemos continuado con esta práctica, una vez al mes, en Bristol, Londres y Newcastle, como así también en Kingswood. Y grandes han sido las bendiciones que hemos hallado. Ha sido en general un tiempo muy solemne, en que la Palabra de Dios ha llegado a lo profundo del corazón, aun de quienes hasta ese momento no le conocían. Si se dijera que, esto se debió sólo a la novedad (lo que todavía reúne tales multitudes en esas oportunidades) o tal vez al tremendo silencio de la noche, no tengo interés en responder. Dejémoslo pasar. No obstante, la impresión que esas experiencias produjeron en muchas almas, jamás se ha borrado. Concediendo el hecho de que Dios utilizara esa u otra circunstancia cualquiera para obtener el arrepentimiento de los pecadores, el hecho es que se produce, y por lo tanto regocijémonos de ello.

3. ¿Puedo profundizar más en este punto? Si puedo conjeturar que, ya sea por la novedad de esta antigua costumbre o por cualquier otra circunstancia, está en mi poder el *salvar un alma de la muerte y cubrir multitud de pecados*,[20] ¿estaré limpio ante Dios si no aprovecho la oportunidad de *arrebatar ese tizón escapado del fuego*?[21]

---

[20] Stg.5.20.
[21] Am.4.11.

IV. 1 Al aumentar el número de miembros de la sociedad, tomé conciencia de la necesidad de separar cuidadosamente los más valiosos de los viles. Con este fin decidí hablar con cada miembro, por lo menos cada tres meses, con el propósito de escuchar de sus propios labios si en efecto consideraba estar creciendo en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo, cosa que también me ocupaba de que me lo corroboraran sus líderes y vecinos. En dichas ocasiones también aprovechaba para averiguar si existían incomprensiones o diferencias entre ellos, a fin de buscar la forma de hacer desaparecer cualquier motivo que vulnerara la paz y el amor fraternal que debían mantener entre sí.

2. A cada uno de aquéllos de cuya seriedad y sana conversación no encontraba motivos para dudar, les entregaba una tarjeta con mi firma, en la cual escribía el nombre de la persona a quien se la daba. El que la recibía sabía que la misma representaba una especie de recomendación formal, como si hubiera escrito, «Creo que el portador de la presente es persona que teme a Dios y practica la justicia.»

3. Los que tenían estas tarjetas (que los antiguos llamaban *symbola* o *tesserae* y a las cuales el Apóstol denomina *systatikai* «cartas de recomendación») eran recibidos con alegría por los hermanos donde quiera que fueran. También eran útiles cuando había reuniones de la sociedad a las cuales sólo debían acudir los miembros; y en los casos de que hubiera indisciplinados que sancionar, era una forma discreta e inofensiva de hacerlo, pues en la visita trimestral no se le renovaba la tarjeta, quedando así de inmediato separado de la comunidad.

V. Algo a lo cual temía mucho en todo este tiempo, de modo que había resuelto emplear todo método posible para evitarlo, era la estrechez de espíritu y de corazón; un celo de partido; ese fanatismo miserable que hace que tantos no estén dispuestos a creer que Dios obra más allá de nosotros. Pensé que podría ser de ayuda para contrarrestar esto, el leer con frecuencia a todos los que estuvieran dispuestos a escuchar, los informes que yo recibía de vez en cuando de la tarea que Dios está realizando en la tierra, tanto en nuestro país como en otros, y no sólo entre nosotros, sino también entre los de otras opiniones y denominaciones. Dediqué una noche por mes a esta tarea. Y no tengo motivo alguno para arrepentirme de haberlo hecho. Son momentos que reconfortan a quienes aman a Dios, y a toda la humanidad por amor a él. Asimismo, son momentos para derrumbar las paredes de separación que la astucia del demonio o la locura de los seres humanos ha levantado; y de animar a toda criatura de Dios a decir (oh ¿cuándo será eso?), «*Todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana, y madre*.»[22]

VI. 1. Muchos encontraron la perla de gran precio gracias a la bendición de Dios sobre sus esfuerzos de ayudarse unos a otros. Siendo justificados por la fe, tuvieron *paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo*.[23] Sintieron un afecto más tierno que antes hacia los que participaban de tan preciosa fe; y surgió así una confianza tal de unos en otros que abrieron sus corazones y volcaron sus almas mutuamente. Por cierto, tenían una gran

---

[22] Mt.12.50.
[23] Ro.5.1.

necesidad de hacerlo, pues la guerra no había terminado, como ellos habían creído. Aún tenían que luchar contra carne y sangre y contra principados y potestades; de tal manera que las tentaciones se encontraban de cada lado; y eran tentaciones tales que no sabían cómo expresarlas en una clase, en la cual había todo tipo de personas, jóvenes y ancianas, mujeres y hombres.

2. De ahí que estas personas desearan algún medios para reunirse en forma más íntima: querían dejar fluir, sin reserva, lo que había en sus corazones, sobre todo respecto al pecado que todavía fácilmente les asediaba,[24] y las tentaciones que con más probabilidad prevalecerían contra ellos. Y más cuando descubrieron que sus sentimientos estaban de acuerdo con el consejo expreso del inspirado escritor bíblico, «*Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados.*»[25]

3. De acuerdo con su deseo, los dividí en pequeños grupos, poniendo hombres solteros y casados juntos en un grupo, y mujeres solteras y casadas juntas, en otro. Las reglas principales de estas *Bandas* (palabra cuyo antiguo significado en inglés es «pequeñas compañías») dicen así:

A fin de confesarnos nuestras ofensas unos a otros, y orar unos por otros, para que seamos sanados, nos proponemos:

(1). Reunirnos por lo menos una vez por semana.

(2). Asistir puntualmente a la hora designada.

(3). Comenzar cantando y orando.

(4). Hablar cada uno en orden, con libertad y en forma clara, acerca del verdadero estado de nuestras almas,

---

[24] He.12.1.

[25] Stg.5.16.

de las faltas que hemos cometido en pensamiento, palabra y obras, y de las tentaciones que hemos sufrido desde nuestra última reunión.

(5). Solicitar a alguno de entre nosotros (desde entonces llamado *líder*) que hable de *su* propia situación espiritual primero, y luego pedir a los demás que, de manera ordenada, planteen en profundidad cuantas preguntas tengan, sobre su estado, sus pecados y sus tentaciones.

4. Para que el propósito de reunirse fuera lo más eficaz posible, sugerí que todos los grupos de hombres se reunieran los días miércoles de noche, y los de mujeres los domingos. Igualmente quedó establecido que debían recibir las enseñanzas y la exhortación que de tiempo en tiempo se considerara necesaria, y que se elevaran a Dios las oraciones de acuerdo a sus necesidades, además de la alabanza al Dador de toda dádiva por las misericordias recibidas.

5. Con el fin de aumentar en ellos un sentimiento de gratitud por todas las misericordias de Dios, decidí que una noche por trimestre, todos los hombres que participaban en los grupos, y otra noche las mujeres, se reunieran separadamente; luego en la tercera vez todos nos reuniríamos juntos para *partir el pan* (como hacían los antiguos cristianos) «*con alegría y sencillez de corazón*».[26] En esas *fiestas de amor* (así las denominamos, reteniendo tanto el nombre como la reunión misma, como fue desde el principio) nuestra comida es únicamente un trocito de torta sencilla y agua. Pero rara vez volvemos de esas reuniones sin sentirnos alimentados, no sólo con *la comida que perece* sino por *la comida que a vida eterna permanece*.[27]

---

[26] Hch.2.46.
[27] Jn.6.27.

6. Las ventajas que han surgido de esta unión más estrecha de creyentes entre sí han sido muchas y grandes. Oraban los unos por los otros para ser perdonados por las faltas que habían confesado, y así era. Las cadenas eran rotas y su yugo quebrado, y el pecado no tuvo más dominio sobre ellos. Muchos fueron librados de las tentaciones de las cuales antes no habían podido huir; crecieron en nuestra santa fe y se gozaron más abundantemente en el Señor. De la misma manera, se fortalecieron en el amor y abundaron más eficazmente en toda buena obra.

7. Pero pronto aparecieron los que comenzaron a objetar estas *bandas*, como lo habían hecho antes con las *clases,* diciendo: «Al principio éstas no existían. No hay nada de eso en las Escrituras. Estos son trabajos, construcciones e invenciones del ser humano.» Yo contesto como lo hice entonces: Son también ayudas prudenciales, basadas en la razón y la experiencia, con el fin de aplicar las reglas generales de acuerdo a las Escrituras y según las circunstancias particulares.

8. Una crítica más atrevida y frecuente insistía en afirmar que «todas esas bandas son mero papismo». Espero no tener que decir algo más fuerte para censurar a los que afirman esto, que decir que hablan de lo que no saben, traicionándose a sí mismos al demostrar su tremenda y vergonzosa ignorancia. ¿No saben todavía que la única confesión papista es la confesión hecha por una sola persona a un sacerdote? (Y esto no está condenado por nuestra Iglesia; más aún, en algunos casos lo recomienda.) Mientras que lo que nosotros practicamos es la confesión unida, es decir, no a un sacerdote, sino los unos a los otros. En consecuencia, no tiene ninguna semejanza en absoluto con una confesión papista. La verdad es que ésta es también

una vieja objeción que hace mucha gente contra todo lo que no les gusta. Todo no es sino papismo, sin pensarlo más.

VII. 1. Y mientras la mayoría de los que así se habían unido marchaba diariamente por el camino de la fe, algunos se apartaron de ella total y repentinamente, cayendo en pecados conocidos por propia voluntad; o en forma gradual y casi insensible, cediendo en lo que llamaban pequeñas cosas, por omisión o por ceder a pecados del corazón, o por no cuidar de velar en oración. Las exhortaciones y las oraciones que se utilizaban entre los creyentes ya no les ayudaban. Necesitaban consejos y enseñanzas de acuerdo a los problemas que estaban enfrentando. De manera que en cuanto vi esto, los separé del resto y les pedí que se reunieran conmigo aparte, las noches de los sábados.

2. Los himnos, las exhortaciones y las oraciones se han adaptado para las circunstancias especiales de este grupo; de manera que son completamente adecuados para quienes *vieron* a Dios, pero ahora han perdido la luz de su rostro, están tristes por ello y rehusan ser consolados hasta tener la seguridad de que Dios ha perdonado su reincidencia.

3. Hablando a este grupo de verdaderos (no nominales) *penitentes*, sobre las amenazas, pero también sobre las promesas de Dios, y rogando al Señor por ellos, logramos traerlos de vuelta al gran Pastor y Obispo de sus almas; no por medio de ninguna de las pompas vanas de la Iglesia Romana, aunque en alguna medida aprobadas por la antigüedad. No nos atrevemos a prescribir cilicios y austeridades corporales imitando a la antigua iglesia, a pesar de que, en efecto, habíamos reproducido, sin tener conciencia de ello, algún matiz de aquella conducta, tanto al dividir a *oi pistoí*, los fieles, del resto de la sociedad, como al

separar a los *penitentes* de ellos, atendiéndolos separadamente.

VIII. 1. Muchos de éstos recobraron el terreno que habían perdido y ascendieron hasta superar el nivel anterior, al mantenerse más vigilantes que nunca. Además, aumentaron su mansedumbre y humildad, a la vez que su fortaleza en la fe que obra por el amor. Ahora rebasaban a la mayoría de sus hermanos, caminando de continuo en la luz de Dios, y teniendo comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo.

2. Me pareció que sería útil dar algunos consejos a todos éstos que seguían así ante la luz del rostro de Dios; algo que sus hermanos no necesitaban y que quizá no podían recibir. Así que, a un número reducido de los primeros les pedí que se reunieran conmigo durante una hora todos los lunes de mañana. Mi idea era no sólo dirigirlos para que continuaran *esforzándose para obtener la perfección*, para que ejercitaran todos sus dones y mejoraran los talentos recibidos, y alentarlos a amarse y a cuidarse más los unos a los otros; sino también tener un *grupo selecto* con el cual pudiera yo desahogarme sin reservas en algunas oportunidades, y al cual pudiera señalar ante todos sus hermanos como modelo de amor, santidad y buenas obras.

3. No era necesario cargarlos con muchas reglas, ya que tenían en su corazón la mejor de todas. Por lo tanto, sólo se les plantearon tres normas a seguir:

Primera: que nada de lo que se hablara en este grupo podía ser mencionado nuevamente. (Así alcanzamos plena confianza mutua.)

Segunda: cada miembro está de acuerdo en someterse a su pastor en todas las cosas.

Tercera: cada miembro aportará una vez a la semana todo lo que pueda para formar un fondo común.

4. Cada uno tiene plena libertad para hablar, ya que ninguno es superior a otro. Libremente les podía decir cuando estaban todos reunidos, aquellas palabras: «*Porque podéis profetizar todos uno por uno para que todos aprendan, y todos sean exhortados*.»[28] (Tomando la palabra «profetizar» en su sentido menor). Con frecuencia comprobé la ventaja de tener conversaciones expresadas con tanta libertad, y que *en la multitud de consejeros está la victoria*.[29] Y quien se inclina a actuar de esta forma se ve animado a abrir su alma ante Dios. Y aquí hemos hallado de manera especial, que *la oración eficaz del justo puede mucho*.[30]

IX. 1. Este es el informe más sencillo y claro que puedo presentar de la gente llamada comúnmente metodistas. Sólo queda por agregar una breve referencia sobre los que *sirven* a sus hermanos en amor. Estos son los *líderes* de las clases y bandas (ya mencionadas), *asistentes*, *administradores*, *visitadores* de enfermos y *maestros* de escuela.

2. En la tercera parte del *Llamado* he mencionado cómo fuimos guiados a aceptar a los *Asistentes Laicos*. La tarea de éstos, en ausencia del pastor, es la siguiente:

(1) Exhortar cada mañana y cada noche.

(2) Reunirse con la Sociedad Unida, las Bandas, la Sociedad Selecta y con los penitentes, una vez por semana.

(3) Visitar las Clases (excepto Londres y Bristol) una vez por mes.

---

[28] 1 Co.14.31.

[29] Pr.24.6.

[30] Stg.5.16.

(4) Escuchar y decidir sobre todas las diferencias que surjan.

(5) Poner nuevamente a prueba a los indisciplinados, y recibir a prueba los que entran en las Bandas o en las Sociedades.

(6) Ver que los Mayordomos, los Líderes y los Maestros cumplan fielmente con sus obligaciones.

(7) Reunirse con los Líderes de las Bandas y de las Clases semanalmente, como también con los Mayordomos, y revisar sus cuentas.

3. Creo que quien tenga dones suficientes para estas cosas no ha de ser un tonto; como tampoco creo que le falte la gracia de Dios a quien pueda obedecer las reglas de un Asistente, que son las siguientes:

(1) Sea diligente. Nunca permanezca desocupado ni tampoco ocupado en cosas banales. Nunca *pierda el tiempo*. Tampoco pase más tiempo del estrictamente necesario en lugar alguno.

(2) Sea serio. Que su lema sea, «santidad al Señor». Evite toda ligereza como evitaría el fuego del infierno.

(3) No piense mal de nadie, salvo que se pueda comprobar su falta; de otro modo, debe cuidarse cómo se juzga y suponer siempre lo mejor. Recuerde que el juez siempre debe estar de parte del acusado.

(4) No hable mal de nadie. De otro modo, su palabra podría roer como un cáncer. Guarde sus pensamientos en su corazón hasta que pueda verse con la persona a quien le conciernen.

(5) Dígale a cada persona lo que usted ve de malo en ella. Hable cuanto antes con ella con claridad. De esta manera usted no se amargará. Apague con rapidez el fuego en su corazón.

(6) No haga nada como caballero, dado que usted tiene tanto que ver con ese personaje, como con un director de bailes. Usted es siervo de todos. Por lo tanto:

(7) No se avergüence de nada excepto del pecado: ni de hachar leña, si el tiempo lo permite, o de sacar agua.

(8) No acepte dinero de nadie. Si le alimentan cuando tiene hambre o le visten si necesita ropa, eso está bien; pero ni oro ni plata. Que nadie se atreva a decir que nos enriquecemos con el evangelio.

(9) Sea puntual. Hágalo todo a la hora exacta.

(10) Actúe en todas las cosas no de acuerdo a su voluntad, sino como *hijo del evangelio*.

4. Con el fin de someter a prueba a estas personas, antes de recibirlas como *Asistentes*, les preguntamos:

Primero: ¿Sabe en quién ha creído? ¿Tiene el amor de Dios en su corazón? ¿Desea buscar únicamente a Dios? ¿Es santo en toda su forma de conversación?

Segundo: ¿Cree tener los *dones* y la *gracia* necesarios para la tarea? ¿Tiene, en un grado aceptable, un juicio correcto en cuanto a las cosas de Dios? ¿Posee una concepción justa de la salvación por la fe? ¿Le ha dado Dios la facilidad de poder expresarse de manera fácil, clara y justa?

Tercero: ¿Ha tenido éxito? ¿O sólo habla así (cuando se le prueba) para impresionar y convencer a los oyentes? ¿Alguien ha recibido por su medio la remisión de pecados y un sentido claro y permanente del amor de Dios?

5. A los que demuestran poseer innegablemente las condiciones señaladas en estos tres puntos anteriores, los recibimos con alegría para que nos asistan en nuestra tarea, a la vez que les aconsejamos lo siguiente:

(1) Levantarse siempre a las cuatro. (2) De cuatro a cinco en la mañana y de cinco a seis por la tarde, dedicar tiempo a la meditación y oración personal, a la lectura de las Escrituras y de alguna parte de un libro de teología práctica, como por ejemplo *La vida de Dios en el alma humana*, *El patrón cristiano*, Los *Pensamientos privados* del obispo Beveridge, los escritos prácticos del Sr. Law, Los *Tratados devocionales* del Dr. Heylin, y sus biografías del Sr. Mr. Halyburton o del Sr. de Renty. (3) Desde las seis de la mañana hasta las doce, leer ordenadamente, despacio y con mucha oración, la obra del obispo Pearson sobre el Credo, las del obispo Fell sobre las Epístolas, los *Sermones* de los señores Boehm y Nalson, los *Pensamientos* del Sr. Pascal. *El cristianismo primitivo* de Cave y Fleury, y la *Historia eclesiástica* de Echard.

Y creemos que los que concienzudamente digieran sólo estos libros *sabrán* lo suficiente para salvar tanto sus almas como las de quienes les escuchen.

X. 1. Pero mucho antes de esto, sentí el peso de una preocupación muy distinta, es decir, la atención a cosas temporales tales como la cuenta de las suscripciones trimestrales que totalizaba un promedio de más de trescientas libras anuales. Esto había que distribuirlo parte en reparaciones, parte en otros gastos necesarios y parte en pagar deudas. Las contribuciones semanales alcanzaban algo menos de ocho libras semanales que se distribuían según las necesidades de todos. Y se esperaba que yo me hiciera cargo de todo esto. Pero era una carga que no podía soportar. Así que elegí primero uno, luego cuatro, y pasado un tiempo siete hermanos, los más prudentes que conocía, a los cuales encargué esa tarea para que no gravitara más sobre mí.

2. La tarea de estos *mayordomos* es:

Administrar las cosas temporales de la Sociedad;

Recibir las suscripciones y contribuciones;

Gastar lo que sea necesario de vez en cuando;

Enviar ayuda a los pobres;

Mantener un informe exacto de todas las entradas y salidas;

Informar al ministro si no se cumple puntualmente alguna regla de la sociedad;

Llamar, con amor, la atención de los asistentes si se nota algo mal tanto en su doctrina como en sus vidas personales.

3. Las reglas para los mayordomos son:

(1). Ser frugales. Ahorrar todo lo que sea posible honradamente.

(2). No gastar más de lo que se recibe. No contraer deudas.

(3). No mantener cuentas prolongadas. Pagarlo todo dentro de la semana.

(4). No herir a nadie que pida asistencia, ni por palabra ni por gestos; aunque no se le pueda ayudar, no se le debe herir.

(5). No esperar agradecimiento de los demás.

4. Se reunían cada jueves a las seis de la mañana. Allí discutían lo que tuvieran que resolver, enviaban ayuda a los enfermos según su necesidad, y el resto de lo que se hubiera reunido por las contribuciones semanales se repartía entre los más necesitados. De modo que todo se concluía dentro de la semana; lo que se recibía el martes se gastaba íntegramente los jueves. Pronto tuve el placer de apreciar que todas estas cosas temporales se realizaban con la mayor fidelidad y exactitud. Así que de esta manera terminaron mis preocupaciones. Solamente tenía que revisar las cuentas,

decirles si pensaba que había algo que corregir, y considerar cómo suplir lo que faltaba. Esas cantidades que faltaban eran frecuentes y grandes (tan lejos estábamos nosotros de la abundancia), dado que los ingresos de ningún modo cubrían los gastos. Pero en momentos de gran perplejidad, a veces surgían ayudas imprevistas que evitaban que desmayáramos en nuestros esfuerzos. Otras veces solicitábamos préstamos, la mayoría de los cuales ya han sido devueltos. Pero debo algunos cientos de libras hasta el día de hoy. ¡Tanto me he *aprovechado* predicando el evangelio!

XI. 1. No pasó mucho tiempo antes que los mayordomos se encontraran con una gran dificultad en cuanto a los enfermos, puesto que no se enteraban de su situación hasta que estaban ya por morir. Además les era muy difícil visitarlos tanto como deseaban, debido a su propio trabajo (en general eran personas ocupadas en diversos oficios), que les dejaba escaso tiempo para hacer visitas.

2. Cuando me informaron de este problema, lo planteé ante toda la sociedad, demostrándoles la imposibilidad de los mayordomos de atender a la totalidad de los enfermos diseminados por toda la ciudad. También pedí a los líderes de clases que se informaran con más asiduidad y comunicaran los nombres de los enfermos. Y pregunté: «¿Quién de ustedes estaría dispuesto a colaborar supliendo en esto a los mayordomos?»

3. Al día siguiente muchos se ofrecieron gustosos. Elegí cuarenta y seis que juzgué parecían tener un espíritu tierno y amante. Dividí la ciudad en veintitrés sectores y pedí que los enfermos de cada sector fueran visitados por dos hermanos.

4. Al *visitador* de enfermos le compete:

Visitar a cada enfermo de su distrito tres veces por semana.

Averiguar el estado de su alma y aconsejarle según la ocasión lo requiera.

Indagar acerca de su enfermedad y procurarle atención.

Ayudarle según su necesidad.

Hacer por la persona enferma todo lo que esté a su alcance.

Llevar a los mayordomos su aporte semanal.

Reflexionando sobre esto, me di cuenta cuán exactamente habíamos copiado lo que hacían en la iglesia primitiva. ¿Qué eran los antiguos diáconos? ¿Qué era Febe, la diaconisa, sino una visitadora de enfermos?

5. No creí necesario darles normas en particular, excepto las que siguen:

(1). Ser sencillos y abiertos al tratar con las almas.

(2). Ser suaves, tiernos y pacientes.

(3) Ser limpios en todo lo que hagan por el enfermo.

(4) No ser melindrosos.

6. Desde entonces hemos tenido gran razón para alabar a Dios por sus continuas bendiciones en esta tarea. Se han salvado muchas vidas; se han curado muchas enfermedades y mucho dolor y necesidad se ha prevenido o superado. Muchos corazones apesadumbrados han recobrado la alegría y muchos deudos han sido confortados. Y los visitadores han sentido la gratificación de aquél a quien sirven por la labor cumplida.

XII. 1. No obstante, yo seguía sufriendo por muchos de los pobres que estaban enfermos: había tanto gasto y tan pocos ingresos. Resolví primero ver si no sería

mejor para ellos ingresarlos en los hospitales. Lo probamos, pero aunque esto significaba menos gasto, por lo demás no mejoraba el estado de los enfermos. Luego pedí consejo a varios médicos, pero eso tampoco brindó una solución. Y así pude ver a pobre gente languidecer y consumirse y a varias familias hundirse en la ruina, y todo sin poder remediarlo.

2. Al fin adopté algo así como una decisión desesperada: «Me prepararé y les medicaré yo mismo.» Durante más de cinco años, la anatomía y la medicina habían constituido para mí un entretenimiento en mis horas libres, aunque nunca las había estudiado a fondo, excepto durante unos meses cuando decidí ir a Norteamérica, donde pensé que podría ser de alguna ayuda en aquellos lugares donde no hubiera un médico. Por tanto, tomé el estudio con esa idea en mente y procuré la asistencia de un farmacéutico y la de un cirujano experimentado. A su vez resolví no excederme en el ejercicio de mis capacidades, sino dejar los casos difíciles y complicados a los médicos que los enfermos desearan consultar.

3. Comuniqué esta decisión mía a la sociedad, diciéndoles que todos aquéllos que sufrieran molestias *crónicas* (porque no quería aventurarme con enfermedades *agudas*), si lo deseaban podían venir a consultarme, y les brindaría los mejores consejos que pudiera y les daría las mejores medicinas de que dispusiera.

4. Vinieron muchos, y siguen haciéndolo desde entonces todos los viernes. Entre ellos vino un tal William Kirkman, un tejedor de cerca de Old Nichol Street. Le pregunté, «¿Cuál es su problema?» «Oh, señor», contestó, «una tos muy dolorosa que no me deja descansar ni de día ni de noche». Al preguntarle, «¿Desde cuándo la tiene?» me

respondió: «Desde hace unos sesenta años. Me empezó cuando tenía once». No estaba nada contento de tener a este hombre como primer paciente, temiendo que de no poder curarlo, desanimara a otros a consultarme. No obstante, encomendándome a Dios, le dije, dándole un medicamento para que lo tomara tres o cuatro veces al día, «Si no le hace bien, tampoco le hará daño». Lo tomó dos o tres días. Se le curó la tos, y hasta el día de hoy no ha necesitado volver.

5. Ahora, juzguen con franqueza: ¿Requiere la humildad que yo niegue un hecho que es notorio? De no ser así, ¿dónde estaría la vanidad? ¿En afirmar que había curado a ese hombre por mi propia capacidad? ¿O bien en declarar que fue Dios quien lo hizo mediante su poder omnipotente? No sé cómo se puede decir que esto sea *jactancia*. Yo no le daré nombre, sino que le dejo eso al Rev. Dr. Middleton.[31]

6. En cinco meses administré ocasionalmente medicinas a más de quinientas personas. A muchas de ellas nunca las había visto antes. Porque no me limitaba a atender sólo a las de la Sociedad. En esos meses, supe de setenta y una de éstas que tomando los medicamentos regularmente, y siguiendo el régimen prescrito (cosa que tres o cuatro no querían hacer) se curaron completamente de malestares que por años habían considerado incurables. El gasto total de medicamentos durante este tiempo llegó casi a las cuarenta libras. Desde entonces hemos continuado esto con el mayor éxito y bendición de Dios.

XIII. 1 Yo había observado durante varios años a muchos que, aunque no eran enfermos, no estaban en condiciones de proveer para sí mismos ni tenían a nadie que se preocupara por ayudarlos. Eran, en su mayoría, mujeres

---

[31] Quien al parecer había criticado a Wesley por hablar de estas curas, acusándole de jactancioso.

viudas, ya mayores y débiles. Consulté con los mayordomos para ver cómo podríamos aliviarlas. Todos estuvieron de acuerdo en que si pudiéramos tenerlas todas juntas en una casa, no sólo significaría un gasto mucho menor, sino que a su vez para ellas sería mucho más confortable. Por cierto que no teníamos dinero ni para empezar; pero creíamos en que proveería el *defensor de la causa de las viudas*.[32] De manera que alquilamos dos casas pequeñas cerca. Las acondicionamos para que estuvieran limpias y confortables. Acogimos tantas viudas como nos fue posible de acuerdo al espacio que teníamos, y les proveíamos de todo lo necesario para sus cuerpos. Para ese fin, al principio utilizábamos las contribuciones semanales de las bandas, y más adelante hemos tenido que agregar también las colectas de la Santa Cena. Es cierto que esto no es suficiente, por lo cual tenemos aún una deuda considerable; pero estamos persuadidos que no siempre será así *porque del Señor es la tierra y su plenitud*.[33]

2. En esta comúnmente llamada «casa de los pobres», tenemos actualmente nueve viudas, una mujer ciega, dos niños pobres, y dos sirvientes, un hombre y una empleada doméstica. Podría agregar cuatro o cinco predicadores. Porque yo mismo, como también los otros predicadores que están en la ciudad, participamos de la misma dieta de los pobres, comiendo la misma comida a la misma mesa. Y en esto nos gozamos como una señal del compartir el pan en el reino de nuestro Padre.

3. He bendecido a Dios por esta casa desde el principio, pero últimamente aún más. Tengo un alto

---

[32] Sal.68.5.
[33] Sal.24.1.

concepto de estas viudas, porque *en verdad lo son*.[34] De manera que no es en vano que, sin proponérnoslo, hemos copiado otra de las instituciones de la era apostólica. Ahora puedo decir a todo el mundo, «¡Vengan a ver *cómo se aman entre sí* estos cristianos!»[35]

XIV. 1. Otra cosa que me había preocupado con frecuencia era la abundancia de niños que no podían ir a la escuela por faltarles los medios a sus padres. De tal manera que permanecían como *pollino de asno montés*.[36] Otros que iban a la escuela, por lo menos aprendían a leer y escribir; pero al mismo tiempo aprendían toda clase de vicios, por lo que hubiera sido mejor que permanecieran sin instrucción, a pagarla a tan alto precio.

2. Finalmente decidí que recibirían instrucción en mi propia casa, de modo que tuvieran la oportunidad de aprender a leer y escribir, como también hacer cuentas (por lo menos) sin estar necesariamente obligados a aprender el paganismo. Después de varias pruebas infructuosas, encontré dos maestros de escuela como quería: honestos, con el suficiente conocimiento, con talento y dispuestos a poner su corazón en la tarea.

3. Ahora tienen a su cuidado casi sesenta chicos. Algunos padres pagan por la enseñanza, pero la mayoría no lo hacen debido a su pobreza; de modo que los gastos en su mayor parte se cubren por medio de contribuciones voluntarias. Últimamente también hemos vestido a todos los que lo necesitaban. El reglamento de la escuela es el siguiente:

---

[34] 1 Ti.5.3.

[35] En una nota a la edición de 1755, Wesley declara que esa casa ya no existe, por falta de recursos.

[36] Job 11.12.

Primero, no se admiten menores de seis años.

Segundo, todos los niños deben asistir al sermón de la mañana.

Tercero, asisten a la escuela de seis a doce y de una a cinco.

Cuarto, no tienen días libres para jugar.

Quinto, ningún niño debe hablar en la escuela, excepto con los maestros.

Sexto, el niño que falte dos días en una semana, sin permiso, es suspendido.

4. Nombramos también dos mayordomos para la escuela, encomendándoles las siguientes tareas:

Recibir las cuotas, y gastar lo necesario.

Hablar semanalmente con cada maestro.

Orar con los niños y exhortarlos dos veces por semana.

Informarse diligentemente si crecen en gracia y en conocimientos y si los reglamentos se cumplen puntualmente.

Cada martes de mañana, de acuerdo con los maestros, suspender a aquellos niños que no cumplen los reglamentos.

Cada miércoles de mañana reunirse con los padres de dichos niños, a fin de exhortarles a que los guíen en los caminos de Dios.

5. Pronto se observó un feliz cambio en los niños, tanto en lo referente a su disposición como en su conducta. Aprendieron rápidamente a leer, a escribir y aritmética. Al mismo tiempo se les instruía diligentemente en los sólidos principios de la religión, y se les exhortaba con la mayor seriedad a temer a Dios y ocuparse de su propia salvación.

6. Para informarse de la Escuela Primaria de Kingswood, le ruego recurra al tratado recientemente publicado.

XV. 1. Hace uno o dos años observé entre muchos, una angustia distinta. Con frecuencia querían que se les facilitara una suma de dinero, tal vez con el fin de continuar con su negocio. Tenían escrúpulos en cuanto a utilizar un prestamista. Pero no sabían dónde recurrir para obtener un préstamo. Resolví intentar remediar esta situación. En unos pocos días recorrí la ciudad de una punta a la otra, exhortando a quienes gozan de los bienes de este mundo, a que ayudaran a sus hermanos en necesidad. Así se obtuvieron cincuenta libras en contribuciones. Este dinero se colocó inmediatamente en las manos de dos mayordomos, quienes todos los martes de mañana facilitaban a los necesitados pequeñas cantidades (no más de veinte chelines) que debían ser devueltas dentro de los tres meses siguientes.

2. Es casi increíble, pero consta en los informes que con esta suma insignificante, se ha ayudado a doscientas cincuenta personas en el curso de un año. ¿No pondrá Dios en el corazón de algún amante de la humanidad el deseo de aumentar este pequeño capital? Si esto no es *prestar al Señor*,[37] ¿qué es? Oh, no consulte con carne y sangre, sino que inmediatamente *una sus manos con las Dios para hacer vivir a un pobre*.[38]

3. Yo creo, señor, que ahora ya sabe todo lo que yo sé sobre este pueblo o gente. Puede ver la naturaleza, ocasión y designio de todo lo que se practica entre ellos. Y

---

[37] Pr. 19.17.

[38] Cita alterada de un verso de George Herbet.

confío en que podrá contestar fácilmente cualquier pregunta que se haga concerniente a ellos; en particular a quienes desean averiguar lo concerniente a mis ingresos, y lo que hago con éstos.

4. Hay quienes suponen que mis entradas no sobrepasan las del Obispo de Londres. Pero otros han calculado que yo recibía sólo de Yorkshire la cantidad de ochocientas libras por año. De ser así, ¡lo que recibo de toda Inglaterra no puede ser tan poco como diez mil libras anuales!

5. Sobre esa base, un señor de Cornwall (el rector de R_____) extiende considerablemente el cálculo. Dice: «Déjeme ver. Dos millones de metodistas, pagando cada uno dos peniques por semana.» De ser así, yo debo obtener por año ochocientas sesenta y seis mil libras (más algunos chelines y peniques).

6. ¡Una competencia tolerable! Pero sea más o menos, a *mí* no me significa nada. Todo lo que se contribuye o se recauda en cada lugar, lo reciben y lo gastan otros; yo ni siquiera llego a verlo con mis ojos. Y así será hasta que me torne turco o pagano. Pues yo considero todas estas recaudaciones, sean lo que sean, como sagradas para Dios y para los pobres, de las cuales, si necesitara yo algo, me ayudarían como a otro pobre más. Y así fueron al principio, como toda persona ilustrada lo sabe, todas las recaudaciones eclesiásticas. Y como tales las administraron los obispos y los sacerdotes. Si algunos ahora las utilizan de otra manera, ¡que Dios los ayude!

7. No dudo que si me equivoco en esto o en cualquier otro punto, usted rogará a Dios para que me revele

la verdad. Porque *tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres*[39] es el deseo de

Reverendo y estimado señor,

Su afectuoso hermano y servidor, Juan Wesley

---

[39] Hch.24.16.

Razones en contra de la separación de la Iglesia de Inglaterra

Impreso en el año 1758

Sea *legal* o no, (lo cual puede discutirse, pues no está tan claro como algunos pueden imaginar), no es de ninguna manera *conveniente* para nosotros separarnos de la Iglesia establecida:

(I) 1. Porque sería una contradicción a las solemnes declaraciones que repetidamente hemos hecho de las más diversas maneras, predicando, en forma impresa y en conversaciones privadas.

2. Porque (por esa razón y por muchas otras) ello brindaría una enorme ocasión de ofensa a todos los enemigos de Dios y su verdad, que buscan y desean esa separación.

3. Porque predispondría sobremanera contra nosotros a muchos que temen y que aman a Dios, lo cual podría dificultar que recibieran tanto, o tal vez ningún, beneficio de nuestra predicación.

4. Porque impediría el escucharnos a las multitudes de quienes ni aman ni temen a Dios, por lo que quedarían en manos del demonio.

5. Porque motivaría que muchos cientos, quizás miles, de los que actualmente están unidos a nosotros se separaran; sí, y hasta algunos que tienen una profunda experiencia de la gracia en sus almas.

6. Porque sería como echar bolas de fuego entre quienes están tranquilos. Ahora estamos dulcemente unidos en amor y pensamos y hablamos las mismas cosas. Pero esto sería ocasión de que penetrara una inconcebible contienda y disensión entre los que se alejarían y los que permanecerían en la Iglesia, como también entre los que quedarían con nosotros y los que nos abandonarían. Y aun entre quienes quedaran, según se inclinaran a un lado u otro.

7. Porque así como ahora la controversia está dormida, y vivimos en gran medida en paz con todos, de tal manera que nos sentimos extrañamente en calma para utilizar todo nuestro tiempo y vigor en aplicar la religión sencilla, práctica y vital (¡oh, qué no hubieran dado nuestros antepasados por disfrutar una calma tan bendecida!), el separarnos haría desvanecer esa paz sin esperanza de que retornara. Además, me comprometería en una controversia contra mil, tanto en público como en privado (porque en conciencia estaría obligado a dar las razones de mi conducta, y a defenderlas en contra de todos los opositores), lo cual me restaría horas a esas tareas más constructivas a las cuales intento dedicar el corto tiempo que me queda de vida.

8. Porque elaborar el plan para una nueva iglesia requeriría un tiempo infinito, un gran cuidado (que sin duda podría ser utilizado con mayor provecho), mucha más sabiduría y mayor profundidad de pensamiento de lo que ninguno de nosotros es capaz de brindar.

9. Porque el mero hecho de que algunos han apenas considerado un pensamiento vago sobre este tema, ha producido inmediatamente malos frutos, tales como prejuicios contra el clero en general, una aptitud para creer lo malo de ellos, desprecio (no sin cierta amargura) de los

clérigos como tales y un lenguaje cortante hacia toda la orden, totalmente impropio entre caballeros o cristianos.

10. Porque con frecuencia ya se ha hecho el experimento, y el resultado nunca colmó la expectativa. Desde la Reforma, de tiempo en tiempo Dios ha levantado muchos testigos de la religión pura. Si éstos vivieron y murieron (como John Arndt, Robert Bolton, y muchos otros) en las iglesias a las cuales pertenecían, a pesar de la maldad que desbordaban tanto los maestros como los miembros de esas iglesias, ellos esparcieron la levadura de la religión verdadera a lo largo y a lo ancho, y fueron más y más útiles hasta que marcharon al paraíso. Pero, si debido a cualquier provocación se hubieran separado y formado distintos partidos, su influencia habría estado más confinada; su servicio a los demás hubiera mermado y en general habrían perdido el espíritu religioso en el espíritu de la controversia.

11. Porque tenemos ejemplos tristes de esto ante nuestros propios ojos. En nuestra memoria hay muchos que han dejado la Iglesia y se han integrado en diversos grupos. Y por cierto que algunos de ellos actuaron persuadidos realmente de que en esa forma servirían mejor a Dios. Pero ¿han prosperado algunos de los que se separaron? ¿Han sido más santos o más útiles de lo que lo eran antes?

12. Porque, por tal separación no sólo nos desprenderíamos del peculiar gloriarnos que Dios nos ha dado, que es el hacer y el sufrir todas las cosas por amor a nuestros hermanos, aunque ello signifique que cuanto más los amamos, menos somos amados; sino que también estaríamos actuando en contradicción directa a ese propio fin para el cual creemos que Dios nos ha hecho crecer. El designio principal de su Providencia al enviarnos es,

indudablemente, avivar a nuestros hermanos. Y el primer mensaje de todos nuestros predicadores es a las ovejas perdidas de la Iglesia de Inglaterra. Ahora, ¿no sería una contradicción categórica de este designio el separarse de la Iglesia? Habiendo considerado estas cosas, no podemos percibir (sea legal en sí mismo o no) que nos sea lícito a nosotros. Por lo menos, no nos es lícito por no ser apropiado.

II. Por cierto se ha objetado que hasta que nos separemos, no podremos ser un cuerpo unido y compacto.

Es cierto que hasta entonces no podremos ser «un cuerpo unido y compacto», si usted quiere decir con esa expresión un cuerpo aparte de todos los otros. Y nosotros no tenemos ningún deseo de serlo.

En segundo lugar, se ha objetado que es «mera cobardía y temor a la persecución lo que hace que usted desee permanecer unido a ellos».

Esto no puede probarse. Que cada uno examine su propio corazón y no juzgue a su hermano.

Tampoco es probable. En el pasado, en medio de toda persecución, nunca retrocedimos en nuestra tarea; ni siquiera moderamos la marcha.

Pero esto es cierto que, aunque muchas veces la persecución resulta ser una bendición indecible para los que la sufren, en manera alguna debemos provocarla voluntariamente. No; debemos hacer todo lo que esté dentro de la ley para prevenirla. Debemos evitarla mientras legalmente se pueda, escapando de una ciudad a otra si somos perseguidos. Si Dios permitiera una persecución general, no sabemos quién podría soportarla. Tal vez aquellos que hablan en voz más alta fueran los primeros en escapar. Recordemos el caso del Dr. Pendleton.

III.(1) En general, uno no puede menos que observar cuánto más deseable sería que todos los que estamos dedicados a la misma tarea pensáramos y habláramos en la misma manera, fuéramos unánimes en nuestro juicio y opinión y utilizáramos el mismo idioma.

¿No nos vemos todos ahora a *nosotros mismos*, a los llamados *metodistas en general*, a *la Iglesia* y *al clero*, bajo una clara luz?

Nos vemos a *nosotros mismos*, no como los autores o los cabecillas de una secta o un partido en particular (nada está más lejos de nuestro pensamiento), sino como mensajeros de Dios hacia aquéllos que se denominan cristianos, pero que en sus corazones y en el diario vivir son paganos. Nuestro deseo es hacerles volver a lo que han abandonado, a un cristianismo genuino y real. Por lo tanto, somos deudores de todos éstos, cualquiera sea su opinión o denominación; y en consecuencia debemos hacer todo lo que esté en nuestro poder para complacer a todos, para su bien y su edificación.

Vemos a los llamados *metodistas en general*, no como un partido particular (esto obstruiría tremendamente el sublime designio para el cual, según nuestro concepto, Dios los ha levantado), sino como testigos vivientes ante todos del cristianismo que predicamos; el cual por este medio queda demostrado ser la realidad, visiblemente ofrecida a todo el mundo.

Vemos a *Inglaterra* como esa parte del mundo y a *la Iglesia* como esa parte de Inglaterra, a la cual todos los que hemos nacido y hemos sido criados en ella debemos nuestra primera y principal estima y respeto. Sentimos en nosotros una fuerte *storgé*, un afecto natural para nuestro país, el que, según entendemos, el cristianismo nunca pensó en

desarraigar o lesionar. Tenemos una preocupación más particular para nuestros hermanos y por ese sector de nuestros conciudadanos a los que hemos estado unidos desde nuestra juventud, tanto por lazos religiosos como por los de naturaleza civil. Es verdad que ellos están en general *sin Dios en el mundo*.[1] Por eso es que tanto suspiramos desde lo profundo de nuestras entrañas, pues permanecen *en tinieblas y sombras de muerte*;[2] y tanto mayor es nuestra compasión por ellos. Y cuando estamos completamente convencidos de esa compleja maldad que los cubre, inundándolos, es cuando más sentimos (y aun desearíamos sentir más) esa emoción inexpresable con la cual nuestro bendito Señor contempló Jerusalén, llorando y lamentándose. Entonces nuestra entera voluntad está dispuesta a *gastarse y ser gastada*[3] por ellos y a *poner nuestras vidas por nuestros hermanos*.[4]

Vemos *al clero*, no sólo como parte de éstos nuestros hermanos, sino como a esa parte a la que Dios, por medio de su divina Providencia, ha encargado ser los guardianes del resto, por el cual tendrán que rendir severa cuenta. Por lo tanto, si éstos desatienden su importante cometido, si no los vigilan con todo su poder, serán los hombres más dignos de conmiseración, por lo que merecerán nuestra más profunda compasión. De manera que el sentir, y más aún el expresar, ya sea desprecio o amargura hacia ellos, denota una tremenda ignorancia respecto a nosotros y lo que debería ser nuestro espíritu.

---

[1] Ef.2.12.
[2] Sal.107.10.
[3] 2 Co.12.15.
[4] 1 Jn.3.16.

Dado que este punto es de extraordinaria importancia, considerémoslo un poco más.

El clero, estemos donde estemos, es amigo, enemigo o indiferente a la verdad.

Si son amigos de la misma, por cierto que debemos hacer todo lo posible y omitir todo lo que podamos, con una conciencia tranquila, a fin de continuar y, si es posible, incrementar su buena voluntad hacia ella.

Si ni la promueven ni la dificultan, deberíamos hacer todo lo que esté a nuestro alcance, tanto por el bien de ellos como por el de sus diversos rebaños, para orientar su neutralidad hacia el lado correcto y lograr que se transforme en amor antes que en odio.

Si son enemigos, no deberíamos desesperar en nuestro intento por disminuir, si no nos es dado quitar, sus prejuicios. Deberíamos intentarlo vez tras vez; emplear todo nuestro cuidado, esfuerzo y prejuicio, unidos a nuestra ferviente oración para vencer el mal con el bien, para fundir su dureza convirtiéndola en amor.

Es verdad que cuando cualquiera de éstos lucha abiertamente contra las Escrituras, negando las verdades trascendentales del evangelio, no podemos evitar declarar y defender, en las oportunidades convenientes, las verdades importantes que ellos niegan. Pero, especialmente en este caso, es necesario hacerlo con toda delicadeza y sabia mansedumbre. El desprecio, la dureza y la amargura nunca podrán hacer el bien. *La ira del hombre no obra la justicia de Dios*.[5] Los métodos violentos han sido probados varias veces por dos o tres revoltosos en Wednesbury, en St. Ives, en Cork y en Canterbury. ¿Y triunfaron? Solamente

---

[5] Stg. 1.20.

ocasionaron numerosos males; y en oportunidades frenaron el curso del evangelio. Por tanto, aunque no fuera por una cuestión de conciencia, sino por simple prudencia, los predicadores deberían observar una regla sagrada: Nada de desprecio, ni de amargura contra el clero.

2. Otra regla que por lo menos sería prudente observar es que los predicadores metodistas no frecuentan reuniones de disidentes, aunque no culpamos a ninguno que se haya acostumbrado a asistir. Pero, es que si *nosotros* lo hacemos, nuestra gente también lo hará. Pero esto es realmente separarse de la Iglesia. Si separarse es (por lo menos) no conveniente el separarse, tampoco esto lo es. Por cierto podemos asistir a nuestras asambleas y también a la Iglesia, porque se reúnen a distintas horas; pero no podemos asistir a la reunión de disidentes y a la Iglesia, porque ellos sí se reúnen a la misma hora.

Y si se dijera: «Pero en la Iglesia nos alimentan con cascarillas, mientras que en la reunión de disidentes nos dan buena comida», nosotros contestaríamos: (1) Las oraciones de la Iglesia no son cascarillas; son alimento sustancial para todos los que están vivos en Dios. (2) La Cena del Señor no es cascarilla, sino alimento puro y completo para todos los que lo reciben con el corazón recto. Además (3) en casi todos los sermones que escuchamos allí encontramos verdades grandes y muy importantes. Y quienquiera tenga discernimiento espiritual podrá separar fácilmente la cascarilla del gran trigo que hay dentro. (4) ¡Qué poco se puede obtener en la reunión de disidentes! Los maestros son o bien *Hombres de la Nueva Luz*, que niegan al Señor que los compró, tergiversando el evangelio desde su fundamento, o bien predestinistas que más o menos predican la predestinación y la perseverancia final. Ahora,

sea lo que sea para los que se han educado en eso, para aquéllos de nuestros hermanos que hace poco han decidido abrazar esas enseñanzas, tenemos que reconocer, a juzgar por las repetidas experiencias, que no es un alimento sano, sino que les ha afectado como un veneno mortal. En poco tiempo ha destruido todo el celo y el entusiasmo que tenían por Dios. Se han hecho adeptos al juego de palabras y opiniones. Desprecian la abnegación y la cruz diaria; y hasta se separan totalmente de sus hermanos.

3. Tampoco es conveniente que algún predicador *metodista* intente imitar a los disidentes en su manera de predicar. Tanto en su *tono* (debería evitarse con sumo cuidado todo tipo de tonos especiales, tanto al orar como al predicar) como en su *lenguaje*, todas sus palabras deberían ser claras y simples, tales como las que utilizan y entienden las personas más sencillas que asisten. Tampoco en cuanto a la *duración* de la oración, no debería exceder los cuatro o cinco minutos, antes o después del sermón. Podríamos agregar que tampoco debemos cantar como ellos, en una forma lenta y arrastrada; cantamos rápido porque ahorra tiempo, pero también porque tiende a despertar y avivar el alma.

4. En cuarto lugar, si continuamos en la Iglesia, no por casualidad o por falta de pensamiento, sino por razones sólidas y bien fundadas, nunca deberíamos hablar desdeñosamente de ella, o de nada que le pertenezca. En cierto sentido es la madre de todos los que hemos sido criados en ella. Nunca deberíamos hacer de sus manchas asunto de diversión, sino más bien de pena solemne ante Dios. Tampoco hemos de hablar de ellas ridiculizándolas; nunca, excepto por una clara necesidad. Mejor sería esconderlas todo lo posible, siempre que lo podamos hacer

sin tener un sentimiento de culpa en nuestra conciencia. Y todos tenemos que usar todo medio que sea racional y bíblico para lograr el mismo comportamiento de los demás. Y digo *todos*; porque si unos pensamos así y otros son de un espíritu y un comportamiento diferentes, esto producirá un cisma real entre nosotros. Nos dividirá en dos partidos, cada uno de los cuales estará predispuesto a celos perpetuos, sospechas y animosidades en contra del otro. Por lo tanto, debido a esto es un imperativo de máxima importancia que seamos escrupulosos y sensibles respecto de la Iglesia a la cual pertenecemos.

5. Para obtener este fin, terminando con los celos y las sospechas de nuestros amigos, y la esperanza de nuestros enemigos, de que tenemos algún plan para separarnos de la Iglesia, será bueno que cada predicador metodista que no tenga escrúpulos en hacerlo, asista a los cultos de la Iglesia con la frecuencia que le sea posible. Y cuanto más asistamos, más la amaremos, como lo demuestra la experiencia constante. De lo contrario, cuanto más nos abstengamos de asistir, menor será nuestro deseo de hacerlo.

6. Y por último, dado que estamos rodeados por todos lados por quienes sienten igual enemistad hacia nosotros y hacia la Iglesia de Inglaterra; y dado que éstos tienen una larga práctica en esta guerra, y son habilidosos en todas las objeciones en su contra (mientras que por otra parte, nuestros hermanos no las conoces, de modo que en forma imprevista no sabrían cómo contestarles) es sumamente importante que cada predicador esté provisto de respuestas firmes y sólidas para esas objeciones, y también instruya a las sociedades en las que trabaje sobre cómo deben defenderse contra esos ataques. De ahí que sería aconsejable que ustedes relean la *Fórmula contra las ideas*

raras en la religión, así como *Pensamientos serios sobre la predestinación* y *La predestinación cuidadosamente considerada*.[6] Y cuando sientan que los dominan, les será fácil recomendarlos y explicarlos en nuestras sociedades, para que puedan evitar ser *llevados de aquí para allá por todo viento de doctrina*, sino que estando afirmados en pensamiento y en juicio, por medio de los sólidos argumentos escriturales y racionales, *crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo Jesús*.[7]

Juan Wesley

Siento que es mi deber agregar mi testimonio al de mi hermano. Sus doce razones en contra de una separación de la Iglesia de Inglaterra son también las mías. Las afirmo de todo corazón. Solamente respecto a la primera, *yo* personalmente estoy muy seguro que no es ni es conveniente ni LEGAL que *yo* me separe, y nunca tuve la menor inclinación o tentación de hacerlo. Mi afecto hacia la Iglesia es tan firme como siempre. Y tengo muy claro mi llamado, que es el vivir y morir en su comunión. Por lo tanto, esto es lo que estoy determinado a hacer, con la ayuda del Señor.

He adjuntado los HIMNOS para los predicadores laicos, «para obtener este fin, terminando con los celos y las sospechas de nuestros amigos, y la esperanza de nuestros enemigos, de que tenemos algún plan para separarnos de la Iglesia».[8] No tengo ninguna reserva secreta, ni pensamiento alguno en cuanto a ello, ni nunca lo he tenido. Quiera Dios

---

[6] Las dos últimas de estas obras se incluirán en el tomo 8 de esta serie.
[7] Ef.4.14-15.
[8] Aquí Carlos cita a Juan. Ver más arriba, el punto III.5.

que todos los predicadores metodistas fueran, a este respecto, del mismo sentir de

Carlos Wesley[9]

---

[9] A esta nota añadió Carlos Wesley siete himnos sobre el tema de la iglesia.

Una breve historia del metodismo

1. No es fácil contar las descripciones que se han hecho de la gente llamada metodista. Muchas de ellas están tan lejos de la realidad como la de aquel buen señor de Irlanda que decía: «¿Metodistas? Sí, son ésos para quienes la religión es cuestión de usar barbas largas».

2. Las abundantes equivocaciones que circulan sobre ellos se deben a que bajo ese nombre se agrupa a un gran número de personas que no tienen nada que ver unos con otros, y cualquier cosa que alguno de éstos diga o haga se generaliza, y se atribuye a todos por igual.

3. El breve informe que sigue podrá evitar que personas calmadas y de buena disposición cometan estos errores, aunque los acalorados y de espíritu prejuiciado seguirán haciéndolo como antes. Obsérvese, no obstante, que esta descripción no constituye una defensa de los llamados metodistas, sino una explicación lisa y llana que intenta terminar con esa cantidad de malos entendidos.

4. En el mes de noviembre de 1729, cuatro jóvenes caballeros, el señor Juan Wesley, miembro[1] del Lincoln College, el señor Carlos Wesley, universitario de Christ Church, el señor Morgan, estudiante de Christ Church, y el señor Kirkham, del Merton College, comenzaron a reunirse algunas noches en la semana, con el fin principal de leer el Nuevo Testamento en griego. Al año siguiente, dos o tres alumnos del señor Juan Wesley pidieron permiso para

---

[1] «Fellow».

reunirse con ellos, cosa que algo más adelante hizo un alumno del señor Carlos Wesley. En el año 1732, el señor Ingham, del Queen's College, y el señor Broughton, de Exeter, se sumaron al grupo. En abril de ese año se unió también el señor Clayton, de Brasenose, con dos o tres de sus alumnos. Más o menos al mismo tiempo, también se le permitió unirse al señor James Hervey, y en 1735, al señor Whitefield.

5. La vida severamente metódica que llevaban estas personas, al igual que sus estudios, dieron lugar a que un joven de Christ Church comentara: «Aquí ha surgido un nuevo grupo de metodistas», aludiendo a unos antiguos médicos del pasado que se autodenominaban así. Dicho nombre era nuevo y original, por lo que se propagó de inmediato, motivando que en la universidad todos se refirieran al grupo como los «metodistas».

6. Los que formaban este grupo eran todos miembros entusiastas de la Iglesia de Inglaterra, tenaces en todas sus doctrinas, según las conocían, y celosos en el cumplimiento de su Disciplina hasta en el más mínimo detalle. Asimismo, eran atentos observadores del estatuto de la universidad, el que respetaban a conciencia. Pero la observancia de todo esto la cumplían hasta donde consideraban que estaba de acuerdo con la Biblia, ya que su único deseo era el de ser cristianos bíblicos manifiestos, tomando la Biblia como su sola y única regla, tal como la interpretaban la iglesia primitiva y la nuestra.

7. La única crítica que se les hacía en ese entonces se basaba en que eran «demasiado rectos», y desproporcionadamente escrupulosos y estrictos, llevando las cosas a grandes extremos. En particular, que hacían sobrado hincapié en las rúbricas y los cánones de la Iglesia,

e insistían en forma excesiva en el cumplimiento del estatuto de la universidad. Además, les reprochaban que tomaban las Escrituras en un sentido muy severo y literal, de tal manera que si ellos tenían razón, muy pocos serían los que se podrían salvar.

8. En el mes de octubre de 1735, los señores Juan y Carlos Wesley, y el señor Ingham, partieron de Inglaterra con el propósito de ir a predicar a los indígenas de Georgia. Pero el resto de los caballeros continuaron reuniéndose, hasta que unos y otros fueron ordenados y salieron de la universidad, de manera que en unos dos años no quedó casi ninguno.

9. En el mes de febrero de 1738, el señor Whitefield fue a Georgia con el fin de ayudar al señor Juan Wesley, pero éste justo entonces retornó a Inglaterra. Poco tiempo después tuvo una reunión con los señores Ingham, Stonehouse, Hall, Hutchings, Kinchin y unos pocos clérigos más. Todos ellos, que parecían ser de un solo sentir y estar en un todo de acuerdo, resolvieron ser cristianos bíblicos en toda circunstancia y dondequiera que fueran, predicando con todas sus fuerzas el sencillo y antiguo evangelio bíblico.

10. Desde entonces se mantuvieron puntuales en todas las cosas y celosamente apegados a la Iglesia de Inglaterra. Mientras tanto, comenzaron a convencerse que *por gracia somos salvos por medio de la fe*,[2] y que la doctrina de la justificación por la fe era la doctrina de la Iglesia, como también de la Biblia. En cuanto creyeron, comenzaron a hablar de la salvación por la fe, convirtiéndolo en su tema principal. Por cierto que esto implicaba tres puntos: (1) Que las personas está por naturaleza *muertas*

---

[2] Ef. 2.8.

en el pecado[3] y son por tanto *hijos de ira*;[4] (2) que sólo son justificadas por la fe y (3) que la fe produce una santidad interior y exterior. En estos puntos insistieron noche y día. Y así, en poco tiempo, se transformaron en predicadores populares. Donde ellos predicaban, las congregaciones eran numerosas. Entonces revivió el primer nombre, y todos estos señores y las personas que los seguían volvieron a ser llamados «metodistas».

11. En el mes de marzo de 1741, el señor Whitefield, que había retornado a Inglaterra, se separó completamente del señor Wesley y de sus amigos, «porque no estaba de acuerdo con los *decretos*».[5] Aquí surgió la primera brecha, que personas acaloradas persuadieron al señor Whitefield a hacer por una mera diferencia de opinión. Aquellos que creían ciertamente en una *redención universal*, no tenían ningún deseo de separarse; pero los que sostenían la teoría de la *redención particular* no querían escuchar propuesta alguna de arreglo, e insistían en que no hubiera ninguna relación con personas que perseveraran en «tan peligrosos errores». Así que ahora había dos clases de «metodistas», según los seguían llamando: los de la redención *particular* y los de la redención *general*.

12. No pasaron muchos años antes de que William Cudworth y James Relly se separaran del señor Whitefield. Estos eran realmente antinomianos, enemigos absolutos y declarados de la ley de Dios, la cual nunca predicaban ni

---

[3] Ef. 2.5.

[4] Ef. 2.3.

[5] Según Calvino, los «decretos eternos» de Dios predestinaron a algunas de sus criaturas a la salvación eterna y a otras a la condenación eterna. Esto implicaba que la redención obrada en Jesucristo no era *general,* sino *especial* para los predestinados.

pretendían predicar, pero que calificaban a todo el que lo hiciera como legalista. Para ellos, «predicar la ley» era abominación. No tenían «nada que ver» con la ley. Según decían, «predicaban a Cristo» sin mencionar para nada la santidad ni las buenas obras. No obstante, a éstos los denominaban metodistas, aunque diferenciándolos del señor Whitefield, tanto en el juicio como en la práctica, mucho más de lo que lo hacía el señor Whitefield refiriéndose al señor Wesley.

13. Mientras tanto se comenzó a hablar de los señores Venn y Romaine, y no mucho después de los señores Madan y Berridge, junto con otros pocos clérigos. Todos éstos, aunque no estaban relacionados entre sí, dado que predicaban la salvación por la fe y se esforzaban por vivir de acuerdo al concepto bíblico del cristiano, pronto fueron incluidos bajo el nombre de metodistas. Y así siguió ocurriendo con todos los que predicaban la salvación por la fe, y se les veía más serios que a sus vecinos. Algunos de éstos eran bastante *semejantes* en su manera de predicar; otros muy *irregulares* (aunque no por su gusto, sino por necesidad, pues de no hacerlo así no se les permitía predicar); y otros estaban entre los dos, en su mayoría irregulares, aunque no en todos los detalles.

14. En 1762, George Bell y otros pocos comenzaron a hablar con grandes palabras y a fines del año predijeron que el mundo llegaría a su fin el día 28 de febrero siguiente. El señor Wesley, con quien se conocían, los desafió en público y en privado. Esto ellos no lo pudieron soportar, y en los meses de enero y febrero de 1763 se separaron de él bajo la dirección del señor Maxfield, uno de los predicadores del señor Wesley. Pero hasta al señor Maxfield y sus seguidores, incluyendo los más entusiastas, se los consideró

como integrantes del grupo «metodista», provocando así un escándalo entre aquéllos con los que no tenían ninguna conexión.

15. Al presente, los que permanecen con el señor Wesley son casi todos miembros de la Iglesia de Inglaterra. Aman sus *Artículos*, sus *Homilías*, su liturgia, su disciplina, y en ningún momento alteran nada voluntariamente. Mientras tanto, todos los que entre ellos predican declaran que p*or naturaleza somos todos hijos de ira*, pero *por gracia somos salvos por medio de la fe*;[6] salvos tanto de la culpa como del poder del pecado. Se esfuerzan por *vivir* de acuerdo a lo que predican y por ser cristianos bíblicos sencillos. Se reúnen periódicamente para animarse unos a otro y aman tiernamente a muchos que son calvinistas, aunque no amen sus opiniones. Sí, aman también a los antinomianos, pero únicamente con amor compasivo, puesto que detestan sus doctrinas con un odio perfecto. Las aborrecen tanto como al fuego del infierno porque están convencidos que nada puede destruir toda la fe, toda la santidad y todas las buenas obras con tanta efectividad como ellas.

16. Respecto a éstos, o sea al señor Relly y sus seguidores, no sería de extrañar que se crearan una reputación. Porque nunca disgustarán al mundo por la dureza de su doctrina o la singularidad de su comportamiento. De ahí que, los que se decidan tanto a predicar como a vivir el evangelio, deban esperar que la gente digan de ellos *toda clase de mal*.[7] *El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo es más que su señor. Si al*

---

[6] Ef. 2.3,8.

[7] Mt. 5.11.

padre de familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a los de su casa?[8] Ciertamente es su deber, *en cuanto de ellos dependa, vivir en paz con todos los hombres*.[9] Pero cuando ellos trabajen por la paz, el mundo se alistará para la guerra. Es su preocupación constante *agradar a todos en lo que es bueno para su edificación*.[10] No obstante, saben que no se puede hacer, pero recuerdan las palabras del Apóstol: «*Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo*».[11] Por lo tanto pasan por honra y por deshonra, por mala y buena fama, deseando únicamente que su Maestro pueda un día decir: «Siervos de Dios ¡bien hecho!»

---

[8] Mt. 10.24-25.
[9] Ro. 12.18.
[10] Ro. 15.2.
[11] Gá. 1.10.

Breve historia del pueblo llamado metodista

1. Admitiendo que no hay otra persona con mayor conocimiento del llamado metodismo del que tengo yo, considero mi deber, para información de toda persona sensata, reseñar un informe sobre el mismo lo más claro que me sea posible. Este contará las circunstancias principales que se dieron por más de cincuenta años, relatadas de la manera más precisa y sencilla, ante aquél a quien pertenezco y sirvo.

Hago esto porque el Dr. Maclaine, en sus tablas cronológicas, estimó oportuno colocar al señor Whitefield y a mí bajo el artículo titulado *Herejes*. Al igual que yo, el señor Whitefield ha proporcionado un amplio informe de sí mismo. Pero como esa exposición es muy larga para ser leída con rapidez, pienso que para muchas personas serias ha de ser más satisfactorio verla redactada en una forma más reducida. Los que deseen una información más completa sobre estas cosas pueden obtenerla leyendo detenidamente todos mis *Diarios*.

Se podrá observar con facilidad que me limitaré, en lo posible, a las cosas de las cuales fui testigo. Pero también podrán encontrar información más amplia en el *Arminian Magazine*.

2. En noviembre de 1729, fecha en que fui a residir a Oxford, mi hermano, otros dos jóvenes caballeros y yo acordamos reunirnos tres o cuatro noches por semana. Los domingos a la noche leíamos sobre teología y en las otras noches los clásicos griegos y latinos. Al verano siguiente se

nos pidió que visitáramos los presos del Castillo. Quedamos tan conformes con nuestra conversación allí, que decidimos acompañarles una o dos veces por semana. Poco después nos sugirieron visitar a una señora pobre que se encontraba enferma. Esta experiencia también nos hizo pensar en la conveniencia de dedicar una o dos horas semanales a esta tarea. Ahora éramos cinco los que compartíamos estas cosas, pues un joven caballero del Merton College se unió a nuestro grupo. Nos pusimos de acuerdo en comulgar con tanta frecuencia como nos fuera posible (que en esa época era una vez por semana en Christ Church). También decidimos prestar nuestros servicios, dentro de nuestras posibilidades, a nuestros conocidos, a los presos, y a dos o tres familias pobres de la zona.

3. En abril de 1732, comenzó a reunirse con nosotros el señor Clayton, del Brasenose College. Fue debido a su consejo que comenzamos a practicar el ayuno de la iglesia primitiva, cosa que hacíamos los miércoles y viernes. Dos o tres de sus alumnos, uno de mi hermano, dos o tres de los míos y el señor Broughton del Exeter College, nos expresaron su deseo de reunirse con nosotros seis días por semana, desde las seis de la tarde hasta las nueve de la noche, con el fin de dedicar una parte del tiempo a leer y estudiar un capítulo del Nuevo Testamento en griego, y el resto a conversar íntimamente. Al año siguiente, a éstos se fueron sumando el señor Ingham con otros dos o tres caballeros del Queen's College; luego el señor Hervey y, en el año 1735, el señor George Whitefield. Creo que en esa época éramos catorce o quince, todos de un corazón y una mente.

4. Considerando que había logrado lo que tanto había anhelado, es decir, un grupo de amigos del alma, decidí

quedarme tranquilo, determinado a vivir y morir en esa dulce situación. Pero, en la primavera de 1735 fui llamado con urgencia para atender a mi padre moribundo, quien poco antes de su muerte me pidió que le obsequiara a la Reina Carolina un libro que había terminado de escribir. Por esta razón en cuanto retorné a Oxford me vi obligado a ir a Londres. Estando en esta ciudad se me pidió en forma insistente que fuera a Georgia para predicarles a los indígenas. Al principio me negué rotundamente; pero se sucedieron una serie de incidentes providenciales, los que al fin me obligaron a alterar mi resolución. Y así fue que el 14 de octubre de 1735, los señores Ingham y Delamotte, mi hermano y yo nos embarcamos para América. Pasamos tres meses a bordo, y empleamos ese tiempo de la siguiente manera: De cuatro a cinco, cada uno tenía su momento de devoción personal. De cinco a siete leíamos la Biblia juntos. A las siete desayunábamos. A las ocho había un culto público. De nueve a doce yo estudiaba alemán; el señor Delamotte, griego; mi hermano escribía sermones; y el señor Ingham enseñaba a los niños que viajaban. A las doce volvíamos a reunirnos y a la una almorzábamos. Después del almuerzo y hasta las cuatro de la tarde, les leíamos o conversábamos con las personas que cada uno había tomado bajo su cuidado en el barco. A las cuatro teníamos la Oración Vespertina, en que se exponía el segundo texto del Leccionario (como se hacía siempre de mañana) o se dictaba la catequesis a los niños delante de la congregación. De cinco a seis otra vez cada uno observaba su devocional personal. De seis a siete les leía en mi cabina a dos o tres pasajeros (teníamos ochenta ingleses a bordo) y cada uno de mis hermanos hacía lo mismo con otras personas. A las siete me reunía con los alemanes (eran veintiséis) en su culto público,

mientras el señor Ingham leía bajo cubiertas a todos los que desearan escuchar. A las ocho nos encontrábamos nuevamente para instruirnos y exhortarnos unos a otros, y entre las nueve y las diez nos acostábamos.

5. El domingo 7 de marzo de 1736, al encontrarme con que todavía no había oportunidad de ir donde vivían los nativos, comencé mi ministerio en Savannah, donde oficiaba a las nueve, a las doce, y en la tarde. En los días de semana, a las cinco de la mañana y a las siete en la tarde, leía oraciones y exponía el segundo texto del Leccionario. Todos los domingos, como también en días de fiesta, administraba la Santa Cena. Mi hermano seguía la misma regla, tanto en Frederica como en Savannah. El domingo 4 de abril, al enterarme que mi hermano estaba enfermo, me embarqué para Frederica; y el martes 20 me lo traje conmigo a Savannah.

Le aconsejé entonces a la parte más responsable de la congregación que se constituyeran en una especie de pequeña sociedad que se reuniera una o dos veces por semana con el fin de instruirse, exhortarse y reprenderse mutuamente. De entre éstos seleccioné un grupo más pequeño para que tuvieran una unión más íntima unos con otros. Con este fin nos reuníamos en mi casa todos los domingos de tarde.

6. El lunes 10 de mayo comencé la visitación de mis feligreses, en forma ordenada, casa por casa, para lo cual elegí la hora en que no podían trabajar debido al calor, es decir desde las doce del mediodía hasta las tres de la tarde.

El lunes 26 de julio, al no poder mi hermano recuperar su salud, se fue de Savannah con el fin de embarcarse de vuelta a Inglaterra. El sábado 26 de febrero de 1737 se embarcó para Inglaterra el señor Ingham. Por su

intermedio le escribí a la firma Asociados del Dr. Bray, que había donado una biblioteca parroquial a Savannah. Esa firma misma espera que los ministros que reciben estos libros envíen un informe explicándoles el método que utilizan para catequizar a los niños y para instruir a los jóvenes de sus respectivas parroquias. En una parte de la carta expresaba lo que sigue:

> Nuestro método general es el siguiente: un joven caballero que vino conmigo enseña a unos treinta o cuarenta niños a leer, escribir y hacer cuentas. Dos veces al día catequiza la clase de los menores. A última hora de la tarde lo hace con los mayores. El sábado yo los instruyo a todos y también el domingo, antes del culto vespertino. Y en la iglesia, inmediatamente después de la segunda lectura del Leccionario, después que un número seleccionado de ellos repite el catecismo, y se les ha examinado sobre parte del mismo, procuro explicarlo en general a toda la congregación.
>
> Después del culto vespertino, se reúnen en mi casa todos los feligreses que lo deseen (también lo hacen los miércoles) y pasamos una hora orando, cantando y en mutua exhortación. Un pequeño número (los que desean comulgar al día siguiente mayormente) se reúnen aquí el sábado de noche. Algunos vienen otras noches y se quedan una media hora con el mismo fin.[1]

No puedo menos que reconocer que éstos fueron los primeros rudimentos de las sociedades metodistas. Pero, ¿quién se hubiera imaginado entonces, lo que llegarían a ser?

7. Mi tarea en Savannah aumentó día a día, especialmente en el *Día del Señor*. El servicio en inglés duraba desde las cinco hasta las seis y media de la mañana. El culto italiano, con algunos suizos del cantón de Vaud, comenzaba a las nueve. El segundo servicio de los ingleses, que incluía el sermón y la Santa Cena, se celebraba desde las diez y media hasta las doce y media. El servicio francés comenzaba a la una. A las dos de la tarde les daba clase de catecismo a los niños. Alrededor de las tres comenzaba el culto inglés. Luego de finalizar éste, nos reuníamos tantos

---

[1] Del *Diario*, 26 de julio de 1736.

como podían entrar en la habitación más grande de mi casa para leer, orar y cantar alabanzas. Y alrededor de las seis comenzaba el servicio de los alemanes, en el cual me regocijaba de estar presente, no como maestro, sino como alumno.

8. El viernes 2 de diciembre, enterado de que no había ninguna posibilidad de predicar a los indígenas, partí de Savannah, y cruzando Carolina el 24, partí de Charlestown. Después de un viaje agradable, el 1 de febrero de 1738 llegamos a Deal. Y el viernes 3 estaba, una vez más, en Londres, después de una ausencia de dos años y casi cuatro meses.

Durante las tres semanas que siguieron (mientras permanecía en la ciudad a pedido de los Administradores de la Colonia de Georgia) prediqué en muchas iglesias, aunque todavía no conocía la naturaleza de la fe salvadora. Pero en cuanto la conocí claramente, cosa que ocurrió el lunes 6 de marzo, la declaré sin tardanza. Y Dios comenzó entonces a obrar por medio de mi ministerio como nunca lo había hecho antes.

9. El lunes primero de mayo comenzó nuestra pequeña sociedad en Londres. Puede observarse lo siguiente: el desarrollo del llamado metodismo comenzó primero en noviembre de 1729, cuando cuatro de nosotros nos reunimos en Oxford; en segundo lugar en Savannah, en abril de 1736, donde se reunieron veinte o treinta personas en mi casa; y finalmente, en Londres, en el día ya mencionado, cuando unos cuarenta o cincuenta de nosotros nos pusimos de acuerdo en reunirnos todos los miércoles de noche con el fin de poder conversar con libertad, comenzando y terminando la reunión con canto y oración. En todos los pasos que fuimos dando, fueron de gran valor

los consejos y las exhortaciones de Peter Böhler, un excelente joven que pertenecía a la sociedad comúnmente llamada «de los moravos».

10. En el verano hice un viaje a Alemania, permaneciendo una temporada en Herrnhut, un pueblo pequeño donde estaban establecidas varias familias moravas. Dudo que se pueda encontrar en esta tierra otro lugar igual. Creo que allí no había ni una persona, joven o anciana, que no temiera a Dios y no practicara la rectitud. La conversación de esta hermosa gente me reconfortó y fortaleció de tal manera que retorné a Inglaterra con una determinación mayor de dedicar mi vida a dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios.

11. Seguía con el deseo de practicar en una iglesia, más bien que en cualquier otro lugar. Pero ahora el camino se iba llenando de obstáculos. Algunos sacerdotes objetaban esta *nueva doctrina* de la salvación por la fe. Sin embargo, la objeción más común (y por cierto más verosímil) era: «La gente se aglomera tanto que bloquea la iglesia y no deja lugar para los mejores de la parroquia». Viéndome excluido de las iglesias de esta manera, y no atreviéndome a permanecer en silencio, lo único que me quedaba por hacer era predicar al aire libre. Y esto fue lo que hice al principio, no por gusto sino por necesidad. Pero desde entonces he tenido razones abundantes para adorar la sabia providencia de Dios en esto, que ha permitido a multitud de personas que nunca preocuparon a ninguna iglesia ni era probable que alguna vez lo hicieran escuchar esa palabra que pronto descubrieron era poder de Dios para salvación.

12. En enero de 1739, nuestra sociedad contaba con unas sesenta personas, pero continuó aumentando en forma gradual durante todo el año. En el mes de abril fui a Bristol.

Y poco después unas pocas personas se pusieron de acuerdo en encontrarse semanalmente con la misma intención que las de Londres. Este grupo aumentó pronto su número, debido a que había dispersas en la ciudad pequeñas sociedades que estaban acostumbradas a reunirse en distintos lugares, y que acordaron unificarse. Alrededor de ese tiempo, en Kingswood, varios mineros del carbón que comenzaban a despertar del sueño en que estaban sumidos se unieron para caminar bajo la misma norma, y su número aumentó también con rapidez. De igual modo algunos de Bath, ayudándose mutuamente emprendieron la carrera que tenían por delante.

13. Durante el resto del verano, mi hermano y yo junto con dos jóvenes que estaban dispuestos a gastarse y ser gastados[2] por Dios, continuamos llamando pecadores al arrepentimiento en Londres, Bristol, Bath y unos pocos lugares más. Pero esto no ocurrió sin producir una violenta oposición tanto de los de más arriba como de los de más abajo; y de los eruditos como de los ignorantes. Se dijo de nosotros, tanto en público como en privado, toda clase de mal. En casi todas partes se promovió la brutalidad de la gente invitándola a «golpear a estos perros rabiosos en la cabeza de inmediato». Y cuando presentábamos quejas por la brutal y salvaje violencia desatada, ningún magistrado nos hacía justicia. No obstante, seguimos adelante por la gracia de Dios, determinados a testificar, mientras nos fuera posible, el evangelio del Señor, nuestro Salvador. *No estimando preciosas nuestras vidas para nosotros mismos, con tal que acabáramos nuestra carrera con gozo*.[3]

---

[2] 2 Co.12.15.

[3] Hch.20.24.

14. En octubre a raíz de una invitación apremiante, partí para Gales. Allí prediqué en varias partes de Glamorganshire y Monmouthshire, mayormente al aire libre, ya que no se me permitía predicar en las iglesias y ninguna casa tenía capacidad para las congregaciones. Y la Palabra de Dios no cayó en el camino, pues muchos *se arrepintieron y creyeron en el evangelio*.[4] Además algunos se reunieron para fortalecer unos las manos de los otros en Dios y para provocarse mutuamente a amar y hacer buenas obras.

15. En noviembre le envié a un amigo un breve informe de lo que se había realizado en Kingswood, consistente en lo siguiente:

> Son pocas las personas que habiendo vivido bastante tiempo en el oeste de Inglaterra, no han oído hablar de los mineros del carbón, un sector de la población que ni teme a Dios ni respeta al ser humano; tan ignorantes de las cosas de Dios que más bien parecen bestias que perecen; y por lo tanto, completamente desinteresados de todo lo que sea instrucción, aunque tampoco cuentan con medios para alcanzarla.
>
> El invierno pasado, mucha gente, hablando del señor Whitefield, decía: «Si quiere convertir paganos, ¿por qué no va a hablarles a los mineros del carbón de Kingswood?» En la primavera lo hizo, y como eran miles los que no asistían a ningún lugar de culto, los fue a buscar en su propio desierto para *rescatar y salvar lo que se había perdido*. Cuando tuvo que ir a otra localidad, otros se metieron *por los caminos y los setos* para *apremiarles a entrar*. Y por la gracia de Dios su labor no fue en vano. La escena ya ha cambiado. Kingswood ya no resuena como hace un año atrás, con maldiciones y blasfemias. Ya no se ve inundado de suciedad, ni poblado de gente ebria, ni tampoco de diversiones malsanas, producto del mal vivir. No se ven peleas ni riñas, ni se oyen voces ni clamores de ira y de envidia. Allí ahora prevalecen la paz y el amor. Un enorme número de personas se han vuelto mansos y apacibles, y fáciles de tratar. No gritan ni pelean, y apenas se escuchan sus voces en las calles; o aun en sus bosques, a menos que estén practicando su diversión normal de cantar alabanzas a Dios, su Salvador.[5]

16. El día primero de abril de 1740, los revoltosos que en Bristol nos habían estado molestando hacía tiempo,

---

[4] Mr. 1.15.

[5] Del *Dairio*, 27 de noviembre de 1739.

envalentonados por la impunidad con que actuaban, llenaron no sólo el patio donde nos reuníamos, sino una buena parte de la calle también. El alcalde los mandó dispersarse, pero se resistieron, desafiándolo. Al fin envió varios policías que detuvieron a los cabecillas. Al día siguiente los llevaron a la sesión del tribunal, donde recibieron una severa reprimenda y no nos molestaron más.

17. El domingo 13 de septiembre de 1741, el señor Deleznot, un sacerdote francés de Londres, me invitó a oficiar en su capilla de la calle Hermitage, en Wapping. Allí serví la Cena del Señor a unas doscientas personas de nuestra sociedad (tantas como pudieron entrar), que en ese entonces contaba con unos mil miembros. El mismo número asistió el siguiente día del Señor, y así siguieron cada domingo, de modo que en cinco semanas todos tuvieron oportunidad de participar en un culto. Sólo a aquéllos que en su parroquia recibían el sacramento les aconsejé que asistieran a las mismas.

18. En el último día de ese mismo año, Sir John Ganson me visitó y me informó: «Señor, usted ya no tendrá que soportar más a estas turbas desenfrenadas que le han molestado durante tanto tiempo. Yo, como también los demás magistrados de Middlesex, tenemos órdenes superiores de hacerle justicia cada vez que usted se presente ante nosotros.» Dos o tres semanas después así lo hicimos y se hizo justicia, aunque sin rigor, y desde entonces tuvimos paz en Londres.

19. El 15 de febrero de 1742, se reunió en Bristol un buen número de personas con el fin de encontrar un método correcto para pagar la deuda pública contraída al edificar. Se acordó (1) que cada miembro de la sociedad que estuviera en condiciones de hacerlo, contribuyera con un penique por

semana; (2) que toda la sociedad se dividiera en pequeños grupos o clases, con unos doce en cada una; y (3) que una persona en cada clase recibiera la contribución semanal de todos y la entregara, semanalmente, a los mayordomos. Así comenzó esa excelente institución, simplemente debido a una cuenta temporal, de la cual hemos cosechado tantas bendiciones espirituales, lo que nos indujo a aplicar el mismo sistema en todas nuestras sociedades.

20. John Nelson, quien durante un tiempo había estado llamando pecadores al arrepentimiento en Birstall y en otros pueblos cercanos en la zona de West Riding, en Yorkshire, me había invitado repetidamente a que lo visitara. De modo que en el mes de mayo fui a Birstall. Me encontré con que su tarea no había sido en vano, dado que los más reconocidos libertinos de toda esa parte del país ahora habían cambiado. Sus blasfemias se habían tornado en alabanzas; muchos de los peores ebrios ahora andaban sobrios; muchos de los que no respetaban el día del Señor, ahora recordaban santificarlo. Toda la ciudad se había transformado, presentando un cambio obrado por el Señor por medio del sencillo testimonio de un hombre franco y llano. Y desde allí su voz siguió escuchándose en Leeds, Wakefield, Halifax y en toda la región de West Riding en Yorkshire.

21. Hacía tiempo que deseaba visitar a los mineros pobres del carbón cerca de Newcastle sobre el río Tyne. Y ya que me encontraba de camino, decidí seguir, y el viernes 28 llegué a Newcastle. El domingo de mañana prediqué a la salida de Sandgate, el barrio más pobre y despreciable de la ciudad. A la noche prediqué en la falda de la colina cercana, a una gran multitud de personas. En ese momento sólo podía iniciar la obra entre ellos; pero regresé el 13 de

noviembre, y prediqué de mañana y de noche todos los días hasta fines de diciembre. Y plugo a Dios bendecir su palabra de tal modo que más de ochocientas personas se unieron en su nombre, además de muchas otras en los pueblos, aldeas y casas apartadas de la ciudad, a unas diez o doce millas a la redonda. Nunca vi en otra parte, desarrollarse la obra de Dios en forma tan uniforme y gradual. Crecía de continuo, paso a paso. No parecía que se hiciera mucho de una vez como había ocurrido en Bristol y en Londres, pero algo surgía día a día. Lo mismo ocurría con las personas. Vi muy pocas en el estado de gozo estático que había sido corriente en otros lugares; pero muchos seguían en forma tranquila pero constante creciendo más y más en el conocimiento del Señor.

22. En ese año se formaron muchas sociedades en Somersetshire, en Wiltshire, en Gloucestershire, en Leicestershire, en Warwickshire y en Nottinghamshire, como también en las regiones del sur de Yorkshire. Y crecieron mucho las de Londres, Bristol y Kingswood.

23. A principios del mes de enero de 1743, después que mi hermano había pasado unos días entre los pobres que trabajaban en las minas del carbón de Wednesbury, en Staffordshire, fui a visitarles y a predicar, cosa que hice en el Ayuntamiento, tanto de mañana como de noche y también al aire libre. Muchos parecían estar profundamente conmovidos, y un centenar de ellos quisieron unirse. En dos o tres meses éstos habían aumentado su número hasta contarse entre trescientos y cuatrocientos. Pero al verano siguiente se produjo un cambio total. El señor Egginton, ministro de Wednesbury, junto con varios jueces municipales de zonas vecinas, especialmente el señor Lane de Bentley Hall, y el señor Persehouse, de Walsall,

fomentaron en la gente de nivel más bajo tales atropellos y atrocidades que constituyeron un serio escándalo para los cristianos del lugar. Llamaron a multitud de revoltosos por medio de un cuerno que hacían sonar fuertemente para reunirlos y enviarlos a atacar. De esta manera hubo hombres, mujeres y niños maltratados en las peores formas; es decir, apaleados, apedreados y cubiertos de barro. Aun mujeres embarazadas recibieron un trato imposible de relatar. Entretanto, sus casas fueron asaltadas por quien quisiera hacerlo y sus pertenencias robadas o destrozadas en lugares como Wednesbury, Darlaston, West Bromwich, etcétera. Algunos de los dueños lo presenciaban todo, impedidos de hacer el menor comentario porque ello hubiera significado poner sus vidas en peligro.

24. No obstante, consideré que era mi deber volver a visitar a toda esta pobre gente atormentada y perseguida Así que el día 20 de octubre fui de Birmingham a Wednesbury, y prediqué en un terreno cerca del centro del pueblo a una congregación más numerosa de lo esperado. El tema fue «Jesucristo, el mismo ayer, hoy y para siempre». Nadie nos molestó, ni de ida ni de vuelta. Pero a la tarde la turba acosó la casa, gritando: ¡Que salga el ministro!» Pedí a uno que invitara al líder que los dirigía a entrar en la casa. Después de una corta conversación, el león se transformó en cordero. Luego salí, me metí entre el gentío y les pregunté: ¿Qué quieren ustedes conmigo?» Ellos contestaron: «Queremos que usted vaya con nosotros a la justicia.» Yo contesté: «¿Iremos esta noche o a la mañana?» La mayoría gritó, «¡Esta noche, esta noche!» Así que me encaminé hacia donde querían ir y unos dos o trescientos me siguieron.

Cuando llegamos a Bentley Hall, a dos millas de Wednesbury, un sirviente salió y dijo, «El señor Lane está

en cama». Uno del grupo sugirió ir a la casa del Juez Persehouse, en Walsall. Todos, de común acuerdo, nos dirigimos allá, llegando alrededor de las siete. Pero, al igual que el anterior, el señor Persehouse mandó a decir que estaba en cama. El grupo decidió que era mejor retornar a sus casas, pero no habíamos andado ni cien yardas cuando la multitud de Walsall apareció como una inundación. En poco tiempo, muchos de los de Darlaston fueron arrojados al suelo, mientras que el resto se alejó corriendo, dejándome en manos de los de Walsall. Me llevaron con ellos a lo largo de la calle principal, de una punta del pueblo a la otra. Al oeste de este lugar vi una puerta medio abierta e intenté entrar. Pero el caballero del negocio no me lo permitió. Sin embargo, permanecí allí delante, donde luego de unas palabras con él, comencé a orar. De repente el hombre que había dirigido la turba se dio vuelta y me dijo: «Señor, expondré mi vida por usted. Sígame y ni uno de éstos le tocará un cabello de su cabeza.» Dos o tres compañeros suyos lo apoyaron y se acercaron a mí inmediatamente. La gente entonces se apartó a derecha e izquierda, mientras esos tres o cuatro hombres me rodeaban, conduciéndome entre aquella muchedumbre. Un poco antes de las diez de la noche Dios me ayudó a llegar, sano y salvo, a lo de Francis Ward, en Wednesbury, con apenas un rasguño en una mano y una solapa del chaleco de menos.

25. No había pues, más lugar para un pastor metodista por estos lugares. Los integrantes de la muchedumbre se sentían los señores de la calle, y pronto se dieron cuenta de su poder y se volvieron contra quienes los empleaban. Les pedían dinero y los amenazaban con tratarlos como a los metodistas. Esto les abrió los ojos. Y no mucho después, un hombre serio que cruzaba a caballo

por Wednesbury, fue observado por un grupo de esos hombres, quienes jurando que era un pastor, lo tiraron del caballo, lo arrastraron a un pozo de carbón y casi lo tiran dentro. Pero el cuáquero (eso es lo que era) demostró no ser tan manso como un metodista, y acusó al que mandaba el grupo en las sesiones jurídicas regionales. La causa se trató en el tribunal de Stafford, el cual falló en contra del acusado. Desde entonces todos los tumultos terminaron.

26. El 29 de mayo de 1743, que era Domingo de la Trinidad, comencé a oficiar en la capilla de la calle West, cerca de Seven Dials, en Londres (edificada unos sesenta años atrás por los protestantes franceses) la cual, por una extraña cadena de coincidencias, cayó en mis manos. Después de leer las oraciones y de predicar, administré la Cena del Señor a algunos cientos de comulgantes. Al principio tenía algún temor de que me flaquearan las fuerzas para atender toda la tarea del día, dado que además de los compromisos normales que debía desarrollar, tenía este culto de cinco horas (pues duraba de diez de la mañana a tres de la tarde). Pero Dios se hizo cargo de esto. Eso es lo que siento, y si lo quieren denominar entusiasmo, que lo hagan. Prediqué en Great Gardens, en Whitechapel, a una congregación inmensa. Luego se reunieron los líderes, y más tarde las bandas. A las diez de la noche estaba menos fatigado que a las seis de la mañana. Al domingo siguiente, el servicio religioso no terminó hasta cerca de las cuatro de la tarde. Ello me hizo ver que era necesario que en el futuro los comulgantes se dividieran en tres grupos, para así no tener más de seiscientos a la vez.

27. El 26 de agosto de 1743 partí para Cornwall, donde tanto mi hermano como uno o dos más de nuestros predicadores habían estado antes. No hice casi ninguna

parada digna de mención hasta que llegué a St. Ives, el martes 30. Un tiempo antes, el Capitán Turner, de Bristol, había hecho escala en este lugar, y fue agradablemente sorprendido al encontrar una pequeña sociedad que se había formado de acuerdo al plan del Dr. Woodward y se reunía de continuo. En esa oportunidad se habían sentido muy estimulados y fortalecidos por él, como él por ellos. Esa estancia mía allí fue el primer intercambio con ese grupo. Conversé varias veces con los miembros de la sociedad, que eran unos ciento veinte, y de los cuales casi unos cien habían encontrado la paz con Dios. Pero eran muy maltratados tanto por el rector como por el sacerdote y por la pequeña aristocracia, quienes siempre que podían incitaban a los revoltosos contra ellos. Allí estuve tres semanas predicando. También lo hice en Zennor, Morvah, St. Just, Sennen, St. Mary (una de las Islas Sorlingas), Gwennap y varios de los montes a través del oeste de Cornwall. Y le ha placido a Dios que la semilla que fue sembrada entonces diera una abundante cosecha. Por cierto, casi no conozco otra parte de los tres reinos donde hayan experimentado un cambio general mayor. Rara vez se oye hablar de la que era su diversión favorita, un juego brutal llamado *hurling*, en el cual se terminaba con extremidades quebradas, cuando no se perdía la vida. Y es de esperar que pronto lo olviden del todo. Y aquel escándalo de la humanidad, constantemente practicado en todas las costas de Cornwall, es decir, el pillaje de los barcos que encallaban, asesinando con frecuencia a los que escapaban del naufragio, también ya toca a su fin, y si no ha terminado del todo, no se debe a los pobres mineros del estaño, sino a los caballeros que lo han fomentado. Pero no es sólo lo inocuo, la decencia externa, lo que ha mejorado en unos pocos años,

sino la religión del corazón, la fe que obra en el amor, produciendo una santidad tanto interior como exterior.

28. En el mes de abril de 1744 viajé por segunda vez a Cornwall y pasé por muchos pueblos que no había conocido antes. Desde mi visita anterior había tenido lugar una gran persecución, tanto de predicadores como de la gente en general. La casa de predicación de St. Ives había sido derribada. Uno de los pastores fue detenido y enviado como soldado, como también otras personas. El tratamiento que muchos recibían a diario era ser apedreados y cubiertos de barro. Pero a pesar de todo esto, quienes en el pasado habían sido especialistas en los juegos de brutalidad, en pelear, en beber, y en toda forma de maldad, continuaban firmes en la práctica de la sobriedad, la piedad y toda forma de bondad. En todas partes, más y más leones se convertían en corderos, alabando al Señor, como también llamando a sus antiguos compañeros en el pecado para que se unieran a ellos para magnificar a Dios. Más o menos en esa época John Nelson y Thomas Beard fueron detenidos y enviados como soldados por ningún otro crimen (ni cometido ni intentado) que el de llamar a los pecadores al arrepentimiento. El caso de John Nelson se conoce bien. A Thomas Beard tampoco lograron aterrorizarlo sus adversarios. Aun así, después de un tiempo su cuerpo se hundió bajo la carga. Entonces lo internaron en el hospital de Newcastle, donde siguió alabando a Dios de continuo. Como la fiebre era cada vez más alta, le extrajeron sangre. Pero como el brazo se le infectó y le producía mucho dolor, le fue amputado. Dos o tres días después el Señor firmó su licencia, y lo llamó a su hogar eterno.

29. Durante todo ese año, las alarmas se sucedieron casi sin interrupción; por una parte los franceses y por la

otra los rebeldes. Un pánico general invadió la nación de este a oeste y de norte a sur. Esto me hizo pensar en la necesidad imperiosa de visitar todos los lugares que fuera posible, ante la oportunidad que presentaban esos momentos de desconcierto. Mi hermano y nuestros otros predicadores que estaban de acuerdo en esto trabajaron sin descanso, aprovechando cada ocasión que se les ofrecía para proclamar a la gente, «¡Pecadores, he aquí el Cordero!» Y sus palabras no cayeron al camino, sino que pudieron contemplar la abundancia del fruto de su labor. Yo recorrí muchos lugares de Gales y la mayor parte de los condados del centro; y luego pasé por Lincolnshire y Yorkshire hasta Newcastle sobre el río Tyne. La generalidad de la gente en todas partes parecía estar dispuesta a escuchar. Y multitudes que antes habían manifestado ser totalmente insensibles, ahora se mostraban dispuestas y preparadas para encontrarse con su Dios.

30. El lunes 25 de junio y los cinco días siguientes, los pasamos en la Conferencia de nuestros pastores, considerando seriamente los medios por los cuales podríamos salvar de la manera más efectiva nuestras almas y las de quienes nos escucharan. Y el resultado de nuestras consultas lo pusimos por escrito para ser utilizado como reglamento de nuestra práctica futura. El día de San Bartolomé, el viernes 24 de agosto, prediqué por última vez en la Universidad de Oxford. Ahora tengo la conciencia tranquila respecto a estos hombres. He librado mi alma completamente. Y me place que esto ocurra el mismo día en el cual, en el siglo pasado, cerca de dos mil luces brillantes y luminosas fueron apagadas de un solo golpe. Pero, ¡qué diferencia entre el caso de ellos y el mío! A ellos los echaron fuera, dejándolos sin su hogar y despojándolos de todo lo

que tenían, mientras que a mí sólo me impiden predicar, sin ninguna otra pérdida. Y aun esto lo han hecho de una forma digna, ya que han determinado que cuando corresponda nuevamente mi turno para predicar, ellos abonarán a otra persona para que lo haga en mi lugar. Y esto se hizo así en dos o tres oportunidades, hasta que yo renuncié a mi condición de miembro.

31. Durante todo ese verano nuestros hermanos de Cornwall sufrieron mucho, ya que la guerra que se mantenía contra los metodistas era más vigorosa que la desarrollada contra los españoles. Recibía informes de todas partes, uno de los cuales es el siguiente:

16 de septiembre de 1744

Reverendo señor:

La palabra de Dios fluye libremente aquí, y es ensalzada. Pero el demonio se encoleriza furiosamente. En St. Ives no podemos cerrar la puerta de la casa de John Nance para la reunión de la sociedad, sin que los revoltosos amenacen con romperla. Y en otros lugares es peor. El martes me dirigía a Crowan, y cuando me faltaba un cuarto de milla para llegar al lugar donde iba a predicar, me encontré con algunos que me esperaban para rogarme que no fuera, diciéndome: «Si va, seguro que habrá alguna matanza, si no la hay ya, pues cuando nos vinimos ya había muchos derribados.» Por su consejo me volví a la casa donde había dejado mi caballo. Pero a poco de llegar apareció una multitud, muchos muy ensangrentados. Su grito era: «¿Dónde está el predicador?» Y me buscaron por todos los rincones de la casa blasfemando y asegurando amargamente: «Hasta que no le demos unos buenos golpes en la cabeza no estaremos satisfechos».

Al no encontrarme, dijeron: «Ya lo agarraremos el domingo en Camborne». Pero le correspondía el turno de estar allá al señor Westell. Mientras se encontraba predicando en la casa del señor Harris, un hombre alto entró y lo interrumpió con violencia. El señor Harris le exigió una autorización, pero el hombre le contestó de malos modos, diciendo: «Autorización o no, se irá conmigo». Y lo hizo salir afuera donde estaban los revoltosos, quienes se lo llevaron a la iglesia del pueblo. Allí lo tuvieron hasta el martes de mañana cuando lo llevaron a Penzance, donde el Dr. Borlase escribió su *Mittimus*, por virtud del cual era condenado por vagancia a la Casa de Corrección en Bodmin. Así que esa noche lo llevaron hasta Camborne, y al día siguiente a Bodmin.

Ruego continúe orando por mí, su débil siervo en Cristo,

Henry Millard.

Henry Millard no tuvo que continuar durante mucho tiempo con estos problemas. A poco de ocurrir lo relatado, contrajo la viruela, y en pocos días entregó gozosamente su espíritu a Dios.

Los jueces que se reunieron en Bodmin en las siguientes sesiones trimestrales, estando algo más enterados que el Dr. Borlase, declararon que la condena del señor Westell era contraria a la ley, e inmediatamente lo liberaron.

32. Durante todo ese año Dios realizó esta misma tarea en el ejército inglés en el exterior, parte de lo cual relata uno de sus pastores en la carta siguiente:

Ghent, 12 de noviembre de 1744

Reverendo señor:

Nos atrevemos a molestarle con la presente, para darle a conocer algunas de las manifestaciones que el Señor ha tenido para con nosotros aquí. Hemos alquilado dos habitaciones: una pequeña donde nos reunimos unos pocos a diario, y otra amplia, donde nos congregamos dos veces por día, a las nueve y a las cuatro de la tarde, para el culto público. Y la mano del Dios omnipotente está con nosotros para tirar abajo los baluartes de Satanás.

El siete de este mes, estábamos todos reunidos mientras yo guiaba en oración, cuando uno que estaba arrodillado a mi lado comenzó a dar voces como una mujer con dolores de parto, diciendo: «¡Mi Redentor! ¡Mi Redentor!» Esto continuó alrededor de diez minutos. Cuando se le preguntó qué le ocurría, dijo que había encontrado algo de lo cual había oído hablar con frecuencia, o sea un cielo sobre la tierra. Y varios otros tuvieron que esforzarse para no clamar de la misma manera.

Estimado señor, para usted soy un extraño. No sé si lo he visto a usted más de una vez cuando lo vi predicar en Kennington Common. Y en aquel momento le odié tanto como por la gracia de Dios le amo ahora. El Señor me persiguió con convicciones desde mi infancia, cuando tomé muchas resoluciones buenas. Pero reconociendo que no podía mantenerlas, al fin me entregué a toda suerte de profanidad y así continué hasta la batalla de Dettingen. Las balas llovían a mi alrededor y mis compañeros caían por todos lados. No obstante, yo fui preservado ileso. Pocos días después plugo al Señor visitarme. Los dolores del infierno se apoderaron de mí; las trampas de la muerte me cercaban. Ya no me animaba a cometer ningún pecado exterior, y oraba a Dios para que fuera misericordioso con mi alma. No contaba con un solo libro, pero Dios me ayudó en esto también. Un día encontré una vieja Biblia en un vagón de un tren. Esta era ahora mi única compañía y me creía ser muy buen cristiano, hasta que llegamos a los cuarteles de invierno, donde conocí a John Haime. Pero pronto me harté de su compañía, porque me robó mi tesoro, diciéndome que yo y mis obras

iríamos juntos al infierno. Esta era una doctrina extraña para mí, y como yo era contumaz, él decidió prohibirme que me dirigiera más a él.

Cuando al fin el Señor abrió mis ojos y me enseñó que *por gracia somos salvos*, comencé a anunciarlo a otros, aun cuando yo no lo había experimentado todavía. Pero el 23 de octubre, mientras William Clements estaba orando, de repente experimenté una gran alteración en mi alma. Mis ojos se llenaron de lágrimas de amor. Comprendí que estaba reconciliado con Dios por medio de Cristo, lo cual inflamó mi alma de amor a él, a quien ahora reconocí como a mi completo Redentor.

¡Oh, el tierno cuidado de Dios Todopoderoso al educar a sus hijos! Estimado señor, le ruego ore usted por quien no es digno de ser portero del menor de los siervos de mi Maestro.
John Evans

Evans continuó predicando y viviendo el evangelio hasta la batalla de Fontenoy. Uno de sus compañeros lo vio acostado atravesado sobre un cañón, con las dos piernas destrozadas por una andanada de tiros, alabando a Dios y exhortando a los que estaban alrededor suyo, cosa que hizo hasta que su espíritu retornó a Dios.

33. Dado que todavía hay muchas personas que consideran a los metodistas como enemigos del clero, escribí una carta a un amigo acerca del estado real del caso, de la manera más clara que me fue posible:

11 de marzo de 1745

1. Hace unos siete años comenzamos a predicar sobre una salvación *interior* y *presente*, alcanzable *sólo por la fe*.

2. Por predicar *esta doctrina* se nos prohibió predicar en la mayoría de las iglesias.

3. Entonces predicamos en *casas particulares*, y cuando las casas ya no podían contener a la gente, al *aire libre*.

4. Por *esto*, muchos del clero *predicaron* o *publicaron* cosas en nuestra contra, llamándonos *herejes* y *cismáticos*.

5. Personas que estaban convencidas de la realidad del pecado nos rogaron que les aconsejáramos más detalladamente sobre cómo huir de la ira que vendrá. Como eran muchos, les invitamos a venir todos al mismo tiempo, a fin de intentar ayudarles.

6. Por *esto* nos culparon, tanto desde el púlpito como mediante la prensa, como introductores del papismo y de alentar la sedición. Sí, y se dijo toda clase de maldad tanto de nosotros como de los que se reunían con nosotros.

7. Cuando notamos que algunos de estos últimos *sí* se portaban de manera incorrecta, les pedimos que no vinieran más.

8. Y a algunos de los otros se les pidió que vigilaran a los demás para que supiéramos si seguían siendo dignos del evangelio.

9. Varios de los sacerdotes alborotaron a la gente para que nos trataran como si fuéramos proscritos o perros rabiosos.

10. Así lo hizo la gente en Staffordshire, en Cornwall y en muchos otros lugares.

11. Y lo siguen haciendo todavía en los lugares donde no se sienten reprimidos por temor a los jueces.

Ahora, ¿qué podemos hacer *nosotros*, o qué pueden hacer *ustedes*, nuestros hermanos, para tratar de cicatrizar esta brecha?

Demanden de *nosotros* cualquier cosa que con conciencia tranquila podamos hacer, y la haremos de inmediato. ¿Se reunirán *ustedes* con nosotros aquí? ¿Harán lo que deseamos de ustedes hasta donde se lo permita su conciencia?

¿Desean ustedes (1) que prediquemos otra doctrina, o que desistamos de predicar ésta?

No podemos hacer eso sin alterar nuestra conciencia.

¿Desean ustedes (2) que desistamos de predicar en *casas particulares* o *al aire libre*? De acuerdo a las circunstancias actuales eso sería como pedirnos que no predicáramos para nada.

¿Desean ustedes (3) que no aconsejemos a quienes se reúnen con ese propósito? ¿Que disolvamos las sociedades?

No podemos hacer eso con la conciencia tranquila, porque tememos que ello significaría la pérdida de muchas almas.

¿Desean (4) que les aconsejemos uno por uno?

Eso es imposible debido a su número.

¿Desean (5) que soportemos que quienes andan desordenadamente continúen mezclándose con los demás?

Tampoco podemos hacer eso a conciencia, porque las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres.

¿Desean ustedes (6) que despidamos a los llamados líderes que vigilan al resto?

Eso significaría soportar que quienes anden desordenadamente permanezcan con el resto.

Por último, ¿desean ustedes que nos comportemos con simpatía hacia nuestros hermanos, los clérigos?

Por la gracia de Dios, podemos hacerlo y lo haremos, tal como lo hemos venido haciendo hasta el día de hoy.

Si preguntan qué deseamos que hagan *ustedes*, respondemos:

1. No deseamos que ninguno de ustedes nos permita predicar en su iglesia, tanto si creen que predicamos una doctrina falsa como si tienen el más mínimo escrúpulo. Pero deseamos que quienquiera crea que predicamos doctrina verdadera, y no tenga escrúpulos en el asunto, no se le desanime ni pública ni privadamente a invitarnos a predicar en su iglesia.

2. No deseamos que quien sienta que es su deber predicar o editar cosas en contra nuestra, deje de hacerlo. Pero deseamos que ninguno haga eso hasta que haya considerado con calma ambos lados del asunto; y que

no nos condene antes de escucharnos, sino que primero lea lo que decimos en nuestra defensa.

3. Si se comprueba papismo, sedición o inmoralidad en nosotros, no deseamos ningún favor.

Pero deseamos que no nos acrediten sin pruebas cualquiera de esos cuentos sin sentido que corren vulgarmente; que si ustedes no los creen, no los relaten a otros, sino que los descarten ante aquéllos que los repiten por todos lados. Ahora, todas estas cosas por cierto que las pueden hacer, y además con una conciencia tranquila. Por lo tanto, hasta que estas cosas se hagan, si se producen brechas, será por cuenta de ustedes solamente.

34. En junio visité Cornwall nuevamente. Allí nuestros pastores corrían peligro de desanimarse debido a la constante persecución, aunque no a muerte, tanto del vulgo distinguido como del que no lo es. A mí me demostraron un poco más de cortesía, hasta el jueves 4 de julio, cuando fui a visitar a una dama de Falmouth que hacía tiempo se hallaba enferma. Apenas me había sentado cuando la casa se inundó con un sinnúmero de personas. Ruido más grande y confuso no podría haberse producido al tomar la ciudad por asalto. La chusma rugía: «¡Saquen al "Canorum"! ¿Dónde está el "Canorum"?» (sobrenombre despectivo que en Cornwall daban a los metodistas). Pronto forzaron la puerta de entrada y ocuparon el corredor, de modo que sólo había un tabique entre nosotros. Entre ellos venían algunos tripulantes de barcos corsarios, que impacientes ante la lentitud de los demás, al grito de «¡Adelante, muchachos, adelante!» se abrieron paso llevándose la puerta por delante con los hombros, haciéndola volar de una vez, junto con las bisagras. Me adelanté y les dije, «Aquí estoy. ¿Quién de ustedes tiene algo que decirme?» Continué hablando mientras caminaba hasta que llegué al medio de la calle, aunque sólo unos pocos podían escucharme. Pero los que podían oír permanecían quietos, hasta que uno o dos de los que los dirigían se dieron vuelta y juraron, diciendo, «Nadie le tocará». Entonces se acercó un clérigo y preguntó, «¿No

tienen vergüenza de tratar a un extraño así?» Lo apoyaron unos caballeros que me acompañaron hasta lo de la señora Maddern. Entonces mandaron mi caballo a Penryn, donde fue por vía marítima, ya que el mar estaba cerca de la puerta de atrás de la casa en la que estábamos.

Nunca antes, ni siquiera en Walsall, había visto la mano de Dios tan claramente como aquí. Allá me habían golpeado, y cubierto de tierra, además de perder parte de mi ropa. Aquí, aunque las manos de cientos de personas estaban alzadas para golpear o tirar, todas fueron detenidas a medio camino, de manera que nadie me tocó ni con los dedos. Nadie me tiró nada tampoco, de modo que no tuve ni una pizca de tierra en mi ropa. ¿Quién puede negar que Dios escucha la oración? ¿O que tiene todo el poder en el cielo y en la tierra?

35. El 31 de octubre prediqué sobre el morro de la ciudad de Newcastle, a poca distancia del campamento inglés, donde estaban varios miles de ingleses y alemanes, esperando marchar a Escocia. Nadie intentó la menor molestia, pero, no obstante, no pude llegar a sus corazones. Las palabras de un erudito no les afectaban como las de un dragón o un granadero.

El primero de noviembre, un poco después de las nueve, momento en que comenzaba a hablar ante el campamento, cesó la lluvia que había caído desde la mañana temprano, y no volvió a caer hasta que terminé. Un teniente intentó molestar un poco, pero cuando terminé trató de disimularlo poniéndose de pie y diciéndoles a los soldados que todo lo que yo había dicho era muy bueno.

El día 2 de noviembre, la lluvia cayó nuevamente antes y después de la predicación. Comencé a observar algún fruto de mi labor, no sólo por el número de personas

que escucharon, sino en cuanto al poder de Dios, que se notaba más y más entre ellos, hiriendo y sanando.

El domingo 30 prediqué una media hora después de las ocho a una congregación mucho más numerosa que nunca antes. El tema fue, «*El reino de Dios se ha acercado; arrepentíos y creed en el evangelio*».[6] Y de no haber sido por esta hora no hubiera pensado en quedarme más tiempo en Newcastle. Entre la una y las dos de la tarde fui al campamento una vez más. La gente se reunió en gran número, de a pie y a caballo, ricos y pobres, a los cuales les prediqué, «*Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios*».[7] Observé a muchos alemanes, de pie algo alejados, rodeando a la congregación con aspecto triste. Me sentí impulsado a hablarles un poco en su idioma, aunque hacía mucho tiempo que lo había abandonado. Inmediatamente se acercaron, y pude ver cómo parecían beber cada palabra.

36. A principios de diciembre recibí un nuevo informe del ejército, la sustancia del cual era lo que sigue:

Reverendo señor,

Quiero ponerle al corriente de lo que ha hecho el Señor con nosotros desde el mes de abril. Marchamos de Ghent a Allest el día 14, y allí nos encontramos en el campo con dos o tres de nuestros hermanos, así que cantamos y oramos juntos, lo cual nos hizo sentir reconfortados. El 15 me encontré con una pequeña compañía a una milla del pueblo y el Señor llenó nuestros corazones de paz y amor. El 17 marchamos a un campamento cerca de Bruselas. El 18 me reuní con una congregación no muy grande en la falda de una colina y comencé con esas palabras que dicen, «*Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio*».[8] El día 28 hablé sobre esas palabras de Isaías, «*Así dice el Señor a la casa de Jacob: No será ahora avergonzado Jacob, ni su rostro se pondrá pálido.*»[9] El día 29 marchamos hasta estar cerca del enemigo. Cuando los vi en su campamento,

---

[6] Mr.1.15.

[7] Ro.3.22-23.

[8] He.13.13.

[9] Is.29.22.

en mi interior me sentí conmovido de amor y pena por sus almas. Dormimos sobre nuestras armas toda la noche. En la mañana del 30 de abril el cañón comenzó su fuego a las cuatro y media. El Señor me quitó todo el temor, de manera que salí al campo con gozo. Las balas volaban por todos lados y los hombres caían en abundancia; pero nada me tocó a mí hasta las dos de la tarde. Recibí un balazo en el brazo izquierdo y me regocijé mucho. Al rato recibí otro en el derecho que me obligó a irme del campo. Pero apenas me daba cuenta si estaba en la tierra o en el cielo. Fue uno de los días más dulces que he disfrutado en mi vida.

William Clements

Otra carta (de Lierre, cerca de Amberes) agrega:

El día 30 de abril el Señor se complació en probar nuestro pequeño rebaño, mostrándole su poder. Unos días antes, uno de ellos, de pie ante la puerta de su carpa rompió en raptos de alegría, reconociendo que su partida estaba cerca, y se sentía tan lleno del amor de Dios que comenzó a bailar delante de sus camaradas. Durante la batalla, antes de morir, declaró abiertamente: «Voy a descansar de mis faenas en el seno de Jesús.» Creo que nunca se había escuchado algo igual en medio de un ejército tan malo como el nuestro. Algunos heridos clamaban, «¡Me voy con mi Amado!» Otros decían, «¡Ven Señor Jesús, ven pronto!» Y otros que no estaban heridos pedían al Señor que los llevara consigo. Había tal valentía en la batalla en medio de este pequeño y despreciado rebaño, que dejaba sorprendidos a los oficiales y demás soldados. En cuanto a mí, soporté el fuego enemigo durante más de siete horas. Luego mataron mi caballo mientras lo montaba y quedé más expuesto aun. Pero eso no me acobardó, porque yo sabía que el Dios de Jacob estaba conmigo. Tenía mucho que andar, con las balas volando a mi alrededor. Miles yacían sangrando, quejándose, muriendo, y otros ya muertos. Por cierto que parecía estar en un horno ardiente, pero no me quemé ni un cabello de mi cabeza. Cuanto más caliente, más fuerza parecía yo cobrar. Estaba lleno de gozo y amor, tanto como podía soportar. Me encontré con un hermano que con un recipiente en la mano buscaba agua. Sonrió y me dijo que tenía una herida inflamada en la pierna. Al preguntarle si tenía a Cristo en su corazón, me respondió diciendo: «Lo tengo y ha estado conmigo todo el día. Bendito seas, Dios, por haber llegado a conocerte.» ¡Señor! ¿Quién soy yo que pueda ser considerado digno de poner mi mano sobre el arado del evangelio? ¡Señor, humíllame y déjame tendido en la tierra!

John Haime

37. Durante ese año toda la obra de Dios creció gradualmente en los condados del sur, como también en el norte de Inglaterra. Muchos despertaron de una manera notable y se convirtieron al Señor, y muchos otros fueron capacitados para dar testimonio de que *la sangre de*

Jesucristo nos limpia de todo pecado.[10] Mientras tanto, la mayoría de los lugares estaban tolerablemente tranquilos en lo referente a tumultos. En algún caso en que aparecía alguno, los magistrados en general se interponían, como por cierto era su deber. Y donde los oficiales de la paz cumplen con su deber, es difícil que un disturbio subsista.

38. En febrero de 1747, me dirigí a Newcastle sobre el río Tyne, de donde acababa de regresar mi hermano. El viento norte soplaba con tanta fuerza y era tan glacial, que cuando llegamos a Hatfield, ni mis compañeros ni yo podíamos casi mover las manos o los pies. Seguimos viaje, y en el camino comenzó a caer un granizo que nos golpeaba la cara con tanta violencia que no nos permitía ver ni apenas respirar. No obstante pudimos llegar hasta Potton, de donde salimos a la mañana siguiente tan pronto como hubo suficiente claridad. Pero fue muy trabajoso avanzar porque podía quebrarse en cualquier momento el hielo. Además, la gran cantidad de nieve que cubría el camino dificultaba el andar de los caballos, al punto que les costaba mantenerse en pie. Entretanto, el viento arreciaba de tal forma que parecía prepararse para voltear tanto a los hombres como a las bestias. Con todo, luego de un bocado en Buckden, continuamos el viaje, pero en el medio de un campo abierto se descargó una tormenta de lluvia y granizo mucho peor que la anterior. Traspasó nuestra ropa y botas, y hasta se congelaba sobre nuestras pestañas. Cuando apenas nos quedaban fuerzas y posibilidad de movimientos, al fin llegamos a la posada en Stilton. Seguimos luego, aprovechando una ráfaga de viento favorable, lo que nos permitió viajar mejor hacia Stamford. Pero la gran nevada

---

[10] 1 Jn.1.7.

caída sobre los brezales era tan espesa que por momentos parecía que nos tragaba a nosotros y a los caballos. Seguimos adelante, y con la ayuda de Dios llegamos a Epworth el jueves de noche, sanos y salvos.

39. El lunes siguiente me dirigí a la zona este de Lincolnshire. El martes estuve en la pequeña sociedad de Tetney. No he visto otra igual en Inglaterra, hasta el día de hoy. En el libro de contabilidad que llevan, donde están anotadas las contribuciones para los pobres, observé que uno daba semanalmente ocho peniques y con frecuencia diez; otro trece, quince o dieciocho; otro más, a veces uno o dos chelines. Le pregunté a Micah Ellmoor (por cierto un israelita, que ahora ya descansa de sus labores) que lideraba el grupo: «¿Cómo es esto? ¿Son ustedes la sociedad más rica de Inglaterra?» Me contestó: «Supongo que no. Pero como todos somos personas solas, nos hemos puesto de acuerdo en entregarnos a nosotros mismos y todo lo que poseemos a Dios. Y lo hacemos con alegría, pues de esta manera podemos atender a todos los extranjeros que de tanto en tanto pasan por Tetney, y que carecen, con frecuencia, de comida o de un amigo que los hospede.»

40. En la primavera y el verano siguientes, fuimos invitados a muchas partes de Yorkshire, Lancashire, Derbyshire y Cheshire, lugares en los que no habíamos estado antes. En el mes de junio mi hermano pasó una temporada en Plymouth y en Plymouth Dock, donde fue recibido con la mayor cordialidad. Pero antes de que yo también llegara a ese lugar, el 26 de junio, ocurrió un cambio sorprendente. A dos millas de Plymouth alguien nos alcanzó y nos informó que en la zona del muelle había un gran disturbio, rogándonos que nos desviáramos por el camino de atrás, porque se encontraba una multitud de gente

ante la puerta del señor Hide. Cabalgamos hasta encontrarnos en medio del gentío. Nos recibieron con gritos de «¡Hurra!», luego de lo cual nos apeamos, di la mano a varios y les rogué me permitieran hablarles. Yo hubiera querido conversar con ellos por una hora, y creo que, de haberlo hecho, se habría terminado el tumulto. Pero, puesto que ya eran más de las nueve, insistieron en que entrara en la casa. Seguidamente la turba recobró su ímpetu y estuvieron hasta las diez luchando valientemente con las puertas y ventanas, hasta que al fin se cansaron y se fueron.

A eso de las seis de la tarde siguiente fui al centro de la ciudad. Mientras estábamos cantando apareció «El Teniente», un hombre muy conocido, acompañado por una gran comitiva de soldados, tambores y una multitud de personas. A medida que crecía el número de éstos, se incrementó su actitud nada amistosa. Después de un rato fui hacia ellos y me metí donde el grupo era más numeroso, y tomé de la mano al capitán de la turba. De inmediato me dijo: «Señor, me ocuparé de que llegue bien a su casa. Nadie le tocará. ¡Caballeros, apártense! ¡Hacia atrás! Derribaré al primero que toque a este señor.» Caminamos tranquilos y en paz hasta llegar a lo del señor Hide, donde nos separamos con mucho amor. Luego que él se fue, permanecí una media hora más en la calle, hablando con la gente, que había olvidado su enojo y finalmente se marcharon de muy buen humor.

41. Hasta aquí Dios nos ha ayudado (a mi hermano y a mí y a un puñado de jóvenes más) a trabajar como hemos podido, con frecuencia con peligro para nuestras vidas, en la mayor parte de Inglaterra. Pero ahora nuestro alcance iba algo más lejos. El martes 4 de agosto salí para Bristol, con el fin de llegar a Irlanda. Llegué a Holyhead el

sábado 8 y como había un barco pronto para zarpar, me embarqué, atracando el domingo de mañana en la Bahía de San Jorge, en Dublin. A la tarde temprano le envié una nota al sacerdote de la iglesia St. Mary, quien me invitó de inmediato a que le acompañara. De modo que prediqué allí, y otro caballero leyó las oraciones. Nunca había predicado a una congregación más liviana e insensible que ésa. El lunes 10, a las cinco de la mañana me reuní con nuestra sociedad (congregada por el señor Williams que hacía unas tres semanas se encontraba allí) y a las seis prediqué a un grupo mayor de lo que la habitación podía contener, sobre las palabras «*Arrepentíos, y creed en el evangelio*». A la noche fui a la calle Marlborough. La casa en la que allí se predicaba había sido diseñada originalmente para la Iglesia Luterana y tenía capacidad para unas cuatrocientas personas; pero un grupo numeroso puede permanecer de pie en el patio. Estaba allí mucha de la gente rica, como también ministros de cada denominación. Si mi hermano o yo hubiéramos podido permanecer por unos pocos meses, es probable que se hubiera formado allí una sociedad tan grande como la de Londres. Continué predicando de mañana y de noche a muchos más de los que la casa podía contener; y cada vez tenía más y más razón para confiar que muchos de ellos responderían afirmativamente al llamado. El sábado me quedé en casa con toda intención, a fin de conversar con todos los que vinieran. Pero casi no hubo irlandeses entre los que se presentaron. Creo que el noventa y nueve por ciento de los irlandeses nativos todavía permanecen en la religión de sus antepasados. Los protestantes, ya sea en Dublin o en otros lugares, son todos trasplantados de Inglaterra.

42. El lunes 17 comencé a examinar la lista de miembros de la sociedad, comprobando que en la misma figuraban unas doscientas ochenta personas, incluyendo algunas que ya gozaban de la paz del Señor. En general la gente revela un espíritu más dispuesto a aprender que en la mayor parte de Inglaterra. Pero, por eso mismo, hay que vigilarlas con más cuidado, porque son tan susceptibles a las impresiones buenas como a las malas.

El domingo 23 a la noche comencé una hora más temprano de lo acostumbrado, pero aun así la multitud de personas asistentes colmó la casa, el patio y la calle, hasta impedir que muchos pudieran escuchar mi voz. Hablé lo más fuerte posible sobre el texto que dice, «*Todo está dispuesto; venid a las bodas*».[11] Después de pronunciar mi mensaje, alrededor de las once de la noche, subí al barco que salía para Inglaterra, dejando a J. Trembath (en ese tiempo una luz que ardía brillantemente a la vez que un obrero que no tenía de qué avergonzarse) para que regara la semilla que había sido sembrada. El sábado 29 me encontré con mi hermano en Garth, Brecknockshire, que iba camino a Irlanda. Pasó allí varios meses, principalmente en Dublin, Athlone, Cork y Bandon, y sintió que tenía amplias razones para bendecir a Dios, porque podía ver en todas partes el fruto de su labor.

43. El martes 8 de marzo de 1748, los señores Meriton, Swindells y yo embarcamos en Holyhead, llegando a Dublin en la tarde. Fuimos directamente a nuestra casa en la calle Cork (vulgarmente llamada Dolphin's Barn Lane) mientras mi hermano estaba reunido con la sociedad. Los demás días de la semana los empleé en despachar los

---

[11] Mt.22.4.

asuntos que tenía que atender. El domingo 13 mi hermano predicó de mañana y de noche, esperando embarcarse más tarde; pero antes de la noche el viento empezó a soplar del este y así continuó toda la semana. El lunes 14 comencé a predicar a las cinco de la mañana, ¡algo nunca oído en Irlanda! Expliqué parte del primer capítulo del libro de Hechos, el cual, si Dios lo permitía, quería seguir desarrollando ordenadamente. El domingo 20 prediqué a las ocho en Oxmantown Green, donde toda la congregación se mantuvo tan quieta como la de Londres. Alrededor de las tres prediqué en la calle Marlborough y a la noche en nuestra propia casa en la calle Cork. El miércoles 23 prediqué a los presos en Newgate, pero sin ningún resultado. El viernes 25 a las dos comencé predicando en la calle Ship, a muchos oyentes ricos y elegantes. Al día siguiente continué reuniéndome con las clases, y me alegró encontrar que no había habido ninguna pérdida: había dejado trescientos noventa y cuatro miembros en la sociedad y ahora eran trescientos noventa y seis.

44. El miércoles 30 cabalgué hasta Philipstown, cabecera de King's County. Pronto la calle se vio colmada por todos los que acudían en tropel de todas partes. Y aun a las cinco de la mañana tuve una congregación numerosa. Después de predicar, conversé con varios de la sociedad, de los cuales cuarenta eran soldados de caballería. Al mediodía prediqué a una congregación más numerosa que ninguna de Dublin. Y estoy persuadido que, en esos momentos, Dios hizo un ofrecimiento de vida a todos los habitantes de Philipstown.

En los días sucesivos prediqué en Tullamore, Tyrrellspass, Clyro, Templemacateer, Moate, y el sábado 2 de abril llegué a Athlone. Mi hermano había estado en ese

lugar un tiempo antes, aunque fue con inminente peligro de su vida. A una milla de la ciudad le atacó un numeroso gentío papista, que lanzó sobre él una lluvia de piedras, de la cual pudo escapar espoleando a su caballo. Esto tuvo un efecto muy beneficioso, dado que tornó a todos los protestantes a nuestro favor, algo que siguió en aumento diariamente. La mañana que partí, la mayoría de la congregación lloraba. Por cierto que parecía que todo el pueblo estaba conmovido, lleno de buena voluntad y deseos de salvación. Pero las aguas eran muy anchas para ser profundas. No encontré uno que tuviera una convicción fuerte; tampoco había alguien que hubiera logrado el conocimiento de la salvación, luego de escuchar más de treinta sermones. Tras visitar nuevamente los pueblos que había visto antes, el martes 16 retorné a Dublin. Permanecí allí unos días, y aproveché para hacer otra pequeña excursión por las sociedades de las afueras. El sábado 14 de mayo volví a Dublin y tuve la satisfacción de comprobar que la obra del Señor no sólo se había esparcido más a lo ancho, sino que a su vez se había profundizado en muchas almas. El miércoles 18 tomamos el barco, llegando a la mañana siguiente a Holyhead.

45. El sábado 15 de abril de 1749, nuevamente me embarqué en Holyhead, camino a Irlanda, y luego de pasar unos días en Dublin, visité todas las sociedades de Leinster. Luego fui a Limerick, en la provincia de Munster. El señor Swindells había preparado el camino y ya se había formado una sociedad. De modo que no encontré ninguna oposición, sino que todos parecían decir, «*¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!*»[12] Pero cuanto más conversaba con esta

---

[12] Sal.118.26; Mt.21.9.

gente tan amistosa, tanto más sorprendido me sentía. Era manifiesto que Dios había forjado una gran obra entre ellos. No obstante, ni la mayoría de los creyentes, ni tampoco los incrédulos, podían dar un informe racional de los principios religiosos más sencillos. Está claro que Dios comienza su obra en el corazón y luego la inspiración del Altísimo brinda la comprensión. El martes 29 salí para Cork; pero al día siguiente el señor Skelton, que venía de allí, se encontró conmigo y me informó de la imposibilidad de predicar allá mientras la multitud de revoltosos llenara las calles. Durante un tiempo habían estado haciendo lo que se habían propuesto: entrar por la fuerza a las casas de todos los que se llamaban metodistas, golpeándolos e insultándolos como querían. El meritorio alcalde Daniel Crone los alentaba a hacer esto diciéndoles, «Pueden hacer lo que quieran menos matarlos, pues eso es contra la ley.» Así que cabalgué por Cork hacia Bandon, y luego de unos días allí, volví a Dublin casi por el mismo camino excepto que me detuve en Portarlington y unos otros pocos pueblos que no conocía.

46. En todo este viaje tuve la satisfacción de comprobar que desde la primera vez que había estado en Irlanda mis colegas se habían dedicado plenamente a regar la semilla sembrada. Y al Señor le había placido en gran manera el bendecir sus tareas en Munster, como también en Leinster. En varias partes de estas dos provincias muchos fueron llevados, no de una manera de pensar o de adorar a otra, sino de la oscuridad a la luz; de servir al demonio, a servir al Dios viviente. Este es el punto, y el único punto por el cual tanto mis compañeros como yo pensamos que vale la pena nuestra labor; pues no deseamos otra recompensa aparte del testimonio de nuestra conciencia, y lo que buscamos en la resurrección de los justos.

He presentado de una vez la visión de lo que se tramitó en Irlanda durante tres años, y mencionaré a continuación algunas de las cosas realizadas en Inglaterra durante ese período.

47. Durante todo este tiempo, la obra de Dios, que es como decir la conversión de pecadores a la santidad, se fue agrandando y profundizando, no sólo en Londres y en Bristol, sino en la mayor parte de Inglaterra. Pocas ciudades, y prácticamente ningún condado, se pueden encontrar donde no haya más o menos testigos de ello. Entretanto, los grupos más numerosos fueron acercados al gran Pastor de sus almas (aparte de Londres y Bristol) en Cornwall, la zona oeste de Yorkshire y Newcastle sobre el río Tyne. Pero en algunos lugares todavía nos veíamos obligados a llevar nuestras vidas en la mano. Ya se han relatado varios de estos casos, pero mencionaré uno más.

El viernes 12 de febrero de 1748, después de predicar en Oakhill (un pueblo en Somersetshire), cabalgué hasta Shepton (Mallet), donde encontré a toda la gente extrañamente consternada. Dijeron que se había comprometido a una turba, a la que también se había provisto de suficiente bebida, para que cometiera toda suerte de desmanes. De todos modos pude predicar en paz, ya que la turba me esperó en otro lugar donde yo solía apearme de mi caballo, y no descubrieron su error hasta que había terminado de predicar. Entonces nos acompañaron hasta la casa de William Stone, tirándonos piedras, tierra y terrones de barro en abundancia, pero no pudieron lastimarnos. Un poco de tierra en el saco del señor Swindells y en mi sombrero fue todo. Después que habíamos entrado en la casa comenzaron a tirar piedras grandes con el fin de romper la puerta, pero viendo que eso

les tomaría tiempo, lanzaron una lluvia de piedras a las ventanas. Uno de los cabecillas que había logrado entrar, ahora se encontraba encerrado con nosotros. Bien que hubiera deseado salir, pero no le era posible, de modo que se puso muy cerca mío pensando que así estaba más seguro. Justamente en un momento que subí la escalera y él quedó abajo, recibió una pedrada en la frente y comenzó a sangrar en abundancia. Entonces comenzó a llamar, diciendo, «Oh señor, ¿hemos de morir aquí esta noche? ¿Qué debo hacer?» Yo le respondí que orara a Dios. Aceptó mi consejo y comenzó a orar como sin duda no lo había hecho en su vida.

El señor Swindells y yo estuvimos un rato en oración, luego de lo cual le dije que no debíamos permanecer allí. Su respuesta fue, «Señor, no nos podemos mover; mire cómo vuelan las piedras.» Yo caminé a lo largo de la habitación y bajamos las escaleras, sin que entrara ni una piedra hasta que estuvimos abajo. En ese momento la turba terminaba de romper la puerta, y mientras la atravesaban, nosotros nos escapamos por otra. Ni uno se percató de esto, aunque estábamos a pocos pasos de ellos. Llenaron la casa enseguida, y sugirieron prenderle fuego. Pero uno de ellos, que vivía justamente al lado, lo impidió. En eso oí que uno gritaba, «¡Se han ido por los campos!» Me pareció una buena solución y nos fuimos hasta la otra punta del pueblo, donde alguien nos esperaba y nos condujo sin peligro hasta Oakhill.

48. El viernes 24 de junio, día de apertura de la escuela en Kingswood, prediqué sobre el tema: «*Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él*».[13] Seguidamente, mi hermano y yo administramos la

---

[13] Pr.22.6.

Santa Cena a muchos que venían de lejos. Luego de esto nos pusimos de acuerdo respecto a las reglas generales de la escuela, que se publicaron poco después.

49. El 18 de julio comencé mi viaje hacia el norte, partiendo de Newcastle. Tenía el compromiso de predicar en Morpeth al mediodía, de manera que me dirigí hacia el cruce. Pero apenas había echado a andar cuando un joven, al frente de una tropa, se presentó y me dijo en forma ruda: «No predicará aquí». Yo seguí, de manera que él les hizo una seña a sus compañeros. Pero éstos pronto comenzaron a pelearse entre sí, de manera que pude seguir sin mayores interrupciones, mientras que la multitud se fue calmando más y más, permaneciendo seria y atenta hasta el final.

A la tarde cabalgamos a Widdrington. La gente concurrió en tropel de todas partes y se mantuvo muy atenta a lo que les decía. Nadie se movió ni miró a derecha o izquierda mientras yo les anunciaba en términos firmes la gracia de nuestro Señor Jesucristo.

El martes 19 prediqué en Alnmouth, un pequeño pueblo portuario, de donde seguí a Alnwick, una de las ciudades más grandes del interior en Northumberland. A las siete prediqué en el cruce a una multitud muy parecida a la de Athlone. Todos se conmovieron algo, pero no mucho. Aguas anchas pero no profundas.

El miércoles fui a Berwick sobre el río Tweed, y prediqué esa noche y al día siguiente a la mañana y a la noche, en un espacio amplio y verde, cerca de la casa del Gobernador. Allí se había formado una pequeña sociedad que no había crecido mucho, y varios de los miembros de la misma (la mayoría de los cuales descansan ahora en el seno de Abraham) anduvieron como es digno de la vocación con

que fueron llamados. Luego de predicar en otros lugares en el camino, el sábado 23 retorné a Newcastle.

50. Durante el verano creció mucho la obra de Dios, tanto en Northumberland, condado de Durham, como en Yorkshire. Lo mismo ocurrió en la zona más salvaje de Lancashire, aunque allí los pastores tenían la vida en un hilo. Una prueba del tratamiento con que se encontraron allí lo demuestra el corto relato que hago a continuación.

El 26 de agosto, mientras hablaba con una gente tranquila en Roughlee, cerca de Colne. en Lancashire, se acercó una multitud turbulenta y ebria. El capitán que los dirigía dijo ser un agente de policía y que yo debía acompañarle. Apenas había caminado diez metros cuando un hombre de su compañía me golpeó en la cara con toda su fuerza. Otro me dio con un palo en la cabeza. Los demás parecían leones rugiendo. Me llevaron, junto con el señor Grimshaw, el ministro de Haworth, el señor Colbeck de Keighley y el señor Mackford de Newcastle (este último nunca se pudo recuperar del trato que recibió en aquella oportunidad) a una taberna de Barrowford, un pueblo vecino, donde estaban reunidos todos los que formaban parte de esa compañía.

A poco rato se presentó el señor Hargrave, el primer oficial de la policía, quien me requirió que le prometiera no volver más a Roughlee. Rehusé rotundamente. Pero aceptó, para tranquilizar al populacho, que yo dijera, «No predicaré aquí ahora». Mientras él y yo salíamos por una puerta, los señores Colbeck y Grimshaw salieron por la otra. La turba se les echó encima golpeándolos y empujándolos con el máximo de violencia. Tiraron al señor Grimshaw al suelo y los cubrieron a ambos con tierra y lodo. Al otro grupo de gente tranquila que me seguía a la distancia también los

maltrataron con lluvias de tierra y piedras, sin tener en cuenta la edad o el sexo. A algunos los arrastraron asiéndolos del cabello y los revolcaron en el barro. Golpearon a muchos sin misericordia con garrotes y cachiporras. A uno lo hicieron saltar al río desde una roca a una altura de más de tres metros y medio. Y cuando logró salir, mojado y lastimado, fue difícil persuadirles de que no lo tiraran nuevamente. ¡Esa era la recompensa que con frecuencia recibíamos de nuestros conciudadanos por nuestra obra de amor!

51. El 7 de abril de 1750 me embarqué a la mañana en Holyhead, llegando al atardecer a Dublin. Allí recibí un informe completo de los vergonzosos desmanes que se habían cometido en Cork durante varios meses seguidos, los cuales eran más bien estimulados que combatidos por los buenos magistrados. Al fin, en las sesiones jurídicas de Cuaresma se presentaron varias declaraciones ante el gran jurado. Pero ¡no fallaron sobre ninguna de estas declaraciones! En cambio, sí fallaron en contra de Daniel Sullivan, un panadero, quien cuando la turba le lanzó una lluvia de piedras, sacó una pistola (descargada) y los amenazó con ella, lo cual los hizo salir corriendo, sin mirar atrás.

Con el deseo de asistir en lo que me fuera posible a todas las pobres y desoladas víctimas, hice un viaje rápido por las sociedades del interior, y el sábado 19 de mayo llegué a Cork. Al día siguiente, comprendiendo que la casa era pequeña, me fui a Hammond's Marsh, que entonces era un lugar abierto muy amplio, pero que hoy día está totalmente edificado. La congregación era grande y profundamente atenta. Pocas veces he visto una asamblea más ordenada en iglesia alguna de Inglaterra e Irlanda.

A la tarde, los señores Skelton y Jones presentaron sus respetos al alcalde y le preguntaron si tendría alguna objeción a mi predicación en el Marsh. Su respuesta fue: «Señor, no quiero saber más nada de muchedumbres y revueltas». Respondiendo Skelton que el señor Wesley no había organizado ninguna, el alcalde contestó claramente: «No quiero que se predique más; y si el señor Wesley lo intenta, estoy preparado para enfrentarlo».

Por lo tanto, no intenté predicar en el Marsh; pero comencé a hacerlo en nuestra casa, a eso de las cinco de la tarde. Entretanto, el bueno del alcalde daba órdenes a sus sargentos y a los tambores del pueblo, los cuales vinieron de inmediato a nuestra casa, con una enorme cantidad de gente siguiéndoles. Continuaron tocando tambores y yo seguí predicando hasta terminar mi sermón. Cuando salí, la muchedumbre me rodeó. A uno de los sargentos que estaba cerca le pedí que mantuviera el orden, a lo que respondió: «Señor, no tengo instrucciones para hacer eso». La gente comenzó a tirar lo que tenía a mano, pero todo pasó cerca mío sin rozarme. Caminé derecho entre medio del gentío, mirando a cada uno de frente, y ellos se fueron apartando, a izquierda y a derecha, hasta que llegué al puente Daunt. Un grupo grande se encontraba allí, ocupándolo. Pero al igual que los otros, cuando me acerqué se hicieron a un lado dejándome pasar; y así llegué a la casa del señor Jenkins. Pero una señora gruesa, papista, estaba de pie ante la puerta y no quería dejarme entrar, hasta que uno de la turba, de una pedrada la dejó en el suelo. (Supongo que la piedra iba dirigida a mí.) Entonces entré, y Dios reprimió a las bestias salvajes de manera que ninguno intentó seguirme.

Pero muchos de la congregación fueron más brutalmente tratados; en particular al señor Jones. Lo

cubrieron de barro, pero pudo escapar con vida casi por milagro. Al comprender que esta gente no pensaba dispersarse, envié aviso al concejal Pembroke, quien de inmediato pidió a su sobrino el concejal Wenthrop, que fuera hasta la casa del señor Jenkins. Con éste pude volver por la calle, caminando, sin que nadie me dirigiera una sola palabra irrespetuosa.

Durante toda la semana que siguió a esta revuelta, si un metodista salía a la calle, sabía que su vida corría peligro. Y esta situación siguió así, mientras el señor Crone fue alcalde. Pero el alcalde que lo sucedió declaró con toda seriedad que no habría más turbas ni tumultos en Cork. Y los suprimió realmente, de manera que desde entonces los metodistas gozaron de la misma libertad que el resto de los súbditos de su Majestad.

52. Entretanto, la obra de Dios siguió desenvolviéndose con muy poca oposición tanto en otras partes del condado de Cork, en Waterford y en Limerick, como en Mountmellick, Athlone, Longford y la mayor parte de la provincia de Leinster. A la vuelta de Cork, tuve la oportunidad de visitarlas a todas. Y también la satisfacción de observar en qué gran manera había bendecido Dios a mis colegas, y cuántos pecadores se habían salvado del error de su modo de vida. Muchos de éstos se habían destacado por su vida pecaminosa; muchos otros habían sido católico-romanos. Y creo que el número de éstos hubiera sido mucho mayor si los buenos protestantes, como también los sacerdotes papistas, no se hubieran tomado el trabajo de entorpecerles el camino.

53. Fue el 24 de abril de 1751 que el señor Hopper y yo partimos para Escocia. Yo iba invitado por el Capitán (luego Coronel) Gallatin, que en ese entonces vivía en

Musselburgh. No tenía intención de predicar en Escocia, pues no imaginaba que habría alguien que deseara que lo hiciese. Pero estaba equivocado. La curiosidad (si no otra cosa) trajo un gran número de personas esa noche. Y así como en la iglesia (según me informó la señora de Gallatin) la gente solía reír y conversar, demostrando de diversas maneras una grosera falta de atención, aquí ocurrió todo lo contrario. Permanecieron como estatuas desde el principio al fin del sermón. A la tarde siguiente, a las seis, volví a predicar. Esta vez el sermón versó sobre las palabras «*Buscad al Señor mientras puede ser hallado*».[14] Hablé con gran claridad a todos, y lo recibieron con amor, de manera que el prejuicio que el demonio había estado plantando durante años fue arrancado de raíz en una hora. Luego de la predicación, uno de los alguaciles de la ciudad, junto con uno de los ancianos de la iglesia, se acercó para pedirme si no me quedaría un tiempo con ellos o aunque fuera dos o tres días. Ellos acondicionarían un lugar más grande que la escuela, con más asientos para los asistentes. Si no hubiera tenido comprometido mi tiempo, hubiera aceptado gustosamente. Todo lo que podía hacer ahora era prometerles que el señor Hopper volvería la próxima semana para pasar unos días con ellos. De acuerdo al arreglo, él volvió y se quedó dos semanas, predicando diariamente, con buenos resultados. Las congregaciones eran muy numerosas. Muchos fueron impactados hasta lo más profundo de su corazón. Varios se unieron en pequeñas sociedades. Algunos de éstos ya han sido llevados al seno de Abraham, y otros permanecen aún aquí.

---

[14] Is.55.6.

54. El 28 de febrero de 1753 estuve hojeando el libro del señor Prince, *Historia Cristiana*. ¡Qué diferencia sorprendente entre la forma en que el Señor ha llevado a cabo su labor en Inglaterra y en América! Allá, más de cien de los clérigos de la iglesia oficial, de entre los mayores y de más experiencia, sensatez y preparación intelectual en esos lugares, estaban celosamente ocupados en la obra. En cambio aquí, casi todo el cuerpo de clérigos mayores, con experiencia y mejor preparación, están celosamente comprometidos en contra de la obra. Sólo un puñado de hombres jóvenes, inexpertos, sin nombre ni preparación intelectual, ni nada que sea digno de notar, están comprometidos seriamente. Sin embargo, el trabajo realizado allá por tan honorables hombres pocas veces floreció más allá de seis meses; luego seguía un decaimiento lamentable y un desmoronamiento antes del siguiente reavivamiento. Entretanto, aquello que el Señor ha forjado acá con estos instrumentos desdeñados, ha continuado aumentando durante quince años. Sí, ahora bien podemos decir por cuarenta y tres años. Y cuando ha declinado en algún lugar, más ha prosperado en otro. ¡Bendito sea el Señor de toda gracia!

55. El 15 de abril partí nuevamente para Escocia, no a Musselburgh, sino a Glasgow, a donde había sido invitado por el señor Gillies, ministro de la iglesia universitaria. Llegué a la noche siguiente y me hospedé en su casa. El jueves 19 a las siete de la mañana prediqué en un lugar a más o menos un cuarto de milla de la ciudad, y a las cuatro de la tarde a una congregación mucho mayor. Había pensado predicar en el mismo lugar el viernes de mañana; pero como llovía, el señor Gillies me invitó a hacerlo en su iglesia. A las cuatro de la tarde tuvimos una congregación mucho más

grande de lo que la iglesia podía contener. A las siete el señor Gillies predicó un sermón íntimo y afectuoso. ¿No continuaba Dios amando a esta ciudad que antes se había destacado por su fe? Dios todavía puede reparar lo que se ha deteriorado y reconstruir lo que se había perdido.

El sábado, tanto de mañana como de tarde, prediqué a congregaciones numerosas. El domingo 22 llovió mucho. No obstante, más de mil personas (creo) se quedaron, con toda buena voluntad, mientras explicaba y aplicaba el texto bíblico, «*Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado*».[15] Se me pidió que predicara en la prisión, lo cual hice alrededor de las nueve. Los delincuentes, como también los que estaban detenidos a causa de sus deudas, se comportaron con mucha corrección. Tal vez aún algunos de estos pobres pecadores lleguen a ser motivo de *gozo en el cielo*.[16]

El comportamiento de la gente en la iglesia, tanto a la mañana como a la noche, fue tal como yo nunca lo había observado excepto en *nuestras* congregaciones: nadie se inclinó o saludó a otro, ni antes ni después del servicio. No hablaban entre sí, ni miraban a su alrededor, sino que estuvieron muy atentos al ministro desde el principio hasta el fin. Ciertamente, mucho del poder de la religión estaba aquí presente donde todavía permanece mucho en relación a la forma. La pradera donde prediqué a la tarde estaba repleta de lado a lado. Les hablé de la manera más íntima que me fue posible. Había muchos estudiantes como también muchos soldados presentes, y creo que a ellos, ciertamente, les

---

[15] Jn.17.3.
[16] Lc.15.17.

podía venir bien escuchar un poco de doctrina sólida. Habiendo librado mi alma, el lunes cabalgué a Tranent, y al día siguiente a Berwick.

56. El domingo 23 de junio, ese bendito hombre, el señor Walsh, predicó en Short's Gardens en irlandés. Un gran número de sus compatriotas acudió a escucharle, y a muchos de ellos les llegó a lo más profundo del corazón. El domingo 1º de julio también predicó en irlandés en Moorfields. Allí también la congregación fue extremadamente numerosa y todos escucharon con suma seriedad, aunque sin duda en muchos casos lo que más les atrajo fue escuchar esa lengua para ellos novedosa. Y precisamente, para estos últimos luego habló en inglés, por si pudiera *de todos modos salvar algunos*.[17] Y en todo lugar donde predicaba, tanto en inglés como en irlandés, la palabra de Dios era *más cortante que una espada de dos filos*.[18] No recuerdo haber conocido otro predicador que, en los pocos años que permaneció sobre la tierra, hubiera resultado ser instrumento tan valioso para convertir pecadores del error de sus caminos.

57. El martes 10 de julio crucé desde Portsmouth a la Isla de Wight, donde hacía tiempo que estaba uno de nuestros pastores. Desde Cowes seguimos a Newport, la ciudad principal de la isla, donde encontré una sociedad pequeña en un orden tolerable. Varios de ellos habían encontrado paz en Dios, y andaban a la luz de su rostro. A las seis y media prediqué a una congregación numerosa, en el mercado. Pero muchos demostraron tener un mal comportamiento sorprendente; y no sólo los niños que

---

[17] 1 Co.9.22.

[18] He.4.12.

hacían mucho ruido, sino muchos adultos que conversaban en voz alta durante toda mi predicación. A las cinco de la mañana siguiente otra vez se reunió un grupo grande. En esa oportunidad parecía que cada asistente supiera que ésta era la palabra por la cual Dios lo juzgaría el último día. En la reunión de la noche nos encontramos con una asistencia más numerosa que a la mañana, cuyo comportamiento fue más respetuoso que la noche anterior. Sólo un hombre ebrio provocó un pequeño disturbio, pero el alcalde lo hizo sacar de inmediato. En el mes de octubre los visité nuevamente, disfrutando de unos tres o cuatro días muy confortables. También me encontré con que algunos que en mi visita anterior aceptaron al Señor, logrando paz espiritual, habían alcanzado su reposo.

58. El 6 de agosto de 1755 le mencioné a nuestra congregación en Londres un medio que habían practicado con frecuencia nuestros antepasados para incrementar una religión seria; es decir, el unirse en un *pacto* con el fin de servir a Dios de todo corazón y con toda el alma. Durante varias mañanas conversamos sobre esto. El viernes muchos de nosotros hicimos ayuno ante el Señor, suplicándole nos diera sabiduría y fuerza para prometer y cumplir nuestro compromiso ante él. El lunes a las seis de la tarde nos reunimos con este fin en la iglesia francesa de Spitalfields. Después que yo expliqué el significado del pacto propuesto y lo repetí con las palabras de aquel bendito hombre, Richard Alleine, las cerca de ochocientas personas presentes se pusieron de pie en señal de asentimiento. Creo no haber conocido antes una noche como ésa. Por cierto que su fruto permanecerá para siempre.

59. El día 1º de enero de 1756 fue recibido por la gente con ansiedad debido a que las opiniones estaban

divididas en lo referente a cómo sería este nuevo año. Por una parte estaban los que parecían convencidos de que se produciría una gran cosecha de calamidades temporales, y por la otra los que esperaban un año fructífero en bendiciones espirituales. Por cierto que la expectativa general de las calamidades produjo en la nación un estado de mesura y seriedad. Y esto a su vez fue el medio por el cual se obtuvieron abundantes bendiciones espirituales. Nos esforzamos por valernos de las aprensiones que con frecuencia encontrábamos en la gente, y que eran casi imposibles de desarraigar, para utilizarlas como la vía conductora para un fin más noble, ese *principio de la sabiduría que es el temor de Dios*.[19] Y fue en esa época que escribí *Un discurso al Clero*, el cual, considerando la situación de los asuntos públicos, juzgué que sería más oportuno y más fácil de soportar en ese momento que en cualquier otro.

60. El 30 de marzo volví a visitar Irlanda. Luego de ver las sociedades de Leinster y de Munster, a fines de junio fui con el señor Walsh a la provincia de Connaught. Pasamos por los condados de Clare y de Galway, camino a Castlebar, la ciudad más importante del condado de Mayo. El rector había dejado dicho que yo utilizara la iglesia; por lo que prediqué allí de mañana y de noche a una congregación numerosa. Después el señor Walsh predicó en el palacio de justicia a otra congregación, también numerosa y muy seria. El martes cabalgué hasta Newport, a once millas de Castlebar, bien al extremo de la tierra. Con anterioridad, el rector me había hecho llegar una invitación. Entre las siete y las ocho de la noche creo que prediqué a un grupo que

---

[19] Sal.111.10.

superaba a todos los protestantes que había en la ciudad. En sus rostros se veía su profunda atención; y con seguridad el Señor tocó el corazón de algunos. Regresé a Castlebar el miércoles. Aquí había el mismo tipo de trabajo que el que encontré en Athlone unos años antes, y luego en Limerick. Todos estaban *encantados*, pero muy pocos *convencidos*. El arroyo era muy ancho, pero poco profundo.

61. El 12 de julio, luego de predicar en muchos de los lugares intermedios, fui a Longford. Comencé a las cinco en la Old Barrack. Una enorme congregación acudió, pero la mayoría de los papistas se quedaron en el portón o justo del lado de afuera de la pared. Se mantuvieron quietos y en silencio total. Tampoco escuché la más mínima grosería mientras caminé desde un extremo al otro del pueblo.

Pero ¿por qué es que en casi todas partes, aun cuando no hay frutos que perduran, se produce al principio una impresión tan grande en un número considerable de personas? El hecho es éste: en todas partes la obra de Dios sube más y más alto, hasta llegar a un límite; luego vuelve a bajar gradualmente.

Todo esto puede explicarse con facilidad. Al principio, la curiosidad atrae muchos oyentes; al mismo tiempo Dios atrae a muchos por medio de su gracia protectora, a escuchar su palabra, lo cual les conforta. Entonces uno se lo cuenta al otro. En esta forma, por una parte se extiende y aumenta la curiosidad, y por la otra, el poder del Espíritu de Dios toca más corazones, y a muchos de ellos con mucho más poder que antes. Ahora él ofrece gracia a todos los que escuchan. La mayoría de ellos de alguna manera están afectados, a la vez que más o menos conmovidos, y aprueban lo que oyen, y tienen el deseo de agradar al Señor, demostrando buena voluntad hacia su

mensajero. Y estos principios, combinados e incrementados en forma diversa, hacen ascender toda la tarea hasta su punto más alto. Pero no puede permanecer allí, por la naturaleza de las cosas. La curiosidad pronto declinará. De nuevo, los llamados de Dios no se responden, por lo que el Espíritu Santo se angustia y no insiste más con esta o aquella persona, y su atracción termina. Y así, al declinar las causas de la impresión general, la mayoría de los oyentes se sentirán menos y menos afectados. Sumemos a esto el hecho de que en el proceso del tiempo *los tropiezos vendrán*.[20] Algunos de los oyentes (y tal vez de los maestros también) actuarán de forma contraria a lo que han profesado. Sus necedades o sus faltas pasarán de unos a otros sin perder nada al contarlas. Los que eran curiosos no querrán escuchar más. Las personas que en una época fueron atraídas, suprimiendo sus buenos deseos, desaprobarán lo que antes aprobaron y sentirán disgusto en vez de buena voluntad hacia los predicadores. Otros que más o menos se habían convencido, sentirán temor o vergüenza de reconocer esa convicción. Todos éstos se harán eco de habladurías, tanto falsas como verdaderas, con el fin de justificar su acusación. Y por ese medio, todos los que no experimenten la seguridad de una creencia salvadora habrán sofocado el Espíritu de Dios, dejando que el pequeño rebaño que permanezca siga de fe en fe, mientras que los demás duermen y descansan. Así, se puede esperar que el número de oyentes en cada lugar primero aumente y luego disminuya.

62. El lunes 19 de julio de 1756 llegué por primera vez a la provincia de Ulster. Varios de nuestros pastores

---

[20] Mt.18.7; Lc.17.1.

habían estado trabajando allí en distintos lugares durante unos años. Y habían tenido oportunidad de ver el fruto de su trabajo. Muchos pecadores se habían convencido del error de su camino; muchos se habían convertido verdaderamente a Dios. Y un número considerable de éstos se había unido con el fin de fortalecerse unos a otros en él. Prediqué a la noche a una congregación grande en Newry, y un buen número de ellos concurrió a las cinco de la mañana siguiente para otro culto. Luego tuve oportunidad de hablar a los miembros de la sociedad, formada por gente de la iglesia, por disidentes y ex-papistas. Pero no hay lucha alguna ente ellos, salvo el esforzarse por *entrar por la puerta angosta*.[21]

El martes prediqué en Terryhoogan, cerca de Scarva. El miércoles lo hice en el mercado de Lisburn. Aquí el rector y el párroco vinieron a saludarme, y mantuvimos una conversación franca, seria pero amistosa, durante la cual con sinceridad plantearon sus objeciones. ¡Cuánto daño podría evitarse o remediarse si otros clérigos siguieran el ejemplo de éstos!

63. A la noche prediqué en Belfast, la ciudad más grande de Ulster. La congregación se asemejaba en número a la de Lisburn, y la de la mañana fue casi la misma cantidad de personas. Luego cabalgamos desde allí a lo largo de la orilla hasta Carrickfergus, ciudad que era considerada la más antigua de la provincia. A las siete prediqué en la sala de sesiones a la mayoría de los habitantes del lugar. El domingo 25 prediqué en la sede del tribunal, que era mucho más grande; y a las once fui a la iglesia. Después del almuerzo uno de nuestros amigos me preguntó si estaba preparado

---

[21] Lc.13.24.

para ir a la reunión de los presbiterianos. Al contestarle que yo nunca iba a tales reuniones, me miró tan atónito como el viejo escocés en Newcastle que nos dejó porque éramos meramente *gente de la Iglesia de Inglaterra*. Por cierto que lo somos, aunque no condenamos a *quienes han sido educados* de otra manera.

64. El lunes 26 el señor Walsh se encontró conmigo en Belfast, y me informó que el día anterior él se encontraba en Newton con la intención de predicar, pero que mientras estaba entregado a la meditación y oración un tal señor Mortimer vino junto con una turba alcoholizada, lo asió del cuello y lo arrastró hasta que un hombre corpulento lo agarró y lo obligó a soltarlo. El señor Walsh, luego de refrescarse un poco en la casa de un amigo, volvió para intentar predicar por segunda vez. Pero un cuarto de hora más tarde, volvió el señor Mortimer con su gente, de manera que el señor Walsh optó por dejarles el lugar a los otros, alejándose a través del campo.

El martes de noche prediqué en el mercado de Lurgan. En el salón arriba del nuestro había una reunión de gente de la alta sociedad y se oían violines que se afinaban. Pero al darse cuenta de que iba a comenzar nuestra asamblea, tuvieron la delicadeza de cesar, y esperar a que termináramos. Y la verdad es que, aunque sólo fuera por la novedad de la situación, se acercaron todos y se mantuvieron muy atentos hasta que terminé de hablar.

Volví a Dublin el 5 de agosto luego de haber visitado la mayoría de las sociedades en Ulster. El martes de noche prediqué mi sermón de despedida. Todavía teníamos duda si partiríamos o no, aunque tenía reservado el camarote para mí y mis amigos, dado que el señor Thomas Prendergast había avisado al capitán que él quería viajar, y de acuerdo a

su costumbre, reservaba todo el barco para sí (¡*hominis magnificantiam*!).[22] Pero el tiempo se puso feo y él decidió no ir; de manera que alrededor del mediodía los señores Walsh, Haughton, Morgan y yo nos embarcamos y a la noche siguiente atracamos en Holyhead.

65. El jueves 26, en Bristol, nos reunimos en conferencia unos cincuenta pastores. Allí se leyó el Reglamento de la Sociedad, considerando cuidadosamente cada norma. Dado que no había ninguna innecesaria, se acordó mantenerlo y hacerlo cumplir.

Al día siguiente se hizo lo mismo con el Reglamento de las Clases, leyendo y considerando cada artículo. Luego de algunas alteraciones verbales, acordamos observarlo y hacerlo cumplir.

El sábado fueron leídos y considerados uno por uno los artículos del Reglamento de la escuela de Kingswood, quedando todos plenamente satisfechos, dado que respondían tanto a las Escrituras como a la razón.

Mi hermano y yo cerramos esta Conferencia con una declaración solemne de nuestro propósito de nunca separarnos de la Iglesia, declaración que también fue aceptada con alegría por nuestros hermanos.

66. El 28 de febrero de 1757 uno de mis pastores me escribió la siguiente carta:

Reverendo y estimado señor:

El 30 de enero último, en Bradford me reclutaron como soldado y me condujeron a la taberna en que estaban los caballeros. El señor Pearse ofreció su garantía de que yo me haría presente al día siguiente. La respuesta fue que le aceptarían su palabra como garantía por mil libras, pero no por mí, y que yo debía ir a la rotonda para locomotoras, una pequeña casilla de piedra existente al costado del puente. Así que me llevaron cinco soldados. Allí no había más que una piedra donde sentarse y nada donde acostarse, excepto un poco de paja. Pero un amigo me envió una silla, en la cual pasé la noche sentado. Tenía una guardia doble de doce soldados: dos

[22] Es decir, *la ostentación del hombre*.

afuera, uno a la puerta y los demás dentro. Pasé la noche sin dormir, pero, bendito sea Dios, no sin descansar, puesto que mi paz no se quebró ni un momento. Mi cuerpo estaba preso, pero me sentía libre en Cristo, con el alma en libertad. Y aun allí encontré una tarea que hacer para Dios. Tuve una buena oportunidad para hablarles a los que no me dejaban solo. Y tengo la esperanza de que no haya sido en vano.

Al día siguiente me llevaron ante los comisionados, los que me leyeron parte del Acta que les daba poder para reclutar hombres capaces «pero carentes de ocupación ni de un sostén legítimo ni suficiente». A ello les respondí: «Pero tengo una sociedad con mi hermano, y también tengo una propiedad. Si me dan tiempo les daré pruebas de esto.» Aceptaron, y al día siguiente me fui a Cornwall. Después de estar unos días en mi casa, el sábado retorné a Bradford. El lunes me presenté ante los comisionados con los documentos de mi propiedad. Después de haberlos leído con detenimiento, me dejaron libre. Espero que usted dará gracias a Dios por mi liberación de las manos de hombres irrazonables y malvados.
William Hitchens

67. El día 13 de marzo, estando en Snowfields, como me sentía algo débil oré al Señor pidiendo que si lo creía conveniente me enviara ayuda en la capilla. Y lo hizo. En cuanto terminé de predicar, el señor Fletcher, quien había sido recién ordenado sacerdote, pensando que yo estaba solo, se había apresurado a venir con el propósito de ayudarme. ¡Qué maravillosos son los caminos del Señor! Cuando mi fuerza física me estaba fallando, y ningún clérigo en Inglaterra podía ni quería ayudarme, ¡él me enviaba ayuda desde las montañas de Suiza! Y ¡qué ayudante y compañero para mí en todo sentido! ¡Dónde hubiera encontrado otro así!

68. El lunes 11 de abril a las cinco de la tarde se reunieron en Spitalfields unos mil doscientos miembros de la sociedad. Yo esperaba a dos clérigos que me iban a ayudar, pero no se presentaron. Pude soportar la tarea hasta cerca de las ocho. Ya entonces apenas podía caminar y hablar. Pero miré hacia arriba y recibí fuerza. A las nueve y media Dios se hizo presente en forma poderosa sobre la congregación. *Grande fue el gloriarnos en él y ser llenos de*

consolación.[23] Y cuando volví a mi casa entre las diez y las once, no estaba más cansado que a las diez de la mañana.

69. El martes 25 de octubre, al volver de Bath, me encontré en Hanham con un hombre que me dijo: «Se ha quemado la escuela de Kingswoo». Cuando llegué allí me informaron que alrededor de las ocho de la noche anterior dos o tres niños subieron a la galería. Uno de ellos escuchó un extraño crepitar en la pieza de arriba. Abrió una puerta que daba a la escalera y recibió una gran humareda que le hizo gritar, «¡Fuego, fuego!» Al oír esto, el señor Baynes corrió inmediatamente abajo y trajo un balde de agua. Pero al subir y ver las llamas no tuvo la presencia de ánimo necesaria para enfrentarlas y tiró el agua al piso. Pronto toda la habitación estaba en llamas y los tabiques se incendiaron, lo que propagó el fuego a todas las habitaciones superiores de la casa. Se trajo suficiente agua, pero era imposible acercarse debido a las llamas y la gran cantidad de humo. Al fin alguien puso una escalera larga contra la pared exterior. De un lado estaba rota por el medio. Un joven vecino, John How, subió rápido con un hacha, pero se encontró con que la escalera no era suficientemente alta, pues apenas podía apoyar una mano en las almenas. Cómo se las arregló para subirse hasta las cañerías nadie lo sabe; pero lo hizo y abrió un agujero en el techo por donde salió fuego y humo como de un horno. Entonces otros también subieron con agua y pudieron echarla por entre las tejas, y así se logró apagar el fuego rápidamente. Se quemaron en parte los tabiques y alguna ropa, y se dañó algo el techo y el piso debajo. Es sorprendente el poco daño que ocasionó un fuego tan violento que nadie sabe cómo comenzó, en el

---

[23] 1 Co.7.4.

centro de una habitación, y que hizo romper varios vidrios. Y sorprende aún más cómo no arruinó las camas (que parecían cubiertas por el fuego) ni tampoco los tabiques del otro lado de las piezas aunque las llamas los alcanzaron bastante. Lo que podemos decir es que Dios puso el límite que el fuego no podía pasar.

70. Como ya había visitado la mayor parte de Irlanda, el 27 de mayo de 1758 fui al condado de Sligo, sobre la costa oeste. Considero que es la zona del reino mejor poblada que he visto. Creo que la ciudad es algo más en tamaño que la mitad de Limerick. El domingo 28 prediqué en el mercado a una congregación numerosa. Pero a las cinco de la tarde se duplicó la asistencia y Dios hizo su *palabra más cortante que una espada de dos filos*.[24] Desde entonces nunca han faltado algunos en Sligo que adoren a Dios en espíritu y en verdad. En varios otros lugares del condado, muchos pecadores también se han convertido verdaderamente a Dios.

71. El 17 de junio, en Limerick, me encontré una vez más con Thomas Walsh vivo, pero apenas vivo. Tres de los mejores médicos de esos lugares lo habían atendido y estaban de acuerdo en que era un caso perdido. Por forzar violentamente su voz había contraído una tisis pulmonar, que ya estaba en su última etapa, más allá de toda ayuda humana. ¡Oh, qué hombre para ser arrancado en el vigor de su edad! Por cierto que los juicios de Dios son abismos grandes.[25]

72. Me fui a Courtmatrix, una colonia de alemanes cuyos padres vinieron del Palatinado, en la región de la reina

---

[24] He.4.12.
[25] Sal.36.6.

Ana. Veinte de esas familias se asentaron aquí; otras veinte en Killiheen, a una milla de distancia; otras cincuenta en Ballingrane, dos millas al este, y veinte en Pallas, cuatro millas más lejos. Cada familia poseía un terreno no muy grande en el que edificaron sus casitas. Desde entonces han aumentado considerablemente, no las familias, sino el número de almas. Al no contar con un pastor, se fueron haciendo bebedores y blasfemos, manifestando asimismo desprecio y rebeldía hacia la religión. Pero desde que escucharon la Palabra, han cambiado y recibido con buena voluntad la verdad conforme está en Jesús. Difícilmente se escucha hoy día un juramento ni se ve un beodo. Han edificado una casa de predicación grande y bonita, en el medio de Courtmatrix. Pero como no cabían ni la mitad de los asistentes, prediqué en un terreno grande. Después prediqué muchas veces en Ballingrane y en Pallas, al igual que otros colegas míos. Y el efecto ha sido perdurable. Así Dios ha provisto cuidado para las almas de estos pobres extranjeros, quienes por cincuenta años no tuvieron alguien que se preocupara por su situación.

La religión sencilla y antigua de la Biblia había, pues, encontrado el camino a cada condado de Irlanda, excepto Kerry. Eran muchos los felices testigos que se podían encontrar en cada condado, y en la mayoría de las ciudades grandes. Y no dudo que se hubiera podido contar con el doble de ese número de personas, a no ser por las molestias que se tomaron los llamados protestantes y los papistas para prevenir que escucharan, o por lo menos evitar que aceptaran en su corazón la Palabra que pudiera salvar sus almas.

73. El 3 de marzo de 1759 fui a Colchester, donde me encontré que de los ciento veintiséis que había dejado el

año pasado se habían perdido sólo doce, en cuyo lugar se habían ganado cuarenta. ¡Tal es el fruto de la visitación casa por casa!

Al fin me sometí a la presión de mis amigos y consentí en alquilar el Tabernáculo de James Wheatley en Norwich. Fui allí el martes. Al día siguiente hice algunas averiguaciones que me llevaron a enterarme de que no quedaba ninguna sociedad ni tampoco ningún suscriptor. De modo que todo había que forjarlo desde el principio, o mejor dicho, desde las cenizas. Esa noche pedí a quienes estuvieran dispuestos a unirse, que me hablaran al día siguiente. Vinieron unos veinte, pero la mayoría parecían ovejas asustadas. El sábado y el domingo vinieron unos cuarenta más y otros treinta o cuarenta el lunes. Dos tercios de ellos parecían haber conocido el amor perdonador de Dios. ¿No *envía él por medio del que debe enviar*?[26] En unas dos semanas más, habiendo unido a los miembros nuevos los de la antigua sociedad, totalizaban unos cuatrocientos veinte; y para el 1º de abril pasaron los quinientos setenta. De éstos, ciento cinco nunca habían formado parte de una sociedad, aunque muchos tenían paz con Dios. Creo que si me hubiera podido quedar quince días más, hubiéramos llegado a los mil. Pero, ¿cuáles de éstos retendrán su profesión? Las aves del aire devorarán algunos; el sol quemará a otros y aun otros serán ahogados por los espinos. Me pregunto si deberíamos pretender que la mitad de los que al principio oyen la palabra con gozo serán los que den fruto con perseverancia.

74. En el mes de mayo la obra de Dios se incrementó notablemente en Everton de Huntingdonshire y sus

---

[26] Ex.4.13.

alrededores. No puedo dar una visión más clara de esto que brindando la transcripción de un diario de un testigo ocular:

El domingo 20 de mayo, mientras el señor Berridge predicaba, varios se desmayaron y clamaron en voz alta. Después, en la iglesia, muchos gritaron, especialmente niños cuyas agonías eran sorprendentes. Una de las mayores, una niña de diez o doce años, tuvo, creo que durante todo el servicio, violentas convulsiones, a la vez que lloraba fuertemente. Y lo mismo ocurrió con otros niños más pequeños. La iglesia estaba atestada de gente, tanto adentro como afuera, de manera que el señor Berridge casi se sofocó por el aliento de la gente. Creo que había tres veces más hombres que mujeres, muchos de los cuales venían desde lejos. El texto para el sermón fue: «*tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella*».[27] Cuando se habló del poder de la religión, la presencia de Dios llenaba el lugar. Y ¡qué sonidos de desesperación escuché mientras los pobres pecadores sentían la sentencia de muerte en sus almas! La mayoría de los que daban voces eran hombres; pero algunas mujeres y varios niños experimentaron el poder del mismo Espíritu Todopoderoso, y parecían hundirse en el infierno. Esto ocasionó una mezcla de sonidos, algunos con gritos agudos, otros bramando. Lo más general era la fuerte respiración jadeante, como de personas medio estranguladas, que sofocadas luchan por respirar. Por cierto que la mayoría de los gritos eran como los de seres moribundos. Numerosas personas lloraban silenciosamente. Otras caían como muertas; algunas como hundiéndose en silencio; en cambio otras con extremo dolor y agitación violenta. Yo estaba de pie sobre mi banco, como también otro joven en el banco del lado opuesto, un joven campesino de aspecto fuerte. Pero momento, mientras parecía pensar en todo menos eso, se cayó con una violencia increíble. El golpear de sus pies, mientras estaba revolcándose con fuertes convulsiones debajo de su banco, daba la impresión de que rompería las tablas. Entre los niños que sintieron las flechas del Altísimo, vi un niño fuerte, de unos ocho años, que bramaba más que sus compañeros y parecía sacudirse con la fuerza de un hombre grande, mientras tenía el rostro de un color casi escarlata. Los rostros de casi todos en cuyos hombros Dios apoyó su mano parecían tornarse o muy rojos o algunos casi negros.

Cuando después de caminar un rato, volví a la casa del señor Berridge, me encontré con que se le había llenado de gente. El estaba fatigado, pero dijo que les daría unas palabras de exhortación. Me quedé en otra habitación cerca, y vi allí una joven en el suelo acostada como muerta. En eso escuché a otra señora que rebosaba paz y alegría. Contaba que había venido desde lejos, trece millas, y había soñado que el señor Berridge vendría a su pueblo ese día, cosa que en verdad ocurrió, aunque no conocía el lugar ni el camino. Mientras la escuchaba, noté que la joven que yacía en el suelo se movía. Luego se sentó en una silla y después de suspirar varias veces, repentinamente se puso de pie, alabando y gozándose en el Señor. Seguidamente comenzó a arrodillarse, a ir y venir, a correr y hablar, y a decir

---

[27] 2 Ti.3.5.

cosas como «¡Oh! ¡Lo que puede hacer Jesús por los pecadores perdidos! El me ha perdonado mis pecados.» Entretanto, una niña pálida y delgada lloraba de alegría al ver a su compañera, y de tristeza por sí misma. Pero de repente también en su rostro se vieron las sonrisas celestiales, y sus alabanzas se unieron a las de la otra.

75. Vi dos o tres mujeres jóvenes, muy bien vestidas, que primero parecían bastante preocupadas, pero que de pronto también comenzaron a llorar y gritar amargamente. Continuamos alabando a Dios con toda nuestra fuerza, y su obra siguió. Yo había estado observando hacía un rato a una joven que lloraba, pero ahora noté que su rostro había cambiado; su cara parecía relampaguear con las sonrisas y se coloreó de un rojo oscuro. Enseguida después de esto, un extranjero frente a mí se cayó hacia atrás, contra la pared, luego hacia adelante sobre sus rodillas, retorciéndose las manos y rugiendo como un toro. Su cara, primero roja, se tornó casi negra; se levantó de repente y corrió contra la pared, hasta que dos personas lo sujetaron. Gritaba: «¿Qué haré? ¡Oh, si pudiera tener una gota de la sangre de Cristo!» Mientras hablaba, Dios liberó su alma y el arrobamiento que le envolvió parecía ser demasiado grande para soportarlo. Había venido desde lejos, recorriendo unas cuarenta millas para escuchar al señor Berridge, y se tenía que volver a la mañana, lo que hizo con un corazón feliz, contándoles a todos los que se cruzaban en su camino lo que Dios había obrado en su corazón.

76. Más o menos al mismo tiempo que el señor Coe (tal era su nombre) comenzó a regocijarse, una niña de unos doce años, muy pobre a juzgar por su vestido, parecía también estar profundamente conmovida. Pero la perdí de vista, hasta que oí de otra persona renacida en Zion, y al averiguar sobre ella, resultó ser esa niña. Y la visión que contemplé no creo que volveré a verla en este lado de la eternidad: los rostros de tres niños, y creo que los de todos los creyentes, resplandecían. Y la belleza de esas miradas de felicidad extrema, y de un amor e ingenuidad tales, nunca la había visto antes en rostros humanos. Y estos seres recién justificados se abrazaban unos a otros llorando de alegría. Luego saludaban a todos, suplicándoles que los ayudaran en sus alabanzas al Señor.

77. El jueves 24 fui a escuchar al señor Hickes en Wrestlingworth, a cuatro millas de Everton. Estábamos contentos de enterarnos que se había entregado a la obra de Dios, y que el poder del Altísimo se derramaba sobre los que le escuchaban, como ocurría con el señor Berridge. Mientras predicaba, unas quince o dieciséis personas fueron tocadas por las flechas del Todopoderoso, y cayeron al suelo. Durante unas horas, algunos de éstos permanecieron así, dando con frecuencia gritos muy violentos, mientras que otros se retorcían como con dolores de muerte. Vi también una niña pequeña y un niño de unos nueve o diez años, ambos profundamente convencidos. Estos, junto con otras personas, cuando pasaron a la casa pastoral, cayeron como muertos los unos, y con estertores los otros; pero como sus gritos crecían desmedidamente, me puse a orar y por un rato se calmaron. Pero la tormenta volvió a resonar. Entonces oró el señor Hickes y luego el señor Berridge; algunos recibieron consolación pero otros permanecieron en una profunda tristeza.

De todo esto quisiera destacar el hecho de que he observado que son pocas las personas ancianas que experimentan esta obra de Dios y casi ningún rico tampoco. Estos últimos generalmente demuestran un desprecio absoluto o un rechazo hacia estas experiencias. Y por cierto que ésa también fue la actitud del propio señor Hickes en una época, quien hasta llegó a negar el sacramento a los que iban a escuchar al señor Berridge. Y algo más: considero que el hecho de que ninguno de estos dos caballeros tuviera una gran elocuencia en su predicación, es una demostración clara de que es la obra del Señor la que produce estos cambios. Se extiende hasta Cambridgeshire, hasta una milla de la universidad, y hasta más o menos la misma distancia de Huntingdonshire; pero prospera más que nada en las zonas al norte y al este de Bedfordshire. Las luchas violentas consigo mismos que muchos de los asistentes experimentaron en las iglesias antes mencionadas, han dejado varios bancos rotos. No obstante, es común que mucha gente no se sienta afectada en el momento de estar en la iglesia, pero que se derrumbe al regresar a su hogar. Algunos han sido encontrados como muertos en el camino, y otros en el jardín de la casa del señor Berridge; no pueden caminar desde la iglesia a su casa, aunque no sean más de doscientos metros.

78. El sábado 24 de noviembre fui a Everton, donde había estado unos meses antes. El domingo de tarde la presencia de Dios se hizo sentir entre nosotros, aunque más bien para confortar que para convencer. Pero observé una diferencia notoria en la manera de trabajar ahora, de lo que había visto en mi visita anterior. Nadie entró en trance; nadie emitió gritos; nadie se cayó ni se produjeron convulsiones. Solamente algunos experimentaron temblores fuertes, y se escuchaba un murmullo; pero muchos se sintieron refrescados y renovados por una gran paz. El peligro estaba en considerar demasiado importantes las circunstancias extraordinarias tales como gritos repentinos, convulsiones, visiones, trances, como si estas cosas fuesen esenciales para la obra en el interior del ser, de tal manera que esa obra no podía continuar si no se experimentaban. Tal vez el peligro radique en darles demasiada poca importancia; en creer que hay que condenar esas cosas totalmente; imaginar que no tienen nada que ver con Dios y que son un entorpecimiento para el trabajo. Mientras que la

verdad es: (1) Inesperadamente, Dios ha convencido con fuerza a muchos que eran pecadores y estaban perdidos, y la consecuencia *natural* fueron los gritos repentinos y las fuertes convulsiones corporales. (2) Para robustecer y animar a los que creían, y hacerles más evidente su obra, Dios favoreció a muchos con sus sueños de origen divino; con trances y con visiones. (3) En algunos de estos casos, después de un tiempo, la naturaleza se mezcló con la gracia. (4) A su vez Satanás imitó esta parte de la tarea divina, con el fin de desacreditar toda la obra. Con todo, no es sabio el abandonar esta parte como tampoco lo es el renunciar a la misma. Al principio, es indudable que era totalmente de Dios. En parte lo es todavía hoy. Y él nos capacitará para poder discernir, en cada caso, hasta dónde la obra es pura y hasta dónde está mezclada.

79. El jueves 29, día señalado para una Acción de Gracias General, prediqué en West Street, Seven Dials, Londres, tanto a la mañana como a la tarde. Creo que ni el hombre más viejo de Londres habría visto en su vida un día de Acción de Gracias tan respetado como aquél. Tenía la solemnidad de un Ayuno General. Todos los negocios cerraron. La gente en las calles iba toda muy seria y recogida. Las oraciones, las lecciones y todo el servicio público, estaban admirablemente adecuados a la ocasión. La oración para nuestros enemigos fue particularmente impresionante. Tal vez es el primer ejemplo de esto en Europa. Esa noche no hubo ruidos, apuros, fogatas, fuegos artificiales ni tampoco diversiones públicas. Ciertamente fue un día de fiesta cristiana, un día de regocijo con el Señor. Al día siguiente vino la noticia de que el Almirante Hawke había dispersado la armada francesa.

80. A principios del año 1760, hubo un gran despertar de la obra de Dios en Yorkshire.

El día 13 de junio a la noche, (dice un corresponsal) unas treinta personas se reunieron en Otley (un pueblo a diez millas al noreste de Leeds) como acostumbraban hacerlo, para orar, cantar himnos y exhortarse unos a otros a amar y practicar el bien. Cuando comenzaron a hablar de los distintos estados de sus almas, algunos, entre suspiros y gemidos, se quejaron del peso que sentían por los restos del pecado innato, viendo con más claridad que antes la necesidad de librarse del mismo. Luego de pasar el tiempo que en general dedicaban a esto, algunos retornaron a sus hogares; pero el resto se quedó de rodillas, gimiendo y clamando por las «grandes y preciosas promesas». En cuanto uno comenzaba a orar, al alzar su voz al Señor, el Espíritu Santo intercedía por todos los presentes con gemidos indecibles. Un rato después pudieron desahogar el esfuerzo penoso de sus almas por medio de gritos fuertes y desgarradores. No dudaban del favor de Dios, pero no podían descansar mientras les quedara dentro algo contrario a la naturaleza del Señor. Uno gritó como en agonía, «¡Señor, líbrame de mi naturaleza pecaminosa!» Luego un segundo, un tercero y un cuarto. Y mientras el que había orado primero seguía diciendo, «¡Tú, oh Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, escúchanos por amor a tu hijo Jesús!», uno interrumpió exclamando, «¡Bendito sea el Señor para siempre, porque ha purificado mi corazón!» Y otro, «¡Alaben conmigo al Señor, porque ha limpiado mi corazón de pecado!» Otro gritó, «¡Estoy al borde del pozo del infierno!» Aun otro clamó, «¡Estoy en el infierno! ¡Oh, sálvame, sálvame¡» Mientras, a alguien, en una voz muy distinta se le oyó decir, «¡Bendito sea el Señor, porque ha perdonado mis pecados!» Y así siguieron por espacio de dos horas, algunos alabando y magnificando a Dios; algunos con gran agonía de espíritu, pidiéndole perdón o pureza de corazón. Antes de irse, tres sintieron la seguridad de que Dios había cumplido su palabra y los había limpiado de toda perversidad. A la noche siguiente se reunieron nuevamente y el Señor estuvo presente para sanar a los de corazón quebrantado. Uno recibió remisión de pecados y tres más creyeron que Dios les había limpiado de todo pecado. Es de señalar que todos eran pobres criaturas analfabetas, incapaces ni siquiera de intentar falsificar y engañar. Pero cuando la palabra de Dios va delante, da luz y entendimiento a los sencillos.

81. Así comenzó esa gloriosa obra de santificación que había estado casi detenida durante veinte años. De tiempo en tiempo se extendió, primero por varias partes de Yorkshire, después en Londres y luego por la mayor parte de Inglaterra. Pasó a Dublin, Limerick y todo el sur y el oeste de Irlanda. Y donde la tarea de santificación aumentaba, la totalidad de la obra de Dios se extendía en

todas sus ramas. Muchos se convencieron de sus pecados; muchos fueron justificados; muchos reincidentes sanaron. Así sucedió particularmente en Londres. En Febrero de 1761 había más de trescientos veinte miembros, mientras que en 1763 pasaba de ochocientos.

82. El 27 de febrero de 1761 conocí unas treinta personas que habían sentido profundamente la obra de Dios. Y esté libres de pecado o no, están por cierto llenos de fe y amor.

El miércoles 4 de marzo, apenas había yo entrado a la habitación donde se habían reunido unos pocos creyentes, cuando una mujer comenzó a temblar violentamente, y pronto cayó al suelo. Luego de una lucha violenta estalló en oración, la cual cambió rápidamente por alabanza. Luego nos declaró: «El Cordero de Dios ha quitado todos mis pecados». El miércoles 28, hablando con varias personas en Wednesbury, comprendí que Dios estaba realizando allí su obra al igual que en Londres. Teníamos motivos bien fundados para esperar la libertad de un prisionero del pecado como resultado del sermón del sábado a la mañana y otro en el de la noche. Uno o más recibieron remisión de pecados el domingo, y otro el lunes de mañana, mientras que otro declaró el miércoles que creía que la sangre de Cristo le había limpiado de todo pecado. A la noche yo apenas podía pensar, pero más de uno oyó las palabras de Jesús, «*Quiero; sé limpio*».[28] Por cierto, tan maravillosa fue su presencia hasta cerca de la medianoche, como si hubiera deseado sanar a toda la congregación.

El lunes 23 muchos pastores se encontraron conmigo en Leeds. Al preguntarles sobre el estado en que se

---

[28] Mt. 8.3.

encontraban las sociedades del norte, descubrí que la obra de Dios estaba creciendo en todas partes. Luego conversé con varios de los que creían haber sido salvados del pecado, y después de un examen detallado encontré buena razón para creer que catorce de ellos no se habían engañado.

83. El sábado 2 de mayo fui a Aberdeen, donde el señor Hopper había estado algún tiempo y formado una sociedad. Prediqué allí el domingo y los tres días siguientes, de mañana y de noche, en la sala o en el recinto del colegio, a unas congregaciones muy numerosas y atentas.

El jueves 7 partí de Aberdeen, dejando noventa miembros en la sociedad. Cabalgué unas veinte millas hacia el noroeste, para ir a lo de Sir Archibald Grant, cerca de Monymusk. Alrededor de las seis de la tarde, prediqué en la iglesia, bastante llena del tipo de personas que no pensábamos encontrar tan cerca de las tierras altas. Me sentí muy alentado entre ellos. El viernes salí temprano, llegando el sábado a Edimburgo.

84. El jueves 21 estuve averiguando cómo era posible que en todos estos lugares contáramos con tan pocos testigos de una salvación plena. La única y constante respuesta que recibí fue la siguiente: «Ahora vemos que la buscábamos por medio de las obras. Pensábamos que era algo que llegaría gradualmente. Nunca imaginamos que vendría en un momento, simplemente por fe, de la misma manera como recibimos la justificación.» No es de sorprender entonces que hayan estado luchando todos estos años *como quien golpea el aire*.[29]

El lunes 22 de junio hablé con cada uno de los miembros de la sociedad de Hutton Rudby, cerca de Yarm.

[29] 1 Co.9.26.

De unos ochenta miembros, casi setenta eran creyentes, y creo que dieciséis renovados en amor. Aquí había dos bandas de niños, una de varones y otra de niñas, la mayoría de los cuales andaban en la luz. Cuatro de los que parecían estar salvos de pecado pertenecían a una familia, y todos caminaban en santidad y sin culpa. Encontré muchos casos así en cada lugar del condado.

85. El 22 de agosto retorné a Londres, donde encontré que la obra de Dios progresaba rápidamente. Las congregaciones en cada lugar eran más numerosas de lo que lo habían sido por varios años. Muchos encontraron la paz en el Señor. Muchos reincidentes habían sanado y estaban colmados de amor. Y muchos creyentes habían encontrado el descanso que nunca antes habían imaginado podrían experimentar en sus corazones. Entretanto, al enemigo no le faltaban oportunidades para ir sembrando cizaña entre la buena semilla. Yo vi esto con claridad, pero me cuidé de no usar violencia, no fuera que al arrancar la cizaña arrancara también el trigo. El lunes 21 de septiembre vine a Bristol, donde encontré asimismo un gran crecimiento en la obra de Dios, las congregaciones muy crecidas y la gente ansiosa y sedienta de justicia. Cada día surgían casos de personas convencidas de su pecado o convertidas al Señor. Nos parecía que este año, a él le placía derramar su Espíritu por todas partes en Inglaterra e Irlanda de una manera no vista antes, o por lo menos en muchos años. ¡Qué pena que tantos hijos de Dios no conocieron el día de su visitación!

86. El 26 de diciembre hice una averiguación específica sobre al caso de Mary Special, una mujer joven que entonces vivía en Tottenham Court Road. Ella dijo lo siguiente: «Hace cuatro años sentí mucho dolor en mis senos y descubrí unos quistes. Hace cuatro meses se abrió

el izquierdo y drenaba continuamente. Como seguía empeorando, me recomendaron ir al Hospital San Jorge. Me sacaron sangre muchas veces y tomaba cicuta tres veces al día, pero no mejoraba. El dolor y los quistes estaban igual y todo se había vuelto de color morado. Ayer hizo una semana que fui a lo del señor Owen, a una reunión de oración. El señor Bell me vio y me preguntó: ¿Tiene fe para ser sanada? Yo le respondí que sí. Entonces él oró por mí y en pocos momentos desapareció todo el dolor. Pero al día siguiente de nuevo sentí un poco de dolor. Cubriéndome los senos con las manos, clamé en voz alta, ¡Señor, si tú quieres, puedes sanarme! Y desapareció el dolor. Desde ese momento no tuve más dolor, ni inflamación, ni quistes, ni hinchazón; es decir que todo está perfectamente bien y sano.»

Aquí tenemos hechos claros: (1) Ella estaba enferma. (2) Ahora está bien. (3) Se recuperó en un momento. ¿Cuál de estos tres hechos puede negarse?

87. Todo el mes de enero de 1762 la obra del Señor continuó con vigor no sólo en Londres sino en casi toda Inglaterra e Irlanda. El 5 de febrero me reuní, al mediodía según nuestra costumbre, con aquéllos que estaban convencidos de haber sido salvados del pecado. Les advertí que dos o tres hombres buenos pero débiles estaban divulgando en forma entusiasta un texto malinterpretado del Apocalipsis, mediante el cual deducían que no morirían. Y que esa actitud había provocado un gran sentimiento triunfalista en quienes buscaban ocasión de regocijarse como si hubieran descubierto un tesoro. Desde el principio al fin, fue un año para no olvidarlo; tal fue la multitud de pecadores que se convirtieron del error de sus caminos en tantos lugares de Inglaterra e Irlanda.

88. En el mes de abril crucé a Irlanda, y tanto en el norte como en el oeste y el sur del reino encontré razones para bendecir a Dios por el abundante incremento de su obra. El 24 retorné a Dublin y encontré que allí también aumentaba la llama. La congregación esa noche era tan numerosa como solía ser la del domingo. Y el lunes 26 a las cinco de la mañana, mayor aún que a la noche. En dos días y medio, cuatro personas dieron gracias por haber experimentado la misericordia perdonadora de Dios. Y siete más (entre ellas una madre y su hija) por haber sido *perfeccionadas en el amor*.[30] La persona por medio de quien complacía a Dios hacer su obra era John Manners, un hombre sencillo, mediocre, nada elegante, más bien de hablar lento, que nunca antes había sido mayormente útil, pero que parecía haber nacido para esta sola tarea. Pero en cuanto la hubo realizado, enfermó de tisis, languideció por un tiempo y falleció.

89. Me encontré con que Manners no había exagerado en nada la veracidad de los informes que me había enviado de tiempo en tiempo. En una de sus primeras cartas dice:

> La obra aquí es tal como nunca había imaginado. Casi no hay día en que algunos no sean justificados o santificados. Esta semana hubo tres o cuatro justificados y otros tantos, si no más, renovados en amor. La gente está muy exaltada. Nunca había pasado un día como el último domingo. Mientras yo oraba en la sociedad, el poder del Señor nos cubrió, y algunos alzando la voz exclamaron, «¡Señor, puedo creer!» Los clamores pronto se generalizaron, y a la vez se dejaron escuchar vehementes oraciones. Dos veces intenté comenzar a cantar, pero el bullicio no permitía que me oyeran. Les pedí que se tranquilizaran y esperaran la bendición en quietud y compostura. De esta manera se hizo un silencio solemne que sólo fue roto en parte por dos o tres que no pudieron abstenerse. Oré nuevamente y el poder pacificador de la gracia se sintió en muchos corazones. Nuestras congregaciones han aumentado mucho y no dudo que veremos cosas más grandes que éstas.

---

[30] 1 Jn.4.12, 18.

Cuatro días después escribe:

La obra de Dios crece diariamente. Casi no hay día en que algunos no sean justificados o santificados, o ambas cosas. El jueves tres personas vinieron a decirme que la sangre de Cristo los había limpiado de todo pecado. Una mujer me dijo haber sido justificada siete años antes, y que durante cinco tuvo el convencimiento de la necesidad de ser santificada; pero esta fácil convicción era vana, puesto que dos semanas atrás se apoderó de ella un sentimiento que no le permitió descansar, hasta que, finalmente, pudo experimentar en lo profundo de su corazón que Dios le había concedido la anhelada santificación.

El fuego se propaga a todo lo que está cerca. Un viejo soldado que volvía de Alemania se detuvo una noche, en su camino hacia el norte de Irlanda, para participar en una reunión que mucho le sorprendió, pues se encontró con hombres que, al igual que Jacob, luchaban por obtener la bendición divina. Al principio de la guerra, al pasar por Dublin, cuando se dirigía a Alemania, había una experiencia de Dios que le permitió caminar en la luz continuamente, a pesar de todos los peligros que tuvo que afrontar en una dura campaña bélica. A su retorno, al pasar por Londres, se convenció de la necesidad de lograr una santificación total. Y a poco de llegar aquí se vinculó con un pequeño grupo que se reúne diariamente para orar. Una noche, al terminar la reunión, los retuvo, rogándoles que no se fueran hasta que Dios le bendijera. Se arrodillaron nuevamente, contendiendo con el Señor en su esfuerzo por obtener su perdón, hasta que sintió que era liberado de sus pecados.

90. En su última carta dice:

Estaba muy preocupado por los niños, temiendo que nuestros esfuerzos respecto a ellos fueran vanos. Pero he descubierto que podremos cosechar si no desmayamos. He notado que Margaret Roper, de ocho años de edad, ha estado muy pensativa últimamente. El otro día, durante el devocional de la familia, comenzó a llorar amargamente. Le preguntaron qué le ocurría y respondió que era una gran pecadora y que no podía orar. Le aconsejaron que se fuera a dormir. En cuanto llegó a su habitación comenzó a llorar, gritar y batir las manos con tal fuerza que se la escuchaba desde el otro lado de la calle. Pero el Señor pronto serenó su corazón. Luego, cuando le preguntaron cómo se sentía, respondió: «Diez veces mejor. Ahora puedo amar a Dios y me gustaría que se quedaran conmigo para cantar toda la noche.» Desde entonces ha estado bien y alegre, aunque su comportamiento es serio como si tuviera cuarenta años. 3 de julio. Nuestro gozo en estos momentos es muy grande. La llama sigue acrecentándose. Desde el sábado, ocho pecadores han sido justificados y dos más renovados en el amor. Antes nuestra casa era suficientemente grande, pero ahora apenas contiene a la gente. Y son pocos los que tenemos en la sociedad que no están esforzándose por obtener el amor de Dios o gozándose por haberlo logrado.

91. Pude comprobar que en Dublin había unas cuarenta y tres o cuarenta y cuatro personas que

disfrutaban de la gracia de Dios. Por lo menos cuarenta de éstos la habían conseguido en cuatro meses, y a su vez habían recibido remisión de pecados. No se había acortado la mano del Señor para salvar, sino que continuaba obrando con su celeridad habitual. En algunos aspectos, la obra de Dios en este lugar es más notable aun que la de Londres. (1) Por una parte es mucho mayor en proporción al tiempo y al número de personas. La sociedad de aquí es apenas una quinta parte que la de allá. Seis meses después que se encendió la llama en Londres, pudimos contar con unos treinta testigos de la gran salvación; aquí había más de cuarenta en cuatro meses. (2) La tarea aquí fue más sencilla. En efecto, no existían personas obstinadas o poco aconsejables, nadie que soñara con ser inmortal o infalible, o incapaz de ceder a la tentación; es decir, ninguna persona caprichosa, antojadiza o entusiasta. Todas eran reposadas, tranquilas y sensatas. Sé que con el correr del tiempo varias de éstas cayeron de su firmeza. Y esto no me sorprende, pues era de esperar. Más bien me sorprende que fuesen tan pocas. Esto en ningún caso altera mi juicio en lo que concierne a la gran obra que Dios llevó entonces a cabo, la más grande, según creo, que se realizó en Europa desde la Reforma.

92. El mismo trabajo se realizaba ahora en Limerick, sobre el cual recibí varios informes. El último decía así: «Bendito sea Dios; desde que usted estuvo aquí, la Palabra corre con rapidez. Anoche su poder estuvo ciertamente presente, y otra persona experimentó la certeza de que Dios le había limpiado de toda maldad. Actualmente hay diez mujeres y trece hombres que dan testimonio, y sus vidas otorgan veracidad al mismo. Ocho de ellos hace poco han recibido remisión de sus pecados. Y muchos más están en

una actitud de plena entrega a Dios, preparados para entrar al estanque.» Así que, a juzgar por la proporción del tiempo, que fue sólo de tres o cuatro semanas, y el número de oyentes (no la mitad sino tal vez una tercera parte), la obra de Dios fue mayor en Limerick que en Dublin.

93. El domingo 1º de agosto llegué a Parkgate, de donde seguí a Chester. La sociedad nunca había estado en el estado en que la encontré. La paz y el amor prevalecía entre ellos. Unos doce estaban convencidos de estar salvados del pecado. La mayoría se encontraba sumamente sedienta de Dios, buscándole de continuo. El miércoles 4 viajé a Liverpool, donde también la obra de Dios se había desarrollado como nunca antes. La congregación asistente en los últimos meses era sorprendente. Poco antes de mi visita, nueve personas fueron justificadas en una hora. A la mañana siguiente hablé con varios que creían estar santificados. Eran cincuenta y uno en total: veintiún hombres, veintiuna mujeres viudas o casadas y nueve jovencitas y niños. En una de éstas, el cambio se produjo tres semanas después de su justificación; en tres, en los siete días siguientes; en uno, en cinco días; y en Samuel Lutwich, de catorce años, sólo en dos días. A la niña de once años, Hannah Blakeley, le pregunté: «¿Qué deseas ahora?» Con sorprendente energía me respondió, mientras le corrían las lágrimas por las mejillas: «¡Nada en este mundo; sólo más de mi Jesús!»

94. Alguien escribió desde Bolton, en Lancashire, lo siguiente: «Gloria sea a Dios, pues está obrando milagros entre nosotros. Desde que nos dejó el señor Furz, siete o más han sido justificados, y seis santificados en una reunión. Creo que dos de éstos fueron justificados y santificados en menos de tres días. ¡Oh, qué reunión la última de nuestra clase! En tres minutos o menos, Dios,

inesperadamente, convenció a un viejo opositor de la verdad, e hirió a muchos más. Yo nunca había sentido la presencia del Señor de manera tan poderosa.»

Averiguando cómo había comenzado el reavivamiento en Macclesfield, recibí el siguiente informe: En el mes de marzo pasado, después de una larga temporada, la noche de un lunes predicó John Oldham. Cuando terminó y ya estaba por irse, un hombre cayó al suelo clamando por misericordia. En pocos minutos ocurrió lo mismo con otros. El señor Oldham volvió e intercedió ante Dios en oración por estas personas. Alrededor de la medianoche se retiró, dejando a algunos de los hermanos orando por ese grupo, quienes habían resuelto seguir rogando hasta obtener una respuesta de paz. Siguieron así hasta las seis de la mañana y nueve personas fueron liberadas.

Se reunieron nuevamente a la noche siguiente. En esta oportunidad seis o siete más encontraron la paz y el gozo de poder creer. Y así siguieron, uno o dos por noche, hasta el lunes siguiente, cuando se experimentó otra lluvia general de gracia. Y muchos creyeron que la sangre de Cristo les había limpiado de todo pecado. Hablé con estas cuarenta personas, una por una. Algunas dijeron que habían recibido esa bendición diez días antes, otras siete, otras cuatro, otras tres, después de haber encontrado la paz en Dios. ¡Qué maravilla, si tenemos en cuenta que *para el Señor un día es como mil años*[31]!

95. El caso de Ann Hooly fue muy singular. Con frecuencia había declarado que «el Dios metodista no será mi Dios. Antes prefiero ir al infierno que al cielo por su

---

[31] 2 p.3.8.

camino». Un día estaba en la calle conversando con dos jóvenes, cuando acertó a pasar por allí John Oldham, quien se detuvo a hablar un momento con los dos jóvenes a quienes conocía, luego de lo cual continuó su camino. En eso ella rompió a llorar, diciendo «¿Acaso soy yo tan pecadora que no se atreve a hablarme?» Alrededor de las doce el señor Oldham fue llamado con urgencia. La encontró en una profunda aflicción, de modo que se puso a orar hasta que se tranquilizó y *su espíritu se regocijó en Dios su Salvador*.[32] A pesar de ello, tres noches después se volvió a sentir muy angustiada y lloraba diciendo: «Tendré un corazón malvado hasta que Dios me lo quite». Y Dios lo hizo unas pocas horas después. Luego de esa experiencia fue siempre un modelo para toda la gente joven del pueblo. Tenía trece años. Alrededor de un año después, su espíritu retornó al Señor.

El sábado hablé en Manchester con aquéllos que creían que Dios había limpiado sus corazones. Eran sesenta y tres personas. Por lo menos en sesenta de ellas no pude encontrar objeción razonable alguna.

96. Años atrás mi hermano solía decir: «Tu día de Pentecostés no ha llegado totalmente, pero no dudo que llegará. Y entonces oirás hablar de personas santificadas con tanta frecuencia como ahora de personas justificadas». Cualquier persona que sea imparcial puede observar que eso ya ha ocurrido, pues hemos oído de personas santificadas en Londres y en muchas otras partes de Inglaterra, y en Dublin, como también en casi toda Irlanda, tanto como de personas justificadas (aunque los ejemplos de estas últimas fueron mucho más frecuentes de lo que lo habían sido veinte

[32] 1C.1.47.

años atrás). El hecho de que muchos de éstos no retuvieron el don de Dios no es prueba de que no les haya sido otorgado. Por otra parte, el hecho de que hay muchos que lo retienen hasta el día de hoy es motivo de alabanza y acción de gracias. Y muchos de ellos ya han ido a aquél a quien amaron, alabándole con su último aliento. Tal fue el caso de Ann Steed, la primera testigo de la gran salvación en Bristol. Totalmente gastada por la enfermedad y atroz dolor, luego de haber encomendado a Dios a todos los que estaban rodeándola, levantó su mirada y exclamó en alta voz: «¡Gloria! ¡Aleluya!» y murió.

97. El lunes 6 de diciembre escuché a George Bell orar en el Foundery. Creo que parte de lo que dijo provenía de Dios y parte de una imaginación afiebrada. Pero como no decía nada que estuviera peligrosamente equivocado, no vi razón por el momento para objetarlo. Muchos de nuestros hermanos estaban empeñados en esos momentos en propagar el principio de que «ninguna persona puede enseñarles a los que han sido renovados en amor, a menos que ella misma lo esté también». Yo vi a lo que apuntaba esto, pero no quise adoptar ninguna medida severa. Lo mencioné a algunos amigos y les dije cuál sería la consecuencia. Pero ellos no lo podían creer, así que dejé todo tranquilo, pidiéndoles que recordaran que se los había advertido.

El domingo 26, para no hacer nada precipitadamente, permití que George Bell predicara en la capilla de West Street, y una vez más, el miércoles de noche, en el Foundery. Pero era cada vez peor. Ahora hablaba como de parte del Señor cosas que yo sabía no eran de Dios. Por lo tanto le dije que no podía orar más allí. Yo esperaba que esto reprimiría los ímpetus de algunos

hombres buenos pero equivocados; en especial considerando el caso de Benjamin Harris, el más irreflexivo de todos. Una o dos semanas antes, este hombre se encontraba trabajando en su jardín cuando tuvo un ataque de locura. Siguió así hasta el martes 21 de diciembre, cuando se quedó quieto y tranquilo, aunque sin habla, hasta que el miércoles de mañana su espíritu retornó al Señor. Ahora me detuve a mirar atrás al año que había pasado, año de pruebas insólitas y de bendiciones nada frecuentes. Ha sido abundante el número de los que se han convencido del pecado y también muchos los que han encontrado la paz con Dios. Creo que sólo en Londres doscientas personas han obtenido una gloriosa libertad. Aun así, he tenido más preocupaciones y problemas en seis meses que en varios años precedentes.

98. El viernes 7 de enero de 1763, le pedí a George Bell que se encontrara conmigo. Me esforcé mucho para convencerle de sus errores, en particular el último sobre el que hablaba mucho, de que el 28 de febrero tendría lugar el fin del mundo. Pero no pude conseguir nada pues estaba firme como una roca.

El domingo 23, con el fin de controlar un mal mayor, prediqué sobre «*No juzguéis, para que no seáis juzgados*».[33] Pero en muchos tuvo un efecto contrario, puesto que lo interpretaron como una sátira a George Bell, y llevó a uno de sus amigos a decir: «Si el propio demonio hubiera estado en el púlpito no hubiera predicado un sermón tal». Durante todo este tiempo llegaba información de todos los sectores, de que pronto se produciría una división en esta sociedad. Pero yo todavía tenía la esperanza

[33] Mt.7.1.

de que cargando con todo, vencería con el bien el mal; hasta que el martes 15 de noche, vino la señora Coventry y entregó su credencial de miembro, junto con las de su esposo, hijas y personal de servicio, diciendo que no querían escuchar más tales doctrinas; que el señor _____ predicaba la perfección, pero el señor Wesley la echaba abajo. Y eso fue precisamente lo que hice con la perfección de George Bell y todo lo que él incitaba. Así que la brecha se abrió el agua corre sin impedimentos. Que quienes puedan, la recojan. Cada día más y más personas devolvieron su credencial. Y todos éstos eran fervientes en cuanto a ganar conversos para su grupo, principalmente hablando de toda forma de maldad, por lo cual muchos de los que no se unieron a ellos, nos dejaron a nosotros. De manera que en unos pocos meses doscientos miembros abandonaron la sociedad.

99. El lunes 22 de febrero, observando el terror ocasionado por esa maravillosa profecía que se extendía a lo largo y a lo ancho, intenté sacar algo bueno para predicando en Wapping sobre: «*Buscad al Señor mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano*»,[34] pero declarando a la vez (como lo había hecho con frecuencia antes) que, si la Biblia es veraz, esa profecía es falsa. Los tres días siguientes los pasé compilando la lista de los miembros de la sociedad. Así me encontré con que treinta de aquéllos que habían sido salvados del pecado nos habían abandonado. Pero más de cuatrocientos de los que habían testificado la misma confesión estaban más unidos que nunca. El lunes 28, en mi predicación en Spitalfields sobre el

---

[34] Is.55.6.

tema «*Prepárate para venir al encuentro con tu Dios*»,[35] me extendí en demostrar lo absurdo de la suposición de que esa noche terminaría el mundo. Pero, a pesar de lo que dije, muchos no se acostaron a dormir por temor; algunos anduvieron caminando por los campos, convencidos de que, si no se terminaba el mundo, por lo menos Londres sería tragada por un terremoto. Yo me fui a la cama como de costumbre a las diez de la noche y dormí plácidamente.

La mayor parte de esa primavera estuve ocupado en visitar la sociedad, asistiendo a sus miembros, tranquilizando las mentes de quienes estaban confundidos y angustiados por mil tergiversaciones. Por cierto que, como era de preveer, había una inundación de calumnias y de maldades provenientes de diversos lados. Mi meta seguía siendo continuar hacia adelante en la tarea para la cual he sido llamado.

100. No me fui de Londres hasta el 16 de mayo. Después de pasar unos días en Escocia volví por Newcastle hacia Barnard Castle, en el condado de Durham, donde prediqué a una congregación sumamente numerosa y profundamente seria. Tenía la intención de reunirme con los miembros de la sociedad después de la predicación. No obstante, fue tal la presión de la mayor parte de la gente que había asistido al servicio, y que deseaban escuchar más, que tuve que dejar que entraran todos los que el lugar podía contener. El jueves 6 de junio, a las cinco de la mañana, tuve que predicar afuera, dado el número tan grande de personas que acudieron a escuchar. Hay algo extraordinario en la manera en que el Señor ha reavivado la obra en este lugar. Hace unos pocos meses la mayoría de la gente en este

---

[35] Am.4.12.

circuito era completamente apática. Samuel Meggot (ya glorificado), percibiendo esto, aconsejó a la sociedad de Barnard Castle que mantuvieran los viernes como día de ayuno y oración. El primer viernes que se reunieron tuvieron la experiencia de que Dios se hiciera presente entre ellos de forma maravillosa. Y desde ese momento, la obra ha seguido creciendo. Las sociedades vecinas que oyeron hablar de esto decidieron seguir el ejemplo, y pronto fueron igualmente bendecidas. ¿No es la inobservancia y el incumplimiento de este sencillo deber (me refiero al ayuno, considerado por nuestro Señor al mismo nivel que la acción de gracias y la oración) una razón importante en el desinterés y la apatía entre los cristianos? ¿Puede alguien abandonarlo por su propia voluntad y no tener culpa?

101. Le había pedido a Samuel Meggot un informe más detallado del trabajo en Barnard Castle. Parte de su respuesta es lo que sigue:

Junio 7 de 1763.

En unas diez semanas unas veinte personas han encontrado la paz en el Señor y veintiocho la gran salvación. Esta mañana, antes de que usted partiera, uno encontró la paz y otra la segunda bendición; y luego que usted se fue, dos más la recibieron. Una de estas personas había pertenecido a la sociedad antes, pero cuando se apartó persiguió amargamente a su esposa, la cual profesaba haber sido salvada del pecado. El 29 de mayo vino hecho una fiera dispuesto a arrastrarla fuera de la sociedad. Alguien gritó: «¡Oremos por él!» El se alejó corriendo; y su esposa se fue a su casa. No pasó mucho tiempo antes que él volviera enloquecido y jurando que mataría a su esposa. Alguien le preguntó: ¿No temes que el Señor te castigue?» Respondió: «¡No, que Dios haga lo peor. Yo terminaré con ella y los chicos, y conmigo también, y nos iremos todos al infierno!» Su esposa y los hijos cayeron de rodillas y se pusieron a orar. Su rostro cambió, y se quedó quieto como un cordero. Pero al rato le sobrevino un temor horrible, y se le veía muy desesperado. La mano de Dios se posó sobre él y no le dio descanso ni de día ni de noche. El martes de tarde vino a buscar a su esposa, que estaba orando por él, rogándole, llorando, que orara por su liberación. El jueves luchó con el Señor hasta quedar empapado como si hubiera caído al agua. Pero esa noche el Señor enjugó sus lágrimas y le llenó de un gozo indecible. Esa mañana, mientras se encontraba orando, Dios le hizo comprender que había purificado su corazón. Y al ponerse de pie así lo

declaró a los miembros. Corrió hacia su esposa, no para matarla, sino para tomarla en sus brazos y llorar juntos lágrimas de gozo y de amor.

102. El miércoles 12 de octubre fui a Norwich resuelto a enmendar o terminar con esa sociedad. El viernes le leí a la congregación las Reglas de la sociedad. Luego agregué: «Aquéllos que estén dispuestos a cumplir estas reglas, y sólo éstas, pueden continuar con nosotros. Durante muchos años esta sociedad me ha dado más trabajo y preocupación que la mitad de las sociedades de Inglaterra juntas. Con la ayuda de Dios los pondré a prueba durante un año más, y si producen mejor fruto, me gozaré.» Al domingo siguiente, después de la predicación de la mañana, me reuní con la sociedad por primera vez. Después fui a la iglesia con un número considerable de personas, muchas de las cuales creo que no habían estado dentro de esas paredes en muchos años. A la noche, *Dios desnudó su santo brazo*[36] y su palabra fue *cortante como espada de dos filos*.[37] Y desde ese momento tuve más y más pruebas de que nuestro trabajo en Norwich no había sido en vano.

103. El viernes 18 de noviembre terminé mi visita a las clases de Londres. Aquí me detuve para repasar las cosas ocurridas en los últimos tiempos. Antes de que el señor Walsh partiera de Inglaterra, Dios comenzó esa gran tarea que ha continuado desde entonces sin ninguna interrupción digna de mención. Durante todo ese período muchos se han convencido de su pecado, muchos has sido justificados y muchos reincidentes sanados. Pero la tarea destacada en esta temporada ha sido la de *perfeccionar a los santos*,[38] según la expresión de san Pablo. Muchas personas

---

[36] Is.52.10.
[37] He.4.12.
[38] Ef.4.12.

en Londres, Bristol, York y varias otras partes de Inglaterra e Irlanda, han experimentado un cambio tan profundo y universal como nunca se lo podrían haber imaginado. Luego de una íntima convicción del pecado innato, en un momento determinado se han sentido llenas de fe y amor; el pecado se desvaneció y desde ese momento no percibieron más el orgullo, la ira, el deseo o el descreimiento. Podían estar siempre gozosos, orar sin cesar y dar gracias en todo.[39] Ahora, sea que a esto lo denominemos *destrucción del pecado* o no, sin duda fue un acto glorioso de Dios, una obra tal, considerando su profundidad y su extensión, como nunca antes habíamos visto en estos reinos. Es posible que algunos de los que hablaron de estas cosas estuvieran equivocados. También es posible que algunos hayan perdido lo que entonces recibieron. Unos pocos (muy pocos comparados a todo el número) primero dieron paso al entusiasmo; luego al orgullo, siguiendo con prejuicios y ofensas, y finalmente se separaron de sus hermanos. Pero aunque esto constituyó una enorme piedra de tropiezo en el camino, la obra del Señor continuó, y no ha cesado en ninguna de sus ramas. Dios aún convence, justifica y santifica. Sólo perdimos la escoria, el entusiasmo, el prejuicio y la ofensa. El oro puro, es decir, *la fe que obra por el amor*,[40] permanece, sí, y crece diariamente.

104. El viernes 30 de marzo de 1764 me encontré en Sheffield con aquéllos que creían que Dios los había redimido de toda iniquidad.[41] Eran alrededor de sesenta y no me enteré de que hubiera alguno que no anduviera como era

---

[39] 1 Ts.5.16-18.

[40] Gá.5.6.

[41] Tit.2.14.

digno de su vocación.[42] Muchos los observaban por un posible mal comportamiento, pero ellos vencían *con el bien el mal*.[43] No encontré entre ellos absolutamente nada de engreimiento, terquedad, impaciencia o entusiasmo. Habían aprendido lo mejor de quien fue *manso y humilde de corazón*,[44] y adornaban *la doctrina de Dios, nuestro Salvador*.[45]

105. El viernes 8 de junio, habiendo visitado las zonas del sur de Escocia, me dirigí a Inverness, pero no pude llegar allí hasta las ocho de la mañana del domingo. Llovía tanto que no se podía predicar afuera; y como no conocía a nadie en la ciudad tampoco podía averiguar de alguna habitación conveniente, así que no sabía qué hacer. A las diez me fui a la iglesia. Después del servicio, el señor Fraser, uno de los ministros, me invitó a comer y luego tomar te. Mientras lo bebíamos me preguntó a qué hora me gustaría predicar. Yo le contesté que a las cinco y media. La iglesia se llenó en poco tiempo y pocas veces he encontrado mayor libertad de espíritu. El otro ministro vino después a la posada y me demostró una cordialidad muy afectuosa. Prediqué una vez más a la mañana siguiente, y creo que la iglesia estaba más llena aun. Y no pude menos que observar el extraordinario comportamiento de toda la congregación después del servicio. Nadie, ni hombre, ni mujer ni niño, decía una palabra a todo lo largo de la calle principal. Alrededor de las once monté a mi caballo y partí. En Nairn, donde paramos para comer, el posadero me dijo, «Señor, los caballeros del pueblo han leído el librito que usted me dio el

---

[42] Ef.4.1.
[43] Ro.12.21.
[44] Mt.11.29.
[45] Tit.2.10.

sábado, y les agradaría si usted hiciera el favor de predicarles un sermón». En cuanto consentí hacerlo, inmediatamente comenzó a repicar una campana y se reunió una gran asamblea. ¡Qué enorme diferencia hay entre el sur y el norte de Gran Bretaña! Allí a todos les encanta por lo menos escuchar la palabra de Dios. Y a nadie se le ocurre decir una palabra descortés a cualquiera que está intentando salvar su alma. No mucho después se formó en Inverness una pequeña sociedad que continúa hasta el día de hoy.

106. Durante todo ese año, al igual que en el anterior, hubo un aumento considerable en la mayoría de las sociedades, tanto en Inglaterra como en Irlanda.

Crucé desde Escocia al norte de Irlanda a principios del mes de mayo, dirigiéndome a Cork, a donde llegué el miércoles 19 de junio después de haber pasado por Ulster y Connaught. Los días lunes y martes siguientes hablé con cada uno de los miembros de la sociedad por separado. Eran doscientos noventa y cinco, cincuenta o sesenta más de los que habían tenido durante varios años. Esto se debía en parte a la predicación al aire libre y en parte a las reuniones de oración que se realizaban en diversos lugares de la ciudad. Estos fueron los medios por los que fue posible despertar a varios pecadores empedernidos, recuperar muchos reincidentes y atraer a otros más que nunca antes habían considerado el asistir a una predicación en un lugar distinto. Después de visitar las sociedades intermedias, el jueves 18 de julio llegué a Dublin donde pasé, muy cómodo, un corto tiempo, luego de lo cual retorné a Inglaterra.

107. El domingo 8, en cuanto llegué a Redruth, como había escuchado un informe algo extraño, mandé buscar a la persona implicada, Grace Paddy, una joven sensata, de

quien ahora puedo hablar con libertad, pues ya descansa en el seno de Abraham. Ella me dijo:

Yo no creía ser una mala persona, pero era bastante descuidada respecto a la religión, hasta que durante la época de Navidad escuché a mi hermano decir: «Dios me ha dado todo lo que quiero. Soy todo lo feliz que puedo ser». Esto ocurrió alrededor de las diez de la mañana. Sus palabras me golpearon tan fuerte que me encerré en mi habitación a pensar y preguntarme: «¿Por qué soy así? ¿Será porque no estoy convencida de mi propio pecado?» Y clamé con vehemencia: «¡Señor, dame toda la convicción que pueda soportar!» Inmediatamente me vi de tal manera que gemí por el desasosiego de mi corazón. A la mucama que subía corriendo la escalera, le pedí que llamara a mi hermano. Este vino y se regocijó al verme así y dijo, «Cristo está pronto a recibirte, sólo tienes que creer», y se puso a orar. Un rato después toda mi aflicción había desaparecido y yo sentía que creía. Todos mis pecados fueron borrados. No obstante, a la mañana siguiente tuve la convicción íntima de que necesitaba un cambio más profundo. Sentía restos de pecado en mi corazón que deseaba que fueran eliminados. Ansiaba sentirme redimida de toda pecaminosidad, ser limpia de toda maldad. Y cada vez que el señor Rankin predicaba, este deseo aumentaba extraordinariamente. Después, cuando reunió a la sociedad, durante su oración final yo sentí un cambio imposible de expresar, en lo profundo de mi corazón. Y desde ese momento no he sentido ira, ni orgullo, ni mal genio, ni nada contrario al amor puro de Dios, el cual siento constantemente. No deseo nada más que a Cristo, al cual tengo siempre reinando en mi corazón. No necesito nada. El es mi porción suficiente, en el tiempo y en la eternidad.

Nunca supe de un ejemplo semejante; tampoco leí algo así. Una persona se convence del pecado, se convierte a Dios y se renueva en amor ¡en doce horas! Sin embargo, no es increíble, dado que para el Señor un día es como mil años.

108. El domingo 24 de noviembre prediqué en Londres sobre la porción bíblica correspondiente al Leccionario, que dice: «*El Señor es nuestra justicia*».[46] No dije ni una cosa que no haya dicho por lo menos cincuenta veces en esos doce meses. No obstante, a muchos les parecía enteramente nuevo, por lo que me importunaban pidiéndome que imprimiera mi sermón, pensando que con el mismo cerrarían la boca de todos los contrarios. ¡Ah! ¡Qué

---

[46] Jer. 23.6. Véase el Sermón 20, en el volumen 1 de esta serie.

ingenuos! A pesar de todo lo que yo imprima, diga o haga, quienes buscan la ocasión, ¿acaso no la encontrarán?

109. Volví a Irlanda a fines de marzo de 1767. Era mi deseo conocer el verdadero estado de la obra de Dios en todo ese reino. Después de visitar cada lugar, el resumen de mis observaciones es el siguiente: Hay un aumento considerable de la obra de Dios a través de la provincia del Ulster. Se acusa algún aumento en Connaught, en especial en Sligo, Castlebar y Galway. En algunas partes de Leinster hay crecimiento. Pero en Munster, una tierra que fluye leche y miel, en uno o dos años el cambio para peor es sorprendente. En algunos lugares ha prevalecido por completo el dios de este mundo, y quienes habían cambiado han vuelto, según el proverbio, como el perro vuelve a su vómito; en otros permanece apenas una chispa de su primer amor. Y en Limerick mismo, encontré solamente el recuerdo del fuego que se encendió hace dos años.

110. En la sociedad de Cork, dos años antes dejé más de trescientos miembros. Ahora encontré ciento ochenta y siete. ¿Qué ocasionó una disminución tan considerable? Creo que la verdadera causa es la siguiente: Dos o tres años atrás, los señores T. Taylor y W. Penington, que eran buenos predicadores y trabajadores apasionados, fueron a Cork y organizaron reuniones de oración en varios lugares, como también dos lugares de predicación al aire libre en los dos extremos de la ciudad. Los asistentes aumentaron con rapidez. La sociedad aumentó su número, como también la cantidad de convencidos y de convertidos. Yo fui cuando la llama ardía a buena altura y prediqué en ambos lugares de la ciudad. Más y más gente despertó y hubo un avivamiento más grande aquí que en cualquier otra parte del reino. Pero surgieron

incomprensiones entre los dirigentes, como también entre ellos y los predicadores. Una llama de enojo se encendió en lugar de la del amor, y destruyó a muchos. Después a algunos de nuestros hermanos los dominó una nueva forma de pensar, y lucharon apasionadamente por ella. El Espíritu de Dios fue agraviado, su bendición retenida, y, por supuesto, el rebaño se dispersó. Cuando se convenzan de su pecado y se humillen ante él, entonces volverá.

111. A fines de abril de 1768, hubo un trabajo excepcional entre los niños de la escuela de Kingswood. Uno de los maestros me envió el corto resumen que sigue:

Abril 27 de 1768

Reverendo y estimado señor:

El miércoles 20, Dios se presentó ante nuestros niños de una forma sorprendente. Desde hace un tiempo se ha podido observar una preocupación seria en algunos de ellos. Pero esa noche, mientras estaban en sus dependencias privadas, el poder de Dios se les manifestó como un gran viento que los hizo clamar pidiendo misericordia. Yo espero que esa noche, en la que veinte jovencitos experimentaron una angustia suprema, no se olvidará nunca. Pero Dios les dio paz a dos de ellos, J. Glascot y T. Maurice. Nunca he visto una mayor manifestación de su amor. Por cierto ellos se regocijaron con una alegría indescriptible. No tenemos necesidad de exhortarles a la oración, porque el espíritu de oración inunda todo el colegio. Mientras escribo, los gritos de varios muchachos, desde sus respectivos departamentos, resuenan en mis oídos. Todavía hay muchos que yacen al lado del estanque esperando que de un momento a otro los puedan echar en él. Han llegado a esta convicción: »Señor, no puedo ni quiero descansar sin tu amor». Desde que comencé a escribir, ocho más han sido liberados y se regocijan en Dios su Salvador. Son John Coward, John Lyon, John Maddern, John Boddily, John Turgar, Charles Brown, William Higham y Robert Hindmarsh. Sus edades son de ocho a catorce años. Hay sólo pocos que resisten la obra y es probable que tampoco lo hagan por mucho tiempo. Porque las oraciones de los que creen parecen vencer todos los obstáculos. También parece crecer en gran medida la obra de Dios entre los mineros del carbón. Desde la conferencia se han sumado ciento treinta más.

Ya había cerrado esta carta, pero la he vuelto a abrir para informarle que dos más de nuestros niños han encontrado la paz y otros están experimentando una profunda convicción de pecado. Algunos de nuestros amigos de Bristol están aquí y han quedado estupefactos ante estos acontecimientos. Este es el día que hemos anhelado tanto ver; el día que usted vislumbraba, y por el cual usted ha soportado tanta oposición por el bien de estos pobres niños.

James Hindmarsh

112. Unos días más tarde escribió lo siguiente: «No puedo menos que felicitarlo por la situación feliz de su familia aquí. El poder de Dios continúa actuando con una fuerza casi irresistible; y hay buenas razones para mantener la esperanza de que no se retirará hasta que cada alma se haya convertido a Dios. He tenido oportunidades frecuentes para conversar a solas con los muchachos, y noto que la obra ha sentado raíces profundas en muchos corazones. La casa resuena con oraciones y alabanzas, y la conducta de todos es un firme testimonio de Dios. Desde que usted recibió la última información, el número de los nacidos de nuevo ha crecido. He sido testigo en parte, pero el todo excede lo que las palabras pueden expresar.»

Otro me escribe el 18 de mayo de esta manera: «La obra de Dios continúa en Kingswood. De los ciento treinta miembros que se han sumado a la sociedad desde la última conferencia, la mayoría han recibido la fe justificadora y continúan regocijándose en Dios su Salvador. Y, lo que es más asombroso, no conozco ni uno solo que haya vuelto a caer. El derramamiento del Espíritu sobre los niños en el colegio no ha sido excesivo. Creo que todos han sido afectados, sin excepción; unos más que otros. Doce de ellos han encontrado paz en el Señor y algunos en forma realmente extraordinaria. Estos ya no dudan en absoluto del favor de Dios, como no dudarían de su propia existencia. Y el Señor continúa con ellos, aunque no en forma tan poderosa como hace unas semanas.» Por cierto que no dudo que al principio se hizo sentir en forma irresistible, por lo menos sobre algunos de ellos; pero luego podrían oponerse a la gracia de Dios, cosa que algunos hicieron, hasta que al fin terminaron por apagar su Espíritu. Me temo que algunos

lo han hecho del todo. Bastará con que el postrer estado no venga a ser peor que el primero.

113. El martes 1º de agosto de 1769 comenzó nuestra conferencia en Leeds. El jueves les mencioné el caso de nuestros hermanos de Nueva York. Hacía ya algunos años que varios de ellos, provenientes de Inglaterra y de Irlanda (algunos de los cuales eran predicadores), se habían establecido en América del Norte, y en varias partes habían organizado sociedades, particularmente en Filadelfia y en Nueva York. La sociedad de esta última ciudad hacía poco había edificado una casa de predicación cómoda, y ahora pedían nuestra ayuda porque tenían necesidad de dinero, pero mucho más de pastores. Dos de los nuestros, Richard Boardman y Joseph Pilmore, con buena voluntad se ofrecieron para el servicio, mediante los cuales decidimos enviar cincuenta libras como demostración de nuestro amor fraternal. En años siguientes, varios otros de nuestros predicadores fueron para allá. Como enseñaban la misma doctrina que aquí, también utilizaban la misma disciplina. Y la tarea de Dios prosperó por medio de sus manos de tal manera que, poco antes de que estallara la Rebelión, unos veintidós pastores (la mayoría norteamericanos), actuando en forma concertada, lograron que cerca de tres mil personas se unieran a las sociedades norteamericanas, en especial en las provincias de Maryland, Virginia, Pensilvania y Nueva York.

114. El 17 de junio de 1770, me reuní con la Select Society de Whitby, que contaba con sesenta y cinco miembros. Creo que todos estos estaban salvados de sus pecados y la mayoría todavía caminaba en una gloriosa libertad. Muchos hablaron con una sencillez admirable, a la vez que ardientemente. De inmediato el fuego se encendió

en los corazones de los presentes. A las nueve me reuní con los niños, la mayoría de los cuales habían conocido y se regocijaban en el amor de Dios su Salvador. En cuanto comencé a hablar, el Señor se manifestó en sus corazones de tal manera que apenas podían contenerse. Observé, en particular, a una pequeña que se agitaba y luchaba por reprimirse, hasta que al fin se vio obligada a ceder y rompió en llanto y fuertes gritos. A la noche me reuní con un grupo de chicos que ya habían gustado la benignidad del Señor. Le pregunté a la niña que había llorado con tanta violencia cuál había sido la razón. Me respondió: «Me sentí tan inundada con el poder y el amor de Dios que no pude esconderlo. Hace unos meses atrás, un sábado de noche yo estaba tan convencida que era una pecadora, que temí caer pronto en el infierno; pero el domingo sentí el amor perdonador de Dios. Pero, igual seguí con algunas dudas hasta el lunes de noche, cuando en un momento me sentí totalmente libre de ellas. Después de esto pude ver y sentir la maldad de mi corazón y deseaba liberarme. Y al domingo siguiente así ocurrió: me liberé y tuve la certeza de ello como también de mi justificación. Pero no me mantuve bien alerta, y luego ya no veía las cosas con claridad; la gente me elogiaba, pero poco a poco fui perdiendo lo que había sentido. Por cierto que aún siento el amor de Dios, pero no en la forma de antes.»

115. El sábado 15 de septiembre, mientras les explicaba a los niños de la escuela de Kingswood los primeros principios de la religión, con el fin de que pudieran aplicarlos, observé una preocupación poco común en ellos. El martes 18, la mayoría fueron a ver el cuerpo de Francis Evans, uno de nuestros vecinos que había fallecido dos o tres días antes. Alrededor de las siete de la tarde, el señor Hindmarsh se reunió con todos en la escuela, donde

pronunció una exhortación apropiada a la ocasión. Con gran dificultad se contuvieron hasta que comenzó a orar. Entonces, Alexander Mather y Richard Noble clamaron pidiendo misericordia; y luego otro y otro, hasta que, excepto dos o tres, todos se sintieron impulsados a hacer lo mismo. Y mientras el pastor continuó orando, ellos se mantuvieron llorando y clamando amargamente. Una de las doncellas, Elizabeth Nutt, estaba tan profundamente convencida como todos ellos. Después de la oración, el señor Hindmarsh dijo: «Aquéllos de ustedes que hayan resuelto servir a Dios pueden irse a orar juntos». Quince se levantaron y se fueron a seguir luchando con Dios, con fuertes exclamaciones y lágrimas, hasta las nueve de la noche.

116. El miércoles 19, durante la oración de la mañana, varios de ellos nuevamente se conmovieron en alta voz, aunque con menos violencia. Desde entonces todo el espíritu y comportamiento de este grupo cambió, actuando con seriedad y con amor los unos con los otros. La misma seriedad y apacibilidad continuó el jueves. Mientras caminaban juntos, conversaban solamente de las cosas de Dios. El viernes de noche su interés se incrementó en forma notable, y de nuevo sus exclamaciones se dejaron escuchar. Parecían no tener otra preocupación que orar en todo momento libre de que dispusieran.

El domingo 23, quince de ellos me entregaron sus nombres, «resueltos a servir a Dios», según lo expresaron. El martes, durante la hora de oración de la noche, nuevamente se los vio afectados como el martes anterior. Las otras dos doncellas que estaban presentes se emocionaron profundamente al verles.

117. El señor Rankin relata lo siguiente:

El miércoles 26 me dirigí a Kingswood. Al subir las escaleras, escuché a uno de los niños orando en una habitación próxima. Cuando terminó, entré y encontré dos más con él. En eso entraron otros tres. Me puse a orar y parecía que el poder de Dios descansaba sobre ellos y penetraba en sus corazones con profunda convicción. A la mañana siguiente conversé con todos los chicos, y a los que habían decidido salvar sus almas les sugerí que subieran, respondiendo nueve. Mientras yo oraba, el poder de Dios se hizo presente de tal modo, que mi voz quedaba ahogada por sus gritos. Cuando concluí, uno de ellos comenzó a orar en una forma que me dejó atónito. Y durante el día todos parecieron estar cubiertos por un espíritu peculiar de seriedad.

118. Dice el señor Hindmarsh:

El viernes 28, cuando salí afuera, diez de los chicos me rodearon con rapidez, preguntándome con la mayor seriedad qué debían hacer para ser salvos. Y no pude librarme de ellos hasta que sonó la campana para el almuerzo. En todo ese tiempo observé que los chicos más afectados aprendían más rápido y mejor que los demás. A la noche les expliqué el significado de la Cena del Señor. Luego conversé con doce de ellos por separado. Cuando le pregunté a uno llamado Simon Lloyd, «¿Qué deseas para ser feliz?», después de una pequeña pausa me contestó, «Dios». Luego oramos con todos y surgían exclamaciones de unos y otros, convirtiéndose al fin en un llamado unánime a Dios, rehusando ser reconfortados si no percibían el conocimiento y el amor del Señor. Una media hora más tarde, les di las buenas noches y los mandé acostarse. Pero Lloyd, Brown, y Robert Hindmarsh se deslizaron a un lado, resueltos a no dormir hasta que Dios no se les revelara. Algunos los oyeron orar, y unos y otros fueron bajando a medio vestir, otros casi desnudos. Continuaron orando por turnos durante unos tres cuartos de hora, momento en que cuatro de ellos se sintieron en paz con Dios. Luego de orar con ellos y alabar a Dios hasta las nueve y media, les pedí que se fueran a acostar. Y así lo hicieron, excepto los tres primeros, que se quedaron acompañando a Richard Piercy, que estaba sumido en una profunda agonía del alma y no se le podía persuadir que se pusiera de pie, sino que seguía de rodillas. Los que ya habían subido, al escuchar que estos oraban, bajaron nuevamente corriendo. Continuaron luchando, con gemidos y lágrimas, hasta que otros tres encontraron paz en Dios. Alrededor de las diez y cuarto insistí que subieran a acostarse y así lo hicieron. Pero poco después, uno y otro se fueron deslizando de las camas, hasta que en un cuarto de hora estaban otra vez orando. La preocupación entre ellos se iba generalizando, y a la vez profundizándose. Solamente había unos veinticinco que no estaban tan profundamente conmovidos. Sin embargo, temiendo que les hiciera mal, envié a una de las doncellas a persuadirles de que subieran a acostarse. Pero Jacky Brown, agarrándola, le dijo, «¡Oh, Betty, busca la salvación de tu alma! ¡Búscala con seriedad; todavía no es tarde, y tampoco es demasiado pronto!» De inmediato ella cayó de rodillas y estalló en lágrimas y fuertes gritos. Las otras dos doncellas al oír esto, corrieron, y al momento se apoderó de ellas también una fuerte crisis. Entonces, Jacky Brown empezó a orar por Betty y continuó haciéndolo por tres cuartos de hora. Para

entonces había un llanto general de las doncellas y de todos los chicos. Esto continuó hasta las once y media, en que con mucha dificultad persuadimos a todos que se fueran a acostar. Abajo, las doncellas siguieron muy angustiadas. Pero en un cuarto de hora Betty comenzó a alabar a Dios, dando gracias con alegría. Las otras dos siguieron de rodillas, orando como en agonía. Les sugerí que se retiraran a su habitación, pero no quisieron acostarse, sino que continuaron orando.

119. El sábado, los chicos me despertaron entre las cuatro y las cinco, clamando a Dios con vehemencia. A las cinco, las doncellas fueron a verles. Primero uno de los chicos y luego otro, seguidos de una y luego de la otra doncella, derramaron sus almas ante el Señor. Continuaron así hasta las nueve, llorando y orando, sin pensar en comida ni bebida. Richard Piercy no probó comida en todo el día, sino que permaneció llamando a Dios con palabras y gemidos. A las nueve, Diana se fue a su habitación a orar, en parte sola y en parte con Betty. Alrededor de las diez, mientras Betty oraba, Diana cayó como muerta. Pero después de unos minutos, en tanto Betty seguía orando, se levantó alabando al Señor con toda su fuerza.

120. Mary, al oírla, abandonó su trabajo y corrió hacia ella. Todas permanecieron orando hasta las doce, cuando ésta también cayó como si estuviera por morir. Pero no hubo respuesta ni liberación. Alrededor de la una de la tarde todas las doncellas y tres de los chicos subieron nuevamente a orar. Y entre las dos y las tres, Mary al fin alabó al Señor y se regocijó con gozo indecible. Todos continuaron hasta más de las cuatro alabando al Señor de su salvación. Por cierto que parecía que habían olvidado todo lo demás y pensaban solamente en Dios y en el cielo.

A la noche, las doncellas y muchos de los chicos estaban tan roncos que apenas podían hablar. Pero estaban fuertes en el Espíritu, llenos de amor, gozo y paz ante el poder creer.

El domingo 30, ocho de los chicos y las tres doncellas tomaron la Cena del Señor por primera vez. Y desde entonces todos se gozan en el Señor y andan como es digno del evangelio.

121. El jueves 16 de enero de 1772 partí para Luton. Allí se me ofreció el uso de la iglesia. La helada era sumamente fuerte, y las ventanas estaban sin vidrios. No obstante, en consideración a la gente, acepté el ofrecimiento, aunque hubiera sido lo mismo predicar al aire libre. Hubo cuatro o cinco veces más gente que la que solía asistir, de manera que no me arrepentí de mi trabajo. Con gran dificultad pudimos llegar al día siguiente a Hertford, a través de una espesa y profunda nieve. Allí encontré que el número de los niños pobres que el señor Andrews mantenía en la escuela había crecido. Ahora eran unos treinta varones

y otro tanto de niñas. Enseguida fui a ver las niñas. En cuanto comencé a hablar, algunas rompieron a llorar y su emoción fue en aumento; pero se mantuvieron dentro de un límite hasta que comencé a orar. Entonces se escuchó un grito que se fue incrementando, hasta que todas clamaban pidiendo misericordia, y no querían ser reconfortadas. Pero, ¡cómo cambió la escena cuando me allegué a los varones! Se los veía muertos como piedras y apenas parecían atender a lo que se decía. Algunos casi no podían frenar la risa. De todos modos continué y les presenté los terrores del Señor. De repente, uno fue tocado en el corazón, y pronto le siguieron otro y otro, y en diez minutos la mayoría estaban tan afectados como las niñas. Excepto en Kingswood, en treinta años no he visto a Dios obrar sobre niños de tal manera.

122. El miércoles 3 de junio arreglé para hablar con un grupo de personas en Weardale, un valle en el condado de Durham, que estaban convencidos que Dios les había salvado de su pecado interior. Eran un total de veinte: diez hombres, ocho mujeres y dos niños. Tuve mis dudas respecto a un hombre y dos de las mujeres. En cuanto a la experiencia de los demás, estaba claro, particularmente respecto a las niñas, Margaret Spenser, de catorce años, y Sally Blackburn, un año menor. ¡Señor, no permitas que éstas vivan para deshonrarte! ¡Antes llévalas sin mácula ante ti!

En esa parte de Weardale, en general la gente está empleada en las minas de plomo. En el año 1749, los señores Hopper y John Brown vinieron a predicarles. Nadie se opuso, y nadie los invitó a comer o beber. Aun así, el señor Hopper los visitó varias veces más. En el otoño, cuatro de ellos experimentaron la paz en el Señor y se

pusieron de acuerdo para reunirse entre sí. Para Navidad, dos jóvenes de Allendale decidieron visitar Weardale. Antes de entrar al pueblo, se arrodillaron en la nieve y rogaron a Dios que inspirara a alguien a que los recibieran en su casa. En la primera casa que llamaron, fueron bienvenidos, y se quedaron cuatro días. Muchos se convencieron de su pecado, y algunos se convirtieron a Dios. Uno de los jóvenes era Jacob Rowell. Los visitaron varias veces más durante el invierno. En el verano siguiente, se unieron veinte personas vivaces y llenas de energía. Desde entonces fueron aumentando gradualmente hasta treinta y cinco, y así han seguido por diez años. Con la asistencia de Samuel Meggot llegaron a ochenta miembros, pero en los cuatro años siguientes el número decreció hasta cincuenta y tres, para volver a aumentar nuevamente hasta contar con ciento veinte en el mes de agosto.

123. Esta sociedad siempre ha estado fuera de lo corriente en dos aspectos: por una parte, han sido liberales en proveer de todo lo necesario a los pastores; y en segundo lugar, han sido cuidadosos en casarse entre ellos, no por motivos de dinero, sino por virtud. Y así se han ayudado unos a otros en criar y educar a sus hijos, y Dios los ha bendecido respecto a esto. Porque en casi todas las familias, la mayoría de sus niños de más de diez años se han convertido a Dios. Es de destacar también que los líderes de esa comunidad han sido hombres probos, verdaderamente entregados al Señor. Y aun cuando no tenían pastor, se reunían cada noche para cantar y orar.

124. El verano pasado la obra de Dios revivió y fue creciendo gradualmente hasta fines de noviembre. Entonces Dios desnudó su santo brazo. Aquéllos que eran extraños al Señor sintieron como si una espada hiriera sus huesos, pero

los que le conocían se alegraron con gozo inefable. Los que hasta entonces habían permanecido insensibles fueron sacudidos por una convicción sumamente profunda, que les llevaba a clamar en voces tan altas que ahogaban toda otra voz. De modo que la única forma de asistir a los angustiados era conversando personalmente con cada uno por separado, animándoles a asirse de la mano de Cristo. Y esto no fue en vano, porque muchos que estaban de rodillas o postrados en el suelo, de repente se levantaron denotando en sus rostros que el Consolador había llegado. De inmediato comenzaban a acercarse a los que todavía se encontraban acongojados orando a Dios, exhortándolos a ir sin demora a tan excelso Salvador. Muchos que parecían indiferentes se sentían repentinamente muy conmovidos, a la vez que intensamente desconsolados, por lo que comenzaban a emitir fuertes lamentos y amargos clamores. Debido al gran número de personas que se lamentaban y regocijaban, con frecuencia se detenían allí gran parte de la noche.

125. En la tarde del domingo 1º de diciembre, mientras William Hunter predicaba (éste es el informe presentado por el líder), el poder del Señor cayó sobre la congregación de una manera maravillosa. Muchos, muy conmovidos, rogaban en voz alta que se les brindara misericordia. Diez personas fueron agregadas a la sociedad. El martes nos reunimos a las seis de la tarde, pero no pudimos terminar hasta las diez. Cuatro personas encontraron su paz en el Señor, y se dedicaron a ir de uno a otro exhortándolos a creer en Cristo. El miércoles de noche muchos se encontraban intensamente afligidos, pero ninguno fue liberado. Mientras estábamos reunidos la noche del jueves, a dos personas les fue dado gozarse en Dios su Salvador. El sábado a las seis de la tarde nos reunimos y tres de nosotros cantamos y oramos. Pero al tercer himno, ya no se oía la voz del que cantaba, debido a los gritos de la gente. Siete se levantaron alabando y bendiciendo a Dios y dedicándose a animar a los demás. Muchos pecadores endurecidos se sintieron afectados y comenzaron también a clamar con tal fuerza, que lo único que podíamos hacer era permanecer de pie observando la maravillosa obra que el Señor realizaba ante nuestros ojos. ¡Y qué tremenda pero agradable era esta visión! Muchos continuaban rogando por misericordia. Entre éstos se encontraban cuatro jóvenes que permanecieron arrodillados cinco horas. Intentamos terminar con la reunión a las diez, pero la gente no se quería ir, de modo que nos

vimos obligados a seguir hasta la medianoche. Se le preguntó a uno de los presentes qué pensaba de esto. Su respuesta fue: «Deseo que todo sea real». Se dio vuelta para irse a su casa, pero luego de unos pocos pasos comenzó a gemir y clamar pidiendo misericordia. Siguió así hasta quedar sin fuerzas, y luego cayó al suelo como muerto, permaneciendo así hasta cerca de las cuatro de la madrugada, cuando Dios le reveló a su Hijo en el corazón. En esta reunión once personas encontraron paz con Dios.

126. El domingo de mañana nos encontramos a la hora de costumbre, y tres de nosotros cantamos y oramos como siempre, hasta que nuestras voces se ahogaron con la acción de gracias de los nuevos conversos y el llanto de los pecadores convencidos. Entre ellos una señora anciana estaba tan sacudida, que exclamó con vehemencia: «¡Misericordia, misericordia! ¡Oh, qué pecadora soy! Fui la primera en recibirlos en mi casa en Weardale y los he escuchado casi todos estos treinta años. ¡Oren por mí! ¡Misericordia, misericordia!» No mucho después su ruego fue escuchado y se regocijó en Dios su Salvador. Y más o menos al mismo tiempo otro atribulado pasó de muerte a vida.

Nos reunimos nuevamente a las dos de la tarde y acudieron muchas personas de varios lugares, algunas alarmadas por informaciones confusas. Cantamos y oramos; y el poder de Dios descendió. Un joven que había estado profundamente conmovido durante la mañana, ahora encontró al Todopoderoso que le sanó. Terminamos la reunión, pero muchos volvieron a entrar, mientras otros permanecían en la puerta. Entre los que entraron se encontraba uno que había sido un conocido libertino. Comenzó a clamar pidiendo misericordia, y varias personas se acercaron para observarle. Antes de que termináramos la reunión, este hombre y cinco más estaban unidos, gozándose y alabando al Señor. Nos reunimos los siguientes días lunes, martes y miércoles, y nueve personas más encontraron su paz.

El señor Rowell vino el martes, y se quedó tres días durante los cuales ingresaron un buen número de nuevos miembros. Treinta y tres de éstos encontraron la paz del Señor, y también otros cinco que se acercaron a la semana siguiente. Cuando vino el señor Watson, recibió muchos más, once de los cuales fueron justificados. En nuestra reunión del martes, once más fueron colmados de la paz de Dios. Hubo un joven que parecía muy despreocupado; pero repentinamente el poder de lo Alto cayó sobre él. Luchó y lloró por dos horas con todas sus fuerzas, y al fin el Señor liberó su alma. Un grupo que anhelaba recibir la santificación total se reunió el sábado con el señor Hunter. Contendieron con el Señor hasta que un joven obtuvo la bendición, cosa que varios otros también han logrado. Hemos continuado con nuestras reuniones desde entonces, y el Señor ha seguido derramando su tierna benevolencia sobre nosotros. Así que se han sumado más de ciento veinte miembros a nuestra sociedad, de los cuales más de cien son creyentes.

127. El viernes 5 de junio de 1772, dejé a John Fenwick encargado de examinar a los de la sociedad, uno por

uno. Cumplió con esto el viernes y el sábado, y lo que sigue es su informe de lo ocurrido:

El sábado de noche Dios estuvo presente durante todo el servicio, pero su presencia fue más notoria cerca de la conclusión, cuando fueron cayendo al suelo personas que gemían por la inquietud de sus corazones, hasta llegar a seis. Al observar que muchos los miraban con sorpresa, les insté a que permanecieran quietos y atentos para ver la obra de salvación de Dios. Pero los gritos de los angustiados eran tan fuertes que yo no me podía hacer oír, por lo que despedí a la congregación. La mitad se retiró. Continué orando en voz alta con el resto cuando era posible, y seguí haciéndolo en silencio cuando no se podía, hasta las diez de la noche. Durante este tiempo cuatro de esos pobres dolientes se convirtieron y alabaron al Señor.

Ahora la sociedad cuenta con ciento sesenta y cinco miembros, de los cuales sólo veinte no han experimentado la paz de Dios. Por cierto que una obra del Señor tal como ésta no se ha visto antes en ninguna parte de los tres reinos.

Cuarenta y tres de éstos son niños, de los cuales treinta se regocijan en el amor de Dios. Jane Salkeld, una joven maestra de escuela que es un modelo para todos los creyentes, ha sido el instrumento principal del que Dios se ha valido para que los niños le conozcan. Algunos de ellos son: Phoebe Fetherstone, de nueve años y medio, una niña de una comprensión poco común; Hannah Watson, diez años, llena de fe y amor; Aaron Ridson no ha cumplido aún los once años, pero es juicioso y esclarecido como un hombre; Sarah Smith, ocho años y medio, seria como una mujer de cincuenta; Sarah Morris, catorce años, es como una madre entre ellos, siempre seria y cuidadosa de los demás, brindándoles su amor.

Se mencionó a cuatro jóvenes que se vieron afectados el segundo miércoles de diciembre. Parece que al pasar oyeron los gritos y el clamor de la gente y entraron por mera curiosidad. Esa noche seis personas fueron tocadas por el Espíritu y cayeron al suelo pidiendo misericordia en alta voz. Uno de estos jóvenes, al oír el bullicio, abriéndose paso entre la gente se acercó para ver qué sucedía, y a los pocos minutos él mismo cayó, gimiendo al igual que los demás. Los otros tres que se acercaron sufrieron con rapidez exactamente lo mismo. Y verdaderamente, tal era la agonía en que estaban sumidos todos, que muchos temieron que pudieran morir. Pero los diez fueron plenamente librados de sus pecados antes de que terminara la reunión, que por cierto se alargó hasta las cuatro de la mañana.

128. Esperé unos cuantos días antes de consignar lo que había ocurrido últimamente con los niños de Kingswood. Desde la última vez que Dios los visitó, varios de ellos mantuvieron, en cierta medida, el temor del Señor. Pero poco a poco se fueron enfriando hasta que Ralph Mather se encontró con ellos a fines de agosto. Varios

decidieron entonces volver a tener una clase, y parecían tener buena disposición para hacerlo. El sábado 4 de septiembre, alrededor de las cuatro de la tarde, Mather se reunió con tres de ellos. Allí le confesaron libremente los pecados que les obsesionaban, y se mostraron muy humillados. A las cinco se reunieron todos los niños en la escuela. Ante una exhortación que se les hizo, primero uno y luego dos o tres, se sintieron muy impresionados. Después se pusieron de pie otros dos que pronto demostraron estar muy deprimidos. Y uno de éstos, llamado James Whitestone, en menos de media hora captó una clara comprensión del amor de Dios. Cerca de las siete de la tarde, el señor Mather se dirigió a los varones en la escuela preguntándoles: «¿Cuál de ustedes servirá a Dios?» Todos quedaron como si les hubiera caído un rayo encima, y diez o doce se arrodillaron. El señor Mather entonces oró y seguidamente lo hizo James Whitestone. Inmediatamente uno, y luego otro, lanzaron exclamaciones que atrajeron a otros chicos que a su vez fueron sacudidos más y más, hasta que unos treinta se encontraron arrodillados orando todos a la vez. Antes de las nueve y media, diez de ellos sabían que habían sido aceptados en el Amado. Varios más del grupo se sintieron llevados como a un nuevo nacimiento. Todos los niños, con excepción de dos o tres, se sintieron afectados de alguna manera.

El domingo 5 examiné a dieciséis que deseaban participar de la Cena del Señor. Nueve o diez tenían un sentido claro del amor perdonador de Dios. Los otros se habían propuesto no descansar hasta poder también experimentar lo mismo.

Desde entonces, dieciocho de los chicos se reunieron en tres clases, además de otros doce que formaron clases de

prueba. Estos se destacaban por el amor que se profesaban, como también por su seriedad. Tenían una reunión diaria, aparte de verse en las clases normales.

Los que lograron la paz fueron: James Whitestone, Alexander Mather, Matthew Lowes, William Snowdon, John Keil, Charles Farr, John Hamilton, Benjamin Harris y Edward Keil.

El lunes 6, después que el señor Mather predicara en Pensford, se reunió con los niños de allí. Al rato el espíritu de convicción se apoderó de ellos y luego el espíritu de gracia y de súplica los cubrió de tal manera que la mayoría lloraban y rogaban en voz alta pidiendo misericordia. Los veintidós niños de la señorita Owen, excepto uno, fueron confortados.

129. El viernes 10 fui hasta Kingswood para averiguar el estado de los chicos. Me encontré con que algunos de ellos habían seguido cerca del Señor; otros no y estaban tristes por ello. Al enterarme de que a la noche se reunían solos en la escuela para orar, fui allá; pero como no quería molestarlos los observé por una ventana. Dos o tres habían entrado primero; luego siguieron entrando otros, hasta formar un grupo de treinta. Nunca vi algo igual. Tres o cuatro estaban de pie y miraban como espantados. Los demás, arrodillados, abrían sus almas ante Dios, de una manera difícil de describir. A veces uno o más, oraban en voz alta. A veces surgía un fuerte grito de todo el grupo, hasta que cinco o seis que dudaban lograron ver la clara luz del rostro de Dios.

El sábado 12, cuatro de los alumnos de la señorita Owen pidieron permiso para participar de la Cena del Señor. Conversé con todos y los encontré que seguían gozándose en el amor de Dios. Ellos mismos confirmaron

que había uno solo del grupo que no se había visto afectado el lunes. Pero todo el resto podía decir con confianza «Señor, tú sabes que te amo». ¡Creo que una visita como ésta a niños no se ha conocido en Inglaterra en estos cien años! De una manera maravillosa *de la boca de los niños y de los que maman Dios ha perfeccionado la alabanza*.[47]

130. El martes 13 de junio de 1775, no me sentía muy bien a la mañana, pero supuse que pronto pasaría el malestar. A la tarde, como hacía mucho calor, me acosté sobre el césped en el huerto del señor Lark, en Cockhill. Hacía unos cuarenta años que acostumbraba hacer esto y no recordaba que jamás me hubiera hecho daño. Solo que nunca me acostaba boca abajo, postura en la que me dormí esta vez. Me desperté, todavía no sintiéndome del todo bien, y prediqué sin dificultad a una multitud de personas. Después me sentí bastante peor. No obstante, al día siguiente fui a The Grange, a unas pocas millas. La mesa estaba colocada en tal forma que mientras predicaba un viento fuerte y cortante soplaba sobre el lado izquierdo de mi cabeza. Y no fue sin dificultad que pude dar fin a mi sermón. Ahora tenía una profunda obstrucción en el pecho y el pulso era muy débil. A pesar del día pesado y cálido, yo tiritaba de frío, aunque de a ratos también ardía. Me fui a la cama temprano, bebí una dosis de melaza y agua y me apliqué melaza en las plantas de los pies. Me quedé en cama hasta las siete del jueves l5, en que me sentí bastante mejor. Pero seguía con la obstrucción en el pecho y el pulso débil y de a ratos ardía y luego tiritaba, y si llegaba a toser se me partía la cabeza. Camino a Derryanvil, me pregunté qué me pasaba que no podía prestar atención a lo que leía; mis pensamientos

[47] Mt.21.16.

cambiaban constantemente. Con todo, esa noche prediqué al aire libre con el viento soplando alrededor de mi cabeza, pero con la mente clara como siempre. El viernes 16, al viajar a Lurgan, nuevamente me sorprendí al no poder concentrarme en la lectura. Pero a la noche, para predicar en Parade, mi mente volvió a estar perfectamente clara, aunque la abundante lluvia no le sentaba muy bien a mi cabeza. El sábado 17 me persuadieron de llamar al Dr. Laws, un médico sensato y hábil. Me dijo que tenía una fiebre muy alta y me aconsejó quedarme en cama. Pero le dije que eso no podía ser, porque tenía el compromiso de predicar en varias partes, cosa que debía hacer mientras que pudiera hablar. Entonces me recetó un medicamento refrescante al que le agregó uno o dos granos de un producto para mis agitados nervios. Me llevé esto a Tandragee, pero cuando llegué no me fue posible predicar, pues sentía mi mente muy confusa y mis fuerzas habían desaparecido. Sin embargo, respiraba bien y no sentía ni sed ni el menor dolor de la cabeza a los pies.

Ahora estaba en un dilema: si intentar ir a Lisburn o continuar a Dublin. Pero como mis amigos temían que no soportara un viaje tan largo, me fui directamente a Derryaghy, un lugar hermoso en la ladera de una colina, tres millas más allá de Lisburn. Aquí me di por vencido, me acosté pero me sentí más inútil que un recién nacido, pues no me podía mover. Me fallaba la memoria al igual que el vigor y el entendimiento. Sólo me pasaban por la mente unas palabras de Shakespeare que recordé en una oportunidad en que vi a una tal señorita Gayer al lado de la cama de su madre, mirándola, y que son éstas: *Se sentó como la paciencia en un monumento sonriéndole al dolor.*

Pero seguía sin tener sed, ni dificultad para respirar, ni el más leve dolor.

No puedo decir nada de los dos o tres días que siguieron, en que estuve más muerto que vivo. Sólo recuerdo que me era difícil hablar, por tener la garganta tan seca. Pero me cuenta Joseph Bradford que el miércoles dije: «Mañana, antes de esta hora se determinará». También dice que tenía la lengua muy hinchada y negra como carbón; que tenía convulsiones y que por momentos el corazón parecía no latir ni se encontraba el pulso.

El jueves 22 de noche Joseph Bradford se acercó con una taza y me dijo: «Señor, debe tomar esto». Yo pensé, «lo tomaré si puedo tragarlo, para complacerlo, pero no me hará ni bien ni mal». Inmediatamente que lo bebí me produjo vómitos y mi corazón empezó a latir y el pulso se pudo sentir nuevamente. Y desde ese momento los síntomas fueron desapareciendo. Al día siguiente me pude sentar varias horas y caminé tres o cuatro veces por la habitación. El sábado estuve levantado todo el día y caminé muchas veces por la habitación sin cansarme. El domingo bajé las escaleras y estuve unas cuantas horas sentado en la sala. El lunes caminé afuera, por el frente de la casa. El martes me recosté al aire libre en una silla plegadiza. Y el miércoles, confiando en Dios y para asombro de mis amigos, partí hacia Dublin.

No me fijé un límite de distancia ese primer día, al no estar seguro cuánto podría soportar. Pero al llegar a Banbridge sin sentirme peor, me aventuré hasta Newry. Y luego de viajar treinta millas, me sentí más fuerte que a la mañana.

El jueves 29 fui a The Man of War, cuarenta millas (irlandesas) desde el Globe en Newry.

El viernes 30 nos encontramos con el señor Simpson y otros amigos que nos vinieron a recibir a Drogheda, y nos llevó a su casa solariega de Jamestown, a unas dos millas de Dublin.

El martes 4 de julio, encontrándome ya algo más fuerte, prediqué por primera vez, y creo que la mayoría me pudo escuchar. Volví a predicar el miércoles y noté mi voz clara, aunque débil. Así que me animé a predicar dos veces el domingo, y no me cansé. El lunes 10 comencé mi curso habitual de predicación de mañana y de noche.

131. Desde entonces, y por la gracia de Dios, he continuado en el mismo camino, viajando entre cuatro y cinco mil millas por año. También una vez cada dos años viajo por Gran Bretaña e Irlanda, cosa que, con la bendición de Dios, puedo hacer ahora tan bien como hace veinte o treinta años. Unos ciento treinta compañeros colaboradores están continuamente ocupados en esto mismo. Todos tenemos un propósito (desde la primera vez que nos comprometimos en esta tarea): no por ganancias ni por vida tranquila, ni por placer ni para recibir halagos; sino para extender la religión verdadera por Londres, Dublin, Edimburgo, y dentro de lo que nos sea posible, por los tres reinos. Esa religión verdadera y racional que se enseña y se prescribe en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, es decir, el amor a Dios y a nuestro prójimo, que ha de llenar el corazón de humildad, docilidad y contentamiento, y que nos enseña a hacer lo que hagamos para la gloria de Dios, y hacer a nuestros semejantes lo que queremos que nos hagan a nosotros. Esta es nuestra meta. Dejamos que cada persona tenga su propia opinión y que utilice su forma de adorar, deseando solamente que el amor a Dios y a su prójimo sea la regla principal de su corazón, que se traduzca en su vida

en una práctica uniforme de justicia, misericordia y verdad. Y de acuerdo con esto extendemos nuestra mano derecha de amistad a toda persona que ama a Dios y al ser humano, sea cual sea su opinión, o modo de adorar, de lo cual dará cuenta solamente a Dios.

132. Este es el *camino* (llamado *herejía* por el Dr. Maclaine y otros) *según el cual adoramos al Dios de nuestros padres*.[48] Y hemos conocido algunos miles que anduvieron así hasta que sus espíritus volvieron a Dios. Ahora también conocemos algunos miles que están caminando por la misma senda de amor y estudiando para tener una conciencia libre de ofensa a Dios y hacia el ser humano. Todos éstos, así como temen al Señor, así honran al Rey quien es *servidor de Dios para su bien*.[49] Se someten a toda institución humana por causa del Señor. Mientras tanto esperan que los seres humanos digan *toda clase de mal contra ellos*[50] por amor a su Maestro. Pero han contado el costo y están dispuestos ser *como la escoria y el desecho del mundo*.[51] Sí, muchas veces han demostrado que *no estiman preciosas sus vidas para sí mismos, con tal que acaben su carrera con gozo, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios*.[52]

Londres, 16 de noviembre de 1781

---

[48] Hch.24.14.
[49] Ro.13.4.
[50] Mt.5.11.
[51] 1 Co.4.13.
[52] Hch.20.24.

El caso de Birstall House

[I]. 1. Como se ha hablado mucho de este tema, sin comprenderlo bien, considero que es mi deber arrojar toda la luz posible sobre el mismo. Con el fin de hacer esto, procuraré:

Primero, consignar el hecho, y

Segundo, discutirlo un poco.

2. Para consignar el caso en forma completa, debo echar la mirada hacia atrás a tiempos lejanos. Tan pronto como el calor de las persecuciones cedió y los cristianos aumentaron sus bienes, algunos edificaron casas de predicación, que más adelante fueron denominadas iglesias. En los tiempos que siguieron, los que las edificaron fueron llamados *patronos*, los cuales nombraban a quienes ellos querían que predicaran en las mismas. Y cuando las anexaban tierras, disponían de casas y tierras junto a las iglesias.

3. Cuando la Reforma, muchas personas ricas edificaron nuevas iglesias, disponiendo de ellas a su gusto. Y cuando muchos presbiterianos y los independientes de Inglaterra edificaron casas de predicación, también designaron para ocuparlas a quienes ellos disponían. A su muerte, la posesión de las mismas era confiada a los pocos amigos en los que podían fiarse.

4. Yo edifiqué la primera casa de predicación metodista en Bristol en el año 1739. Y por no estar bien informado permití que la escritura correspondiente fuera registrada al estilo presbiteriano. Pero el señor Whitefield, al

enterarse de ello, me escribió una amable carta preguntándome: «¿Ha considerado bien lo que hace? Si los depositarios han de nombrar a los predicadores, pueden hasta excluirlo a usted de predicar en la casa que ha edificado. Le ruego que cancele esa escritura inmediatamente.» Los depositarios estuvieron de acuerdo en esto. Más adelante edifiqué las casas de predicación en Kingswood y en Newcastle upon Thyne, pero nadie más que yo tenía el derecho de nombrar los predicadores allí.

5. Alrededor de esta época, con las ofrendas y las contribuciones obtenidas, se edificó una casa de predicación en Birstall. Y John Nelson, no estando bien enterado, permitió que la escritura se registrara al estilo presbiteriano, dándole poder a doce o trece personas, no sólo para *colocar*, sino también para *despedir* a los predicadores *según su gusto*. De haberlo sabido el señor Whitefield y yo, hubiéramos insistido en que, tal como ocurrió en Bristol, esa escritura se cancelara o bien se modificara de manera que la utilización de la casa quedara asegurada para el propósito para el cual había sido construida, sin dar poderes tan peligrosos a ningún depositario.

6. Pero todavía existía una dificultad considerable. Como las casas de Bristol, Kingswood y Newcastle eran de mi propiedad, un amigo me hizo notar que corrían el riesgo de ser heredadas por mis descendientes. (Ruego a quienes consideran una buena medida el tener casas de predicación con derechos inalienables para sí y sus herederos para siempre, que piensen cuidadosamente en ello). Mi reacción fue procurar inmediatamente que tres de los más eminentes asesores de Londres redactaran y registraran un documento que estableciera que no sólo estas casas, sino todas las casas metodistas que en el futuro se edificaran debían hacerse

sobre un plan que asegurara, dentro de lo que es capaz la prudencia humana, su utilización para el propósito que había originado su construcción y no para los herederos de los propietarios.

7. Con el tiempo, la casa de Birstall resultó muy pequeña para la congregación y se propuso edificar otra. Se preparó otra escritura que, al igual que la anterior, otorgaba a algunas personas el poder de nombrar y despedir predicadores a su placer. Dicha escritura me la trajeron, estando yo en Dawgreen, y en cuanto la leí la objeté con vehemencia y rehusé firmarla. Pensé que ahí terminaba la cosa, pero a la noche vinieron varias personas a importunarme, insistiendo en que la firmara, aseverando que en efecto era igual a la anterior, pero que ésta no podía alterarse. No advirtiendo que la nueva estaba modificada, al fin firmé, pero contrariando mi voluntad.

Ruego observen que si hice bien o mal en eso, o en cualquier otro caso, ello no afecta los méritos de la causa. El explayarse en esto constituye una mera sutileza para distraernos de la pregunta que interesa: Esa escritura ¿es correcta o incorrecta?

8. Estas cosas se mencionaron en la Conferencia siguiente y se preguntó qué se podría hacer. La respuesta fue: «Si los fideicomisarios todavía se niegan a ajustarse al plan metodista y si aún insisten en que quieren tener el derecho de nombrar y despedir a los pastores a su gusto, entonces: primero, que se haga una clara descripción del caso y segundo, que se haga una colecta a través de toda Inglaterra con el fin de comprar terreno y edificar otra casa de predicación tan cerca de la presente como sea posible.»

9. Creo que esta es una explicación clara del caso, separándolo de las actitudes sin importancia que una u otra

persona hayan asumido confundiendo las cosas. Ahora, siendo ésta la verdad lisa y llana, continúo:

[II]. En segundo lugar, a argumentar un poco sobre lo mismo:

Si se preguntara por qué la situación de la casa de predicación Birstall no se puede resolver de acuerdo a esa escritura, respondo: porque en cualquier oportunidad que los fideicomisarios utilicen su poder de nombrar o despedir predicadores, ello significará:

1. Que la predicación itinerante deja de ser. Cuando los fideicomisarios en cualquier lugar hayan encontrado un pastor que les gusta, se termina la rotación de predicadores por lo menos hasta que se cansen de su favorito y lo echen.

2. Mientras se queda, ¿no tiene el freno en la boca? ¿Cómo se atreverá a anunciar la verdad total y completa, sabiendo que si desagrada a los fideicomisarios es probable que pierda su pan? Además, ¿cómo podría atreverse a echar a un fideicomisario de la sociedad, por más conflictivo que fuera?

Usted dice, «Pero aunque tienen ese poder, nunca lo ejercerán y nunca lo han ejercido en Birstall». Es cierto, porque no la poseerán hasta mi muerte. Y si hubieran deseado hacerlo, la prudencia, si no la gratitud, les compelería a esperar que yo esté fuera del camino. Pero eso no significa que ni ellos *ni sus herederos* lo ejercerán en algún momento.

3. Pero suponiendo que, aparte de la Conferencia (que mientras subsista serán los jueces más imparciales) otros nombraran a los predicadores, ¿deberían ser treinta o cuarenta hombres o toda la sociedad? ¿Por qué no toda la congregación, o al menos todos los contribuyentes?

4. El poder de los fideicomisarios es mayor que el de cualquier noble; sí, hasta el del mismo rey. En las iglesias donde el rey es el patrocinador, puede *nombrar* un predicador pero no puede *echarlo*.

Pero usted pregunta: «Dado que este poder no comenzará hasta después de su muerte, ¿por qué tiene usted que oponerse? ¿Por qué no permanece fuera del hervidero y deja que ellos se las arreglen cuando usted ya esté en su reposo? ¿Por qué tirarse una vieja casa encima de su cabeza, cuando ya está por irse de este mundo? Que haya paz en sus días. ¿Por qué hacerse responsable de una carga que puede dejar a los que le sucedan?»

Le respondo: Respecto a esto, tengo una ventaja que mis sucesores no pueden tener. Todos pueden ver que no lucho por mi propia causa. Yo tengo todo por lo que he luchado. No, estoy rogando por los señores Hopper, Bradburn, Benson y todo otro predicador itinerante, para que se sientan tan libres después que yo falte, como lo son ahora que los presido; para que nunca corran el riesgo de ser despedidos de ninguna nuestras casas sin razón alguna, más que el gusto de veinte o treinta personas.

Digo *ninguna*, porque no veo razón suficiente para renunciar a ninguna de las casas en Inglaterra. Por cierto, que si se abandonara una, otras le seguirían y sería *como quien suelta las aguas*.[1]

Insisto en ese punto y en ningún otro. Si puedo evitarlo, ningún fideicomisario metodista podrá, después de mi muerte, hacer más de lo que puede hacer mientras estoy vivo en cuanto a tener el poder de nombrar y despedir a los predicadores.

---

[1] Pr.17.14.

Observen: ¡*Nombrar* y *despedir* a los predicadores! Este es el único punto; no se salgan del tema. No traten de complicarlo con una gran cantidad de palabras. Si los fideicomisarios no quieren renunciar a ello, debemos proceder de acuerdo al Acta de la Conferencia.

«Pero, ¿por qué no esperar hasta otra Conferencia?»

Primero, porque ello no alteraría los méritos de la causa. Otorgar a los fideicomisarios el poder de nombrar y despedir a los predicadores sería tan equivocado entonces como ahora.

En segundo lugar, porque usted no me puede asegurar que viviré hasta la próxima Conferencia. Por lo tanto, lo que haya que hacer hay que hacerlo pronto.

«Pero se dice que usted ocasionará luchas sin fin, animosidades, confusión, y destruirá la obra de Dios.» No, yo no. Son estos fideicomisarios los que provocan luchas, animosidad y confusión, por insistir en tener el derecho de nombrar y despedir predicadores. Yo sigo como se hacía antes, como lo hice en Bristol, en Kingswood y en Newcastle. Son ellos los que por cambiar, dificultan y destruyen obstinadamente la obra de Dios. Y yo les culpo a ellos con la sangre de todas las almas que se han destruido con esta lucha. Yo asumo la pérdida, les dejo la casa y sigo como si no existieran. Son ellos los que quieren hacer mal *nombrando* y *despidiendo* predicadores; los que riñen y lanzan palabras amargas. Pero que tengan cuidado; porque Dios oye. ¡Y él se levantará y sostendrá su propia causa!

Londres, 178_[2]

---

[2] En la edición original, la fecha quedaba parcialmente en blanco, al parecer para que Wesley firmara y pusiera la fecha. El escrito data de 1783.

Algunos pensamientos sobre un asunto importante

(1781)

1. Por muchos años he aconsejado, con la mayor seriedad, tanto en público como en privado, a todos aquéllos con quienes he estado relacionado, y que han crecido y se han educado en la Iglesia establecida, que continúen en ella y que, en consecuencia, asistan a su culto público, en todas las ocasiones que corresponda. La razón para esto la publiqué para todo el mundo hace más de veinte años.[1]

2. Pero hace unos pocos meses fui favorecido por una carta que me obligó a repasar mis sentimientos. Está firmada por varios miembros de nuestra Sociedad, hombres de espíritu de amor y de una conversación incensurable, y que son dignos de todo respeto, ya que hablan no sólo en su nombre, sino en el de muchos otros que desean tener la conciencia libre de ofensa tanto ante Dios como ante los humanos.

3. Parte de la misma dice lo siguiente:

> Hemos leído muchos de sus libros; escuchado a muchos de sus predicadores, y estando en comunicación con usted, hemos sido aconsejados por ellos y por usted de concurrir a la iglesia. Pero nos encontramos con que ustedes en ninguna ocasión han prestado importancia a las doctrinas del calvinismo. Esto nos induce a plantearle humildemente las siguientes preguntas:

---

[1] Véase, más arriba en este volumen, *Razones en contra de la separación de la Iglesia de Inglaterra*.

En primer lugar, ¿quiere usted que vayamos a esa iglesia donde inculcan las doctrinas del calvinismo, y donde las doctrinas del cristianismo perfecto que usted enseña en particular son continuamente desacreditadas?

En segundo lugar ¿cree usted que nos será de algún provecho escuchar esa predicación?

En tercer lugar, ¿no cree usted que éste es un medio de llenar nuestros corazones de prejuicios en contra de los predicadores o de la verdad?

En cuarto lugar, ¿no se nos expone así a la tentación de escuchar a ésos que continuamente preguntan, «le gustó el sermón de hoy»? No podemos fingir, y si no lo hacemos les ofendemos.

Le agradeceríamos nos comunicara su sentir por medio de su publicación Arminian Magazine

John W_____
Francis B_____
Nathan O________
Joseph B_____
John R_____

Baildon, cerca de Bradford, 24 de julio de 1781

4. La consulta de ustedes plantea una cuestión delicada e importante que apenas sé cómo contestar. No puedo establecer una regla general. Todo lo que puedo decir en el presente es: «Si no les daña, escúchenlos; si ocurre lo contrario, absténganse. Dejen que sus conciencias determinen lo que han de hacer y que cada uno actúe según esté plenamente convencido en su propia mente.[2]»

Juan Wesley
19 de noviembre de 1781

[2] Ro.14.5.

Pensamientos sobre el metodismo

(1786)

1. No tengo temor de que el pueblo llamado metodista deje de existir alguna vez en Europa o en Norteamérica. Mi temor es que lleguen a permanecer como una secta muerta, como una forma de religión sin poder. Y tal será indudablemente el caso, a menos que se mantengan firmes en la doctrina, en el espíritu y en la disciplina con los cuales se iniciaron.

2. ¿Cuál será su doctrina fundamental? Que la Biblia es la verdad total y única, tanto de la fe como de la práctica cristiana. Por ella aprendieron: (1) Que la religión es un principio interior, el cual no es otra cosa que el sentir que hubo en Cristo;[1] es decir, la renovación del alma de acuerdo a la imagen de Dios, en rectitud y verdadera santidad. (2) Que esto sólo puede ser forjado en nosotros por el poder del Espíritu Santo. (3) Que recibimos ésta y toda otra bendición, meramente por el amor de Cristo; y (4) Que quienquiera tenga el sentir que hubo en Cristo, el tal es nuestro hermano, hermana y madre.

3. En el año 1729, cuatro jóvenes de Oxford se pusieron de acuerdo en reunirse diariamente por las noches. Todos eran miembros celosos de la Iglesia de Inglaterra y no tenían opiniones peculiares, pero se distinguían por su asistencia constante a la iglesia y su participación en los sacramentos. En 1735 el grupo había crecido hasta quince,

---

[1] Fil.2.5.

cuando el que los dirigía se embarcó para Norteamérica con la intención de predicarles a los indígenas paganos. El metodismo pareció decrecer, pero en el año 1738 volvió a revivir. Ello ocurrió después que el señor Wesley (a quien no se le permitía predicar en las iglesias) comenzó a predicar al aire libre. Como unos y otros iban a consultarle individualmente sobre qué debían hacer para ser salvos, les sugirió reunirse en grupo, lo cual aceptaron, incrementándose el número de continuo. En el mes de noviembre le fue ofrecido el edificio conocido con el nombre de Foundery, y allí comenzó dos predicaciones diarias: una a la cinco de la mañana y otra a las siete de la tarde, de tal manera que el trabajo no dificultara la asistencia de la gente.

4. Desde el principio los hombres y las mujeres se sentaron separados, como se hacía en la iglesia primitiva, y nadie pretendía tener un sitio fijo sino que los que llegaban primero se sentaban en los primeros lugares. No había bancos de iglesia, sino simples bancos de igual construcción para todos, fueran ricos o pobres.[2] El señor Wesley comenzaba el culto con una breve oración, se cantaba un himno y luego seguía la predicación por alrededor de media hora, concluyendo el servicio con otro himno y una oración. Su doctrina constante era la salvación por la fe precedida por el arrepentimiento y seguida de una vida santa.

5. El problema que se les planteó al incrementarse mucho el número de personas interesadas fue la dificultad para mantenerlos unidos, dado que de continuo se dispersaban de un lado a otro. Pero cuando menos lo esperábamos, Dios proveyó la solución también para esto. Un año o dos después, el señor Wesley se reunió con el jefe

---

[2] Esto, en contraste con la práctica, común entonces, de reservar bancos privados para las familias ricas que pagaran por ellos.

de la sociedad de Bristol y le preguntó: «¿Cómo pagaremos la deuda que pesa sobre la casa de predicación?» El capitán Foy se puso de pie y dijo: «Que cada uno en la Sociedad dé un penique por semana, y fácilmente se logrará esa meta». En eso alguien comentó: «Pero es que hay muchos que no tienen ni un penique para dar». «Es cierto», dijo el capitán, «así que asígnenme diez o doce de ellos. Que den lo que puedan semanalmente y yo supliré lo que falte.» Varios de los otros presentes hicieron la misma oferta. Entonces el señor Wesley decidió dividir a la gente en grupos de unos doce, a los que denominó clases, designando a los que se habían ofrecido para ayudar como líderes de cada grupo.

6. No mucho tiempo después, uno de estos encargados informó al señor Wesley que en sus visitas a algunas de las personas a su cargo, se encontró con uno peleando con su esposa y en otra casa con uno completamente ebrio. Inmediatamente, le vino a la mente al señor Wesley la idea de que esto era justamente lo que necesitaba: que los líderes tenían que ser no sólo las personas que recibían las contribuciones, sino también las que velaran por las almas de sus hermanos y les ayudaran. Se informó sobre esto a la sociedad de Londres, y por su propia voluntad decidieron seguir el ejemplo de Bristol. Desde entonces, así lo hicieron todas las sociedades, tanto en Europa como en Norteamérica. Por este medio se hizo fácil descubrir a quien se sintiera cansado o débil en su fe, lo que hacía posible asistirle de inmediato. Y quien anduviera por caminos indisciplinados era fácilmente descubierto, y se le ayudaba a enmendarse, o de lo contrario se le expulsaba.

7. Para aquéllos que sabían en quién habían creído se proveía otra ayuda. Cinco o seis hombres, solteros o casados, se reunían a la hora que les fuera conveniente de

acuerdo al consejo de Santiago, que dice: «*Confesaos vuestras ofensas unos a otros y orad unos por otros, para que seáis sanados*».[3] También cinco o seis mujeres solteras o casadas se reunían con el mismo fin. Las bendiciones que han recibido estos grupos son innumerables, especialmente aquellos que marchaban hacia la perfección. Cuando alguno de éstos parecía haber logrado ese estado, se le permitía reunirse con un número selecto que, hasta donde se podía juzgar, eran copartícipes de la misma grande salvación.

8. De este corto esbozo del llamado metodismo, cualquier persona comprensiva puede discernir fácilmente que se trata de una sencilla religión bíblica, difundida por medio de algunos reglamentos prudentes. Su esencia es la santidad de corazón y de vida; todas las circunstancias apuntan a ello. Y mientras éstas se mantengan unidas en las personas llamadas metodistas, ninguna agresión en su contra podrá prosperar. Pero, si aun los detalles circunstanciales son desdeñados, lo esencial pronto se perderá. Y si alguna vez se evaporara lo esencial, lo que quede será escoria y desperdicio.

9. Nos compete comprender nuestra situación presente. Me temo que donde han aumentado las riquezas (con sumamente pocas excepciones) la esencia de la religión, el sentir que hubo en Cristo, habrá decrecido en la misma proporción. Por tanto, no veo cómo es posible, según la naturaleza de las cosas, que un reavivamiento de la religión verdadera continúe por mucho tiempo. Porque la religión produce necesariamente tanto laboriosidad como frugalidad. Y éstas no pueden sino producir riqueza. Pero al

---

[3] Stg.5.16.

acrecentarse las riquezas, lo mismo ocurrirá con el orgullo, la ira y el amor al mundo en todas sus manifestaciones.

10. Entonces, ¿cómo es posible que el metodismo, es decir la religión del corazón, aunque florezca ahora como laurel verde, permanezca en este estado? Porque los metodistas en todas partes se hacen cada vez más diligentes y frugales, y en consecuencia aumentan sus bienes. De ahí que aumenten proporcionalmente en orgullo, en ira, en los deseos de la carne y de los ojos y en la vanagloria de la vida. Así que, aunque la forma de la religión permanezca, el espíritu se desvanece rápidamente.

11. ¿Existe alguna manera de prevenir esta continua pérdida de la religión pura? No debemos prohibir a la gente que sea diligente y frugal. Debemos exhortar a todos los cristianos a que ganen y a que ahorren todo lo que puedan, es decir, en efecto, a que se enriquezcan. Y pregunto nuevamente, ¿qué camino podemos tomar para que nuestro dinero no nos hunda en lo más profundo del infierno? Hay un solo camino bajo el firmamento: si aquellos que ganan todo lo que pueden y ahorran todo lo que pueden de la misma manera dan todo lo que pueden, entonces cuanto más ganen, tanto más crecerán en gracia, y tanto más tesoros acumularán en el cielo.

Londres, 4 de agosto de 1786

Pensamientos acerca de la consagración de iglesias y cementerios

(1788)

1. Durante mucho tiempo los países católico-romanos han mantenido la costumbre de consagrar todas las iglesias y capillas; y no sólo éstas, sino todo lo que les pertenece, tales como fuentes, cálices, campanas, vestimentas sacerdotales y en particular, los cementerios. Y todas estas costumbres prevalecieron universalmente en Inglaterra mientras estuvo bajo el poder papal.

2. Desde la época de nuestra reforma del papismo, la mayoría de estas costumbres cayeron en desuso. No había escrúpulos en tañer las campanas o en usar las vestimentas sin consagrar. Pero otras costumbres, tales como la consagración de iglesias y de sus cementerios, permanecieron. Por otra parte, muchas personas objetaban que se tuvieran servicios religiosos en *iglesias no consagradas*, y tampoco consentían que sus cuerpos fueran enterrados en *tierras no consagradas*.

3. De acuerdo a esto, la consagración de iglesias y sus cementerios se ha seguido practicando desde entonces, a pesar de ser algo completamente indiferente, ya que no está ni prohibido ni establecido por la ley. Pero el caso es diferente en Irlanda. Mientras el Conde de Strafford fue representante de la Corona de ese reino, se dictó una ley para la consagración no sólo de las iglesias sino también de los cementerios. Y se introdujo una forma de consagración en el *Libro de Oración Común*, que se utiliza hasta el día de

hoy, muy parecida a la que utilizó el Arzobispo Laud en la consagración de la iglesia de St. Katherine Cree en Londres.

4. Pero tal ley nunca fue promulgada en Inglaterra, y mucho menos insertada en nuestro *Libro de Oración Común*. Sin embargo, tal consagración se ha practicado generalmente, aunque sin la autorización de la legislatura. «¿Es entonces ilegal?» Esa palabra encierra un doble significado. Por una parte puede significar que carece de una ley a su favor, y por otra que es contraria a la ley. Yo no concibo que sea ilegal en el segundo sentido, aunque tal vez lo sea en el primero. No conozco ninguna ley que lo ordene ni siquiera que lo permita.

5. Y por cierto, así como no está ordenada por la ley de la tierra, tampoco lo está por la ley de Dios. ¿Dónde encontramos, en el Nuevo Testamento, una palabra que mande semejante cosa? Tampoco recuerdo ningún precedente de esto en las épocas más puras de la iglesia. Esa costumbre parece haber sido introducida y difundida junto con otras innovaciones y supersticiones de la Iglesia de Roma. «¿Cree entonces que es una práctica supersticiosa?» Tal vez no, si se practica como algo indiferente. Pero si se hace como una cosa *necesaria*, entonces es, lisa y llanamente, una superstición.

6. Por esta razón, nunca quise que un obispo consagrara una capilla o un cementerio mío. Por cierto que no lo toleraría, dado que estoy claramente persuadido de que la cosa está mal en sí misma, puesto que no está autorizada por ley alguna de Dios ni por ninguna de la tierra. En consecuencia, creo que un clérigo o un sacristán pueden consagrar la iglesia o el cementerio, tanto como el obispo.

7. Con respecto al cementerio, no sé quién podría contestar esa sencilla pregunta: «Usted dice: ‘Esta es *tierra consagrada* de tantos pies de *ancho* y tantos de largo’. Pero le ruego me informe sobre cuál es la *profundidad* de esa parcela de tierra.» «¡Profunda! ¿Qué quiere decir con eso?» «¡Oh, mucho! Porque si llegan a cavar mi tumba muy hondo, puede ocurrir que quede ¡fuera de la *tierra consagrada*! ¡Y quién puede decir qué consecuencias desdichadas tal cosa podría acarrear!»

8. Para mí toda esta práctica es una mera reliquia de superstición románica. Y me pregunto si cualquier protestante prudente pensaría que está bien tolerarlo más allá de lo que razonablemente se considera necesario. Ciertamente, considero que es hora de que seamos guiados no por la costumbre, sino por las Escrituras y por la razón.

Dumfries, 14 de mayo de 1788
J.W.

Pensamientos sobre un fenómeno reciente

(1788)

1. El día del descenso del Espíritu Santo, día de Pentecostés, comenzó una obra gloriosa de Dios sobre la tierra. Su incremento fue tan rápido que, en un espacio de tiempo muy corto, sólo en Jerusalén se convirtieron de las tinieblas a la luz, y de los poderes de Satanás a Dios, miles de pecadores. Todos fueron eficazmente transformados de todo vicio a toda santidad, y ciertamente fueron *llenos del Espíritu Santo [...] y eran de un corazón y un alma*. Y ello influyó en forma muy conveniente para sus vidas, pues *perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en el partimiento del pan y en las oraciones*. Asimismo, *tenían todas las cosas en común, no había entre ellos ningún necesitado, y se repartía a cada uno según su necesidad*.[1]

2. Mientras tanto, el dios de este mundo no descansaba. No dejaba de sembrar cizaña entre el trigo. El misterio de la iniquidad comenzó a laborar casi tan pronto como el misterio de la piedad. Y esto, que se desarrolló ya en los días de los apóstoles, llegó a adquirir una gran magnitud; a tal punto que, aun antes del fin de la vida de san Juan, el oro se había ennegrecido y la iniquidad había inundado a la iglesia cristiana tanto como al mundo pagano, aunque ello no llegó a su cumbre hasta la época fatal cuando Constantino se proclamó cristiano.

---

[1] Hch.4.31-42.

3. No obstante, Dios nunca se dejó a sí mismo sin testimonio. En cada época y en toda nación siempre hubo algunos que respetaban verdaderamente a Dios y luchaban por su justicia. Y éstos fueron encumbrados en sus respectivas generaciones para que pudieran ser luces que brillaran en las tinieblas. Pero pocos respondieron por un tiempo considerable al designio de la Providencia. En cada época, la mayoría de los grandes de la tierra, cansados de la contradicción de los pecadores, se separaron de ellos y se apartaron, ya no al desierto sino a determinadas iglesias u organismos religiosos. De modo que su luz dejó de brillar entre los seres que más la necesitaban, pues ellos, complacidos, dejaron al mundo en manos de su antiguo maestro.

4. Este ha sido el caso que se ha repetido en múltiples ocasiones por más de mil quinientos años, y ha sido principalmente debido a esta razón que muchos avivamientos religiosos han sido de corta duración, no perdurando (como lo observa Martín Lutero) por más de una generación, es decir unos treinta años. En general, en ese lapso, un número considerable de personas, habiendo tomado conciencia de ello, creyeron que podrían mantenerse firmes y unidas en un grupo cerrado. Así que lo formaron, abandonando a su suerte al resto del mundo, por lo que éste dejó de recibir influencia alguna de ellos. Pero poco a poco su propio amor se enfrió, hasta que su memoria pereció con ellos, o se volvieron una secta insensible y fría.

5. Hace unos sesenta años, un nuevo fenómeno surgió en el mundo. Dos o tres jóvenes, deseando vivir como los cristianos de las Escrituras, se reunieron con ese propósito. Paulatinamente su número creció, y entonces se dispersaron. Pero hace cincuenta años, dos de ellos se

encontraron de nuevo, y unas pocas personas más se les unieron con el fin de ayudarse mutuamente en el camino al cielo. Desde entonces han aumentado en número, hasta ser ahora muchos miles, tanto en Europa como en Norteamérica; y aún continúan creciendo en número y, humildemente lo esperan, también en el conocimiento y en el amor de Dios. Sí, y no en lo que no esperan ni desean, es decir, en las cosas del mundo.

6. Al comenzar, todos eran miembros de la Iglesia establecida, y un buen número de ellos aún lo son. Pero en varias oportunidades se les ha solicitado que se separen de la misma y formen un grupo idóneo, independiente de todas las otras sociedades religiosas. Hace treinta años, en una Conferencia General, consideraron seriamente esta posibilidad. Se estudiaron los argumentos de ambos lados en profundidad, y finalmente se determinó sin una sola voz en contra «que no deberían separarse de la Iglesia».

7. Esto es algo nuevo en el mundo: ésta es la gloria que caracteriza a las personas llamadas metodistas. A pesar de todo tipo de tentaciones, no se separan de la Iglesia. Lo que tantos codician, ellos lo aborrecen: no quieren ser un cuerpo separado. ¿Qué ejemplo existe en la historia antigua o moderna, de un cuerpo de personas que, en tales circunstancias, no acepten ser un grupo aparte, sino que deseen mantenerse en conexión con su propia iglesia, para ser así mejores servidores de todos?

8. Repito, ¡éste es un fenómeno totalmente nuevo! Nunca vi, escuché o leí acerca de algo semejante. Los metodistas no se separarán de la Iglesia, aunque les reprochen por no hacerlo. Y esta determinación la mantienen a pesar de que, de hacerlo, se verían libres de una gran cantidad de inconvenientes y su camino sería más

tranquilo y fácil. Aunque muchos amigos les aconsejen honradamente separarse; y los enemigos les provoquen a ello. En particular lo hace el clero, cuya mayoría, lejos de agradecerles que continúen en la Iglesia, utilizan todos los medios a su alcance, tanto justos como injustos, para echarlos.

9. Otra circunstancia más que caracteriza a los que se llaman metodistas, son los términos establecidos para que una persona sea admitida en su sociedad. No se les impone ningún tipo de opinión; sea que crean en la redención particular o general; en decretos absolutos o condicionados; sean gente de iglesia o disidentes, presbiterianos o independientes, como tampoco puede ser motivo para obstaculizar su admisión el que practiquen un modo u otro de culto. El presbiteriano, el independiente, el anabaptista, al igual que el cuáquero, pueden seguir adorando según su costumbre. Piensan y dejan pensar. Sólo se requiere una condición: un profundo anhelo de salvar su alma. Si existe esto, es suficiente y no se desea ni se enfatiza nada más. La única pregunta que hacen es ésta: «¿Es recto tu corazón como el mío? Si lo es, dame la mano.»

10. ¿Existe alguna otra sociedad en Gran Bretaña o en Irlanda que esté tan remotamente alejada de la intolerancia? ¿Que esté tan dispuesta a admitir a toda persona seria, sin distinción alguna? ¿Dónde hay una sociedad tal en Europa o en el mundo habitado? Yo no conozco ninguna; que me la muestre quien pueda. Hasta entonces que nadie hable de la intolerancia de los metodistas.

Nottingham, 13 de julio de 1788

Más pensamientos sobre la separación de la Iglesia

(1789)

1. Desde la niñez se me enseñó a amar y reverenciar las Escrituras, los oráculos de Dios, y junto a éstos estimar a los Padres primitivos, los escritores de los tres primeros siglos. Después de la iglesia primitiva, yo apreciaba la nuestra, la Iglesia de Inglaterra, a la que consideraba la iglesia nacional más bíblica del mundo. Por lo tanto, no sólo estaba de acuerdo con todas sus doctrinas, sino que observaba toda rúbrica de la Liturgia con la mayor fidelidad posible y hasta con peligro de mi vida.

2. Con este juicio y con este espíritu me fui a Norteamérica, fuertemente apegado a la Biblia, a la iglesia primitiva y a la Iglesia de Inglaterra, de todo lo cual yo no me permitía variar ni un ápice por ningún motivo. En este espíritu retorné, como cualquier clérigo de los tres reinos, hasta que, al no permitírseme predicar en las iglesias, me vi obligado a hacerlo al aire libre.

3. Aquí surgió mi primera *irregularidad*. Y no fue voluntaria, sino obligada. La segunda fue la oración espontánea. También creí que éste era mi deber ineludible para con los que deseaban que yo cuidara de sus almas. A conciencia no podía evitar hacerlo, ni tampoco me fue posible rechazar a los que deseaban servirme como hijos en el evangelio.

4. Cuando la gente que se reunía simplemente para ayudarse mutuamente camino al cielo comenzaron a aumentar por cientos y miles, nunca pensaron abandonar la Iglesia, como tampoco irse de su país. No, y yo continuamente les advertía de cuidarse de ello, recordándoles que formábamos parte de la Iglesia de Inglaterra, a la cual Dios había levantado no sólo para salvar nuestras almas, sino para reavivar a los que nos rodean, particularmente los de la Iglesia. Y en la primera reunión de todos los pastores integrantes de la Conferencia, en junio de 1744, les exhorté a mantenerse en la Iglesia, diciéndoles que ésta era nuestra peculiar gloria; es decir, la de no formar una nueva secta, sino permaneciendo dentro de la Iglesia de Inglaterra con el fin de hacer a todos el mayor bien que nos fuera posible.

5. Pero, en la medida en que se fueron uniendo a nosotros más disidentes, muchos de los cuales tenían prejuicio contra la Iglesia, influían, con o sin intención, de continuo sobre sus hermanos. Al observar esto, en distintas oportunidades les reconvine por ello, tanto en privado como en público. Y en 1758, resolví plantear el asunto en forma justa. Así que sugerí que el tema de si era conveniente que los metodistas abandonaran la Iglesia, fuera considerado en discusión general. Se discutieron los argumentos de ambas partes durante varios días. Al fin se aprobó, sin una sola discrepancia, la siguiente resolución: «De ninguna manera es conveniente que los metodistas se separen de la Iglesia de Inglaterra».

6. No obstante, esa misma influencia siguió penetrando en varias partes del reino. El gran argumento (que tenemos que confesar que en algunos casos particulares tenía peso) era éste: «El pastor de esta parroquia a la que

pertenecemos, ni vive ni predica el evangelio. El mismo va camino del infierno y enseña a su rebaño a hacer lo mismo. ¿Es posible aconsejarles que escuchen su predicación?» Yo no puedo hacerlo. «¿Qué pueden hacer el día del Señor si no tienen otra iglesia cerca? ¿Les aconseja usted que asistan a un grupo de disidentes? ¿O tal vez reunirse en su propia casa de predicación?» Donde en verdad el caso se presente así, no puedo culparlos si lo hacen. Aunque me opongo a la separación general de la Iglesia por parte de los metodistas, en este caso particular no me es posible condenar una separación parcial. Creo que el separarse, alejándose de estas personas despreciables que son escándalo para la Iglesia y la nación, serviría al honor de nuestra Iglesia, como también a la gloria de Dios.

7. Y esto de ninguna manera está en contra de lo que he profesado por más de cincuenta años. Nunca tuve, ni tengo ahora, la intención de separarme de la Iglesia. No creo que los metodistas en general tengan esa intención, cuando mi rostro no se vea más. Hago y seguiré haciendo todo lo que esté en mi poder para prevenir tal evento. No obstante, a pesar de todo lo que yo pueda hacer, muchos se separarán (aunque quiero creer que no serán la mitad y tal vez ni siquiera un tercio). Estos serán tan atrevidos e imprudentes como para formar un grupo por su cuenta, el cual se irá diluyendo en un partido separado, aburrido y sin vida. En total oposición a éstos, yo declaro una vez más que vivo y moriré siendo miembro de la Iglesia de Inglaterra, y que nadie que respete mi juicio y mi consejo se separará jamás de ella.

Juan Wesley
Londres, 11 de diciembre de 1789

Los índices de todos los volúmenes de esta colección se encuentran al final del tomo 14.